

El espectacular prólogo a *Star Wars: Episodio II. El ataque de los clones*

STAR WARS

LA LLEGADA DE LA TORMENTA



ALAN DEAN POST Lectulandia

Incluso bajo el liderazgo del Canciller Supremo Palpatine, que ha sido elegido para evitar que el malestar reinante acabe destruyendo la galaxia, la República está en decadencia.

Sobre el pequeño pero estratégico planeta Ansion se ha creado una facción que está a punto de unirse al creciente movimiento separatista.

Los habitantes de las ciudades del planeta quieren expandir sus dominios a las praderas, el hogar ancestral de los fieros nómadas independientes de Ansion.

Si sus demandas no son aceptadas se separarán del gobierno galáctico, un acto que puede provocar una reacción en cadena que conduzca a otros mundos de la República a la rebelión y a buscar la independencia.

A petición del Canciller Supremo, el Consejo Jedi decide enviar a dos Caballeros Jedi, Obi-Wan Kenobi y Luminara Unduli, para resolver el conflicto de Ansion y negociar con los esquivos nómadas.

Obi-Wan y Luminara, junto a sus padawan Anakin Skywalker y Barriss Offee, se internan sin dudarlo en el desierto, donde les acechan multitud de peligros. Allí, para completar su misión, tendrán que superar pruebas casi imposibles, entablar amistad con los recelosos desconocidos y evitar una batalla entre dos grandes ejércitos.

Y todo ello mientras son perseguidos de cerca por un enemigo jurado que quiere arruinar las negociaciones y hacer fracasar la misión...

Lectulandia

Alan Dean Foster

La llegada de la tormenta

ePUB v1.0

jukogo 15.11.11

más libros en lectulandia.com

Título: La Llegada de la Tormenta (The Approaching Storm)
Autor: Alan Dean Foster
Colección: Libro Único
Editorial: Alberto Santos
Páginas: 256
Cronología: 22,5 años A.B.Y (Antes de la Batalla de Yavin)

Para Shelby Hettinger,
Que todo el mundo sepa que no es una broma,
Del Tío Alan

Mientras que la galaxia entera observa y espera dos Jedi y sus aprendices luchan contra todo pronostico para proteger la República. ...

Hace mucho tiempo,
en una galaxia muy, muy lejana...

1

Parece que mi planeta es cada vez más importante, honorable Shu Mai.

La presidenta del Gremio de Comerciantes sonrió levemente.

—Hay llaves pequeñas que pueden abrir grandes puertas, senador Mousul.

El digno cuarteto conversaba mientras paseaba por la galaxia. No la verdadera, claro, sino una representación tridimensional enorme y diseñada con detalle, que abarcaba todo el espacio de la cámara privada. Las estrellas brillaban a su alrededor, envolviendo a los paseantes en una niebla de fulgor suave y con miles de matices. Al tocar un sistema planetario, el visitante seleccionaba una descripción de ese sistema y sus mundos individuales detallada de forma enciclopédica. Todo, desde especies hasta población, pasando por características minuciosas sobre la flora y la fauna, datos económicos y perspectivas para el futuro.

Uno de los paseantes era una hembra twi'lek de aspecto tranquilo y contemplativo. Su acompañante era un conocido industrial corelliano de gran importancia. La presidenta del Gremio de Comerciantes era pequeña y bien formada, de piel verdosa, y llevaba el pelo con el típico peinado de las hembras gossam: una coleta alta y cardada. El cuarto miembro del grupo, que llevaba vestiduras elaboradas con los materiales más exóticos de su mundo natal, era el senador del planeta llamado Ansion. A pesar de su elevada posición, parecía nervioso, como si se sintiera observado. La twi'lek y el corelliano eran claramente Maestra e iniciado, aunque este último era realmente poderoso para ser un aprendiz.

La presidenta del Gremio de Comerciantes se detuvo. Con un gesto amplio abarcó las relucientes señales luminosas que representaban a miles de mundos. "Es increíble que haya billones de seres vivos y civilizaciones enteras reducidos a meros puntitos flotando en una habitación", pensó. "Ojalá la realidad fuera tan sencilla de organizar y utilizar como esta eficaz representación luminosa."

"Con el tiempo y la ayuda de alianzas cuidadosamente alimentadas", reflexionó confiada, "así será".

—Disculpad, noble dama, pero mis socios y yo no entendemos la relevancia de este planeta llamado Ansion —murmuró el corelliano.

Shu Mai aplaudió con alegría y añadió: — ¡Excelente!

La confusión se dibujó en los rostros de sus tres acompañantes.

— ¿Os resulta satisfactorio que no veamos la importancia de este lugar? — preguntó la twi'lek.

—Completamente —la tolerancia se dibujó en el rostro de la gossam—. Si ustedes no la ven, tampoco la verán nuestros enemigos. Presten atención y haré algo más que hacerla evidente: lo haré visible.

Se giró y acercó la mano a la intermitente imagen de planetas y estrellas para pasar la punta de los dedos de la mano derecha por una estrella pequeña pero céntrica. Con palabras y gestos, procedió a manipular el sistema que había destacado.

En respuesta a sus acciones aparecieron tres líneas azules de brillo láser, que enlazaban el primer sistema con los otros tres.

—La Alianza Malariana. Lo cierto es que es una más entre cientos de alianzas casuales.

Sus dedos finos y hábiles se movieron de nuevo. Aparecieron líneas amarillas que unían la primera estrella con otros seis sistemas.

—El Tratado Militar Bilateral Keitumita. Nunca entró en acción, pero sigue en activo.

Su sonrisa se abrió. Estaba disfrutando. —y ahora vean esto.

Sus manos procedieron a manipular los galográficos que la rodeaban como un músico tañendo un costoso quintolium.

Cuando por fin acabó, sus tres acompañantes observaron su triunfal obra en silencio. Los cuatro visitantes estaban rodeados por una red de líneas rectas e inflexibles. Azules, amarillas, doradas, púrpuras: todos los colores del espectro. O incluso de un imperio, como algunos se atrevieron a pensar.

Y en el centro de esta red de brillo intenso y líneas constantes, que representaba destacados tratados y alianzas, pactos y sociedades planetarias, había un planeta mucho más insignificante: Ansion.

Un gesto y una palabra de Shu Mai hicieron desaparecer la elaborada red. No podían arriesgarse a que irrumpiera alguien ajeno a las maquinaciones del grupo y viera lo que estaba discutiendo. Podría dar lugar a preguntas indiscretas.

— ¿Quién habría pensado que un planeta como éste podría estar en el centro de tantos tratados interconectados?

La hembra de piel azulada estaba profundamente impresionada. —Ésa es la cuestión —Shu Mai giró la cabeza levemente en dirección a la hembra—. Hay otros mundos con ubicaciones similares de importancia estratégica: planetas más poblados, profusamente industrializados, y mencionados a menudo como miembros importantes cuando se debate el estado de inestabilidad actual en la República. Pero nadie habla de Ansion. Eso es lo bueno del asunto.

Juntó las manos y dirigió una mirada significativa al senador Mousul. —Si conseguimos que los ansionianos se retiren de la República, no le importará a nadie. Pero teniendo en cuenta sus alianzas, su retirada bastará para arrastrar a sus socios de la Alianza Malariana y el Tratado Keitumita, que ya de por sí se encuentran vacilantes. Ya han visto la gran cantidad de sistemas enlazados a su vez con esos dos pactos. El efecto será como el de una avalancha: empezará de cero, crecerá rápido y acelerará a su propio ritmo. Para cuando el Senado sepa de dónde le viene el golpe,

ya habrá cuarenta sistemas o más fuera de la República, y nosotros estaremos más cerca de afianzar el tipo de cambios que queremos que se produzcan.

Los dedos de Mousul se apretaron cada vez más hasta que la blancura se vio bajo la piel.

—Y ésa será la chispa que necesitamos para proponer las medidas extraordinarias que solucionen esta situación de emergencia.

El industrial corelliano no cabía en sí de gozo.

—Este plan que habéis diseñado es increíblemente astuto. Sé que los intereses que represento aceptarán de inmediato enviar una fuerza a Ansion para obligar a sus habitantes a abandonar la República.

El senador Mousul pareció alarmado.

—Eso es exactamente lo que no queremos que hagan —afirmó Shu Mai cortante—. Creo recordar que la Federación de Comercio ya intentó algo parecido en otra parte. Los resultados fueron poco triunfales, por decirlo de alguna forma.

—Sí, bueno, hubo complicaciones imprevistas —tosió el corelliano incómodo.

—Cuyos ecos resuenan aún hoy —el tono de Shu Mai era implacable—. ¿No lo ven? La belleza de este plan reside en la aparente insignificancia de su pieza clave. Si enviamos una flota o unas cuantas naves a Ansion, atraeremos de inmediato la atención de los poderes que siguen oponiéndose a nosotros. Obviamente, es lo último que deseamos. Queremos que la retirada ansioniana parezca totalmente natural, el resultado de decisiones internas en ausencia de influencias externas.

Le dirigió una sonrisa benevolente a Mousul.

— ¿Y será así? —preguntó la twi'lek en tono impertinente.

Shu Mai le dedicó una mirada afirmativa. Sabía que sería útil, casi tanto como los otros a los que había involucrado... siempre y cuando no se pasaran de listos.

Era el turno de respuesta del senador Mousul.

—Al igual que muchos otros pueblos, los ansionianos están divididos con respecto a la decisión de permanecer en la República o dejar atrás la corrupción y la sordidez que la rodean. Para su tranquilidad les diré que contamos con adeptos a nuestra causa entre sus ciudadanos. Yo me he preocupado de ello y he invertido un considerable capital político para garantizar el desarrollo de estos elementos.

— ¿Cuánto tiempo? —preguntó inquisitiva la voz engañosa de la twi'lek.

— ¿Hasta que Ansion se decida? —el senador se quedó pensando—. Teniendo en cuenta las divisiones internas, yo diría que en medio año estándar se producirá una votación formal para decidir la secesión de la República.

La presidenta del Gremio de Comerciantes asintió.

—Momento en el que veremos con satisfacción cómo le siguen los aliados tradicionales de Ansion, y cómo a éstos les seguirán sus propios aliados. Estoy segura que de niños jugaban con bloques, y sabrán que, inevitablemente, hay un bloque

clave en la base que provoca la caída de toda la estructura, si se retira. Ansion es ese bloque. Si lo extraemos, el resto de los sistemas se vendrán abajo —su mirada y sus pensamientos parecían dirigirse a un punto ajeno al campo de visión de sus socios—. Sobre las ruinas de la vieja y decrépita República, aquellos que tengan visión de futuro serán los que construyan una nueva estructura política, perfecta y reluciente. Una estructura sin puntos débiles, libre de los escombros morales que atrofian y retrasan el desarrollo adecuado de una sociedad realmente avanzada.

— ¿Y quién liderará esta nueva sociedad? —la voz de la twi'lek traía un tinte de cinismo—. ¿Vos?

Shu Mai se encogió de hombros humildemente.

—Mis intereses están del lado del Gremio de Comerciantes. ¿Quién sabe? Eso es algo que aún está por determinar, ¿no? Pero antes de escoger a sus líderes, la causa debe triunfar. Puedo admitir que no rechazaría semejante propuesta, pero hay otros más preparados que yo. Empecemos por los pequeños detalles.

—Como Ansion.

Ya recuperado del somero enfoque inicial, el entusiasmo del corelliano había vuelto con toda su fuerza.

—Sería un placer, una maravilla, hacer negocios sin los obstáculos del montón de normas, regulaciones y restricciones. Aquellos a quienes represento estarían eternamente agradecidos.

—Sí, por lo menos tendríais la oportunidad de asegurar los monopolios restrictivos que veneráis con tanta devoción —observó Shu Mai con sequedad—. No os preocupéis. A cambio del apoyo político y financiero, vos y aquellos a los que representáis recibiréis lo que os merecéis.

El industrial no se sintió intimidado y añadió con perspicacia:

—Y, por supuesto, este nuevo acuerdo político abrirá toda una serie de posibilidades para el Gremio de Comerciantes.

Shu Mai hizo un gesto de humildad.

—Siempre ha sido nuestro afán el beneficiarnos de los cambios en las realidades políticas.

En medio de tantas felicitaciones y esperanzas, se dio cuenta de que el senador Mousul apenas hablaba.

—Hay algo que se retuerce en vuestra mente como un gusano con indigestión, Mousul. ¿De qué se trata?

El ansioniano devolvió la mirada a su socia, con una expresión de preocupación en el rostro. Sus ojos grandes y algo saltones miraron fijamente a la presidenta del Gremio de Comerciantes.

— ¿Estáis segura de que nadie conocerá la verdadera naturaleza de estos planes para Ansion, Shu Mai?

—Nadie lo ha hecho hasta ahora —respondió ella enseguida. Mousul se enderezó.

—Me precio de ser tan inteligente como para saber que hay otros que lo son aún más que yo. Y éstos son los que me preocupan.

Dando un paso adelante, Shu Mai puso una mano sobre el hombro del senador en un gesto de confianza.

—Os preocupáis sobremanera, Mousul.

Con la mano que le quedaba y sin preocuparse por la delicadeza, Shu Mai hizo un gesto y volvió a aparecer la pequeña luz que representaba a Ansion.

—Ansion. Observadlo. Pequeño, desconocido, insignificante. Estoy segura de que si les preguntáramos, ni siquiera uno de cada cien políticos o comerciantes os podría decir mucho de él. Nadie, excepto los que en esta sala estamos al tanto de su importancia potencial.

Frustrado y furioso por la corrupción y la sofocante burocracia de la República que complicaban sus negocios, el industrial corelliano podía comprar compañías y territorios enteros con una sola firma de su dedo. Pero ni todas sus riquezas bastaban para adquirir una visión del futuro. En aquel momento, habría soltado encantado unos cuantos miles de millones por las respuestas a una o dos preguntas.

—Espero que estéis en lo cierto, Shu Mai. Espero que estéis en lo cierto.

—Por supuesto que lo está. —La twi'lek había accedido reticente a acudir a la reunión, pero tras la detallada descripción del futuro que había realizado su anfitriona, se sentía mucho más confiada—. Estoy impresionada y emocionada por la amplia perspectiva y la sutileza de la estrategia de la Presidenta Shu Mai y el senador Mousul. Y como han destacado ellos, este planeta es demasiado insignificante para atraer algo parecido a una atención externa...

2

¡Ajá, preciosa! ¿Qué escondes bajo esas viejas vestiduras?

Luminara Unduli no levantó la cabeza para mirar al hombre grande, sin afeitar, rudo y de olor desagradable o a sus compañeros igualmente desagradables y malolientes. Podía sentir indiferencia por sus muecas de complicidad, el balanceo ansioso de sus cuerpos y sus miradas lascivas, pero el olor corporal colectivo que emanaban era un poco más difícil de ignorar. Alzó con paciencia la cuchara con el guiso hasta sus labios, de los cuales el inferior estaba teñido permanentemente de un negro púrpura. Una serie de diamantes negros entrelazados le tatuaban la barbilla, y tenía sofisticadas marcas en la unión de los dedos. Su piel olivácea contrastaba chocante con el azul profundo de sus ojos.

Esos ojos se alzaron para observar a una mujer más joven sentada frente a ella. La atención de Barriss Offee iba de su Maestra a los hombres que se arremolinaban alrededor de ambas. Luminara sonrió por dentro. Barriss era buena aprendiz. Observadora y reflexiva, aunque en ocasiones algo impulsiva. Pero ahora la joven se mantenía en calma, seguía comiendo y callaba. La mujer apreció la juiciosa reacción. Está dejando que yo lleve la iniciativa, que es lo que debe hacer.

El hombre que había dicho la impertinencia susurró algo a uno de sus amigos, y todos rieron a carcajadas desagradablemente. Se acercó y puso una mano sobre el cubierto hombro de Luminara.

—Te he hecho una pregunta, guapa. A ver, ¿nos vas a enseñar lo que escondes bajo ese suave vestido tuyo o prefieres que lo miremos nosotros?

Un aire de expectación feromónica atrapó a sus compañeros. Retirando los ojos de sus platos, algunos de los otros comensales del establecimiento se volvieron para mirar, pero ninguno alzó la voz para denunciar lo que pasaba o para interferir.

Con la cuchara ante sus labios, Luminara parecía concentrada en contemplar su contenido, ignorando la insistente pregunta. Con un suspiro, depositó la cuchara y bajó su mano derecha.

—Supongo que si realmente queréis vedlo...

Uno de los hombres sonrió abiertamente y dio codazos a sus compañeros en las costillas. Un par de ellos se acercaron aún más hasta que todos estuvieron inclinados sobre la mesa. Luminara retiró una parte de su manto, y los sofisticados dibujos de las pulseras de metal de color bronce y cobre brillaron sobre sus antebrazos en la luz difusa de la taberna.

Debajo del manto llevaba un cinto de metal y cuero, y atado a éste había pequeños e inesperadamente complejos ejemplos de alta ingeniería. Uno de éstos era cilíndrico, muy pulido y diseñado para ajustarse cómodamente a una mano cerrada.

El agresivo portavoz del grupo lo escrutó, con una expresión confundida. Tras él, a un par de sus compañeros se les quitó la expresión de lujuria más rápido que una nave de traficantes haciendo un salto de emergencia al hiperespacio.

— ¡Que Mathos nos guarde! ¡Es un sable Jedi!

Entre un sinfín de expresiones la banda de supuestos agresores comenzó a retroceder, a separarse y a huir rápidamente. Su audaz líder se quedó solo de repente, pero se resistía a admitir la derrota. Observó el cilindro metálico brillante.

—Ni de broma. ¿De verdad es un sable láser? Miró desafiante al enigmático objeto.

—Supongo que eso te convierte en una Maestra Jedi, ¿no, preciosa?

Una encantadora y ágil Jedi —roncó a modo de risa—. Seguro que no es un sable láser Jedi, ¿a que no? ¿No? —gruñó insistentemente al ver la falta de respuesta.

Luminara Unduli tomó otra cucharada y depositó cuidadosamente el cubierto en el plato medio vacío. Se limpió delicadamente con la servilleta de hilo los labios, tanto el decorado como el normal, se la pasó por las manos y le miró. Los ojos azules se alzaron en el rostro de delicadas facciones, y sonrió fríamente.

—Ya sabes cómo averiguarlo —le dijo suavemente.

El hombretón fue a decir algo, dudó y se lo pensó. Las manos de la atractiva mujer estaban en su regazo. El sable láser (que definitivamente parecía un sable láser Jedi, pensó con aprensión) seguía unido al cinturón. Al otro lado de la mesa, la joven seguía comiendo como si nada raro estuviera pasando.

De repente el intruso se dio cuenta de varias cosas a la vez. Lo primero: estaba solo. Sus anteriormente entusiastas compañeros habían desaparecido uno por uno. Segundo: la mujer debería de estar ansiosa y asustada, pero sólo parecía aburrida y resignada. Tercero: de repente, se acordó de que tenía algo que hacer en otra parte.

—Eh, lo siento —dijo en un murmullo—. No quería molestartas, me equivoqué de persona. Yo busco a otra.

Se giró, y se alejó de la mesa hacia la entrada de la taberna, tropezando casi con un tazón de sobras que había en el suelo, junto a un mostrador vacío. Algunos comensales le observaron marcharse, y otros miraron fijamente a las dos mujeres antes de encontrar una razón para volver a centrarse en su comida y su conversación.

Con un suave suspiro, Luminara miró el resto de su comida. Con un gesto apartó el plato. La tosca intromisión le había quitado el hambre.

—Habéis estado bien, Maestra Luminara —Barriss estaba terminando su comida. La percepción de la pádawan podía fallar, pero no su apetito—. Sin escándalos, sin complicaciones.

—Cuando crezcas te darás cuenta de que a veces hay que tratar con excesos de testosterona. Muy frecuente en planetas como Ansion. —Movi6 la cabeza despacio—. Me disgustan estas distracciones.

Barriss sonrió alegremente.

—No os pongáis así, Maestra. No podéis hacer nada en lo que respecta a vuestro atractivo físico. De cualquier forma, ahora les habéis dado algo que contar, así como una lección.

Luminara se encogió de hombros.

—Espero que los responsables del gobierno local de esta denominada Unidad de Comunidades sean tan fáciles de convencer.

—Lo serán —Barriss se levantó despacio—. He terminado.

Las dos mujeres pagaron la comida y abandonaron el establecimiento. Los susurros, murmullos y algunas palabras de admiración las siguieron mientras se iban.

—La gente ha oído que estamos aquí para cimentar una paz permanente entre los habitantes de la ciudad de la Unidad y los nómadas alwari. No son conscientes de los verdaderos problemas a los que se enfrentan y no podemos revelar la verdadera razón de nuestra presencia aquí sin alertar a aquellos que se opondrían a nosotras porque conocemos sus verdaderas intenciones.

Luminara se envolvió en su manto. Era importante dar una apariencia recatada pero impresionante al mismo tiempo.

—Y dado que no podemos ser completamente sinceras, los habitantes locales no confían en nosotras.

Barriss asintió.

—Los ciudadanos piensan que estamos de parte de los nómadas, y los nómadas temen que estemos del lado de los habitantes de la ciudad. Odio la política, Maestra Luminara —se echó una mano al costado—. Prefiero solucionar las diferencias con un sable láser. Es mucho más directo.

Su bello rostro irradiaba entusiasmo vital. Aún no había vivido lo suficiente como para acostumbrarse a lo nuevo.

—Es difícil convencer a bandos opuestos de lo correcto de tu razonamiento cuando ambos están muertos.

Tomaron una de las calles secundarias de Cuipernam, que bullía en un caos de comerciantes y ciudadanos de muchas especies galácticas distintas. Luminara hablaba mientras escrutaba no sólo la avenida, sino también los muros de edificios comerciales y residenciales que la flanqueaban.

—Cualquiera puede usar un arma, pero la razón es mucho más difícil de utilizar. Recuérdalo la próxima vez que sientas la tentación de solucionar diferencias con el sable láser.

—Apuesto a que toda la culpa es de la Federación de Comercio. Barriss se quedó mirando un puesto atestado de joyas: collares, pendientes, anillos, diademas, pulseras y córneas fosforescentes esculpidas a mano. Ese tipo de adornos personales les estaban prohibidos a los Jedi. Uno de sus Maestros les explicó una vez que el brillo

de un Jedi viene de dentro, y no de la acumulación de abalorios y cuentas.

Pero ese collar de pelo de searous y piedras incrustadas de pikach era precioso.

— ¿Qué has dicho, Barriss?

—Nada, Maestra. Sólo expresaba mi insatisfacción ante las constantes intrigas de la Federación de Comercio.

—Sí —asintió Luminara—, y del Gremio de Comerciantes. Cada día son más poderosos, siempre poniendo sus codiciosas manos en lugares en los que no son bienvenidos, aunque sus intereses inmediatos no estén involucrados. Aquí en Ansion apoyan abiertamente a las ciudades y pueblos agrupados como la Unidad de Comunidades, aunque la ley de la República garantiza los derechos de los grupos nómadas como los alwari de permanecer independientes de influencias externas. Sus costumbres no hacen sino complicar más una situación que ya es difícil —doblaron una esquina—. Es como en todas partes.

Barriss asintió.

—Todo el mundo recuerda el incidente de Naboo. ¿Por qué no realiza una votación el Senado para reducir sus concesiones comerciales? Eso sí que les daría una lección.

Luminara trató de no sonreír. Juventud inocente. Barriss tenía buenas intenciones y era una gran pádawan pero no controlaba bien los asuntos de gobierno.

—Está muy bien hablar de moral y de ética, Barriss, pero hoy en día es el comercio lo que realmente regula la República. En ocasiones el Gremio de Comerciantes y la Federación de Comercio actúan como gobiernos distintos. Muy inteligente por su parte, por cierto.

Su expresión se torció.

—Tan aduladores y zalameros ante los emisarios del Senado, emitiendo una sarta de protestas de inocencia: ese Nute Gunray en especial es más repugnante que una lombriz notoniana. El dinero es poder y el poder compra votos. Sí, incluso en el Senado de la República. Y cuentan con poderosos aliados —sus pensamientos se tornaron sombríos—. No se trata sólo de dinero. La República es un mar sembrado de malas corrientes. El Consejo Jedi teme que la insatisfacción generalizada con el estado político actual dé lugar a la secesión categórica de muchos planetas.

Barriss caminaba firme junto a su Maestra.

—Al menos todo el mundo sabe que los Jedi están por encima de esos asuntos, y que no están a la venta.

—No, no están a la venta —Luminara se sumió aún más en sus preocupaciones.

Barriss se dio cuenta del cambio.

— ¿Hay algo más que os preocupe, Maestra Luminara? La otra mujer sonrió débilmente.

—Algunas veces uno oye cosas. Historias raras, rumores infundados.

Hoy en día esas historias parecen campar a sus anchas. Como la filosofía política del tal conde Dooku, por ejemplo.

Barriss siempre buscaba la ocasión para demostrar sus conocimientos, pero esta vez dudó antes de contestar.

—Creo que el nombre me suena, pero no lo asocio a ese título. ¿No es ése el Jedi que...?

Luminara se paró de pronto y con una mano detuvo a su compañera.

Sus ojos iban rápidamente de un lado a otro, y ya no parecía tan pensativa. Todos sus nervios estaban alerta, todos sus sentidos se hallaban en tensión. Antes de que Barriss pudiera preguntar por la razón de esta reacción, la Jedi empuñó su sable láser, activado y completamente extendido ante ella. Sin mover la cabeza, lo elevó a una posición de desafío. Barriss sacó y activó su propia arma ante la actitud de su Maestra, y buscaba ansiosa la causa del problema. Pero no veía nada, así que dirigió una mirada inquisitiva a la mujer.

En ese momento, un hoguss se precipitó desde las alturas, y cayó exactamente sobre el sable láser de Luminara. Se produjo un ligero olor a carne quemada, y la Jedi extrajo el sable. El hoguss se derrumbó sobre un costado con un gesto de sorpresa agarrando con fuerza su ahora inútil hacha asesina. El pesado cuerpo retumbó al darse contra el suelo. — ¡Atrás!

Luminara comenzó la retirada mientras su ahora ansiosa aprendiz le cubría los flancos y la retaguardia.

Los atacantes comenzaron a descolgarse de los tejados y de las ventanas de pisos superiores, y llegaron atravesando portales y salieron de vasijas que parecían vacías: un auténtico amasijo de carne infame y codiciosa. Luminara pensó mientras retrocedía que alguien se había tomado muchas molestias en organizar la emboscada. A pesar de encontrarse francamente preocupada por su bienestar y el de su pádawan, admiró la astucia del conspirador. Quien quiera que fuese, sabía perfectamente que ellas eran algo más que un par de viajeras dando un paseo matutino.

La pregunta era: ¿cuánto sabía?

Sólo hay dos formas de que un no-Jedi venza a un Jedi en combate.

Engañarle con una falsa sensación de seguridad, o superarlo en número por la fuerza. Ya que la sutileza era un concepto desconocido para aquellos asaltantes, una pandilla de individuos hambrientos de sangre pero sin técnica, estaba claro que el responsable había optado por la segunda opción. En las bulliciosas y repletas calles, la gran cantidad de atacantes había pasado desapercibida para Luminara, ya que sus sentimientos anímicos se hallaban inmersos en los de la multitud.

Ahora que el ataque había comenzado, la Fuerza latía con una hostilidad palpable a medida que docenas de asesinos armados hasta los dientes luchaban por acercarse a sus dos rápidos objetivos para asestarles unos cuantos golpes fatales. Mientras que la

estrechez de la calle y la huida despavorida de los paseantes no definía una línea de retirada para las dos mujeres y les impedía correr para salvarse, también es cierto que no permitía a sus asaltantes, que portaban armas de fuego, realizar un disparo certero hacia sus objetivos. Si hubieran tenido un poco de táctica, los que estaban en el frente blandiendo sus puñales, y otras armas poco sofisticadas, se habrían hecho a un lado para dar paso a sus camaradas mejor armados. Pero había una recompensa para el que diera el golpe mortal. Esto servía para inspirar a los atacantes, pero también les impedía colaborar para conseguir el objetivo final, no fuera a ser otro el que se llevara la recompensa.

De esta forma, Luminara y Barriss rechazaban los disparos de las armas de fuego y los golpes procedentes de otras menos peligrosas como espadas y puñales. Con los altos muros que las rodeaban y los comerciantes y vendedores corriendo a su alrededor buscando refugio, tenían sitio suficiente para maniobrar. Los cuerpos comenzaron a apilarse frente a ellas, algunos intactos, otros a falta de importantes elementos de su anatomía que habían sido seccionados por precisos movimientos de energía de colores intensos.

La exuberancia y los ocasionales gritos de desafío de Barriss se complementaban con los movimientos fijos y silenciosamente fieros de Luminara. Las dos mujeres no sólo mantenían a los asaltantes a raya, sino que empezaron a forzar su retirada. Hay algo en el aspecto de un Jedi en combate que encoge el corazón de un oponente común. Un aprendiz de asesino sólo necesita ver unos cuantos disparos rechazados por el zumbido previsor de un sable láser para darse cuenta de que hay formas menos letales de ganarse la vida.

Y entonces, justo en el momento en que las mujeres estaban a punto de obligar a lo que quedaba de sus atacantes a doblar una esquina en dirección a una plaza en la que podrían reducirlos mejor, un rugido anunció la aparición en escena de otras dos docenas de asesinos. Esta mezcla de humanos y alienígenas iba mejor vestida, mejor armada y parecía tener más espíritu de equipo en la lucha que el grupo anterior. Luminara se dio cuenta con cansancio de que la intención del grupo anterior no era matarlas, sino dejarlas sin fuerzas. Armándose de valor y dedicando gritos de apoyo a su aprendiz visiblemente abatida, se vio a sí misma una vez más retirándose al estrecho callejón del que habían conseguido escapar con éxito.

Con el valor renovado por la llegada de refuerzos, lo que quedaba del primer grupo reinició el ataque. Jedi y pádawan se vieron obligadas a retroceder todo lo que pudieron.

Pero ya no podían más. La callejuela acababa en un muro liso. Para cualquier otro hubiera sido imposible de escalar, pero un Jedi podía encontrar asideros y salientes donde otros no veían más que una superficie lisa.

— ¡Barriss! —con el sable láser Luminara señaló la pared rojiza que tenían detrás

—. ¡Sube, yo te seguiré!

Poniéndose de rodillas, un hombre con toscos guantes apuntó cuidadosamente su pistola láser al objetivo. Luminara bloqueó sus dos primeros disparos y, quitando una mano de la empuñadura del sable la estiró hacia él. La peligrosa arma salió volando de las manos del hombre como si estuviera viva, dejándole tan sorprendido que cayó de espaldas. Protegido por sus camaradas, no se asustó como hubiera hecho un asesino normal, sino que trepó para recuperar la pistola láser. Ella sabía que no podrían estar así mucho más tiempo.

— ¡Arriba he dicho!

Luminara no tenía que girarse para sentir el impenetrable muro que se erguía tras ella.

Barriss dudó.

—Maestra, podéis cubrirme mientras escalo el muro, pero yo no podré hacer lo mismo por vos desde arriba.

Arremetió contra un serpenteante wetakk y le desarmó antes de que consiguiera deslizarse bajo su guardia, y la criatura retrocedió con un grito de dolor y cambió de mano la espada curvada, lo que le dejaba cinco manos libres. Sin perder el aliento, la pádawan gritó.

—No podéis escalar y utilizar el sable al mismo tiempo.

—Estaré bien —le aseguró Luminara, aunque no sabía qué iba a hacer para subir sin que la hirieran en el ascenso. Pero estaba más preocupada por su pádawan que por ella misma—. ¡Es una orden, Barriss! Haz el favor de subir. Tenemos que salir de aquí.

Barriss dio una última barrida para dejar libre el espacio frente a ella, no sin cierta reticencia, desactivó su sable láser, se lo colocó en el cinturón, dio media vuelta, tomó carrerilla y saltó. El salto le permitió ascender gran parte del muro, al que se aferró como una araña. Parecía encontrar salientes invisibles mientras ascendía. Bajo ella, Luminara mantenía a raya con una sola mano a toda la horda de ávidos asesinos.

Casi en lo alto, Barriss se volvió para mirar abajo. Luminara no sólo estaba lidiando con sus propios asaltantes, sino que además se había adelantado para asegurarse de que los que estaban atrás no apuntaban hacia su pádawan. Barriss dudó de nuevo.

— ¡Maestra Luminara, son demasiados! No puedo protegeros desde aquí arriba.

La Jedi se volvió para responder y al hacerla no vio a un pequeño throbe escondido detrás de un humano más grande. El arma del throbe era pequeña y su puntería no era muy buena, pero el disparo desviado consiguió rozar las ropas de la mujer. Luminara se tambaleó.

— ¡Maestra!

Barriss se debatía frenética entre la posibilidad de escalar lo que quedaba de pared

o desobedecer a su Maestra y bajar para ayudada. En medio de la confusión que la embargaba, un sutil temblor cruzó su mente. Algo perturbaba la Fuerza, pero de forma muy distinta de la que habían experimentado aquella mañana. Era increíblemente fuerte.

Entre gritos de coraje, dos hombres cayeron a ambos lados de Luminara. Ninguno era físicamente imponente, aunque uno tenía una constitución que sugería un desarrollo considerable en potencia. Con los sables de luz centelleando, saltaron entre la salvaje pandilla de asesinos, blandiendo sus armas.

Hay que decir que los atacantes mantuvieron la posición unos instantes. Cuando sus compinches comenzaron a desplomarse a su alrededor, los supervivientes se dispersaron y huyeron. En menos de un minuto, la salida del callejón estaba libre y el camino a la plaza central ya no estaba obstruido. Desprendiéndose del muro, Barriss saltó la considerable distancia hasta el suelo para encontrarse cara a cara con un atractivo joven con un semblante de confianza en sí mismo. Con una sonrisa engreída, el joven desactivó su sable láser y se la quedó mirando.

—Me han dicho que el ejercicio matutino es bueno para el alma, así como para el cuerpo. Hola, Barriss Offee.

—Anakin Skywalker. Sí, te recuerdo del Templo.

Hizo un gesto automático de agradecimiento y corrió a refugiarse al lado de su Maestra. El otro recién llegado ya estaba examinando la herida de Luminara.

—No es grave.

Luminara se arropó en sus vestiduras más de lo realmente necesario. —Llegas pronto, Obi-Wan —dijo a su compañero—. No te esperábamos hasta pasado mañana.

—Nuestra nave se portó bien.

Los cuatro salieron a la plaza y Obi-Wan recorrió el espacio abierto con la mirada. Ya no había perturbaciones anímicas en la Fuerza y se permitió bajar la guardia ligeramente.

—Como llegamos pronto, imaginamos que no habría nadie esperándonos en el espaciopuerto, así que decidimos venir a buscaros. Al ver que no os encontrabais en el alojamiento indicado, decidimos salir a pasear para familiarizamos con la ciudad. Fue entonces cuando sentí el peligro. Nos llevó hasta vosotras.

—Bueno, la verdad es que no te puedo acusar de impuntualidad —sonrió agradecida. Era la misma sonrisa intrigante que recordaba Obi-Wan de haber trabajado con ella anteriormente, enmarcada en aquellos labios de tonalidades distintas—. La situación estaba tomándose algo complicada.

— ¡Algo complicada! —dijo Anakin—. Si no llega a ser por nosotros... —una mirada de desaprobación del Jedi bastó para que dejara la frase a medias.

—Algo que me tiene intrigada desde que nos asignaron esta misión

—Barriss se alejó de su compañero y se acercó a los dos Jedi —es que no

entiendo por qué es necesario que estemos cuatro, si sólo vamos a tratar con lo que parece ser una disputa menor entre los indígenas de la zona —su impaciencia era evidente—. Por lo que habéis dicho antes, tiene que haber algo más.

—Supongo que recuerdas nuestra conversación —explicó Luminara con paciencia—. Pues bien, los nómadas alwari creen que el Senado favorece a los habitantes de la ciudad. Los ciudadanos, a su vez, están convencidos de que el gobierno de la galaxia se pondrá de parte de los nómadas. Esta impresión de favoritismo por parte del Senado está demasiado cerca de convencer a ambos grupos de que Ansion estaría mejor fuera de la República, ya que las disputas internas se solucionarían sin intervención externa. Su representante en el Senado parece inclinarse cada vez más hacia esa postura. También hay pruebas que apoyan la hipótesis de que hay elementos ajenos al planeta que están metiendo cizaña para que Ansion se retire de la República.

—Pero si es sólo un planeta, y además ni siquiera es importante —dijo Barriss.

Luminara asintió lentamente.

—Cierto, pero no es Ansion en sí mismo el que es relevante. Gracias a una complicada red de pactos y alianzas, Ansion podría provocar la secesión de otros sistemas. Muchos más sistemas de los que a mí, o al Consejo Jedi, nos gustaría. Por lo tanto, hay que encontrar la forma de eliminar las diferencias existentes entre los nómadas y los ciudadanos, y así afianzar la representación planetaria. Como forasteros representantes de los intereses del Senado, encontraremos respeto en Ansion, pero no amistad. Mientras estemos aquí, siempre estaremos bajo sospecha. Dada la complejidad de la situación, el tema de las alianzas inestables, la posible presencia de agitadores externos y la gravedad de las ramificaciones potenciales, se consideró que dos parejas de negociadores obtendrían una impresión más amplia y más rápida de la situación que una.

—Ahora lo entiendo.

Había mucho más en juego de lo que Barriss había pensado, mucho más que un desacuerdo entre ciudadanos y nómadas. ¿Acaso era que Luminara había recibido la orden de ocultar a su aprendiz la verdadera naturaleza de la expedición, o quizá ella estaba demasiado ocupada con su aprendizaje como para ver más allá? Le gustara o no, lo cierto era que a partir de ahora tendría que prestar más atención a la política galáctica.

Por ejemplo, ¿por qué había poderes más allá de Ansion que perseguían su secesión de la República hasta el punto de interferir en los asuntos internos del planeta? ¿Qué podían ganar esas entidades desconocidas con la secesión? Había miles y miles de mundos civilizados en la República, la salida de uno, o incluso de varios, apenas alteraría el esquema general del gobierno galáctico. ¿O no?

En ese momento supo que había una pieza importante que le faltaba, y el hecho

de saberlo era sumamente frustrante. Pero no pudo preguntar a su Maestra porque Obi-Wan estaba hablando.

—Alguien ajeno a Ansion no quiere que triunfen las negociaciones.

Quieren la secesión de Ansion de la República, con todas las problemáticas consecuencias que eso conllevaría —Obi-Wan miró al cielo, que amenazaba tormenta—. Sería muy útil saber quién. Tendríamos que haber detenido a uno de los atacantes.

—Quizá eran delincuentes comunes —señaló Anakin.

—Es posible —consideró Luminara—, pero de todas maneras si Obi-Wan está en lo cierto y los asaltantes habían recibido el encargo de impedirnos continuar nuestra misión, estoy segura que el responsable no les comunicó el objetivo de su plan y que probablemente les ocultó su identidad. Aunque hubiéramos podido capturar a uno, no hubiéramos sacado nada en claro.

—Eso es cierto —admitió el pádawan.

—Así que tú también estuviste en Naboo, ¿no? —sintiéndose excluida de la conversación de los dos Jedi, Barriss se dirigió a su compañero. —Así es —el orgullo resonaba en la voz del joven.

Es extraño, pensó ella. Extraño, pero no desagradable. Parecía lleno de conflictos internos como un arbusto momus repleto de semillas. Pero era innegable que la Fuerza era muy potente en él.

—¿Cuánto tiempo llevas siendo la pádawan de la Maestra Luminara? —preguntó él.

—Lo suficiente como para saber que aquellos que siempre tienen la boca abierta suelen tener los oídos cerrados.

—Genial. ¿Te vas a pasar todo el tiempo que estemos juntos hablando en aforismos?

—Al menos puedo hablar de algo que no soy yo —replicó ella—. Me parece que sacaste malas notas en modestia.

Para su sorpresa, él mostró un gesto contrariado.

—¿No he hablado más que de mí? Lo siento —señaló a las dos figuras que caminaban ante ellos por la bulliciosa calle—. El Maestro Obi-Wan siempre dice que tengo un problema con la impaciencia. Quiero saberlo y hacerlo todo ahora, ya. Ayer. Y tampoco se me da bien disimular que preferiría estar en otra parte. Esta misión no me entusiasma.

Ella hizo un gesto hacia el callejón que habían dejado atrás lleno de cuerpos apilados.

—Llevas aquí menos de un día y ya has estado en un combate mano a mano a vida o muerte. Tu definición sobre el entusiasmo debe de ser especialmente ecléctica.

Él hizo amago de reírse.

—Y tú tienes un sentido del humor muy especial. Creo que nos vamos a llevar

bien.

Llegaron al distrito comercial del otro lado de la plaza y se mezclaron con la multitud de humanos y de alienígenas. Barriss no estaba tan segura. Qué clase de confianza en sí mismo exhibía este pádawan de estatura considerable y ojos azules. A lo mejor era cierto eso de querer saberlo todo. Su actitud era como si ya lo supiera. ¿O acaso estaba confundiendo arrogancia con confianza?

Él se separó de ella de repente y se detuvo ante un puesto que vendía frutos secos y verduras de la región de Kander, al norte de Cuipernam. Cuando regresó sin comprar nada, ella le miró desconcertada.

— ¿Y eso a qué ha venido? ¿Has visto algo con buen aspecto pero al acercarte ha resultado no tenerlo?

— ¿Eh? —de repente parecía preocupado—. No, no tiene nada que ver con la comida —volvió a mirar el puesto ambulante, mientras se apresuraban para alcanzar a sus Maestros—. ¿No lo has visto? Aquel chico, el del chaleco y los pantalones largos, estaba discutiendo con su madre. Estaba gritando a su madre —sacudió la cabeza con un gesto de dolor—. Algún día se arrepentirá de ello. No se lo he dicho así directamente, pero creo que lo ha entendido —se sumergió en sus pensamientos—. La gente está tan ocupada con sus vidas que a menudo olvida lo que realmente importa.

Pero qué pádawan más extraño, pensó ella, y qué joven más extraño aún. Tenían más o menos la misma edad, aunque en algunas cosas le resultaba mucho más infantil, y en otras mucho más maduro. Se preguntó si tendría tiempo suficiente para conocerle mejor. Se preguntó si alguien tenía tiempo suficiente para conocerle mejor. Ella desde luego no lo había tenido en los breves encuentros que mantuvieron en el Templo Jedi. En ese momento retumbó un trueno. Y por alguna razón supo que lo que le daba miedo era lo que se avecinaba mucho más que lluvia.

3

Ogomoor no estaba contento, precisamente. Caminaba lo más despacio posible por el elevado corredor de los cuarteles del bossban, intentando ignorar las miradas de reojo que le dedicaban criados, sirvientes y trabajadores atareados que iban de un lado para otro. Aunque su cargo como consejero del bossban era muy superior al de todos ellos, hasta el último en rango mostraba más aplomo y alegría que él. Hasta el pequeño smotl verde azulado conocido como Ib-Dunn, cargado hasta arriba de papeles más grandes que él, dedicó una mirada de compasión al consejero, mientras éste pasaba por encima de él sin perjudicarlo en absoluto.

Ogomoor sabía que tenían razones para compadecerle aquel día.

Fueran buenas o malas, el trabajo de Ogomoor era informar al bossban Soergg el hutt de las noticias más relevantes. Y dado que las que ahora portaba eran todo menos placenteras, Ogomoor se había pasado toda la mañana rezando devotamente para que intercediera por él alguna enfermedad febril y extremadamente contagiosa. Pero tanto él como el bossban estaban en perfecto estado de revista.

Sus compañeros especulaban sobre el resultado del encuentro que iba a mantener con Soergg, pero ni uno de ellos le dedicó un gesto de apoyo más allá de una mirada de auténtica compasión. Era increíble lo rápido que se propagaban las noticias, sobre todo las malas, entre los rangos inferiores, pensó en uno de los momentos en los que no estaba auto compadeciéndose.

Al doblar una esquina, se encontró de pie frente a la entrada del despacho y santuario del bossban. Dos yuzzem armados hasta los dientes flanqueaban la puerta. Le miraron con desdén como si ya estuviera muerto y enterrado. Encogiéndose, se anunció por el interfono. Terminemos esto de una vez, decidió.

El bossban Soergg el hutt era una masa de carne flácida, grisácea y pesada que sólo otro hutt podía encontrar atractiva. Estaba de espaldas a la puerta con las manos cruzadas sobre la barriga, mirando por la amplia ventana polarizada que daba la parte sur de Cuipernam. En un lado se hallaban tres de sus concubinas jugando al bako. No estaban encadenadas en aquel momento. Una de ellas era humana, otra broguna y la otra provenía de una especie que Ogomoor no había podido averiguar. El consejero tenía dificultades para imaginar lo que Soergg hacía con ellas. Cuando la broguna le dirigió una mirada de tristeza con sus cuatro ojos, Ogomoor supo que estaba en serias dificultades.

Soergg se giró con dificultad, alejándose de la ventana. Un pequeño androide custodio se apresuró a acomodarse al movimiento, cumpliendo su tarea de forma eficaz y poco entusiasta, ya que su trabajo consistía en ir limpiando el rastro baboso del hutt. Con las manos sobre su descomunal panza, el hutt observó a Ogomoor con

ojos saltones y acuosos.

—Has fallado.

—Yo no, Su Omnipotencia —Ogomoor se inclinó tanto como era posible dada la cercanía de las babas del hutt—. Encargué la misión a los mejores, aquellos que me fueron recomendados. El fallo fue suyo y de los que les recomendaron. Estos despreciables ya han recibido su merecido. Yo, por mi parte, no soy más que vuestro humilde servidor.

— ¡Urrp! —el eructo del bossban le sorprendió en primera línea de fuego, y sin la posibilidad de esquivado educadamente, Ogomoor tuvo que sufrir toda la fuerza del gas. La fétida emisión le hizo tambalearse, pero se mantuvo en su sitio sin moverse—. Quizá no fue culpa de nadie.

Ante esta atípica y sorprendente exhibición de comprensión por parte de Soergg, Ogomoor comprendió de inmediato que era una trampa. Intentó adivinar con cautela cuáles eran sus verdaderas intenciones.

—Si ha habido un fallo, ¿cómo es posible que no sea culpa de nadie, oh, Grandiosidad?

Hizo un gesto tímido con la mano.

—Esos idiotas que fallaron tenían instrucciones de enfrentarse a una Jedi y su pádawan. No a dos. La fuerza Jedi crece de forma exponencial. Luchar con uno es como luchar con dos, enfrentarse con dos es más parecido a pelear con ocho, y con ocho...

Un temblor dibujó surcos en toda la carne del hutt. Ogomoor estaba impresionado. Aunque nunca había visto a uno de aquellos legendarios Jedi en persona, cualquier cosa que hiciera estremecerse a Soergg era algo que más valía evitar.

—La llegada de los otros dos se esperaba para dentro de dos días.

—Soergg murmuraba para sí ahora y las palabras emergían del vasto abismo de su estómago como gas metano en la superficie de una poza de descomposición—. Se podría pensar que percibieron la confrontación que se avecinaba y adelantaron su llegada. Este cambio de planes es sospechoso, y debe ser puesto en conocimiento de otros.

— ¿Qué otros? —preguntó Ogomoor, arrepintiéndose de inmediato de haberlo hecho.

Soergg le miró atentamente.

— ¿Y a ti qué te importa, subordinado?

—Eh, nada, la verdad —Ogomoor quería esconderse en sus propias botas.

—Es mejor para ti, créeme. Con sólo mencionar ciertos nombres o ciertas organizaciones te quedarías helado. Regocíjate en tu ignorancia y un rango inferior.

— ¡Oh!, lo hago, Su Corpulencia, ya lo creo —pero en secreto deseaba conocer

de quién o de qué hablaba el bossban. La expectativa de posibles riquezas superaba con mucho cualquier temor que pudiera sentir.

—La situación empeoró —comenzó a decir el hutt —porque los Jedi entrenados son capaces de percibir perturbaciones amenazadoras a su alrededor. Dada esta capacidad, son infernalmente difíciles de sorprender. A ciertas personas no les va a gustar nada este giro en los acontecimientos. Habrá gastos adicionales.

Esta vez Ogomoor se quedó callado.

Los movimientos de los hutt son lentos, pero sus mentes son rápidas.

—Aunque tu boca está cerrada, veo a tu cerebro trabajando. Los detalles de esta historia son para que yo los sepa y a ti se te olviden.

Percibiendo la irritación del bossban, Ogomoor prefirió no preguntarle cómo iba a olvidar algo que no sabía.

—Quizá no tenga importancia. Los representantes de la Unidad cada vez se muestran más insatisfechos con la continua indecisión de los funcionarios de la República en lo que se refiere a la reclamación territorial de los nómadas. Tengo entendido que, al igual que con muchos otros remas, la opinión del Senado está dividida.

—Sí, sí, lo sé —gruñó Soergg—. Parece que toda la galaxia está gobernada por la confusión en lugar del consenso —una mueca monstruosa cruzó su curtido rostro—. El caos no es bueno para los negocios. Ésa es la razón por la que los hutt se han aliado con esas fuerzas que trabajan para el cambio. Por la estabilidad, la amiga del capitalista —agitó un dedo hacia su ayudante—. Con un poco de suerte, los Jedi necesitarán tiempo para llegar a hacer algo. Todavía queda mucho debate por delante antes de solucionar el enfrentamiento entre las gentes de la ciudad y los nómadas. Eso nos proporciona tiempo y la posibilidad de finalizar este negocio de forma satisfactoria. Debe concluir de forma satisfactoria. No se puede permitir que unos Jedi influyan en la opinión de los representantes de la Unidad. La votación sobre la secesión de Ansion debe seguir adelante.

La baba se le derramaba por la barbilla inexistente mientras se relamía con su enorme lengua. El androide custodio se apresuraba a recoger la asquerosa flema antes de que manchara el suelo.

—No te puedes imaginar —añadió el hutt en un tono peligrosamente bajo —el alcance de la repercusión que tendría fallar en esta misión. Aquellos que nos han encargado el cumplimiento de sus deseos son conocidos por castigar los fallos de formas que no podemos ni adivinar.

La imaginación de Ogomoor no tenía límites.

—Lo haré lo mejor que pueda, como siempre, bossban, pero es que cuatro Jedi...

—Dos Jedi y dos pádawan —le corrigió Soergg. Parecía nostálgico de repente. Por lo menos, todo lo nostálgico que puede parecer un hutt—. Esos patéticos

estúpidos que tuviste que contratar son un ejemplo de la calidad típica que se puede encontrar en planetas pequeños como Ansion. Lo que necesitamos para este trabajo es un auténtico profesional, alguien cuyo oficio y experiencia estén más allá de las fronteras legales de la galaxia. Un auténtico cazador de recompensas, por ejemplo. Por desgracia es algo que no encontraremos aquí en Ansion —se quedó callado un largo rato—. ¡Bien! —exclamó al fin—. Por lo menos vamos a sacar algo positivo de este error. Gracias a esos Jedi, quedan pocos supervivientes para reclamar su recompensa.

—Si ya no me necesitáis, oh Grandiosidad, tengo mucho trabajo —Ogomoor comenzó a retroceder hacia la puerta—, el cargamento de piel de tware de Aviprine está al caer...

—No tan rápido —el consejero se detuvo de mala gana—. Espero que sepas estar a la altura, Ogomoor. El buen comerciante es aquel que no pierde una oportunidad. Es el momento de que pongas en práctica es astucia por la que se conoce a los de tu tribu. El asunto de impedir a los Jedi que interfieran tiene prioridad absoluta, incluido el cargamento de pieles tware. Espero que me mantengas informado con regularidad. Cualquier cosa que necesites la requisas, yo te daré la autorización necesaria. Los intrusos han de ser detenidos o las consecuencias serán terribles. ¿Me he explicado bien?

—Por supuesto —Ogomoor se inclinó.

El hutt se hinchó como un sapo orgulloso. —Como siempre.

—Lo que es una gran satisfacción para todos nosotros, oh, Patrón de Patrones.

Ogomoor salió por fin de la sala con su rango y sus miembros intactos y decidió ignorar los cuchicheos políglotas que le seguían a su paso hacia sus dependencias.

No había nada por lo que preocuparse, se dijo a sí mismo. Tampoco era para tanto. Todo lo que tenía que hacer para conservar la confianza y el aprecio del patrón era supervisar la desaparición de los dos Caballeros Jedi y sus pádawan. Cualquier nativo ignorante podría llevar a cabo esa a aunque tuviera sólo la mitad del cerebro, que es precisamente lo que quedaría de él tras enfrentarse a un Jedi furioso, pensó Ogomoor distraídamente. ¿Qué había dicho el saco relleno de grasa asquerosa? ¿Algo sobre la dificultad de pillar a un Jedi desprevenido? ¿Seguro que no había forma de contrarrestar semejante talento?

O, mejor aún, ¿no habría una forma de esquivarlo?

—No salió bien.

Soergg se desparramó ante la videopantalla. El hutt sentía bastante respeto por la pequeña bípeda a cuyo holograma se dirigía. No por su personalidad, sino por los inmensos logros de Shu Mai en el campo del comercio.

— ¿Qué pasó? —preguntó cortante la presidenta del Gremio de Comerciantes.

—El segundo Jedi y su pádawan llegaron antes de lo esperado e impidieron la ejecución de las primeras —Soergg se inclinó aún más sobre el visor—. La información que se me proporcionó era insuficiente. Perdimos muchos mercenarios. He incurrido en gastos.

Shu Mai no mostró clemencia.

—A mí no me eches la culpa de tus fallos. Tenías la información más actualizada disponible. ¿O acaso crees que seguir los movimientos de un Jedi es como seguir a una cortesana por la pista de baile? No publican sus venidas —estaba visiblemente molesta—. Y ahora yo tengo que comunicar esta desagradable información a otra instancia. ¿Qué se supone que vas a hacer para solucionar tu imperdonable error?

—Estamos trabajando en el tema. Los Jedi no podrán impedir la secesión de Ansion.

—Ansion es el hogar que elegiste —le recordó Shu Mai al hutt—. ¿Te igual que permanezca o no en la República?

Soergg hizo un ruido desagradable.

—El hogar de un hutt está donde estén sus intereses económicos.

La presidenta del Gremio de Comerciantes asintió.

—Ni los miembros de la Federación de Comercio son tan ruines.

—Bonitas palabras, viniendo de alguien cuya organización ocultó la contaminación de niobarium de Vorian Cuatro.

Con un gesto de sorpresa Shu Mai replicó:

— ¿Tú sabes eso? Si tienes acceso a una información tan restringida supongo que no te será difícil eliminar a un par de Jedi y sus pádawan. —No lo será —coincidió Soergg—si consigo la ayuda adecuada. ¿No podéis enviarme a los individuos adecuados?

Shu Mai negó con la cabeza.

—Tengo instrucciones estrictas de no realizar acciones que pudieran atraer aún más la atención del Consejo Jedi. Y enviar a alguien de fuera sería ese tipo de actuación. Nuestro amigo recibiría una gran presión para justificar ese movimiento. Tendrás que conformarte con lo que puedas encontrar allí. Me aseguraron que eras capaz de hacerla, por eso recibiste el encargo.

—Es que no es nada fácil —se quejó Soergg con amargura.

La presidenta del Gremio de Comerciantes se acercó lo suficiente al holoreceptor como para que su rostro ocupara toda la imagen.

—Si quieres hacemos una cosa, hutt. Nos cambiamos el puesto. Yo me encargo de esos mediocres Jedi y tú te vienes aquí y te las ves con el que yo tengo que tratar.

Soergg se lo pensó, pero tampoco mucho. Los hutt no habían llegado a donde estaban haciendo el tonto precisamente. Por otra parte, siempre quedaba la

posibilidad de saltarse a Shu Mai en caso de que se pusiera demasiado pesada. Se podía pasar por encima de ella.

¿Pero era eso lo que Soergg quería? No estaba seguro de querer conocer al que estaba detrás del Gremio de Comerciantes, al menos no en persona.

—Percibo agitación, ansiedad y hostilidad —dijo Obi-Wan.

Anakin le seguía diligente mientras el Jedi se abría paso hacia el Consejo de la ciudad de Cuipernam, donde se iban a reunir formalmente por primera vez con diputados de la Unidad de Comunidades, la entidad política un tanto etérea que representaba a las diseminadas ciudades-estado de Ansion, y que era lo más parecido a un gobierno planetario en aquel mundo. El mismo gobierno planetario, recordó Obi-Wan, que amenazaba con separarse de la República, y como consecuencia, arrastrar a docenas de sistemas con él.

Luminara asintió.

—Es decir, una banda de políticos histéricos —miró a Barriss—. Hay ciertas constantes que permanecen invariables en toda la galaxia, querida. La velocidad de la luz, el movimiento de los muones y la incapacidad de los políticos de comprometerse con algo que exija un mínimo de responsabilidad personal.

Como de costumbre, la pádawan escuchó atentamente antes de contestar.

— ¿Y cómo les convenceremos de lo correcto de las acciones del gobierno galáctico y que es mejor para sus intereses permanecer en la República?

—A veces parece que el dinero es lo único que funciona —dijo Obi-Wan en tono sardónico—. Pero independientemente de lo que esté ocurriendo ahora mismo en el Senado, ésa no es la forma de obrar de un Jedi. Al contrario que los políticos, nosotros no podemos comprar la lealtad de esta gente con promesas de ayuda financiera y elaborados proyectos de desarrollo. En lugar de eso, nos limitamos a utilizar la razón y el sentido común. Si todo sale bien responderán con tanto entusiasmo como lo harían ante un fajo de billetes.

No había necesidad de que los guardias o consejeros les anunciaran a los representantes de la asamblea. Les esperaban. El Consejo era bastante impresionante para ser de Cuipernan: elevado y extenso, con las cornisas del segundo piso decoradas con escenas de la historia de Ansion en cuarzo tintado. Sin duda su cometido era impresionar a los ciudadanos que acudían a hacer sus peticiones. En Coruscant no hubiera llamado la atención ni del viajero más curioso, pensó Obi-Wan. La diferencia de escala y apariencia no le hizo sentir más grande ni más importante que los habites locales. Al comienzo de su entrenamiento ya empezó a darse cuenta de que los logros físicos no eran significativos ni importantes. Cualquiera podía comprar ricas vestiduras y preciosas joyas, o vivir en una gran casa y tener sirvientes orgánicos y

mecánicos. Pero la sabiduría era mucho más difícil de adquirir.

Sin embargo, los cuatro visitantes miraban con admiración a su alrededor cuando recibieron a la hembra que vino a saludarles formalmente. Siete delegados les aguardaban sentados en una gran mesa de una sola pieza de madera de xell violácea. Había dos humanos, cuatro ansionianos y un armalat.

Luminara estudió a los ansionianos cuidadosamente. La especie dominante en Ansion era de tamaño algo parecido al humano, y mucho más esbelta y ágil. Tenían la piel amarillenta, casi dorada y ambos sexos carecían de pelo, excepto por una sorprendente cresta de unos quince centímetros de ancho que empezaba en la frente y les llegaba hasta el final de la columna y acababa en una cola de unos quince centímetros de largo, cuyo color variaba de un espécimen a otro, y la tenían cuidadosamente peinada bajo sus cálidos ropajes. Sus grandes ojos de pequeñas pupilas negras solían ser rojos, aunque variaban en ocasiones a colores más claros, como el amarillo, y rara vez al malva. Los numerosos dientes eran visiblemente afilados. Aunque los ansionianos eran omnívoros, comían más carne que los humanos. Sobre todo, carne de alwari.

Por supuesto, no había nadie en la cámara que representara los intereses de los nómadas. Evitaban las zonas pobladas y preferían la vida al aire libre, en las inmensas praderas que poblaban la extensa geografía de Ansion. Tras milenios de constantes conflictos entre nómadas y ciudadanos, parecía que las diferencias se habían resuelto y una paz relativa reinaba desde hacía doscientos años locales. Pero las exigencias de la República amenazaban con quebrar el frágil equilibrio y arrastrar por completo a Ansion fuera del gobierno galáctico.

Los nómadas deseaban permanecer bajo el gobierno republicano.

Pero los ciudadanos, aplastados por el peso de la enorme cantidad de normas procedentes de Coruscant, empezaban a ver con buenos ojos el nuevo movimiento secesionista. Esto hacía surgir roces en la relación entre nómadas y urbanistas. Pero si se conseguía reconciliar estos puntos de vista opuestos, Ansion se quedaría en la República, se dijo Luminara. No hay más que retroceder en la historia para ver que los pequeños conflictos suelen expandirse más allá de sus fronteras. Era probable que ninguna de las partes en disputa fuera realmente consciente de las consecuencias que estaban en juego. El creciente enfrentamiento entre ambos bando tenía ramificaciones galácticas.

Los acontecimientos de Ansion no sólo eran seguidos de cerca por aquellos unidos por pactos o tratados formales al planeta. Debido a su ubicación estratégica y a las innumerables alianzas que ostentaba, Ansion era una pieza clave de la República. Sólo hay que extraer una pequeña pieza de una represa a pleno rendimiento para provocar una inundación.

Un ansioniano se levantó e hizo un gesto a modo de saludo local. Luminara

observó que los otros delegados no se levantaron.

—Soy Ranjiyn, Al igual que mis colegas, represento a la Unidad de Comunidades de Ansion.

Luminara sabía que la mayoría de los ansionianos sólo utilizaban el nombre. Su cresta lucía unas rayas blancas y negras. Comenzó a presentar a sus colegas. No era necesario ser un Maestro en la Fuerza para percibir su hostilidad. Cuando acabaron las presentaciones añadió: —Nosotros, las ciudades de Ansion, os damos la bienvenida, representantes del Consejo Jedi, y ponemos a vuestra disposición toda la hospitalidad y cooperación que podamos ofrecer.

Bonitas palabras, pensó Anakin. El Maestro Obi-Wan se había pasado gran parte de su tiempo intentando satisfacer la curiosidad de su pádawan en materia de política. Una de las primeras cosas que aprende un estudiante de esta odiosa materia es que las palabras son la moneda de cambio más barata de los políticos y, por tanto, la emplean constantemente.

Pero Luminara ya estaba respondiendo. Era bastante peculiar para ser una Jedi, pensó el joven. A veces podía ser tan amenazante como Obi-Wan, pero por lo menos era mucho más amable y abierta que su repelente pádawan Barriss.

—En nombre del Consejo Jedi, Obi-Wan Kenobi y yo, Luminara Unduli, os damos las gracias en nuestro nombre y en el de nuestros pádawan, Anakin Skywalker y Barriss Offee - tomaron asiento en el lado opuesto de la preciosa mesa frente a sus anfitriones-. Como ya saben, estamos aquí para mediar en el conflicto entre los habitantes de la ciudad de su mundo y los nómadas alwari.

—Por favor —un hombre alto y de aspecto digno hizo un gesto de desprecio—. Nada de subterfugios Jedi. Todos sabemos que están aquí para hacer cualquier cosa en su poder por evitar la secesión de Ansion de la República. Los enfrentamientos locales a los que hacéis alusión no preocupan en absoluto al Consejo Jedi —sonrió confiado—. De ninguna manera habrían enviado cuatro representantes para manejar un asunto menor de carácter interno.

—Ningún asunto es menor para el Consejo —respondió Obi-Wan—.

Queremos que todos los habitantes de la República disfruten de la paz, donde quiera que estén, sea cual sea su especie o sus costumbres y estilo de vida.

— ¡Disfrutar! —una ansioniana con rayas verticales en la cara y un ojo de un marrón nublado sacó una pila de discos de datos del tamaño de un ladrillo de debajo de la mesa y los arrojó a la pulida superficie—. ¡Estilo de vida! ¿Sabes lo que es esto, Jedi? —antes de que Obi-Wan o Luminara pudieran responder, les dijo: —Es la última actualización bimensual política procedente del Senado de la República. Sólo la última —señaló el enorme montón como si fuera una asquerosa criatura marina que hubiera caído muerta ahí mismo y se hubiera empezado a pudrir—. Sólo los datos anuales contienen más información que la biblioteca de la ciudad.

Cumplimiento, adhesión y obediencia: eso es lo que le interesa al Senado ahora mismo. Eso, y un trato comercial preferente para ellos mismos y aquellos a quienes representan. La antaño gran República Galáctica ha decaído gracias a los burócratas y funcionarios que sólo buscan engrandecerse y avanzar, no la justicia o el juego limpio.

—La evidente predilección del Senado por los alwari es una clara prueba de ello —declaró otra ansioniana—. El senador Mousul nos mantiene bien informados.

—El Senado no favorece a ningún grupo étnico o social —enunció Luminara—. Ese principio básico está entre los pilares del derecho fundador de la República y permanece invariable.

—Yo estoy de acuerdo con la delegada —dijo Obi-Wan lentamente. Todos dirigieron miradas de sorpresa al Jedi. Hasta la propia Luminara.

—Disculpad a mis oídos —murmuró Ranjiyn—, pero, ¿habéis dicho que estáis de acuerdo con Kandah?

Obi-Wan asintió.

—Negar que hay problemas en el Senado y en la burocracia sería como negar que las estrellas laten. Es cierto que hay confusión y desacuerdo. Y es cierto que hay conflictos burocráticos —alzó la voz levemente, pero no de una forma normal. Estaba llena de energía controlada—, Pero la ley de la República permanece pura e inviolable. Mientras que los seres participantes sean fieles a eso, todo irá bien en la galaxia —su mirada se clavó en Kandah—. Y en Ansion.

Tolut el armalat estaba sentado en un extremo porque sus enormes piernas no cabían bajo la mesa. Se levantó y señaló a Obi-Wan con uno de sus tres rollizos dedos.

— ¡Ofuscación Jedi! —observó con sus pequeños ojos rojos a sus compañeros—. ¿No veis a lo que está llevando esto ni lo que se pretende? Intentan engañarnos con palabras inteligentes. Seguro que piensan que todos los ansionianos somos unos catetos rurales.

Se inclinó sobre la mesa, apoyando los nudillos de sus poderosas manos en la suave madera purpúrea, que a pesar de su solidez crujió bajo el peso de cientos de kilos.

— ¿Maestros de la Fuerza decís que sois? Maestros de las tretas y las trampas, digo yo. ¡Engaño Jedi!

—Por favor, Tolut —Ranjiyn intentó calmar a su enorme y nervioso colega—. Muestra un poco de respeto por la Fuerza, ya que no lo tienes por nuestros visitantes. Aunque estemos en desacuerdo, aún podemos...

— ¡Agh! La Fuerza. Os alucina y os intimida la tontería ésta de 1a Fuerza —sacudió sus dedos verdes hacia los silenciosos visitantes—. Son humanoides como vosotros. Seres vivos como yo. Sangran y mueren como cualquier criatura de carne y

hueso. ¿Por qué seguir sufriendo bajo el peso de sus agobiantes normas? Sus funcionarios o están corruptos, o bien no conocen las necesidades de cada especie, o las dos cosas. Cuando un gobierno se convierte en una vieja criatura marina, se le debe tratar como tal —sus dientes gruesos y afilados brillaron—. La sacamos y la enterramos —se inclinó sobre la mesa y cogió la pila de discos que había traído Kandah, y la tiró a la pared desparramándolos por todas partes.

— ¡Regulaciones y restricciones! Lo que puede o no puede hacer la gente. Meras palabras, que por cierto no hemos escrito nosotros. A este movimiento de abandonar la República deberíamos de unimos, propongo yo y aquellos a los que represento. ¡Libertad para Ansion! Y si los alwari no se unen a nosotros, entonces les trataremos como lo hacíamos en el pasado.

Durante todo el discurso, los visitantes permanecieron callados. La mano de Anakin comenzó a dirigirse al sable láser, pero un amago de sonrisa de su Maestro bastó para detenerle. A Anakin le traía sin cuidado si Ansion permanecía o no en la República. Las intrincadas maquinaciones de la política galáctica seguían siendo un misterio para él. Aunque lo que le ponía furioso era el insulto que le habían dirigido a su Maestro. Pero se obligó a mantener la calma, porque su Maestro así lo deseaba.

Él sabía que Obi-Wan Kenobi era capaz de cuidarse solo.

El Caballero Jedi comenzó a levantarse, pero la atención de Anakin fue atraída hacia la mujer sentada a su lado.

—La Fuerza es algo sobre lo que no se habla a la ligera, mi enorme amigo —dijo Luminara al armalat—. Sobre todo alguien que no sabe de lo que está hablando.

Tolut volvió a ofrecer una amplia sonrisa con sus enormes y lisos dientes blancos y comenzó a rodear la mesa. Barriss y Anakin se empezaron a poner nerviosos, pero Obi-Wan se mantuvo indiferente ante el enorme armalat que se acercaba. Una ligera sonrisa cruzaba su cara. Luminara se levantó y se alejó de la silla.

— ¿Creéis que los Jedi sois los únicos que conocéis la Fuerza? —Tolut se rió mirando a sus colegas—. Cualquiera puede aprender, sólo hay que practicar.

Levantó su manaza y dirigió un gesto hacia la mesa. Una de las jarras de cristal que contenían el agua para aplacar la sed de los participantes comenzó a temblar, y entonces se elevó medio metro por encima de la superficie. Sus mejillas se llenaron de grandes gotas de sudor brillante. Y sonrió triunfante a sus amigos.

— ¿Lo veis? Con práctica y voluntad se puede hacer cualquier cosa que haga un Jedi. No hay razón para sorprenderse.

—Por el contrario —dijo Luminara—, el conocimiento siempre es fuente de sorpresas.

Ella no alzó la mano. No tenía que hacerlo.

La jarra dejó de temblar y se detuvo. Luminara se concentró en el objeto, que subió hasta el techo. Los delegados lo miraban fijamente fascinados. Vivían en un

planeta secundario por lo que nunca habían tenido la oportunidad de observar la manipulación Jedi de la Fuerza.

La jarra se movió por el techo como un pájaro de cristal hasta situarse justo sobre el armalat. Con una mueca de disgusto, la criatura comenzó a gesticular frenéticamente en dirección al objeto, que no se movió ni un ápice. No sirvió de nada.

Como si un experto camarero estuviera manipulándola, la jarra se giró de pronto y roció su congelado contenido sobre el frustrado alienígena. Se secó los ojos con las manos y se acercó a la tranquila Jedi. Barriss fue a coger su sable láser, pero su Maestra la tranquilizó, al igual que hizo Obi-Wan con su pádawan.

Una por una, las restantes jarras se elevaron de la mesa y rociaron el agua que contenían en el rostro de Tolut. Los que permanecían sentados y secos, comenzaron a reírse, los humanos con suaves sonidos, y lo ansionianos emitiendo bramidos continuos que desmentían sus nervudas apariencias. La tensión que rodeaba la reunión como una fina tela de araña se desvaneció de pronto.

—Espero —dijo Luminara mientras se giraba y volvía a su sitio que nadie tenga sed ahora.

El alienígena empapado gruñó de forma amenazadora, pero expresión cambió súbitamente. Secándose el agua de la cara, de la boca y de sus ropajes de cuero, volvió a su silla y se sentó haciendo un ruidillo acuoso. Cruzó sus brazos del tamaño de un torso humano sobre el pecho, y asintió lentamente mirando a la mujer responsable de su mojada humillación.

—Tolut es importante entre los suyos. No siempre habla tan bien.

Pero importante no siempre quiere decir estúpido. Tolut sabe reconoce sus errores. Sé reconocer el poder. Me equivoqué con las habilidades Jedi.

Luminara le dedicó una sonrisa de amabilidad.

—No es vergonzoso admitir que no se sabe todo. Es una muestra de sabiduría, que es un talento mucho máspreciado que la fuerza física, o la capacidad de influir en la Fuerza. Tu actitud es elogiabile, no condenable —inclinó levemente la cabeza—. Te felicito por la agudeza de tu comentario.

Tolut dudó un momento de si la Jedi se estaba riendo de él. Cuando se dio cuenta de que el cumplido era sincero y que provenía del corazón, su actitud se suavizó considerablemente.

—Quizá la Unidad pueda colaborar con vosotros —por un momento, la hostilidad que había mostrado al principio amenazó con volver a pesar de la lección que acababa de aprender—. Pero trabajar con los alwari es otra cosa.

Obi-Wan se volvió para susurrar a Anakin.

—Y eso, mi joven pádawan, es una demostración de lo que se conoce como diplomacia dinámica.

Skywalker asintió. —Tomo nota.

Examinó el tranquilo y bello rostro de Luminara Unduli. Ni siquiera se fijó en la expresión de “te lo dije” de Barriss. Su gesto se parecía a una sonrisa.

Ranjiyn se secaba las últimas lágrimas producidas por la risa mientras intentaba recuperar el tono serio que tenía la reunión antes del incidente acuoso.

—No importa lo que hagan, por muchos trucos que intenten no conseguirán convencer a los alwari de que compartan con nosotros la explotación de las praderas. Y ésa es la única condición que exige la Unidad para permanecer en la República, que se nos trate a todos por igual en todo el planeta, y no como a un pueblo confinado para siempre en nuestras ciudades. Tal y como está la situación ahora mismo, los nómadas controlan la gran mayoría del territorio, y nosotros las ciudades. Si van a acudir con quejas al Senado cada vez que intentamos ampliar nuestros dominios, entonces será mejor que nos escindamos de la República y de sus interminables y pestilentes normas y reglas.

—En mi opinión, eso daría lugar a una guerra civil interminable —dijo Anakin. Miró a Obi-Wan un instante y añadió:

—O por lo menos una especie de conflicto continuo entre nómadas y ciudadanos.

—Sería perjudicial para ambos bandos —continuó Barriss percibiendo la mirada de aprobación de Luminara.

El humano alto y anciano hizo un gesto de resignación.

—Cualquier cosa es mejor que vemos obligados a arrodillarnos bajo el peso de unas normativas que tardan un siglo sólo en ser aprobadas por el comité. Unos amigos nos han asegurado que si anunciáramos nuestra escisión de la República, la ayuda que nosotros requerimos, y no la que ofrece el Senado, llegaría de inmediato.

— ¿Qué amigos? —preguntó Obi-Wan distraídamente. Su tono hacía ver que no mostraba especial interés, pero Anakin sabía la verdad, podía percibir una ligera tensión en la actitud de su Maestro.

Pero nunca supieron si el ansioniano percibió esa tensión, y si lo hizo tampoco dio nombres.

Luminara interrumpió el silencio.

—Cualquier cosa es mejor, menos la paz —miró a cada uno de los escépticos delegados uno por uno—. Como representantes del Consejo Jedi tenemos una propuesta que hacerles. Si conseguimos que los alwari accedan a compartir el dominio de la mitad o más de los territorios de las praderas que controlan actualmente, y les permitan desarrollar explotaciones de los recursos que encuentren, ¿aceptaría el pueblo de la Unidad permanecer bajo las leyes de la República, con las que siempre ha convivido, y olvidar toda esta peligrosa historia de la secesión?

Ante esta inesperada oferta, los delegados se reunieron a murmurar entre ellos, y por sus tonos y expresiones se adivinaba que no habían considerado la posibilidad de semejante oferta.

Mientras susurraban, Obi-Wan se acercó a su compañera y le susurró. —Prometes demasiado, Luminara.

Ella se ajustó la capucha retirada del manto.

—Pasé cierto tiempo antes de venir a Ansion estudiando la historia de sus pueblos. Hay que hacer algo extremo para quebrar este caos sociopolítico. Es la única forma de que este pueblo piense en otra cosa que en abandonar la República —sonrió—. Pensé que la oferta de una oportunidad comercial enorme y nueva les haría reaccionar.

Obi-Wan examinó a los delegados, que deliberaban en voz baja. La animación de sus expresiones y gestos era auténtica, y no una mera demostración para contentar a sus cuatro visitantes.

—Parece que lo has conseguido —le dedicó un sonrisa cómplice que a ella le comenzaba a resultar más familiar—. Pero claro, si aceptan, no habrás puesto en la difícil situación de tener que cumplir.

—La Maestra Luminara siempre cumple sus promesas —la voz de Barriss tenía cierto tono de molestia.

—No lo dudo en absoluto —Obi-Wan miró tolerante a la pádawan—.

Lo que me preocupa es que estos fraccionados, incontables y beligerantes nómadas que se denominan alwari acepten los términos de la propuesta.

Luminara interrumpió la conversación señalando a los delegados, que habían terminado sus conversaciones y volvían a tomar sus asientos frente a los visitantes.

—Nadie duda de que conseguir que los alwari se sometan a semejante acuerdo cambiaría de raíz el panorama social de Ansion —ahora era la tercera representante la que hablaba, una hembra llamada Induran—. Y si se consigue la firma del tratado, sin duda cambiaría la opinión de aquellos que consideran que permanecer en la República no les beneficia en absoluto —sus grandes y convexos ojos miraban fijamente a los Jedi—. Pero la posibilidad de que los alwari nos tiendan la mano para pactar nos parece extremadamente difícil.

El antes reacio Tolut salió ahora en defensa de los visitantes.

—Si pueden conseguir que llueva en una habitación, no creo que les resulte imposible entablar un diálogo racional con los alwari.

Luminara sonrió ante la reacción del alienígena. Podía ser algo conflictivo, pero era capaz de ser lo suficientemente flexible como para cambiar su opinión en función de hechos probables. Y eso era más que lo que se podía decir de sus compañeros humanos y ansionianos, aunque comenzaban a recapacitar. Se podía percibir un cambio sutil en la atmósfera mental de la sala. Era como si, a pesar de estar hartos de las complejas obras y la burocracia opresiva de la República, quisieran creer en ésta. Dependía de ella y de Obi-Wan, junto con sus respectivos pádawan, terminar de convencer a los miembros de la delegación.

Ahora todo apuntaba a conseguir la total cooperación de los nómadas alwari. Algo le dijo que iba a ser algo más que sentarse en una cómoda habitación y hacer trucos con jarras de agua.

— ¿Cómo encontraremos a los alwari? —preguntó Anakin impaciente. Luminara le observó con los ojos entrecerrados. La Fuerza estaba muy presente en él, y contaba con otros potenciales. Aunque le conocía poco, sabía que Obi-Wan no tomaba por pádawan a alguien que no prometiera despuntar. Él era el único Jedi que podría manejar semejante tozudez y pulir aquel diamante en bruto hasta convertirlo en un auténtico Jedi. Las palabras del pádawan no tenían nada de malo, y su intervención tampoco. Pero había una fina línea entre su confianza y la cabezonería, entre la seguridad y la arrogancia. Desvió un poco la mirada a la derecha y pudo percibir que Barriss desaprobaba visiblemente a su compañero, pero la chica jamás diría nada, a no ser que Skywalker la provocara. Barriss era tímida por naturaleza, pero no era fácil intimidarla. Y menos otro pádawan.

Ranjiyn no dudó.

—Dirigíos al Este. o al Oeste. o a cualquier parte. Alejaos de la civilización, dejad atrás las ciudades —hizo un amago de sonrisa ansioniana—. Encontrareis a los alwari. o ellos os encontrarán a vosotros. Me encantaría estar allí para veros intentando razonar con ellos. Sería algo digno de ver. —Digno de ver —coincidió Tolut con un gruñido.

Luminara y Obi-Wan se levantaron. El diálogo había terminado. —Conocéis nuestra reputación —dijo Obi-Wan—. La hemos demostrado muchas veces. Esto no será diferente. Tratar con vuestros alwari no puede ser más frustrante que intentar negociar los patrones de tráfico de Coruscant —su expresión se torció ante el recuerdo de su última visita. La verdad es que le daba igual la circulación en el interior de la ciudad.

La mención de la confusión urbana solidificó aún más la creciente, aunque algo reacia, relación que se había creado entre delegados y visitantes, y era precisamente la razón por la que hizo ese comentario. Concluida la negociación, los visitantes y los delegados charlaron amigablemente durante una hora, y ambas partes agradecían el poder conocer más del otro bando a un nivel personal y sin formalidades. Especialmente Tolut, que ya estaba seco, dedicaba miradas de admiración a Luminara, y ella toleraba la cercanía del enorme delegado sin preocuparse por nada. En el transcurso de su carrera se había visto obligada a hacer amistad con seres bastante más repugnantes.

Luminara seguía sus propias conversaciones mientras observaba la capacidad de Obi-Wan de hacer sentir bien a los demás. A pesar de su gran experiencia y de sus probadas habilidades, la suya era una personalidad que nadie consideraba amenazante. Su tono de voz era sereno, y sus palabras eran como un masaje

terapéutico. Si no hubiera sido Jedi, habría sido una gran baza para el cuerpo diplomático.

Pero eso hubiera significado una carrera al servicio de la burocracia que tanto odiaban y que daba como resultado los tropiezos y meteduras de pata que ambos estaban allí para resolver.

Barriss lo estaba haciendo muy bien para ganar se a Ranjiyn y al viejo humano, y Anakin desplegaba un halo de seguridad ante la otra humana. La mujer escuchaba con atención, con más atención de la que Luminara habría podido esperar. Le hubiera gustado escuchar lo que decía, pero ella tenía que ganarse a Tolut y a la desconfiada Kandah. Y de cualquier manera, si Anakin necesitaba control, ése era el trabajo de Obi-Wan.

Ojala el éxito de la misión consistiera tan sólo en escoger las frase: adecuadas, pensó. Por desgracia, había estado involucrada en demasiados conflictos de numerosos mundos sin ley como para creer que el problema de Ansion se resolvería con meras palabras bien elegidas.

La delegada Kandah, de la Unidad de Comunidades que representaba a los ciudadanos de Ansion, esperaba impaciente en un callejón oscuro. A la entrada se veían las luces de la calle Songoquin, con sus vendedores ambulantes y las patrullas de reconocimiento. Los enormes ojos propios de su raza hacían que se sintiera cómoda moviéndose incluso en noches de luna nueva, pero en aquel oscuro callejón, con una única salida, hasta un ansioniano desearía una iluminación un poco más abundante.

— ¿Qué tienes para mí? —ella reconoció la voz inmediatamente, pero no pudo evitar asustarse al oírla de repente viniendo de la oscuridad—. ¿Qué ha ocurrido en la reunión de los visitantes y los de la Unidad?

—Ha ido demasiado bien. —No conocía la identidad de su contacto, y mucho menos su nombre. Ni siquiera estaba segura de que fuera masculino. No es que le importara. Lo que sí era importante es que pagaba bien, sin retrasos y con créditos auténticos—. La delegación se mostró desconfiada y escéptica al principio. Yo hice lo que estuvo en mi mano para sembrar el descontento y la confusión, pero los Jedi saben utilizar tan bien las palabras como la Fuerza. Seguro que han convencido al tonto del armalat para que vote por ellos, aunque los otros aún dudan.

Entonces le describió detalladamente el resto del encuentro.

— ¿Los Jedi van a convencer a los alwari de que permitan la exploración y el desarrollo de la mitad de las tierras tradicionalmente nómadas? —una risa incrédula surgió de la oscuridad—. ¡Ésta sí que es buena! No tienen ni la menor posibilidad, por supuesto.

—Yo también hubiera pensado eso —susurró ella —hasta que les he conocido y he visto cómo operan. Son sutiles y astutos.

La voz dudó antes de responder.

— ¿Me estás diciendo que crees que tienen posibilidades de garantizar ese pacto con los alwari?

—Lo que digo es que son Jedi de verdad, y no estoy cualificada para decir lo que conseguirán o no. Pero yo no apostaría en su contra... en nada. —Los Jedi son famosos por su forma de luchar, no de hablar —dijo la voz incómoda.

— ¿Ah, sí? —Kandah recordó más cosas de la conferencia—. Estos Jedi y sus pádawan son la diplomacia hecha solidez. Por lo que dices, no creo que hayas visto nunca a un Jedi en acción, ¿a que no?

—A ti no te importa lo que yo haya visto o no —el que hablaba parecía irritado, pero no con su proveedora de información—. Tengo que dar esta información a mi patrón, él sabrá lo que hay que hacer.

¿Lo sabrá?, pensó Kandah. Supongo que él mejor que yo. Ella sólo tenía que dar un informe. Se alegró de no tener que hacer nada más para frustrar la misión de los Jedi.

—Recibirás tu pago de la manera acostumbrada —la voz sonaba precipitada, claramente alarmada por la información que le había proporcionado la delegada de la Unidad—. Tu trabajo es bien apreciado, como siempre. Cuando Ansion esté fuera de la República y libre de su intromisión, recibirás la recompensa que te mereces. Las propiedades de Korumdah expropiadas injustamente a tu familia te serán devueltas.

—Soy vuestra humilde servidora —respondió Kandah. Se giró para marcharse, pero dudó un momento—. ¿Qué creéis que hará vuestro patrón para impedir a los Jedi que consigan lo que buscan, ahora que el intento de asesinato ha sido un completo fracaso?

Pero no obtuvo respuesta de la oscuridad. Ajustándose la capa.

Ogomoor ya había desaparecido entre las sombras.

—Así que los Jedi intentan mantener la unidad en la República solventando sus diferencias con los alwari. Es muy audaz por su parte.

—Así como estúpido, Su Grandiosidad.

— ¿Tú crees? —Soergg le miró desde la sala en la que se relajaba. Una de las pequeñas lunas de Ansion se veía marfileña afuera. —No tiene ni la más remota posibilidad.

— ¿Ah, no?

Ogomoor se dio cuenta de que perdía terreno argumentativo y decidió cambiar de táctica.

— ¿Y yo qué hago? —dijo—. ¿Sobornarles?

Los enormes ojos de Soergg se pusieron en blanco.

— ¡Sobornar a un Jedi! Pero qué ignorante eres, Ogomoor. Qué ignorante.

El consejero se tragó su sugerencia y su orgullo y replicó con deferencia.

—Sí. Os estaría tremendamente agradecido si iluminarais a este humilde siervo.

—Lo haré —dijo el hutt con un sonido asqueroso, girándose sobre el lado derecho para ver mejor a su empleado—. Entérate. Los Jedi no pueden ser sobornados, corrompidos o apartados de lo que ellos consideren la vía correcta y verdadera. Al menos ésa ha sido mi experiencia —escupió a un lado, y el androide custodio se apresuró a limpiar el repugnante gargajo—. Es una pena, pero es cierto. Lo que es cierto suele ser una pena.

Por lo tanto, tendremos que tratar con ellos de otra forma. Acércate y te diré cómo.

¿Tengo que hacerla? Pensó Ogomoor. Pero no había escapatoria frente al aliento del hutt, sólo sus órdenes.

Definitivamente, reflexionó Ogomoor mientras se mantenía en pie absorbiendo todo el impacto del miasma contaminante, no me pagan lo suficiente.

4

Una de las ventajas de vivir y trabajar en Coruscant era que había incontables sitios en los que reunirse si uno no quería ser reconocido. Así que el pequeño grupo se encontró en un pequeño bar sin ninguna reputación en especial en una zona poco conocida de cuadrante H-46. En esos sitios no había necesidad de preservar el anonimato, ya que nadie les iba a reconocer.

—Este lugar apesta a clase trabajadora —dijo asqueado Nemrileo, que provenía del poderoso planeta Tanjay—. Aquí no apreciaremos el aroma de la traición.

El senador Mousul tuvo que sonreír.

—Habláis de traicionar a los traidores. No confundáis vuestras lealtades, Nemrileo. No es el momento.

—No me habléis del momento —el hombre se inclinó sobre la mesa—. Todo este tema de Ansion está empezando a preocuparme.

—No debería.

Mousul rebosaba seguridad. Lo cual no era difícil teniendo en cuenta que los intereses a los que representaba le habían prometido apoyarle para obtener el gobierno de todo su sector cuando Ansion y sus aliados dejaran la República, pensó su interlocutor.

—Confío en que todo se esté desarrollando según los planes, y que en poco tiempo el poder político dominante de mi planeta, la Unidad de Comunidades, realizará una votación para decidir la total retirada de la República, desencadenando así lo que nosotros esperamos.

— ¿Todo? —dijo una política alienígena, cuyo vello rubio amenazaba con reventar su ajustada ropa de camuflaje—. Eso no es lo que yo he oído. —Minucias. Nada preocupante —dijo Mousul con indiferencia.

—Admiro vuestra seguridad —dijo la alienígena—. Cualquiera estaría algo más nervioso si supiera que dos Jedi junto con sus pádawan han llegado a su planeta en mitad de las delicadas negociaciones sobre la secesión. —Ya os lo he dicho —el tono de Mousul se ensombreció—. El asunto está siendo tratado.

—Mejor que sea así —dijo Tam Uliss, un socio comercial de Ansion—. Mi pueblo está impaciente. Están preparados para actuar, llevan así algún tiempo, y no les gusta tener que esperar la decisión de una banda de seres menores de un planeta menor.

—A la presidenta del Gremio de Comerciantes no le gustaría oír eso.

—Por eso precisamente estamos aquí —dijo la alienígena—. Para hablar de esto sin ella delante —sus ojos amarillos se clavaron en los suyos—, y si no estuvierais interesados tampoco estaríais aquí.

El senador alzó una mano cauteloso.

—Yo dije que venía para escuchar, y para informaras de los avances con el tema de Ansion, no a opinar. Si Shu Mai piensa que debemos mantener en suspenso nuestros intereses hasta la secesión, yo creo que deberíamos hacerle caso.

— ¿Deberíamos? —otro miembro del grupo mostró su sorpresa en su expresión y en sus palabras—. ¿Podemos fiamos de verdad de Shu Mai y del Gremio de Comerciantes?

—No la habéis conocido —replicó Mousul—. Os aseguro que es de fiar, nos apoya de corazón.

—Por lo que yo he oído ni siquiera tiene corazón —replicó Nernrileo.

—Yo de ella me fío —afirmó la política sentada junto al cínico—.

Conozco su trabajo en nuestro cuadrante. De los que no me fío es de mis votantes.

Todos rieron ante la broma. Cuando se hizo el silencio, Mousul tomó la palabra de nuevo.

—He estado en contacto con mi principal informador en Ansion. Me ha asegurado que el problema de los Jedi será solucionado. Shu Mai parece seguir confiando en este individuo. Hay lazos sociales y comerciales que refuerzan nuestro pacto bilateral. Les sugiero que vuelvan a sus puestos y mantengan el ánimo. Todas nuestras esperanzas se verán realizadas en breve.

—Al fin libres de la corrupción y el vicio de esta inflada, inerte y, por así llamarla, República —exclamó Tam Uliss—. Realmente parece un sueño.

El senador miró al círculo.

—Somos todos de la misma opinión, y tenemos suerte de contar con alguien como Shu Mai, que cree en nuestra causa con tanta firmeza que hasta es capaz de mediar por nosotros con otros que por ahora han de permanecer en el anonimato. Ahora vamos a relajamos y a tomamos algo. Es poco frecuente que podamos reunimos así.

La tensión se disolvió en las rondas de bebidas. En compañía de sus colegas conspiradores, Mousul también podía relajarse. Y todavía se iba a relajar más cuando le comunicara a Shu Mai que había alguien en el grupo del que ya no podían fiarse. Una grieta en la confianza no era buena para una conspiración. Podía ser fatal.

Sobre todo para el individuo en cuestión.

Soergg parecía sumamente complacido con el plan que había pensado. Lo había planeado cuidadosamente, lo había perfilado hasta que no pudo verle ningún fallo. Poseía las virtudes gemelas de la sencillez y la precisión. Se lo explicó emocionado a Ogomoor, que escuchaba atentamente. Cuando el hutt terminó, el consejero se atrevió a decir algo.

—Suenan bastante bien.

— ¿Bien? —rugió el bossban—. ¡Es perfecto! —miró al complaciente bípedo desde arriba—. ¿O no?

—Lo cierto es que hay un obstáculo. La habilidad de los Jedi de intuir el peligro. De percibir el peligro como una perturbación en la Fuerza.

Soergg asintió todo lo que pudo teniendo en cuenta que no tenía cuello. —Soy muy consciente de las versadas capacidades de los Jedi. Y para este plan he contratado a dos que son inmunes a la sensibilidad de los Jedi. Dos de tu especie que poseen calificaciones únicas.

—No es por llevaros la contraria, pero ¿cómo podría un ser pensante y sensitivo evitar la agudeza Jedi?

—Lo mejor será que los conozcas, Ogomoor, y juzgues por ti mismo —miró a un lado y dio un par de palmadas alzando la voz—. Bulgan, Kyakhta, venid a conocer a mi consejero.

Ogomoor se volvió expectante a la puerta que llevaba del salón de audiencias del bossban a una sala de espera lateral. La apariencia de los dos ansionianos que entraron en respuesta a la llamada de Soergg no le inspiró nada de confianza.

Uno tenía una cresta maltrecha de color caoba sucio y un brazo artificial bastante rudimentario. El otro estaba completamente calvo de la cabeza a los pies, y era paliducho, con un parche en un ojo y la espalda torcida de forma permanente por alguna enfermedad infantil incurable. Ninguno era especialmente alto o fuerte. Entre los dos habrían tenido dificultades para secuestrar el chorro de agua de una fuente.

Estaba tan impresionado por la visión del triste dúo que por un momento se olvidó del respeto que le tenía a su jefe.

—Bossban, ¿vais a enviar a estos dos a capturar a un Jedi?

—No a un Jedi, Ogomoor, sino a uno de sus pádawan. Si retenemos a uno de sus aprendices, los Jedi tendrán que claudicar —se hinchó hasta alcanzar todo su impresionante tamaño—. Les exigiremos que se retiren de las negociaciones internas y galácticas de Ansion y que nadie venga a sustituirlos. Una vez que accedan, ya no podrán hacer nada por impedir la votación para la secesión. La palabra de un Jedi les vincula a todos —se frotó las manos—. Esto es incluso mejor que matarles, porque desgraciadamente tendrán que abandonar, y se irán con el rabo entre las piernas, fracasados. Y además, el Consejo Jedi no tendrá que alzarse por las muertes de varios miembros de su Orden. Sólo se verán derrotados y superados. Por mí —se hinchó tanto que Ogomoor pensó que iba a explotar, pero por desgracia la imagen no pasó de ser un deseo—. Hay ocasiones en las que la humillación es mejor que la muerte.

—No es que desconfíe, bossban —recuperando en parte la entereza, Ogomoor señaló a los dos propuestos secuestradores. El que se llamaba Kyakhta miraba embozado los lujosos ornamentos de la habitación, mientras su combado compañero

Bulgan miraba tontamente al suelo, metiéndose el dedo en la nariz—. Pero, ¿de verdad que vais a enviar a este para vencer a un pádawan Jedi?

En lugar de rugir, Soergg intentó ser paciente. —Míralos, Ogomoor. Míralos bien, de cerca. ¿Qué ves?

El hutt estaba disfrutando de verdad el asombro de su empleado.

El consejero examinó cuidadosamente a la perezosa pareja, reticente y sin acercarse demasiado. La inspección detallada no le animó demasiado. —Aun a riesgo de ofender vuestro criterio, oh bossban, yo diría que son un tanto felek. Impedidos mentales. Subnormales.

—Lo son. Lo justo —parecía encantado consigo mismo, y aún más gigantesco, mientras se apoyaba en su cola—. A lo largo de mis investigaciones realizadas con motivo de mis múltiples intereses comerciales, he descubierto que hasta la más ligera perturbación mental suele bastar para confundir la percepción de la Fuerza en aquellos que la tienen. La psicosis actúa como un velo de acero transparente, distorsionando sin acabar de ocultar lo que tiene detrás —señaló a los dos contrahechos. En respuesta, Bulgan sonrió ausente—. No cabe duda que estos dos están ligeramente locos. Y en su locura está el secreto de nuestro éxito.

Ogomoor los miró con interés, si bien su respeto no había aumentado. —Sus vestimentas no me resultan familiares. Evidentemente son a1wari, pero he de admitir que no reconozco sus clanes.

—Lo cierto es que no me sorprende —gruñó Soergg—, ya que no tienen clan. Dadas sus deformidades físicas y mentales, se han convertido en descastados. Obligados a vivir en ciudades odiosas, en las que intentan ganarse la vida con lo que les sale —sonrió radiante, todo lo radiante que puede parecer un hutt—. Por lo que les vaya pagar harán cualquier cosa que les pida. ¡Cualquiera! Hasta capturar a un pádawan Jedi —emitió una risita burlona—. Al igual que a muchos otros, le importa mucho más el dinero que la ética.

Como, por ejemplo, a los hutt, pensó Ogomoor.

—Sí, es cierto eso —Bulgan intervino por primera vez, aunque no se le entendía muy bien porque seguía con el dedo metido en la nariz.

—Lo haremos —la dicción de su compañero manco era algo mejor, ya que no se veía distorsionada por la clase de bloqueo nasal que afectaba a la suya—. Podemos hacerlo.

Mientras Kyakhta hablaba, Bulgan parpadeó con el ojo bueno. Su párpado ansioniano opaco y grueso se movía rápidamente de izquierda a derecha.

—Los Jedi no podrán percibir su presencia. Soergg se regocijaba en su inimitable plan.

—Quizá no puedan hacerlo mediante la fuerza, bossban. Pero los humanos siguen teniendo ojos y reacciones mucho más agudizadas que la del resto de los seres vivos.

El hutt asintió pacientemente, lo tenía todo pensado.

—Nuestros amigos irán a por ellos a la luz del día. Hasta los Jedi se toman un descanso momentáneo en sus ocupaciones. Los cuatro que a nosotros nos molestan han sido vistos paseando por Cuipernam, y en ocasiones por separado. Puede que sean Jedi, pero siguen siendo de dos géneros distintos, y las hembras buscan cosas que no buscan los varones. Si conseguimos atrapar a un pádawan lejos de su Maestro, entonces la captura será cosa hecha. Se dice que la mayoría de los Jedi se basan en sus sentidos para percibir el peligro cerca. Estos dos idiotas no inspiran ningún peligro, así que les ignorarán y continuarán con su paseo turístico —con un gesto imperativo ordenó a los dos impedidos, pero voluntariosos, secuestradores que se fueran—. ¡Id ahora! Ya sabéis dónde están los visitantes —sonrió con desagrado—. Todo el mundo lo sabe, ya que son los invitados oficiales de la delegación de la Unidad y del Consejo de la ciudad de Cuipernam. Si lo conseguís, llevad al pádawan al sitio acordado y esperad mis órdenes.

Kyakhta se giró haciendo una inclinación. Bulgan no lo hizo y su compañero le dio un capón en su calvo cráneo. Bulgan se giró también y, como ya estaba inclinado, no tuvo que hacerla, pero al menos se quitó el dedo de la nariz. Retrocedieron juntos hasta la puerta por la que habían entrado. Ogomoor seguía dubitativo, pero una chispa de esperanza brillaba en sus ojos.

- Sin duda es un plan audaz, bossban. Pero plantea riesgos.

— ¿Qué riesgos? —se desplomó hacia un lado y hundió una mano en un recipiente lleno de un líquido espeso y pescó algo cuya visión hizo palidecer a Ogomoor. El hutt echó la cabeza hacia atrás, echándose en la enorme boca cavernosa los ruidosos contenidos de su mano, y se los tragó chupándose los labios en señal de deleite. Los riesgos serán para esos dos cretinos. Si fallan, seguro que los Jedi les asesinan.

— ¿Y si no lo hacen y sólo les hieren y les capturan? Con lo indefensos que están, seguro que les dirán a los Jedi quién les contrató para la misión.

La barrigota de Soergg se balanceó con su risa.

—Una vez que comience la operación, tienen órdenes de presentarme informes a intervalos determinados mediante un intercomunicador de circuito cerrado. Hace dos noches, mientras dormían el sueño de los simples, uno de mis médicos les instaló un pequeño dispositivo a cada uno en el cuello. Si dejan de emitir informes —pulsó la palma de su mano grasienta con el dedo —activaré los dispositivos de forma remota. Antes de que puedan facilitar información incriminatoria, las cargas explosivas compactas de su cuello separarán sus cabezas de los hombros. De una forma un poco escandalosa, me temo.

— ¿Y entonces qué, oh, Grandiosidad? —Ogomoor tenía mucha curiosidad.

Soergg se encogió de hombros, con sus arrugas carnosas bajando en ondas por

toda su anchura flácida.

—Los imbéciles descastados son baratos, incluso en Cuipernam. Si estos dos fallan, lo intentaremos con otros dos.

Kyakhta se embozó aún más en sus ligeras ropas impermeables para ocultarse la cara. Eran vestimentas del clan pangay ous, pero ése no era su clan. Bulgan y él eran de los tasbir de Hatagai Sur. Pero estaba bien aquello de volver a llevar uniforme de clan, aunque no fuera el suyo, aunque no se lo hubieran ganado.

Los ropajes eran necesarios para poder mezclarse con la multitud entre las calles de la bulliciosa zona del mercado. Recordó el pequeño dispositivo que les habían colocado en el cinturón y lo pulsó brevemente, siguiendo las instrucciones del maestro hutt. Soergg había insistido mucho en que le llamaran de forma regular. Después de todo, les había contado lo de los explosivos implantados en su cuello, y si no enviaban el informe cada cierto tiempo, no vivirían lo suficiente como para reclamar su salario. A Kyakhta y a Bulgan les llegó al alma que el hutt se preocupara tanto por su bienestar.

Había mercados más grandes en Ansion que el de Cuipernam. En aquella época de comercio intergaláctico moderno, la mayoría de las transacciones consistían únicamente en el intercambio de números y símbolos. Pero había muchos planetas en los que el mercado tradicional seguía teniendo un significado especial para los corazones de sus habitantes. El comercio electrónico podía ser más eficaz, y permitía el intercambio de un mayor volumen de bienes y mucha más variedad, pero no era divertido. Las delicias de hacer negocios cara a cara seguían siendo uno de los pequeños placeres de una civilización —galáctica cada vez más automatizada.

Y además, ¿para qué quería un vendedor de fruta marthana los gastos y complicaciones que implicaba un nexo de transacción electrónica? ¿Y cuántos visitantes y viajeros y gawker llevarían consigo un intercambiador de datos portátil a un pequeño barrio de ciudad? Por no mencionar que el mercadeo cara a cara permitía evadir una gran cantidad de impuestos. Entre los habitantes de Ansion a favor de la secesión había muchos comerciantes notables. Y no era tanto por los impuestos por lo que se habían distanciado de la República, sino por la interminable y prolífica lista de normas y regulaciones. A pesar de que esta preocupación era común en la República y que había sido comunicada al Senado por representantes de la ciudadanía, como en muchos otros aspectos, seguía siendo un tema pendiente. Aislado y protegido en la lejana Coruscant, el gobierno de la galaxia cada vez se alejaba más de las necesidades y aspiraciones del pueblo al que decía representar.

Kyakhta y Bulgan se movían con facilidad entre la multitud, pero Kyakhta tenía que vigilar de cerca a su compañero cuando pasaban cerca de un puesto o de una

tienda. Con lo inocente que era, el pobre Bulgan tenía una desconcertante tendencia a coger todo tipo de cosas sin darse cuenta de que había que pagarlas. Pero hoy no tenían tiempo para eso. ¡Tenían una misión importante! No tan importante como cuidar del ganado, asistir a las carreras o a una celebración con el clan, quizá, pero para dos descastados como ellos, era lo suficientemente importante.

— ¡Ahí están! —susurró de repente, y Bulgan chocó con él, intentando ver algo con el ojo bueno y estirándose todo lo que podía. Olisqueó el ambiente.

—No tienen guardias —afirmó observador. Bulgan era simple, pero no tan estúpido como podría parecer por su apariencia y su actitud.

Kyakhta trató de contenerse.

—Pues claro que no tienen guardias, idiota, ¿cómo van a tenerlos si ellos son los guardias de otros?

Bulgan miró alrededor frunciendo el ceño. — ¿De qué otros?

Kyakhta no contestó y, ocultando su rostro todo lo que podía, se fijó en que los visitantes no llevaban guía local. Para llevar a cabo su discreta misión era mejor no llevar mucho acompañamiento. No querían atraer a una multitud. Eso era bueno para la misión de Bulgan y Kyakhta, cuantas menos complicaciones y testigos, mejor. La parte superior de su brazo derecho latía sobre la prótesis, como siempre que se ponía nervioso.

— ¿A cuál cogemos? —Bulgan tenía que mover la cabeza de un lado a otro para ver la corriente de paseantes, que no eran mucho más altos que él en posición erguida.

—No sé. Es fácil distinguir a los pádawan de los Jedi, porque éstos son mucho mayores, pero no recuerdo si hay diferencia de fuerza entre los sexos.

No se molestó en preguntarle a Bulgan si lo sabía, teniendo en cuenta que a duras penas sabía el día que era y, en ocasiones, cómo se llamaba. Y para qué quería un pádawan de Jedi el hutt Soergg, se preguntó.

Bueno, no era asunto suyo. Bulgan y él sólo tenían que cumplir su misión. Además, dolía pensar en más de una cosa al mismo tiempo.

—Vamos a seguirles —sugirió el jorobado. Era una propuesta tan oportuna y sensata que Kyakhta no pudo entender cómo lo había hecho.

El grupo Jedi actuaba como cualquier grupo de viajeros, paseaba por el mercado, parándose a contemplar las vistas o a deleitarse con sabrosas degustaciones de la cocina local. A veces, uno o dos de ellos se paraban para admirar alguna pieza de artesanía o trabajo manual, un brazalete finamente tallado o una brillante planta cantarina de las regiones ecuatoriales. Kyakhta se fijó en que no compraban nada. ¿Qué sentido tenía para un Jedi las posesiones personales teniendo en cuenta que el Consejo les tenía siempre de acá para allá? Pero su estilo de vida itinerante no les impedía mirar ni apreciar.

Uno de los pádawan se paró frente a una tienda con esculturas de madera de sanwi de la Llanura Niruu. Los alwari niruu eran conocidos por su trabajo de la madera. Kyakhta se dio cuenta de que era la hembra. El modesto escaparate de la tienda era uno de los muchos que daban al mercado central y, por tanto, tenía un carácter más permanente que los puestos y carros temporales que poblaban la plaza.

Entra, se oyó a sí mismo pensando en la concentrada pádawan. Venga, entra, vamos. Mira cuántas cosas bonitas. A su lado, Bulgan estaba callado, percibiendo que el momento estaba cerca. Entre tanta espera y vigilancia, Kyakhta recordó pulsar el aparato que llevaba a la cintura.

Tras intercambiar unas palabras con su joven compañero, la pádawan entró por fin. Él se adelantó siguiendo a los Jedi, que se hallaban enzarzados en una animada conversación. Parecían no haberse dado cuenta de la momentánea parada de la joven aprendiz.

— ¡Ahora, corre!

Intentando no correr para llamar la atención, Kyakhta comenzó a caminar lo más rápido que podía.

Los Vientos de Whorh estaban con ellos. No había nadie más en la tienda. Sólo la propietaria, una vieja ciudadana que parecía tan bien conservada como sus antigüedades. Ni un solo cliente. Se ocultaron aún más la cara entre los ropajes y hicieron como si estuvieran observando un asiento nazay ritual de respaldo alto de Delgerhan. La pádawan era delgada y no parecía estar especialmente musculada. Pero Kyakhta sabía que los Jedi no dependían de la fuerza física para protegerse.

Le hizo un gesto a Bulgan, que se quedó esperando, mientras seleccionaba su localizador magnético bajo la ropa. Cuando Bulgan estuvo preparado, Kyakhta se acercó al mostrador. La propietaria se deslizó hasta él con una sonrisa paciente. Con un último vistazo en dirección al mercado pudo ver que la entrada permanecía desierta. Ni rastro de otros visitantes al otro lado del escaparate.

—Bienvenido a mi modesto establecimiento, señor —miró sus ropas y añadió—. Veo que sois de pangay ous. Estáis muy lejos de vuestra pradera, señor —su voz tenía un toque de sospecha—. Pero no tenéis el aspecto normal de los de las Bandas del Norte. No veo el tatuaje identificativo en vuestra frente, y vuestra cresta es...

—Pero mi olor corporal es de pangay ous —declaró interrumpiéndola—. ¿Lo veis?

Sacó el atomizador compacto de sus vestiduras y se lo aplicó a la anciana directamente en los ojos antes de que pudiera decir nada. Inhaló. Sus ojos se pusieron en blanco, y se desplomó, dándose con la barbilla en el mostrador al caer. El aerosol funcionó tan rápido que no tuvo tiempo ni de sorprenderse.

— ¡Aja! —exclamó alejándose del mostrador—. ¡La pobre mujer ha desmayado! ¡Han debido ser sus corazones!

—Perdón, déjeme mirar —alertada por una posible emergencia —deseando ayudar, Barriss se abrió paso—. No estoy familiarizada con la fisiología ansioniana, pero hay ciertas constantes respiratorias y circulatorias en los bípedos que...

Kyakhta se hizo a un lado sin escuchar la jerga médica que por otra parte no habría entendido. Bulgan ya estaba en marcha. Otro rápido vistazo al exterior reveló que los Jedi seguían sin aparecer. La pádawan se inclinó tras el mostrador junto a la propietaria.

—Sus constantes vitales parecen buenas —parecía sorprendida—. No creo que sea serio. Sólo un desmayo pasajero —comenzó a levantarse—. Un poco de agua fría en la cara, creo yo. Me pregunto qué le habrá hecho desmayarse así, tan rápida y silenciosamente.

—Quizá haya sido esto.

Kyakhta le aplicó el aerosol en toda la cara. Teniendo en cuenta que tenía dos agujeros en la nariz en lugar de lo normal, absorbió el doble que la ansioniana. Parpadeó, pero sus ojos no se pusieron en blanco, e hizo amago de coger el sable láser que tenía en la cintura. Kyakhta se asustó y le aplicó el aerosol otra vez, y otra vez más hasta que por fin se derrumbó. Como prueba de su entrenamiento, había absorbido el vapor suficiente como para acabar con un escuadrón entero de guerreros a caballo.

— ¡Corre, corre!

Repartiendo su atención entre la entrada y la inconsciente pádawan, intentaba junto a Bulgan meter a la humana en el saco irrompible que habían traído consigo. Por fin alzaron la empaquetada carga, que era sorprendentemente pesada, y se apresuraron hacia la salida trasera de la tienda. Lo normal en ese tipo de establecimientos era que tuvieran una entrada secundaria en la parte de atrás. Uldas estaba de su parte: la sucia callejuela de servicio estaba desierta. Kyakhta recordó pulsar de nuevo el dispositivo de señales, y se encaminaron a la calle Jaarul, donde se encontraba esperándoles el seguro y blindado apartamento. Estaba tremendamente excitado. ¡Lo habían conseguido!

Ahora todo lo que tenían que hacer era guardar a la cautiva, mantenerla sana y salva y esperar instrucciones de Soergg. Comparado con el secuestro que acababan de realizar, eso le parecía una tontería.

Nadie se preguntó por el contenido del saco protuberante que arrastraban los dos alwari por callejones y calles secundarias. Los negocios eran los negocios y los negocios de un nómada son asunto suyo.

Luminara dejó un precioso espejo pulido que había sido recortado de una superficie mineral reflectante y miró a su alrededor frunciendo el ceño. Algo no iba

bien. Le llevó un momento averiguarlo, con los ojos normales y con los de su interior. Llevaba un rato sin ver a Barriss.

¿Dónde estaba su pádawan? No era normal que se perdiera. Un pádawan libre tenía autonomía, pero no tenía acceso a conocimientos profundos. Kenobi se dio cuenta de su preocupación y se puso a su lado.

— ¿Qué ocurre, Luminara?

— No veo a Barriss, Obi-Wan. Siempre está ahí, pendiente de mis palabras o las de los que están conmigo en ese momento.

El Jedi sonrió con seguridad.

—Entonces no es sorprendente que esté por ahí. Ambos hemos estado muy callados durante un rato.

—La última vez que la vi —intervino Anakin— estaba mirando artesanía en una tienda.

No cogió su arma, pero su instinto protector natural se puso alerta. Los ojos azul oscuro de Luminara se clavaron en los suyos. — ¿Qué tienda? —preguntó.

—No os preocupéis, Maestra —le dijo Anakin—. He estado observando la entrada y no ha salido todavía.

—No ha salido por la entrada, quieres decir. Seguro que no es nada, y a ella no le gusta que actúe como una madre en lugar de como una Maestra, pero Barriss no suele tardar tanto. No es su estilo demorarse —sus ojos volvieron a punzar los del pádawan—. ¿Qué tienda? —preguntó.

Anakin se dio cuenta de lo urgente de la situación y, dejando a un lado cualquier comentario impertinente, elevó una mano y señaló.

—Aquélla, ésa de ahí.

Siguió de cerca a los dos Jedi a medida que se acercaban al establecimiento.

La puerta estaba abierta de par en par, lo cual no era sorprendente.

Nadie les dio la bienvenida.

— ¿Barriss? —la ansiedad de Luminara crecía mientras iba de un lado para otro buscando entre las grandes habitaciones de madera del fondo. Un grito cambió su búsqueda.

— ¡Luminara! —era Obi-Wan, lo cual era muy alarmante, dado que él no era propenso a elevar la voz—. ¡Por aquí!

Estaba en el suelo, y tenía la cabeza de una ansioniana de edad avanzada apoyada en su pierna derecha. Anakin observaba la escena, y su expresión normal de arrogancia había sido sustituida por un gesto de sorpresa. —Agua —pidió Obi-Wan de inmediato.

Anakin buscó en la parte de atrás de la tienda y encontró un refrigerador medio lleno de pequeños envases poliméricos. Cogió uno llenó de agua fría y se lo llevó a su Maestro, que roció con cuidado la cara de la ansioniana. Sus grandes ojos, del color

del vino blanco, parpadearon.

—Ay, divinidad, ¡por el Brazo de Nomgon! —miró las caras alienígenas humanas que la observaban preocupadas—. ¿Quiénes sois? ¿Qué me ha pasado? —se apoyó en las manos para sentarse, mientras añadía con enfado—. ¿Qué hago en el suelo?

Luminara la observó fijamente.

—Esperábamos que pudierais decírnoslo. Obi-Wan y Anakin la ayudaron a levantarse.

—Ésta... ésta es mi tienda. Mi casa. Le estaba enseñando algo a un cliente —se llevó una mano a la cabeza y se frotó la canosa cresta peinándola hacia delante—. Era un alwari. Dijo que era de pangay ous y llevaba las vestiduras propias. Pero era raro —su rostro se arrugó aún más con una expresión de disgusto—. Había otro con él, creo. Lo recuerdo porque era feo, pero aliado de su compañero era una belleza.

—Y una mujer joven vestida como nosotros —interrumpió Luminara—. ¿La habéis visto?

La nativa parpadeó.

— ¡Oh!, claro que sí. Era muy amable, aunque para mí que no iba a comprar nada —sonrió mostrando su dentadura ansioniana—. Cuando llevas tanto tiempo en el negocio como yo, sabes de estas cosas, sean de la especie que sean.

— ¿Dónde está? —preguntó Obi-Wan con suavidad, pero con firmeza.

—Anda, y yo qué sé. No sé dónde está ninguno de ellos —la propietaria miró al suelo y movió la cabeza—. Lo último que recuerdo era que hablábamos de olores, y luego... —se quedó en blanco—. Luego abrí los ojos y allí estaban los tres inclinados sobre mí. ¿Qué piensan que ha podido...?

— ¡Maestros! ¡Aquí fuera!

En respuesta a la llamada de Anakin, los dos Jedi se apresuraron hacia la puerta de atrás cuya entrada estaba abierta. El pádawan estaba en el callejón, de rodillas señalaba al pavimento que estaba seco y polvoriento. Había dos huellas claras de pisadas. Obi-Wan le agradeció a la Fuerza que en el callejón no soplara ni una ligera brisa.

—Huellas ansionianas —Luminara se incorporó mirando a ambos lados del callejón—. En sí mismas no confirman nada —señaló las muchas otras huellas que había en la capa polvoriento del suelo—. Muchos pies han recorrido este camino recientemente.

—Pero estas marcas comienzan aquí, en la salida —dijo Anakin—. Y son mucho más profundas que el resto, como si los dos que las hicieron llevaran algo pesado encima —miró al final del callejón en sombra—. Todos los ansionianos son más o menos de la misma talla.

—Tres entran en la tienda, y sólo salen dos, de los cuales ninguno es humano —Obi-Wan hizo un gesto de aprobación—. Estás aprendiendo a ver más allá de lo

obvio, Anakin. Espero que no dejes de hacerlo.

Luminara cerró los ojos fuertemente y los volvió a abrir.

—No puedo sentir su presencia en ninguna parte. Si se la hubieran llevado, debería ser capaz de percibir su malestar. Pero no siento nada.

—Quizá esté inconsciente —Obi-Wan inspeccionó el callejón cuidadosamente—. Si esos dos nativos querían que estuviera inconsciente, es probable que hayan utilizado el método que emplearon con la dueña de la tienda.

—Podría estar muerta —dijo Anakin.

En cualquier otro sitio y con cualquier otro tipo de gente, su comentario podría haber provocado enfado o rabia. Pero ni Luminara ni Obi-Wan reaccionaron. Los Jedi no se ofendían por un comentario objetivo, por muy delicado que fuera el tema.

Pero por dentro, Luminara estaba angustiada. Un Jedi no muestra sus emociones, pero eso no significa que no existan.

—Esta ciudad tiene un tamaño considerable. ¿Cómo vamos a encontrarla? —luchó por contener la ira.

—Podríamos acudir a las autoridades, por ejemplo —dijo Anakin. Obi-Wan rechazó la propuesta.

—Es lo que nos faltaba, en este momento tan delicado de las negociaciones. Confesar a nuestros anfitriones que uno de los nuestros está perdido y que no podemos hacer nada por solucionarlo. ¿Cuánta confianza crees que inspiraría eso en nuestra conocida omnipotencia?

Anakin asintió.

—Ya veo lo que queréis decir, Maestro. En ocasiones soy demasiado impetuoso.

—Es un síntoma normal de la inexperiencia, de la cual tú no eres responsable —se volvió hacia Luminara—. Tenemos que encontrarla nosotros, sea cual sea su estado —su nerviosa compañera sonrió débilmente—. Antes de que nuestros anfitriones se den cuenta de que algo va mal.

Luminara señaló la tienda.

—Primero obtendremos una descripción detallada de los dos alwari que estaban aquí con Barriss. Luego, en mi opinión, deberíamos separarnos y recorrer cada uno un tercio de la ciudad. Utilizaremos esta tienda como nexo, y peinaremos la ciudad con toda la precisión que podamos, haciendo preguntas, ofreciendo recompensas e intentando percibir la presencia de Barriss.

—Obi-Wan, ¿creéis que el que está detrás de esto es el mismo que atacó a la Maestra Luminara y a Barriss a nuestra llegada? —preguntó Anakin.

—Es imposible saberlo —respondió el Jedi—. Hay tantas facciones opuestas en este planeta, que podría ser cualquiera. Y, como sabes, también hay intereses externos mezclados en el asunto —a su manera tranquila, Anakin se dio cuenta de que Obi-Wan estaba muy descontento—. Esto es justo lo que nos faltaba, atizar el fuego del

conflicto. Pero la política es lo de menos ahora. Tenemos que encontrar a Barriss.
No añadió "sana y salva" No tenía que hacerlo.

Newsblink (Canal de Noticias de Coruscant):

Nemrileo irm-Drocubac, representante de Tanjay VI, murió ayer cuando su aerocoche colisionó con un vehículo de reparto pesado en el cuadrante sur, sección noventa y tres, del exclusivo suburbio Bindai en el que vivía. Interrogado en el lugar del suceso, el piloto de la nave de reparto declaró que el software del sistema interno de orientación de su vehículo había sufrido un fallo no detectado que llevó al choque fatal. Los investigadores intentan confirmar su versión, aunque sus esfuerzos se están viendo complicados debido a que ambos vehículos están seriamente dañados.

El representante de Tanjay, irm-Drocubac, ha dejado una esposa y dos hijos. A pesar de su militancia activa en la creciente facción secesionista y de las sospechas de que simpatizaba con los miembros más radicales del movimiento, gozaba del respeto de sus colegas y colaboradores, así como de sus seguidores en su planeta natal. Según la costumbre tanjay, sus cenizas serán esparcidas mañana sobre la capital en la que vivió y trabajó en los últimos quince años.

El canciller Palpatine intervendrá como orador en el funeral. (Fin de transmisión: fin de artículo).

Para ser una humanoide joven, pesa mucho más de lo que esperaba.

Kyakhta resopló cuando él y su compañero soltaron el saco en la cama. Al notar movimiento dentro, Bulgan soltó el sello que cerraba el saco. Barriss se sentó y el saco se le quedó a la altura de los hombros, y luego se le cayó a los pies cuando se levantó. Tenía los tobillos atados y las manos amarradas a la espalda. Miró hacia abajo y luego a sus secuestradores, y se encontró con la sonrisa de Kyakhta.

— ¿Buscas esto, aprendiz?

Extrajo el cinturón reglamentario de la pádawan de una bolsa que llevaba colgando en la cintura. Contenía todos sus efectos personales, incluido el intercomunicador y el sable láser. Bulgan se adelantó y toqueteó este último. —Un sable láser Jedi. Siempre quise probar uno.

Kyakhta cogió el cinturón y lo volvió a meter en la bolsa como si fuera una serpiente dormida.

—No lo toques, idiota. ¿No recuerdas lo que nos dijo el hutt sobre manipular los dispositivos éstos? Un sable láser Jedi se ajusta según el campo magnético de su propietario. Si activas éste saldrás volando en pedazos. Tú y tu estupidez.

— ¡Oh!, es verdad. Bulgan se olvidó —se giró para mirar a la prisionera—. Tampoco es gran cosa, ¿no? Podría partida en dos fácilmente.

—Sólo mi cuerpo —incapaz de correr o maniobrar, Barriss se sentó en la cama—. Obviamente, sabéis quién soy y lo que represento. ¿Sois conscientes de que mientras hablamos hay tres Jedi buscándome furiosos, a quienes no les va a gustar nada lo que ha ocurrido?

Kyakhta se rió y Bulgan emitió ruidillos jocosos.

—Que te busquen. Aquí no te van a encontrar —señaló los elevados muros que les rodeaban—. Este sitio es seguro, y tampoco estarás aquí mucho tiempo —al recordado, accionó el interruptor de su intercomunicador. Ya hay otros que están enterados. Vienen y te llevarán. Entonces nosotros más ricos, y nada que ver ya contigo.

Barriss prefirió no discutir y preguntó con calma.

— ¿Y para que me queréis vosotros o los que os emplean? Los alwari se miraron.

—No es asunto nuestro —dijo Kyakhta—. Atraparte nuestro trabajo.

Preguntas no nuestro trabajo —se giró para abandonar la habitación—. Lo hemos conseguido. Lo estaba deseando —se incorporó—. El bossban pensaba que no podíamos. Una sorpresita para él —su sonrisa se hizo más amplia—. Creo que le haré esperar un poco antes de decírselo —le dio un empujoncillo a su compañero—. Vigílala bien, Bulgan. Cuidado con trucos Jedi.

—No preocuparse, Kyakhta —encorvado pero alerta, el otro alwari se colocó en un banco frente a la esposada humana—. Bulgan vigila bien.

Barriss miró la puerta cerrarse pesadamente tras el que se hacía llamar Kyakhta. Un ruidoso clic resonó tras su salida. Sin su sable láser sería incapaz de penetrar la barrera, y sus limitados conocimientos de la Fuerza no eran suficientes para romperla con la mente. Estaba atrapada hasta que sus amigos la encontraran. No dudaba que lo harían. Lo único que le preocupaba era el factor tiempo. ¿Habría suficiente antes de que la sacaran de aquel sitio y la llevaran hasta el responsable de su secuestro? De una cosa estaba segura. Quien quiera que fuese, seguro que era más despiadado y competente que sus dos simplones secuestradores ansionianos.

El tiempo pasaba mientras esperaba a que su captor se cansara o se fuera. Pero no hizo ninguna de las dos cosas. Tampoco pudo, por mucho que lo intentó, influir en su mente. Podría deberse, pensó, a que según lo que parecía, tampoco había mucha mente en la que influir. Ésa era probablemente la razón por la que ni ella ni su Maestra habían podido percibir sus hostiles intenciones.

Habían utilizado a la vendedora inconsciente para distraer su atención. Estaba enfadada consigo misma por haberse dejado atrapar, pero intentó reprimir la creciente irritación porque el enfado era otra distracción que no podía permitirse en aquel momento.

—A lo mejor tu bossban da a Kyakhta y Bulgan una bonificación

—dijo el vigilante en voz alta—. El sable láser no estaría mal. Luego Bulgan va a casa y lo enseña al clan, y vuelven a aceptar a Bulgan. Y los que no quieran —hizo un movimiento giratorio con su pesada mano—, Bulgan corta la cabeza.

—Hablas muy bien del bossban —hizo un gesto esforzándose por parecer resignada e indefensa—. ¿Quién es ese individuo tan imponente?

Una sonrisa apareció en el rostro del guardia.

—Padawan intenta engañar Bulgan. Nada de trucos Jedi aquí. Bulgan y Kyakhta un poco lentos, pero eso no quiere decir estúpidos —se levantó y se inclinó hacia adelante. Tenía el torso ancho, sin pelo, era una masa amenazadora de huesos y músculos, inusualmente grande para un ansioniano—. ¿Tú crees que Bulgan estúpido?

—Ni lo he dicho ni lo he querido decir —respondió suavemente. El alwari retrocedió—. Pero me he dado cuenta de algo de lo que estoy segura.

Los ojos del nativo se entrecerraron peligrosamente.

— ¿Y qué es? Cuidado, pádawan humana. Bulgan no te tiene miedo.

—Ya lo veo. Y lo que también puedo ver, y sentir de formas que ni te imaginas, es que tanto tú como tu cómplice sufrís. Lleváis sufriendo mucho tiempo.

El ojo marrón de pestañas doradas de Bulgan se abrió aún más de lo normal.

— ¿Cómo... cómo lo sabes?

—Además del entrenamiento Jedi normal, muchos de nosotros tenemos nuestra propia especialidad. Áreas del conocimiento que se nos dan especialmente bien. Yo, por ejemplo, soy sanadora practicante.

—Pero eres humana, no de Ansion.

—Lo sé —hablaba con voz tierna pero firme que inspiraba confianza—. Yo no puedo arreglarte la espalda, o darte una prótesis para el ojo que te falta. Sin embargo, el dolor de tu mente es similar al que experimentan todos los seres de sangre caliente. Es resultado de ciertas disrupciones y errores neuronales. Es como si alguien hubiera intentado hacer un ordenador muy complejo, y hubiera tenido todas las piezas delante pero no supiera cómo colocarlas, de forma que no hizo muy bien su trabajo. ¿Entiendes algo de lo que te digo, Bulgan?

El alwari afirmó lentamente.

—Bulgan no es tonto. Bulgan comprende. ¡Ajá!, así se siente Bulgan casi todo el tiempo. Como mal hecho —giró la cabeza a un lado levemente y la miró fijamente con el ojo bueno—. ¿Padawan arregla eso? —No puedo prometer nada, pero lo puedo intentar.

—Arregla dolor de cabeza —su guardián estaba haciendo un tremendo esfuerzo mental—. No más dolor en cabeza —se frotó la frente con la palma de la mano—. Eso sería grande, mejor aún que unos cuantos créditos —había llevado el esfuerzo mental más allá de sus límites, y la miró fijamente—. ¿Cómo sabe Bulgan que puede confiar en ti?

—Te, doy mi palabra de pádawan, de estudiante de las artes Jedi, y de alguien que ha dedicado toda su vida a unos ideales elevados, y a aprender el arte de sanar.

Visiblemente emocionado, su secuestrador respiró profundamente, miró a la puerta y se volvió para mirarla a ella.

—Intenta arreglar a Bulgan. Pero si engañas...

—Te he dado mi palabra —le interrumpió—. Además, ¿dónde voy a ir? La puerta está cerrada y bloqueada por fuera. ¿O no te has dado cuenta de que estás aquí encerrado conmigo? —No sonrió—. Tu amigo no me ha dado ninguna posibilidad.

— ¿Encerrado? -se pasó la mano por el cráneo en el lugar donde debería tener la cresta—. Bulgan confuso.

Ella aprovechó de inmediato la oportunidad.

—La confusión es fruto del dolor con el que convives. Déjame ayudarte, Bulgan. Por favor. Si fallo, no te costará nada. Incluso si lo consigo, me seguirás teniendo aquí, porque la puerta está cerrada por fuera. —Cierto. Padawan dice verdad. ¡Oh!, tú intentas.

Le miró a los ojos, acercándole las aprisionadas muñecas.

—Tienes que desatarme. Para hacer esto necesito las manos. De repente, el alwari se mostró alerta.

— ¿Para qué? ¿Trucos de Jedi?

—No. Por favor, confía en mí, Bulgan. Hay cosas en juego mucho más importantes que mi vida, o el futuro incremento de tu cuenta corriente. ¿Sabes algo del movimiento secesionista?

El ansioniano negó con la cabeza.

—El único movimiento que conoce Bulgan es el de los intestinos —pensó un momento—. Kyakhta no contento —susurró.

Luego se acercó reacio a las muñecas de Barriss y les pasó un desbloqueador. El lazo opaco que las unía se disolvió súbitamente, deshaciéndose en celulosa, catalizador yagua. Ella se frotó firmemente las muñecas con alivio. A medida que le volvía la circulación le hizo un gesto a Bulgan para que se aproximara.

—Ven, Bulgan.

Le ordenó amablemente. Lo hizo con la cabeza gacha, arrastrando los pies como un niño ante su madre. Un niño muy fuerte y muy peligroso, se dijo a sí misma. No tuvo que pedirle que inclinara la cabeza. Con la alumna tan arqueada, el pobre la había puesto a su alcance. Extendió las manos con las palmas hacia abajo y masajéó suavemente su cabeza, con cuidado de no taponar las aberturas auditivas. Su carne era cálida al tacto, la temperatura ansioniana era algo superior a la de los humanos. Ella cerró los ojos y comenzó a concentrarse.

Un temblor comenzó a recorrerla a medida que localizaba el punto en el que centrarse. Era un dolor permanente y agonizante que con esfuerzo consiguió hacer suyo. Comenzó a fluir a través del dolor, rodeándolo con el bálsamo que era su propio yo. Dentro de las neuronas dañadas que eran la causa del problema, la Fuerza convocó una sutil reubicación de los tejidos, una alteración imperceptible pero fisiológicamente crítica.

Permaneció allí, tocándole en silencio durante varios largos minutos sanador y paciente unidos por un misterioso e inescrutable lazo sólo comprensible para otro iniciado en las artes de curación Jedi. Cuando sintió que todo estaba normal y era natural salió del vulnerable estado en el que había sumido a ambos.

Abrió los ojos y se encontró cara a cara con su guardián. Pero ahora había algo distinto en él. Un cambio de postura sutil pero perceptible, un brillo en el ojo en lugar de la opacidad anterior. Él se incorporó todo lo que le permitió su columna dañada de por vida y miró a su alrededor.

— ¿Cómo te sientes? —le preguntó ella finalmente al ver que no hablaba.

— ¿Sentir? Bulgan se siente... se siente bien. Muy bien —alzó los puños de tres dedos hacia el techo—. ¡Realmente excepcionalmente extraordinariamente bien! ¡Ajajá, oh, oh!

El bailecillo que se puso a ejecutar, alzando los brazos con alegría hacia lo alto, elevó el ánimo de la pádawan.

Luego se detuvo, bajó los brazos y le dijo en un tono notablemente distinto que el que había utilizado antes:

—Pero sigues siendo mi prisionera, pádawan —ella se sentó y él hizo una mueca enseñando su dentadura ansioniana—. Por lo menos lo que queda de minuto.

— ¿Quieres decir que...?

Su intención se hizo obvia cuando se acercó a ella con un ritmo al andar que antes no tenía y pasó el desbloqueador por sus tobillos. Las esposas se disolvieron súbitamente y ella se levantó. Los miembros entumecidos le hicieron tambalearse, y se habría caído si él no la hubiera cogido entre sus fuertes brazos.

Y en ese momento la puerta se abrió con un clic y Kyakhta apareció en la habitación.

Decir que el alwari se sorprendió con la visión que le revelaban sus ojos sería una perogrullada propia de un funcionario de hacienda. Ver a la pádawan Jedi liberada de sus ataduras era bastante inquietante. Pero el hecho de que estuviera medio abrazada a su compañero ya constituía un enigma inexplicable. Si Bulgan no decía exactamente lo que tenía que decir en ese momento, Kyakhta se daría la vuelta y les volvería a encerrar a ambos.

Pero afortunadamente, el inocentón Bulgan hasta hacía un momento, tenía ahora la capacidad cerebral de decirlo.

—Ella me arregló —le dijo sencillamente a su compañero, señalándose a la cabeza—. Me arregló esto. También puede arreglarte a ti.

—No prometo nada —les advirtió Barriss.

— ¿Arreglar qué? —Kyakhta dio un paso atrás nervioso—. Yo no roto. ¿Qué quieres decir con arreglarme?

—Esto —Bulgan volvió a tocarse la cabeza recién arreglada—. A mí ya no me duele. Sé que a ti te pasa lo mismo, mi buen amigo. Deja que ejerza su curación Jedi sobre ti.

Dio otro paso atrás. La puerta estaba a su alcance. Era fácil retroceder hacia el pasillo, dar un portazo y cerrar el candado. Pero, ¿qué le había pasado a Bulgan en su ausencia?, se preguntó Kyakhta. No había estado fuera mucho tiempo. Sólo en unos pocos minutos, y su buen, honrado y tonto compañero de exilio y desgracias hablaba como un maldito consejero de la ciudad. No, se corrigió. No como un consejero.

Como un auténtico nómada alwari: independiente, seguro y libre. Tres dedos se aproximaron a la puerta. La Jedi no intentó impedirselo, aunque sintió que tendría que haberlo hecho.

— ¿Qué es toda esta tontería de curación Jedi?

—Ella me lo hizo. Me arregló la cabeza, la mente. ¡Ya no me duele, Kyakhta! Puedo pensar claramente de nuevo. Mis pensamientos no habían sido tan claros desde que era niño y me caí de aquel suubatar —bajó la voz—. Esa caída, esa mala caída al

galope, que rompió mi espalda y me hizo perder el ojo... y dañó mi mente.

—Pero yo... —Kyakhta no tenía palabras. Viendo la evidencia, contemplando del rostro de su amigo, se vio obligado a aceptar una realidad que parecía inconcebible.

Pero había otra realidad que aceptar, y rápido. Con las manos libres, la Jedi se acercaba a él lentamente.

—Déjame ayudarte, Kyakhta. Te prometo lo mismo que a Bulgan.

Tanto si puedo ayudarte como si no, seguiré siendo vuestra prisionera.

Eso era cierto, pensó Kyakhta. A pesar de estar liberada de las esposas, su amigo y él seguían estando al mando. Sólo ellos sabían salir del edificio en el que estaba la celda. Sólo ellos podían pasar por los puestos de guardia y dejar atrás a los vigilantes. Un Jedi podría pasar sin mayor fuerza, pero una pádawan en pleno entrenamiento...

Era indiscutible que había obrado maravillas con Bulgan. ¿Podía eliminar el mismo dolor que le había afectado toda su vida adulta?, ¿eliminar las ondas regulares de agonía que le atravesaban diariamente el cerebro? ¿Acaso no merecía la pena intentarlo por lo menos?

—Vale —le dijo, y añadió a modo de advertencia—, pero si es un truco, no llegarás sana y salva al bossban.

Ella no prestó atención a la amenaza y le puso las manos en las sienes, acercándole la cabeza. Sus dedos estaban fríos y quizá eran demasiados, pero su tacto era inofensivo. Era incluso calmante.

Un rato después, el alwari parpadeaba con la misma perplejidad que había mostrado su compañero momentos antes. Al contrario que Bulgan, no echó los brazos al aire ni se puso a bailar en círculos. En lugar de eso, hizo una profunda inclinación. Para ser un ansioniano, era un gesto especialmente grácil y flexible.

—Te debo mi cordura, pádawan. Si no hubieras intercedido, ahora sé que el dolor con el que he vivido se hubiera convertido en locura, y me hubiera llevado a la muerte.

Se volvió a su compañero de desgracias y rodeó sus anchos hombro con sus largos brazos, y la calva y la cresta se unieron en un gesto ardiente de exaltación mutua.

La reconfortante visión de los dos ansionianos que había sido capaz de curar hizo bien al corazón de Barriss, pero eso no la iba a sacar de allí ni le iba devolver a sus amigos.

—Mi nombre es Barriss Offee, mi Maestra es la Jedi Luminara Unduli, y cuanto antes la encontremos será mejor para mí, y sospecho que más seguro para vosotros. Por que estoy segura de que a vuestro jefe no le va a gustar el cambio que vais a hacer en sus planes.

— ¡El bossban Soergg! —exclamó Bulgan. En cuanto las palabras salieron de su boca, miró inquisitivamente a su compañero. Pero a Kyakhta no le afectó la

revelación.

—Ahora ya no importa, Bulgan. Acabo de notificar nuestro éxito a su cuartel general. Será otro el que le notifique el cambio de planes. Nosotros nos lo hemos jugado todo con esta hembra. Ahora será ella la que tendrá que libramos de Soergg, en lugar de tener nosotros que llevarla hasta él —miró expectante a la Jedi—. ¿Puedes hacerla? Nos ponemos bajo tu protección, sin la cual lo más probable es que siendo dos descartados como somos, mañana seamos pasto de los shanh antes de que salga el sol.

—Sacadme de aquí de una pieza —les aseguró con una sonrisa confiada—, y os prometo la gratitud de dos Caballeros Jedi y otro pádawan. Además de la mía —se acercó con resolución a la puerta abierta—. Supongo que ésa es la mejor garantía que se puede dar en la galaxia.

—Es curioso —murmuró Bulgan mientras seguía a su compañero y a la pádawan a la salida—, pensar claramente puede mejorar en gran medida la perspectiva vital de uno. Por primera vez en mucho, mucho tiempo me veo a mí mismo como una persona, y no como una fuente constante de bromas y humor cruel.

—Yo nunca te vi así, amigo mío —le dijo Kyakhta suavemente mientras ascendían la espiral de la escalera.

—Sí lo hacías —le replicó Bulgan—, pero no te culpo por ello. No era culpa tuya. Estaba todo en la mente.

—Un momento —se sentía un poco desnuda sin su cinturón reglamentario, y alcanzó a Kyakhta—, ¿dónde están mis cosas?

—En el almacén. Iremos a buscarlas antes de irnos.

Había un guardia en la puerta. Un dorun sentado en un asiento intencionadamente dentado para acomodar su espalda. Tenía un monitor ovalado en sus tentáculos gemelos. Sus globos oculares se giraron hacia Kyakhta al verle aparecer por la escalera.

— ¿Qué tal eztá la prizionera?

Kyakhta se encogió de hombros con gesto aburrido y Bulgan apareció tras él. Barriss permaneció oculta en la escalera.

—Tranquila. Lo cual es bastante extraño, por lo que me han dicho, para ser una humanoide.

—Reznada a zu deztino, digo yo.

El dorun volvió a centrarse en su monitor. Ninguno de sus ojos camaleónicos vieron que Bulgan alzaba una silla, pero ambos se pusieron en blanco cuando el alwari se la estampó en la cabeza.

— ¡Rápido!

Kyakhta introdujo una combinación en el teclado, y se abrió un cajón del que extrajo el cinturón de Barriss. Su sable láser permanecía en su sitio, comprobó

aliviada. Mientras se lo colocaba en las caderas, se fijó en que Kyakhta pulsaba un pequeño dispositivo que llevaba colgado en la cintura. — ¿Qué es eso?

—Tenemos que informar de nuestra posición periódicamente —explicó el alwari con gesto preocupado —o moriremos —dijo frotándose la nuca—. El bossban Soergg puso dispositivos explosivos en nuestros cuellos para asegurar que cumplíamos sus órdenes.

Barriss hizo un ruido bastante soez para ser una pádawan.

—Típico de los hutt. Pero no podemos dejar que nos siga. Déjame ver. Kyakhta y Bulgan se acercaron obedientes. Barriss sacó un escáner de su cinturón y lo pasó cuidadosamente por el punto indicado en la nuca de Kyakhta. No era difícil localizar el dispositivo insertado. Había un bulto perceptible bajo la piel a la derecha de la cresta.

Comprobó la lectura del escáner e introdujo una secuencia, pasando el compacto instrumento por segunda vez sobre la nuca del alwari, repitiendo luego el procedimiento con Bulgan. Después se dirigió satisfecha a la salida Kyakhta la seguía, frotándose una vez más el bulto con los dedos.

—El explosivo sigue ahí.

Con la mente limpia o no, no era difícil comprender que la presencia del aparato le hiciera sentir incómodo.

Barriss estudió la calle. Por lo que podía ver, el tráfico parecía normal —Los puedo sacar, pero tendría que hacerla con mucha precisión y no tengo los instrumentos necesarios. Sólo los he desactivado, ahora son inofensivos. Pero será mejor que nos demos prisa. Es probable que la desactivación dé lugar a que el que esté monitorizándolos informe a vuestro bossban de que algo va mal. Es probable que haya una respuesta inmediata.

—Entonces, vamos.

Bulgan se adelantó y empujó la puerta saliendo a la calle sin dudarle.

Kyakhta y la ex-prisionera le siguieron.

—A la plaza Central, yo creo. A la tienda donde me encontrasteis

—Barriss seguía a Kyakhta que iba en primer lugar—. Mis compañeros se dividirán para buscarme y partirán de ese punto —cogió el intercomunicador de circuito cerrado de su cinturón—. En cuanto nos alejemos lo suficiente de aquí, les comunicaré nuestro destino y que estoy bien —sonrió—. Y de vuestro cambio de planes también.

—Di mejor cambio de mente —todo lo que antes era familiar para Bulgan, lo percibía ahora con otros ojos. Pero le seguía molestando el pequeño y peligroso aparato, aunque fuera inofensivo gracias a la pádawan—. Tenemos que deshacernos de esto cuanto antes.

—Lo haremos —le aseguró Barriss mientras doblaban una esquina para llegar a

una avenida mucho más bulliciosa. La presencia de tanto seres alrededor le hizo sentir mucho más tranquila—. Hasta entonces, lo único que hay que hacer es decide a los conocidos que tengan cuidado con lo que dicen porque tienes una personalidad muy explosiva

Antes de la curación de Barriss, Bulgan simplemente no habría pillado la broma, pero ahora tanto él como su amigo tenían el placer de reírse a carcajadas.

Un placer que se les había negado durante demasiado tiempo.

Más tarde o más temprano, pensó Ogomoor distraídamente, el bossban Soergg se hartaría de que su consejero sólo fuera portador de malas noticias. Y cuando eso ocurriera, Ogomoor sabía que más le valía correr, o permanecer fuera del alcance de la potente y gigantesca cola del hutt. —Se ha escapado —Soergg descansaba en el diván de sus aposentos.

Estaba en mitad de la siesta cuando Ogomoor sintió que el deber de la urgencia le obligaba a despertarle—. Ha desaparecido. Y esos dos idiotas con ella. —No nos consta que estén con ella, Grandiosidad. Sólo sabemos que no está y ellos tampoco. El guardia dice que fue atacado por la espalda, probablemente por uno de ellos. ¿Por qué iban a querer de repente irse con ella?

— ¿Quién sabe? —el hutt gruñó al arrastrar su cuerpo fofo del diván y bajar al suelo. En seguida, un par de pequeños sirvientes geril comenzaron la odiosa tarea de limpiar el rastro baboso. Soergg les ignoró según se acercaba a su subordinado—. Me huele a truco Jedi.

— ¿Y los dispositivos que supuestamente garantizaban la lealtad de los dos secuestradores...?

Ogomoor dejó la pregunta en el aire.

— ¡Agh! Los activé en cuanto me dijiste lo que había pasado. Una de dos, o esos imbéciles ya no tienen cabeza, o es otra artimaña Jedi.

Los geril seguían colgados de su gigantesco cuerpo, continuando su tarea ininterrumpidamente, y Soergg se inclinó hacia adelante. Haciendo gala de un coraje que no tenía, Ogomoor se hizo fuerte. Sabía que su propia cabeza seguía unida a sus hombros únicamente por lo valioso que le resultaba al hutt.

—Haz que corra la voz entre todos los matones, criminales, delincuentes y bajos fondos de Cuipernam. Mil créditos de la República para el que me traiga a la pádawan viva o la cabeza de un Jedi muerto. ¡Corre! Todavía hay una posibilidad de interceptada antes de que se reúna con sus compañeros.

—Tus palabras son órdenes, bossban.

Sentía demasiado alivio como para temer un tiro por la espalda, salió rápidamente de la habitación sin ceremonias, con el intercomunicador ya en la mano y activado.

Tras él, los geril sellaron concienzudamente los agujeros de su nariz al ver que su jefe descargaba su disgusto de forma especialmente asquerosa y maloliente.

Lo que Ogomoor no sabía era que ahora su imponente jefe tenía que informar del fracaso a alguien aún más importante. Soergg no temía a ese individuo, pero le respetaba. Casi tanto como respetaba los créditos que le estaban ingresando en su cuenta por los servicios prestados a la causa secesionista ansioniana.

¿Quién estaba detrás del que hacía los pagos?, se preguntaba a menudo. No es que fuera especialmente importante. Lo importante eran los créditos, el dinero. A los hutt no les interesaba especialmente la política, a no ser que vieran afectados intereses directos. A Soergg le daba exactamente igual que Ansion y los planetas a los que estaba unido por tratados y pactos permaneciera en la República o se escindiera.

O que pasara otra cosa en su lugar, algo nunca visto ni imaginado.

6

A nadie le sorprendió que fuera Luminara la primera en encontrar a Barriss y a sus nuevos aliados. Se encontraron en el medio de un pequeño mercadillo. Los dos alwari observaban con interés la escena de la Maestra y la pádawan abrazadas efusivamente. Ocupados en su quehacer comercial diario, el resto de la multitud, compradores y vendedores, ignoraba la escena.

— ¿Y quiénes son estos dos indígenas tan aguerridos?

Luminara observó a los alwari con interés. Kyakhta sintió los ojos de la Jedi quemándoles los suyos. Sin saber por qué, se puso a mover los pies nervioso.

—Son mis secuestradores, Maestra —al ver la expresión de Luminara, Barriss no pudo contener la risa—. No seáis demasiado dura con ellos. Ambos sufrían deformaciones mentales, yo les curé y a cambio me ayudaron a escapar.

—A escapar temporalmente, tengo que recordarte, Barriss —dijo Bulgan, mirando a su alrededor por encima de las cabezas de vendedores y clientes en busca de una señal de asalto inminente—. Mientras disfrutáis de este feliz momento, apostaré hasta el último de mis créditos a que Soergg ya ha enviado una partida de matones a por nosotros.

—Entonces nos vamos ahora mismo —Luminara sacó el intercomunicador de su cinturón, habló por él brevemente, esperó una respuesta, habló de nuevo y lo puso en su sitio—. Obi-Wan y Anakin están en camino —dijo—. Nos reuniremos en la fuente de la esquina de esta plaza.

Rodeó los hombros de su pádawan con el brazo y la llevó en esa dirección.

—Me alegra que hayas tenido la oportunidad de llevar tus conocimientos de curación a la práctica. En el futuro, espero que puedas encontrar sujetos con los que practicar que no sean tus secuestradores. Debería enfadarme contigo por haber bajado la guardia de esa forma, pero no puedo evitar alegrarme de que estés sana y salva.

Sólo tuvieron que esperar un poco en las escaleras de la fuente lorqual hasta que un movimiento de ropajes entre la multitud anunció la llegada de Obi-Wan. Anakin le seguía de cerca. Ambos saludaron a Barriss al estilo Jedi: ceremonioso pero con afecto.

Bulgan seguía los procedimientos en silencio. Sólo cuando hubieron terminado las formalidades se atrevió a preguntar, apartando un pekz de alas verdes con la mano.

— ¿Qué vais a hacer ahora? Luminara se volvió hacia él.

—Hemos afianzado un acuerdo con la Unidad de Comunidades para conseguir la paz con los nómadas, si los alwari consienten en compartir un porcentaje de sus tierras con el pueblo de la ciudad. A cambio, los ciudadanos proporcionarán a los

alwari todo tipo de bienes y servicios avanzados, y no intentarán alterar o inmiscuirse en el modo de vida tradicional alwari. Se respetarán los unos a los otros y el Senado se mantendrá todo lo alejado que pueda de los asuntos de Ansion, que a su vez permanecerá en la República, lo que asegurará su independencia política y económica del Gremio de Comerciantes. Entre otros —su voz bajó de tono—, Ansion no se convertirá en un segundo Naboo.

Kyakhta se rascó la nuca con cuidado de no irritar el explosivo que seguía ahí.

—Me suena complicado.

—Y lo es —admitió Obi-Wan—. Más complicado de lo habitual. Así son las cosas hoy en día.

— ¿Creéis que los alwari accederán a la propuesta?

Barriss miraba a sus amigos y a la multitud simultáneamente. Los dos nómadas se miraron.

—Depende del planteamiento —dijo Kyakhta finalmente—. Si podéis conseguir que el más poderoso de los clanes superiores, los borokii acceda, el resto le seguirá. Siempre ha sido así entre los alwari.

Luminara asintió con gesto pensativo.

—Entonces hemos de conseguir que sus representantes vengan a Cuipernam para hablar con ellos en persona.

Bulgan comenzó a reírse, pero se detuvo al ver que la Jedi hablaba en serio.

—Ningún jefe borokii se acercará a menos de cien huus de Cuipernam, ni de ninguna otra ciudad de la Unidad. No se fían del pueblo de la ciudad, ni de sus representantes. Y ahora hablo como tasbir de Hatagai Sur. Aunque bien es cierto —añadió con tristeza —que ahora mismo soy un descastado.

Luminara se acercó a Obi-Wan y le dijo algo que inmediatamente hizo sonreír y asentir al Jedi. Se volvió a Barriss y sus nuevos amigos.

—Si no tenéis clan —dijo —no tenéis a dónde ir. Y entonces, no hay ninguna responsabilidad con vuestro hogar.

— ¡Ajá!, qué cierto es eso —exclamó Kyakhta apenado—. Un descastado carece de raíces, como el arbusto soplador irgkul.

—Entonces —prosiguió la Jedi, guiñándole un ojo a Barriss —sois libres para trabajar para nosotros y llevamos hasta los borokii.

— ¡Oh!, supongo que nosotros... —Kyakhta hizo una pausa, parpadeó y volvió a mirar a los Jedi. Al hacerla, su boca comenzó a abrirse cada vez más enseñando la blancura de sus dientes—. ¿Queréis decir que... que tomaríais a dos descastados como nosotros como guías? ¿Incluso después de lo que le hicimos a la pádawan?

—Eso pertenece al pasado —les dijo Luminara—. Además, si Barriss dice que no fue culpa vuestra y que estáis curados, yo acepto su conclusión.

— ¡Guías de Jedi! ¡Nosotros!

Bulgan no podía creer el cambio que había tenido su suerte en un solo día: de trabajar para un suelta—babas como el bossban Soergg a escoltar a Caballeros Jedi.

El siempre alerta Anakin se acercó a Obi-Wan.

—Maestro, ¿creéis sensato depositar nuestra confianza y nuestras necesidades en estos dos?

—No percibo peligro en ellos —dijo Obi-Wan.

—Barriss tampoco lo hizo —señaló Anakin sagaz —y la secuestraron.

—Eso fue antes de que les curara. Yo creo que estaremos protegidos por su gratitud. Y nos ofrecen una ventaja que no hubiéramos podido conseguir del pueblo de la ciudad. Siendo alwari, encontrarán el camino correcto y harán las presentaciones necesarias tan bien o mejor que cualquiera que podamos contratar en Cuipernam.

Anakin musitó.

— ¿Es que al final todas las relaciones entre seres se reducen a la política, sea del tipo que sea, Maestro?

—Así lo consideran muchos. De ahí mis continuos intentos de enseñarte los principios básicos de la diplomacia. ¿Quién sabe? Quizá algún día puedan serte útiles tanto personal como profesionalmente.

Esa idea bastó para apaciguar al pádawan, y para orientarle hacia un pensamiento completamente distinto. Mientras tanto, los Jedi hablaban de los detalles con sus nuevos guías mientras caminaban por la plaza repleta. —Lo primero —declaró Luminara —es quitaras esos maliciosos dispositivos de la cabeza.

—Yo conozco a un curandero que puede hacerla en cuestión de minutos, y no tendrá miedo ahora que han sido desactivados —Kyakhta sonrió a Barriss mostrándole el brillo de sus dientes—. Es un buen cirujano pero jamás se habría planteado atendernos... antes. Al hacerlo podría provocar la ira del bossban Soergg.

—Bien —Luminara esquivó a un trío de mielp, que caminaban encorvados bajo el peso de unas bolsas casi tan grandes como ellos—. Después alquilaremos un deslizador y entonces...

— ¡No! —le previno Bulgan—. Nada de deslizadores. Cuantos menos ejemplos de tecnología galáctica llevemos, mejor. Todos los alwari son tradicionalistas radicales. Como ya sabéis, este conflicto entre los de la ciudad y los nómadas se basa principalmente en las diferencias entre el costumbrismo y los nuevos estilos de vida. Si queréis ganaros la confianza de los borokii, demostrarles desde el primer momento que no estáis del lado de los ciudadanos, tendréis que acercaros a ellos mostrando respeto por las viejas tradiciones.

Obi-Wan asintió amablemente.

—Muy bien, nada de deslizadores. ¿Entonces cómo viajaremos?

—Para atravesar las grandes praderas, hay muchas monturas adecuadas.

Anakin hizo una mueca. — ¡Animales!

Siempre se había sentido mucho más cómodo trabajando con máquinas. Si le daban el suficiente tiempo y el acceso a herramientas y repuestos, podría construir un vehículo adecuado. Pero los nativos insistían: nada de deslizadores.

—El mejor es el suubatar —el entusiasmo de Kyakhta era evidente—. Si podéis permitirlo, son el medio de transporte preferido por la clase alta alwari. Llegar a un campamento a lomos de uno es señal de que el jinete es una persona importante. Por no mencionar con buen gusto.

Luminara reflexionó.

—El Consejo Jedi prefiere que viajemos modestamente. Los medios de intercambio con los que contamos son limitados.

—Creo que podremos arreglárnoslas —le dijo Obi-Wan—. Teniendo en cuenta que tenemos órdenes de solucionar el conflicto cuanto antes, no creo que nadie ponga objeciones a que incurramos en ciertos gastos para conseguirlo. Cuanto antes abandonemos Cuipernam en busca de los borokii, más posibilidades de éxito tendremos y estaremos todos más seguros.

—Cabalgar un suubatar es como cabalgar el viento.

Bulgan se tropezó ansioso con un crowlyn que dormitaba, que tras limpiarse la enorme mandíbula miró al alwari y se volvió a dormir.

Anakin se encogió de hombros.

—Yo soy campeón de vainas. Me temo que ningún vehículo orgánico, por muy noble que se le considere, me va a impresionar.

Pero se equivocaba.

Si hay algo, que la tecnología avanzada ha eliminado en el transporte moderno, es el olor. Pero su presencia era manifiesta en el mercado de transportes, donde podía encontrarse una increíble variedad de criaturas domesticadas como cabalgaduras. Mientras que los dos Jedi se dirigían con los guías a encontrar a los animales adecuados, la pareja de pádawan e quedó de guardia.

—Ya me he disculpado con mi Maestra por dejarme secuestrar. Barriss miraba de un lado para otro constantemente mientras hablaba, viendo a cada vendedor y comprador, a cada comerciante y animal como una amenaza en potencia.

Anakin también se mostraba alerta, teniendo en cuenta que ya se había dejado engañar una vez por la aparente tranquilidad que le rodeaba. Estaba de pie junto a su compañera, deseando que ella fuera otra persona, pero respetando su demostrado valor y talento.

—No tienes por qué sentirte avergonzada. Yo también he hecho muchas estupideces en mi vida.

—Yo no he dicho que fuera una estupidez —se alejó de él. Anakin dudó por un momento.

—Oye, lo siento. Parece que hemos empezado con mal pie. Todo lo que puedo decir en mi defensa es que tengo muchas cosas en la cabeza.

—Eres un pádawan de Jedi. Pues claro que tienes muchas cosas en la cabeza.

Vio acercarse a un conductor seuvhat dirigiéndose rápidamente en dirección a ellos, y puso la mano en su sable láser. Cuando el vehículo giró, retiró la mano del arma.

—Quiero decir que estoy preocupado —Anakin le puso una mano en el hombro, esperando que su gesto no fuera malinterpretado. Pero no tenía de qué preocuparse—. Si no lo hubiera estado, si hubiera hecho bien mi trabajo, hubiera prestado más atención a la tienda en la que entraste. Hubiera podido impedir que te secuestraran.

—Fue culpa mía, no tuya. Pensaba en una sola cosa... Por otra parte —añadió enérgicamente—, si los acontecimientos se hubieran desarrollado de otra forma, no hubiera podido ayudar a esos pobres alwari, y ahora estaríamos buscando a unos guías que nos llevaran hasta ese clan. Como dice el Maestro Yoda, hay muchos caminos en la vida, así que lo mejor es contentarse con el que finalmente escogemos.

—Ah, sí, el Maestro Yoda.

El pádawan se sumió en sus pensamientos.

Al mismo tiempo que vigilaba a la multitud en busca de una señal de peligro, Barriss le echaba un vistazo de vez en cuando a su compañero. Era inescrutable este Anakin Skywalker. La Fuerza hervía en su interior. La Fuerza y otras cosas. Ella ya se había dado cuenta de que era mucho más complicado que cualquiera de sus otros compañeros del Templo. Y eso era inusual. Una vez escogido, el camino de un Jedi era directo y sin complicaciones. Pero eso no era lo que se percibía en Anakin Skywalker.

—Has dicho que estabas preocupado —le dijo al fin—. Yo percibo que es una preocupación lo que te hace infeliz.

— ¿Ah, sí?

Ella no pudo distinguir si su tono era sarcástico o simplemente amable. A sus espaldas, los Jedi y los guías seguían regateando por las monturas. Anakin deseaba que acabaran de una vez. Estaba cansado de aquel sitio, cansado de la misión. ¿Qué importaba si Ansion y unas docenas de sus planetas aliados se separaban de la República? Teniendo en cuenta el estado actual del gobierno galáctico y del Senado, con su confusión y su corrupción demostradas, ¿a quién podía extrañarle que quisieran separarse? Podría servir como una llamada de alerta para el resto de la República, —un llamamiento para aclarar las cosas o enfrentarse a un futuro peor.

Unos pensamientos muy profundos para un pádawan. Sonrió. Obi-Wan se equivocaba. A veces pienso en las otras cosas y no sólo en mí mismo.

—Pues sí —continuó Barriss. El joven no le intimidaba en absoluto—. ¿Qué te preocupa tanto, Anakin Skywalker? ¿Por qué siempre estás tan pensativo?

Pensó en decirle la verdad. Luego decidió contarle sólo parte de ella.

Con un gesto de la mano, recorrió todo el mercado, las calles adyacentes, la muchedumbre mezclada de ansionianos y forasteros y la ciudad más allá.

— ¿Qué hacemos aquí? El Maestro Obi-Wan ha intentado explicármelo, pero creo que no se me dan bien las complicaciones políticas. Son difíciles de entender, incluso irrelevantes. Desde niño he sido una persona muy directa —miró a su compañera—. En el lugar en el que crecí, de la forma en la que lo hice, si disipabas tu energía, o malgastabas tu tiempo, no durabas mucho. ¿Quieres que te diga sinceramente lo que opino de esta misión?

Ella asintió sosteniendo su mirada.

—Es una pérdida de tiempo. Una tarea para diplomáticos charlatanes y no para ningún Jedi.

—Ya entiendo. ¿Y qué harías si estuvieras al mando, Anakin? No dudó ni un momento.

—Cogería a los líderes de ambas facciones, nómadas y ciudadanos, y les encerraría a todos en una habitación, diciéndoles que si no hacían las paces en una semana la República enviaría a un cuerpo especial para asumir el control directo de los asuntos del planeta.

Ella asentía lentamente, con una enervante expresión de tranquilidad en el rostro.

— ¿Y cómo respondería el Gremio de Comerciantes, dados sus amplios intereses en este sector?

—El Gremio de Comerciantes hace lo que es más rentable. La guerra con la República no es rentable —parecía convencido—. Eso es lo que he aprendido.

— ¿Y si la Unidad ansioniana de Comunidades y villas, a consecuencia de tus acciones, deciden seguir adelante con el movimiento de secesión y el resto de los planetas aliados les siguen...?

—No implicaría ninguna diferencia para la vida cotidiana de la gente.

El comercio continuaría, la rutina de todos esos planetas no cambiaría.

— ¿Estás completamente seguro de que arriesgarías miles de vidas para averiguarlo? ¿Y qué pasaría con los alwari, que no están de acuerdo con la forma de hacer las cosas de la Unidad? ¿No crees que el Gremio de Comerciantes y sus aliados acabarían aplastándoles?

—Bueno, no estoy seguro de que...

Tras el cúmulo de razonamientos de la pádawan, el muro de seguridad de Anakin comenzaba a quebrarse.

Ella se giró para volver a observar a la multitud.

—Yo creo que es mejor enviar a dos Jedi y sus pádawan para intentar arreglar las

cosas. Es mucho menos amenazador que un cuerpo especial. Y también menos costoso, lo que siempre es mejor para el Senado.

Él suspiró.

—Lo que dices es posible. Pero es que Ansion es tan insignificante...

Hasta Obi-Wan se pregunta su importancia. Me lo ha dicho varias veces, y también hemos hablado de los fallos que encuentra últimamente en la República.

—Y los conflictos menores —replicó ella—. Seguro que también te ha hablado de los conflictos menores y de la necesidad de suprimirlos antes de que den lugar a conflictos incontenibles.

—Constantemente —suspiró con resignación mientras se unía a ella en la vigilancia de la multitud.

—Es un precio justo —el ansioniano llevaba la cresta teñida de rayas plateadas y negras que se extendían a lo largo de su columna. Los ojos convexos con matices color lavanda estudiaban a sus clientes con expresión vacía—. ¡Ni en Cuipernam ni en la llanura de Sorr-ul-Paan encontrareis seis monturas de semejante calidad por este precio, ni por el triple!

—No te pases de insistente o conseguirás revolver el estómago de mis Maestros con tu parloteo.

Kyakhta se giró dando la espalda al vendedor y bajó la voz mientras Bulgan y él dialogaban con sus nuevos jefes.

—Tiene razón, Maestra Luminara. El precio que pide es justo. Quizá un poco elevado, pero los animales están en excelente estado. — ¡Vamos a montar en semejantes suubatar!

Bulgan apenas podía contener su emoción.

—Dadnos un momento —Luminara se alejó dejando a los dos nómadas con las negociaciones, aunque lo único que podían hacer ya era tratar de pulir la oferta final del comerciante—. ¿Qué opinas, Obi-Wan?

Estudió cuidadosamente el mercado, buscando una señal de peligro. —Creo que deberíamos fiarnos de los conocimientos sobre nativos de nuestros guías. Después de lo que tu pádawan hizo por ellos, opino que antes se engañarían a sí mismos que aprovecharse de ella —miró hacia atrás y vio a los alwari discutiendo con el vendedor—. Por otra parte, deseo cabalgar una de esas bestias. Uno de estos días, me da la impresión de que no me quedará otra opción que llevar viejos aparatos y deslizadores cochambrosos.

Alzó la cabeza y se quedó mirando al cielo azul. Luminara observó a los pádawan.

—Sigue habiendo tensión entre Barriss y Anakin.

—Sí —suspiró Obi-Wan—. Ya me he dado cuenta. Pero parecen llevarse mejor desde la aventura de tu pádawan. Una buena estudiante, Barriss. La Fuerza fluye en gran medida en su interior.

—Es cierto, pero no tanto como en el joven Anakin. Es un río salvaje tu pádawan, repleto de energía reprimida que necesita canalización.

—Llegó inexplicablemente tarde al entrenamiento, y fue educado por su madre hasta una edad demasiado avanzada para un aprendiz.

Luminara volvió a mirar en dirección al pádawan.

— ¿Conoció a su madre? Ése es un lazo que los aprendices de Jedi no suelen llevar consigo. Conlleva todo tipo de complicaciones y dificultades en potencia.

—Lo sé. Esa razón me hubiera bastado para no tomarle bajo mi tutela, pero mi propio Maestro, Qui-Gon Jinn, lo expresó como un deseo en el momento de su muerte y yo se lo juré. Además de los problemas que tuve que solucionar a raíz de su muerte, estaba el de tratar con este joven problemático.

— ¿Y qué tal ha ido? —preguntó con interés. Obi-Wan se mezo la barba ausente.

—Suele ser impetuoso, lo cual es preocupante. En ocasiones se deja llevar por la impaciencia, lo cual es peligroso. Pero ha pasado por muchas situaciones y ha sobrevivido, y es un gran estudiante de la ciencia Jedi. Hay asignaturas en las que destaca, como la lucha con sable láser. Y es piloto de nacimiento. Pero apenas encuentra tiempo para la historia o la diplomacia, y la política le pone enfermo. Aun así, es perseverante. Un rasgo heredado, según creo, de su madre, a quien Qui-Gon consideraba una mujer tranquila pero de voluntad fuerte.

Luminara asintió pensativa.

—Si hay alguien capaz de convertir esa materia bruta en un Caballero Jedi, ése eres tú, Obi-Wan. Muchos tienen el conocimiento, pero pocos la paciencia.

—Tú también podrías hacerla.

Ella le contempló. Cara a cara, los dos Jedi se observaban fijamente a los ojos. Cada uno veía algo diferente, pero merecedor de valía. Un rasgo distintivo, e incluso excepcional. Cuando apartaron la mirada, lo hicieron simultáneamente.

Obi-Wan se dirigió a hablar con el alwari que regateaba amigablemente. Luminara se quedó mirando al Jedi largo rato pensativa y luego volvió a vigilar a la multitud.

Obi-Wan instó a Kyakhta y a Bulgan a que terminaran las negociaciones por los seis animales. Las magníficas bestias eran el triple de altas que un humano. Tenían seis patas, y unas pezuñas largas que parecían totalmente fuera de lugar en una criatura creada para correr por extensas llanuras de hierba.

Cuando Anakin destacó a Kyakhta esta aparente irregularidad evolutiva, éste se echó a reír.

- ¡Ya verás para lo que son, pádawan Jedi!

Tirando del doble juego de riendas, hizo girar sin esfuerzo a su recién adquirida cabalgadura.

La silla era ligera, pero acolchada, y se ajusta entre el primer par de patas y el segundo. Entre las segundas patas y las de atrás había espacio para acomodar una segunda montura para llevar provisiones, que ya habían sido negociadas y tasadas, y estaban en proceso de carga a lomos de los complacientes animales.

—Comida, agua y accesorios. Hemos adquirido de todo y ya está pagado, Maestra Barriss —Bulgan tenía sus enormes pies enfundados en botas que colgaban delante de unas cinchas situadas en el cuello del suubatar, en lugar de caer hacia los lados. El suave arco de la silla en el respaldo mecía su doblada espalda—. Ahhh, ¡ajá! —exclamó con placer—. Estar así sentado me trae muchos recuerdos.

Siguiendo las instrucciones de Kyakhta, Luminara se subió a su suubatar, y a pesar de la altura no tuvo ningún problema. Lo primero, porque el animal estaba arrodillado esperando a su jinete, y lo segundo porque su cuerpo era esbelto y ágil. La razón para utilizar la silla de montar era evidente: sin ella, uno se encontraba directamente sentado sobre unas protuberantes vértebras.

— ¡Ilup! —gritó Kyakhta.

El suubatar comenzó a levantarse, primero las patas delanteras, luego las segundas y por último las traseras. La razón por la que la silla tenía un alto arco de cuero como respaldo era que, sin él, Luminara se hubiera deslizado hacia atrás al levantarse el animal y hubiera caído al suelo.

Aunque cada bestia tenía su propio dibujo de rayas verde oscuro en el pelo corto y suave, las seis eran del mismo color de bronce pálido. La combinación les permitiría, a pesar de su tamaño y de la visibilidad, camuflarse bien entre las tierras de las praderas. Luminara se quedó bastante sorprendida con respecto a su alimentación, ya que esperaba que fueran herbívoros, pero lo cierto es que eran omnívoros, y podían sobrevivir con una dieta muy variada. Su fina y larga mandíbula era ancha al final, lo que le permitía dar grandes bocados y tragar enormes frutos o presas de una sola vez. Los cuatro colmillos delanteros sobresalían de la mandíbula, lo que les daba un aspecto fiero que contradecía su tranquila naturaleza.

—Por supuesto, éstos están domesticados —le dijo Bulgan, adivinando sus pensamientos—. Los suubatar salvajes pueden atacar y destruir caravanas enteras.

—Eso me da mucha confianza.

Anakin se balanceaba de un lado para otro en su montura, intentando mantener el equilibrio. Kyakhta se dio cuenta del problema y se acercó a su lado.

—No os sentéis demasiado erguido, Maestro Anakin. Apoyaos en el viann, en el respaldo de la silla. Eso es, así. ¿Veis como las piernas se ajustan ahora naturalmente a los estribos delanteros?

—Pero no veo bien en esta posición —se quejó el pádawan intentando agarrar el

doble juego de riendas.

—Yo creo que estamos a la suficiente altura como para ver cualquier cosa importante —le dijo Obi-Wan. Se apoyaba en el respaldo como si lo llevara haciendo toda la vida—. Tómame esto como otro capítulo inesperado de tu educación.

—Yo preferiría ser educado en un deslizador de último modelo —gruñó Anakin. Pero Kyakhta tenía razón. Cuanto más se recostaba en el respaldo más seguro y estable se sentía. Quizá, no iba a ser tan malo después de todo.

¿Podía fiarse de un animal extraño y alienígena? Los suubatar eran sin duda animales bellos, con sus ojos saltones de pestañas doradas, el agujero de la nariz y las cabezas estilizadas. Tenían las orejas pegadas al cráneo y, al contrario que los ansionianos, no tenían cresta. El pelo rayado era corto y denso, evolucionado para ofrecer el máximo aislamiento con el mínimo de resistencia al viento. La cola era de la longitud de las patas, pero tan esbelta como el resto del cuerpo. Algo de los animales sugería un fin.

Velocidad.

— ¿Todo el mundo listo? —Kyakhta sostenía las riendas sin esfuerzo en una mano mientras se volvía a mirar a sus compañeros. Bulgan le indicó que las provisiones ya estaban cargadas—. Entonces, vámonos a buscar a los borokii —se giró hacia adelante, y le dio un suave golpecito en la nuca al animal mientras gritaba—. ¡Ilup!

El suubatar pareció levantarse del suelo, pero lo único que había hecho era responder a la petición de galope. El ritmo de las seis patas era increíblemente suave, se dijo Luminara. Apenas daba sensación de balanceo o de desequilibrio. Recostada en el viann de la silla, con sus fuertes piernas incrustadas en los estribos de cuero, veía pasar la ciudad como si volara. Los peatones tenían que apartarse rápidamente de su camino.

Mucho antes de lo esperado, atravesaban como una exhalación los altos arcos de la Puerta Govialty del casco antiguo y se hallaban en un polvoriento camino con dirección Oeste. Kyakhta se acercó cabalgando hasta ponerse a su altura. La Jedi pensaba que iban a la máxima velocidad, pero el animal del alwari apenas jadeaba.

— ¿Estáis cómoda, Maestra Luminara? —le gritó el guía para hacerse oír.

— ¡Es una maravilla! —respondió ella—. ¡Es como cabalgar una nube hecha de seda de Dramassia!

Lejos de los muros de la ciudad, se veían expuestos a unos vientos casi constantes que circulaban eternamente por el planeta. El aire fresco le daba en la cara, y la cabeza larga, estrecha y ligeramente triangular del suubatar lo partía en dos como la proa de un barco.

Echó un vistazo atrás y vio a Barriss luchando por mantenerse en la silla, y la expresión de Anakin variaba de una mueca de determinación a un miedo casi infantil.

Se hubiera reído, pero no era el momento. Por lo que tocaba a Obi-Wan, estaba sentado en su montura bordada con expresión serena y los ojos cerrados, los brazos cruzados y las riendas descansando en la silla. Pensó con incredulidad que bien podría estar sentado en un asiento de primera en un transporte. Había conocido a muchos Jedi, pero ninguno con tantos recursos ante lo inesperado.

— ¡Kyakhta! —llamó al jinete que galopaba junto a ella—. Lo mejor es que dejemos la ciudad atrás cuanto antes, ¿pero no será peligroso forzar a las bestias? ¿No se cansarán a este ritmo?

— ¿Forzar?, ¿cansarse? —observó a la mujer desde su montura, hasta que finalmente se dio cuenta—. ¡Oh!, no lo entendéis. Pero es normal teniendo en cuenta que nunca habíais visto antes un suubatar, y mucho menos lo habíais cabalgado — sacó los pies de los estribos, y se puso de pie sobre el lomo de su cabalgadura mirando hacia atrás, agarrándose al respaldo para no perder el equilibrio—. Nadie nos sigue, pero una cosa es segura: el bossban Soergg no permitirá que esto acabe aquí —volvió a su postura de montar y sonrió de nuevo a Luminara—. ¿Seguro que estáis cómoda?

—Me siento de maravilla. Como ya te he dicho, lo estoy disfrutando. Él asintió.

—Entonces no hay necesidad de que sigamos paseando —alzó la voz y sacando de nuevo los pies de los estribos se inclinó hacia adelante y gritó—. ¡Ilup!

Al mismo tiempo, espoleó con los talones al animal en ambos flancos a la vez.

— ¡Por la Fuerza!

Anakin gritó y buscó algo a lo que agarrarse. Barriss se empezó a reír a carcajadas, y la aceleración hizo que su melena y sus vestiduras se echaran hacia adelante como llamaradas. Obi-Wan se dignó a despertarse.

Hasta ese momento, parecía que los suubatar sólo habían ido al trote.

A la orden de Kyakhta, aceleraron con sus seis patas a tal velocidad que las pezuñas de largos dedos parecían no tocar el suelo. Treinta y seis dedos que impulsaban hacia adelante a los suubatar a una velocidad que dejó a Luminara sin respiración.

Lo que no era sorprendente, ya que estaban adelantando al viento.

Detrás de ellos, allá en la ciudad, una variedad de brutos, rufianes y delincuentes se amontonaba sobre los muros de la ciudad justo en la puerta por la que había salido la caravana Jedi y sus guías. Lejos en la distancia, podía distinguirse una nube de polvo que se disipaba sobre la cima de una colina cubierta de hierba. Para Ogomoor era como gas venenoso.

—Tienen que ser ellos —se giró hacia un gigantesco varvvan que estaba su lado—. Reúne a tu gente. Vamos por ellos.

— ¿A esa velocidad? Ya oíste lo que dijeron los del mercado.

Cabalgan suubatar. Y además son purasangres.

A sus espaldas, los otros miembros de la irregular tropa comenzaban a murmurar.

—Cogeremos una aeronave. Ningún suubatar puede ir más rápido que un autocarro.

—No, no es más rápido, pero sí más ágil... —se acercó a Ogomoor—. ¿Alguna vez has intentado acorralar a un alwari montado en un suubatar? Una forma rápida de morir.

— ¡Bastas! —exclamó impaciente Ogomoor—. Vale, como quieras. ¿Y qué otra cosa aparte de un autocarro te convencería de seguir mis órdenes y perseguir a esos seis?

El varvvan se lo pensó, frotándose un ojo mientras contemplaba la lejana nube de polvo disminuir a lo lejos.

—Armas pesadas —dijo finalmente.

— ¡No seas estúpido! —le gritó Ogomoor—. ¡Ni el bossban Soergg puede conseguir armas pesadas en Cuipernam! Hay ciertas limitaciones hasta para alguien como... ¡ay!

El varvvan levantó al consejero por el cuello y le mantuvo así.

—No... me... llames... estúpido.

Consciente de que el enfado y la ira habían sacado la parte más tensa de sí mismo, Ogomoor trató de calmar al mercenario.

—Era sólo una frase hecha. No era nada personal. Por favor, bájame, y... eh... ¿te importaría retraer los globos oculares? Se te van a salir.

El varvvan le depositó en el suelo con un siseo. Ogomoor se estiró la ropa y se volvió a mirar al lejano punto por el que desaparecía su presa.

— ¿Por qué preocupamos? De todos modos, los visitantes llevan de guías a dos idiotas descastados.

Echándose al hombro el rifle compacto, el varvvan siseó de nuevo y se alejó. Los de su especie eran valientes y temerarios, pero por mucho que Ogomoor dijera, no eran tontos.

—Tú dirás lo que quieras, pero mis socios y yo sólo creemos lo que vemos. Y yo veo a cuatro visitantes y dos escoltas que no cabalgan como idiotas descastados —comenzó a bajar las escaleras para volver a las calles de la ciudad—. Cabalgan como alwari.

Sin palabras para describir su frustración, Ogomoor desvió su atención de los inútiles mercenarios para volver a ponerla en las interminables praderas más allá de Cuipernam. ¿Dónde, se preguntó, podría encontrar asesinos acordes con sus órdenes? ¿Dónde encontrar seres que accedieran a levantarse en armas contra los innumbrables Jedi? ¿Dónde podía encontrar el tipo de ayuda que se le negaba constantemente?

Y lo más importante, ¿dónde podía encontrar a alguien que le comunicara a Soergg el hutt que los Jedi y sus pádawan habían escapado una vez más fuera de sus propósitos y de su alcance?

Para sorpresa de Ogomoor, Soergg escuchó en silencio el informe del consejero.

—Otra vez tarde. La puntualidad es la marca de la casa del buen asesino.

—No pude hacer nada, bossban. Los que había contratado se negaron a seguir a los Jedi en su huida.

—Sí, sí, ya me lo has dicho —Soergg le hizo callar con un gesto—. Así que dices que llevan suubatar. No me extraña la falta de entusiasmo de esos mercenarios chapuceros —se frotó la enorme barbilla, y la carne le rezumaba como el excedente sulfuroso de una cloaca venenosa—. Primero un asesinato frustrado y luego un secuestro frustrado. Los Jedi ya están en guardia.

—Ya no podemos contar con el factor sorpresa —añadió Ogomoor innecesariamente.

—Es posible —los grandes ojos traspasaron al asistente, fijos en algún punto lejano—. Desde luego, nosotros no.

—No entiendo, amo.

Soergg no respondió. Seguía con la mirada perdida, pensando cosas de hutt.

Las interminables praderas que cubrían Ansion no eran simplemente bellas. Eran magníficas. O al menos eso le parecía a Luminara. Barriss estaba de acuerdo con ella, y Obi-Wan se mostraba impresionado aunque sin grandes alardes. Como siempre, Anakin desea estar en otro sitio, pero intentaba no decirlo más de una vez al día.

—Hace un año, lo más probable es que se hubiera quejado de la situación unas dos o tres veces al día —le dijo Obi-Wan aquella tarde a Luminara—. Quizá es una señal de que está madurando.

Bulgan y Kyakhta estaban cerca, ocupándose del campamento, haciendo la comida y preparando té. Tras ellos se hallaban los suubatar, dispuestos a descansar. Con las patas flexionadas bajo sus ágiles y potentes cuerpos, las bellas cabalgaduras se entretenían mordisqueando las hierbas que crecían en abundancia a su alrededor.

Las praderas de Ansion no eran una interminable extensión de hierba. Los ríos vagaban errantes por las llanuras verdes y amarillas, y alguna colina que otra interrumpía de repente la monotonía del paisaje. Había pequeños bosquecillos de extraños árboles interconectados y hongos acuáticos. Las elevaciones eran el esqueleto de fosas volcánicas antiguas.

Era un paisaje curioso, una combinación poco frecuente de distintas geologías que Luminara no había visto antes.

— ¿Y por qué está siempre tan inquieto?

Apoyada sobre la montura que los guías le habían quitado a los rumiantes, masticaba un nutriente que sabía a nuez y esperaba a que se calentara su té.

La hoguera se reflejaba en los ojos de Obi-Wan.

— ¿Anakin? Como siempre en estos casos, hay más de una razón. En primer lugar, se siente obligado a sobresalir. Esto es en gran parte debido a su difícil infancia, tan diferente de los otros pádawan. También se debe a que echa de menos muchas cosas.

—Cualquiera que desee convertirse en un Jedi sabe que tendrá que renunciar a muchas cosas.

Él asintió.

—Le da miedo no volver a ver a su madre, a quien ama profundamente.

—Eso fue un terrible error. Los niños sensibles a la Fuerza son alejados de sus familias antes de que puedan desarrollar lazos peligrosamente duraderos —por un momento su voz sonó como un lamento—. Yo a veces, como ahora, me pregunto lo que está haciendo mi madre, mientras estamos aquí hablando de esto. Me pregunto si ella pensará en mí también —miró a lo lejos, al atardecer de la pradera—. ¿Y tú, Obi-Wan? ¿Piensas alguna vez en tus padres?

—Tengo demasiadas cosas en las que pensar. Además, cuando a un Jedi le encargan el cuidado de un aprendiz se convierte en algo parecido a un padre. Y como soy uno, no tengo mucho tiempo de pensar en el mío. Cuando esos sentimientos aparecen, me encuentro pensando en mis Maestros o en Qui-Gon, y no en mis padres biológicos. Pero a veces... a veces me pregunto si no será un error del entrenamiento Jedi apartar a los niños de sus familias.

—La prueba de la verdad está en el éxito del sistema. Eso es indudable.

—Supongo que tienes razón —respondió. Sonrió levemente y añadió—: Ningún Jedi sería un auténtico devoto si no cuestionara el sistema y todo lo demás.

Ella miró hacia la derecha, al otro lado del campamento.

—Tu Anakin puede tener muchos fallos, pero en lo que no falla es en lo de cuestionar las cosas. ¿Crees que volverá a ver a su madre? —le preguntó pensativa.

— ¿Quién sabe? Si fuera por él, desde luego que sí. Pero no depende de él, como tampoco dependen de mí los destinos de mis viajes. Nosotros vamos a donde nos envía el Consejo. Mejor pregúntale al Maestro Yoda —volvió a sonreír con picardía—. Pregúntale a él si alguna vez piensa en sus padres.

Luminara se rió.

— ¡Los padres del Maestro Yoda! Eso sí que es historia antigua —se puso seria de nuevo—. Lo cierto es que el Maestro Yoda tiene cosas más importantes en las que pensar en estos momentos.

Él sonrió ligeramente.

—Siempre. Sobre todo, este fermento de movimiento secesionista.

Alianzas que varían hasta en el mismo Senado. Y por lo que respecta a Anakin, hay otras cosas que le preocupan además de su madre. Puedo percibir la confusión bullendo en su interior. Pero cuando saco el tema, se niega a reconocer que exista tal perturbación. Es curioso lo dispuesto que está a cuestionar la validez de todo excepto de sus propias inseguridades interiores.

—Ah —se agachó para coger el recipiente de té ansioniano. Era negro dulce, con un toque perceptible de las llanuras. Luminara se dio cuenta de que allí todo sabía a pradera—. ¿Y no crees que esa capacidad tan potente para negarse a sí mismo será un obstáculo a la hora de convertirse en un Jedi?

—No lo sé. De verdad que no lo sé. Pero le prometí al Maestro Qui-Gon que haría todo lo que estuviera en mi mano para que así fuese. Y por esa razón, he estado en desacuerdo en ocasiones ante el Consejo con el mismísimo Maestro Yoda. Sí, tengo mis dudas. Pero una promesa es una promesa. Si Anakin consigue finalmente superar sus demonios internos, será un gran Caballero Jedi, y cumpliré la voluntad del Maestro Qui-Gon.

— ¿Y tú? ¿Qué hay de tu opinión personal?

—Yo intento no juzgar —se levantó, sacudiéndose el polvo de las vestiduras—.

Anakin es consciente de sus problemas. Yo le enseñé, le aconsejé, le escuché. Pero al final, él será el que decida su destino. Y creo que eso lo sabe, pero se niega a aceptarlo. Quiere que yo u otro haga lo correcto, desde el problema de su madre, hasta la situación actual de la galaxia —su sonrisa se abrió ligeramente—. Ya te habrás dado cuenta de lo terco que puede ser cuando quiere algo.

—Yo prefiero llamarlo "resolución" —bajó la taza de té de sus labios.

El vapor salía del recipiente y se elevaba frente a su rostro, desdibujando los tatuajes de su barbilla —. ¿Pero cuál es realmente su problema? ¿Su madre? ¿El ritmo de su educación?

—Si lo supiera, intentaría solucionarlo. Creo que las raíces del problema son mucho más profundas. Tan profundas que ni siquiera él es consciente. Algún día aparecerán —se giró y comenzó a alejarse—. Y cuando lo haga, tengo la sensación de que serán tiempos interesantes.

— ¿Esa sensación proviene de la Fuerza? —le dijo mientras se iba.

—No —se volvió y la miró por encima del hombro, sonriendo una vez más—. Esa sensación proviene de Obi-Wan Kenobi.

No estuvo sola mucho tiempo. Barriss se acercó y se sentó junto a ella, también con una taza de té entre las manos. La mirada de la pádawan siguió al Jedi que se iba.

— ¿Maestra, qué discutíais con Obi-Wan?

Luminara se apoyó en el arco del viann, acogedor y confortable. Al otro lado del campamento, un suubatar le aullaba a una de las dos medias lunas que colgaban del cielo como los pendientes robados de una reina abdicada.

—Nada importante, querida.

A Barriss no le satisfizo la respuesta, pero entendió que no debía profundizar en el tema, así que echó la cabeza hacia atrás y escudriñó el firmamento. Las estrellas lejanas brillaban radiantes, sin rastro de nubes o de corrupción. No como la vieja y defectuosa República, pensó con preocupación.

—Hay tantas estrellas, Maestra... tantos planetas cada uno con sus propias especies de seres vivos, culturas, actitudes... algunos son parte de la República, otros independientes, otros permanecen inexplorados o aún por descubrir. Me gustaría visitar cuantos fuera posible —sus ojos se encontraron con los de la mujer—. Es una de las principales razones por las que me gusta ser una Jedi.

Luminara se rió. Su risa no era sutil, como cabría esperar, sino potente, e incluso intimidatoria.

Barriss se puso seria.

— ¿Os sentís sola, Maestra Luminara?

La mujer hacía ruidos suaves con los labios tintados al beber el energético té. La encantadora e inquisitiva Barriss no era de las que ocultaba su curiosidad tras un velo de falsa sutileza.

—Todos los Jedi están solos en mayor o menor medida, pádawan. Ya lo aprenderás. La diferencia está en esa medida. Hay algunos que se encuentran más cómodos con el modo de vida ascético que otros. Y a pesar de las reglas, sigue habiendo algo de flexibilidad. Sólo tienes que buscada.

Barriss miró al otro lado de la hoguera.

— ¿Es eso lo que Anakin está intentando? ¿Encontrar la flexibilidad? Luminara se maravilló con la sensibilidad de la pádawan. Seguro que sería una sanadora excepcional.

—Es obvio que busca algo. Las respuestas a preguntas que aún no se ha formulado a sí mismo. Está por ver si encuentra las suficientes como para estar satisfecho. He hablado de ello con Obi-Wan, y él tampoco está seguro, pero lo que está claro es que su pádawan tiene un potencial enorme.

Barriss se levantó.

—Un potencial sin desarrollar es como si no existiera.

Desde su posición reclinada, Luminara elevó los ojos hacia la noche.

—No juzgues tan rápido, Barriss. Algunos tenemos inseguridades más profundas que otros. Y yo preferiría tener a Anakin Skywalker a mi lado en la lucha antes que a cualquier otro pádawan que haya conocido.

—En la lucha quizá, Maestra, pero en otras ocasiones...

Dejó el comentario inacabado, mientras se dirigía a su lugar de descanso.

Luminara observó a la joven mientras se iba, y se preguntó si ella misma se había sentido alguna vez tan vencida, tan insegura. Lo cierto era que había muchas estrellas, pensó haciéndose eco del comentario de su pádawan. Cada sistema con sus propios problemas, cada ser vivo con sus propias esperanzas y miedos, sus triunfos y sus fracasos. Incluso en aquel momento podía haber docenas, cientos de seres tumbados al raso contemplando la noche, preguntándose si habría alguien más sintiéndose como ellos, buscando a través de los años—luz algo de satisfacción. Con esperanza.

Acabó con determinación lo que le quedaba de té y puso la taza a un lado. El trabajo de un Jedi nunca terminaba, tanto si se trataba de hacer entrar en razón a recalcitrantes consejos planetarios como el de Ansion, luchar por la unidad de la República, o aconsejar a almas necesitadas. Cargas suficientes para una sola persona. Ella estaba a la altura de las exigencias, y también lo estaba Obi-Wan Kenobi. Algún día se podría decir lo mismo de Barriss Offee. Pero con respecto a Anakin, aún estaba por ver.

Potencial, había dicho Barriss. ¿Había alguna palabra más llena de conflictos? En relación a la futura felicidad de Anakin, ¿dónde estaba escrito que ser un buen Jedi diera la felicidad? Satisfacción, sí. Aceptación, por descontado. ¿Pero “felicidad”? ¿Era ella feliz?

Había que centrarse en el deber, se dijo firmemente. Y lo primero que tenía que hacer no era satisfacer la curiosidad de su aprendiz, ni tratar de entender al complicado pádawan Anakin Skywalker, ni tampoco apoyar los objetivos e ideales de la República. No, lo primero ahora era intentar dormir bien en ausencia de una buena cama. Se tumbó sobre un costado, se cubrió hasta el cuello con la manta termo sensible, cerró los ojos y se dejó llevar por un sueño profundo y reparador, en el que, hasta un Jedi, podía permitirse por un momento dejar a un lado las responsabilidades.

El consejero estaba impresionado, pero no era optimista. El plan del bossban Soergg era muy inteligente, pero el éxito no estaba garantizado. Aun así, tenía ciertos puntos dignos de admiración, y así lo expresó, aunque se guardó para sí las críticas. El plan basaba su éxito en ciertas suposiciones sobre los nómadas. Y si había algo que Ogomoor sabía seguro de los nómadas, es que no se podía saber nada de ellos.

Pero de todas formas, tampoco implicaba arriesgar su vida, un aspecto que aplaudía de corazón, aunque en silencio. Se puso manos a la obra de inmediato. Había muchas posibilidades de fracasar, ya que dependían completamente del asesoramiento de forasteros. Pero como Soergg parecía fiarse de su criterio, Ogomoor no tuvo más remedio que seguir adelante, y por supuesto, si funcionaba, el bossban obtendría todo lo que quería, sin arriesgar nada a cambio. Eso era lo bueno. Y lo que era todavía mejor era que, cuando la verdad saliera a la luz, el abismo que mediaba entre los ciudadanos y los nómadas crecería aún más, y en ese momento nadie podría detener a Ansion en su secesión de la República, con todas las consecuencias que el bossban estaba tan ansioso por ver.

Personalmente, Ogomoor no veía la importancia de una salida o de la otra. Para él era lo mismo estar dentro o fuera de la República. A él lo único que le importaba era el tamaño y la integridad de su nómina.

Con un poco de suerte, si todo salía bien, obtendrían los resultados esperados en una o dos semanas.

Las aguas eran profundas, claras y la cuenca ancha, pero a Luminara no le parecían peligrosas. Sentado sobre su montura a su lado, Kyakhta dejó que la cabeza del animal descendiera la considerable distancia que había hasta el suelo para mordisquear unos bocados de la moteada hierba zeka, así como un par de roedores coleac. Los huesos de estos últimos resonaron al ser masticados, como en respuesta a las palabras del guía.

—El río Torosogt —anunció orgulloso—. Vamos bien de tiempo.

Cuando lo crucemos, estaremos realmente en tierras alwari. No habrá más ciudades de ahora en adelante. Nada de Unidades arrogantes y prejuiciosas.

— ¿Cuánto tardaremos en llegar hasta los borokii? —le preguntó ella. Las pupilas negras la observaron desde las órbitas perfiladas y protuberantes.

—Es imposible saberlo. Tienen un territorio tradicional de asentamiento, pero como cualquier clan, siempre están en movimiento.

—Qué pena que no hayamos podido encontrarles con un androide de búsqueda y situar un seguidor aéreo sobre ellos —dijo Anakin desde atrás.

Los dientes brillantes de Kyakhta sonrieron al pádawan.

—Los alwari retienen muchas de las viejas tradiciones, pero también están preparados para utilizar nuevos elementos que no contradigan la costumbre. Como siempre han tenido armas, les encanta utilizar las más avanzadas, y las emplearían para derribar cualquier dispositivo enviado para monitorizarles.

—Ah —Anakin aceptó la explicación sin rechistar. ¿Cuándo aprenderé a ver más allá de lo obvio?, se preguntó, lo cual podía ser un rasgo admirable para un corredor de vainas, pero tampoco le iba a convertir en un Jedi.

La partida siguió adelante, mientras la bestia de Kyakhta escupía huesecillos al caminar.

—Ya veis el problema al que se enfrentan los emisarios de la Unidad. ¿Cómo hacer tratados y comerciar con los alwari si los clanes no se quedan en el mismo sitio lo suficiente como para hablar con ellos? Pero son esos mismos derechos tradicionales de los nómadas los que protege la República. No es de extrañar que las ciudades estén considerando unirse a esta propuesta de secesión. Si consiguen que Ansion se escinda de la República, entonces podrán tratar con los alwari como les venga en gana.

—Y aun así los alwari piensan que quizá estemos aquí para apoyar las reclamaciones de la Unidad —respondió Luminara.

Kyakhta le dedicó una mirada de una inteligencia que hubiera sido inusitada antes de la curación de Barriss.

— ¿Acaso vuestra misión aquí no es que Ansion permanezca en la República?

—Por supuesto —respondió ella sin dudarlo.

—Entonces los alwari tienen todo el derecho a cuestionar los medios que utilicéis para conseguirlo. Son conscientes de que ellos y sus intereses no son vuestra prioridad.

—Lo mismo piensan los delegados de la Unidad —suspiró ella con cansancio—. ¿Lo ves, Kyakhta? Ambas partes tienen en común la sospecha de nuestras motivaciones. Lo que no es una base sólida para la comprensión mutua, pero es un comienzo.

La cuesta abajo por las últimas praderas hasta la orilla del río no era lo

suficientemente pronunciada como para detener a un bebé a gatas, y mucho menos a un suubatar. El grupo se detuvo en la orilla mientras Kyakhta y Bulgan estudiaban la corriente para buscar el mejor sitio para cruzar. Entonces, Bulgan se adelantó y Kyakhta se giró para acercarse a sus compañeros.

—El Torosogt es profundo, pero Bulgan cree haber encontrado un banco de arena superficial por el que cruzar andando la mayor parte. A partir de ahí, nadaremos.

Luminara se echó hacia adelante en su montura.

—Bueno, supongo que un baño no le hará mal a nadie.

—No, no —Kyakhta sonrió y se apresuró a corregir el malentendido—. Nosotros no nadaremos. Los suubatar nos llevarán —ignorando la considerable distancia que había hasta el suelo, se agachó para señalar las patas medianas de su cabalgadura—. ¿Veis? El pelo del suubatar es corto, pero le llega hasta los pies y hasta le cubre los dedos. Con seis patas y esos largos dedos, los suubatar son muy buenos nadadores.

Luminara tuvo que admitir que no se le había ocurrido imaginarse a las bestias nadando. Pero lo que había dicho Kyakhta era cierto, seis patas sin duda serían una fuente óptima de propulsión.

Tuvo tiempo de recrear la imagen mientras Bulgan avanzaba. En mitad del río se paró, se giró y saludó. Tenía el agua por las rodillas a pesar de la altura del suubatar. Luminara se preguntó cómo de profundo sería el río en ambas orillas del "superficial" banco de arena. Le dijo a su cabalgadura un "¡Ilup!" perfectamente pronunciado, y avanzó junto a Kyakhta.

El agua subió gradualmente hasta los estribos. Su montura era algo más elevada que la de Bulgan, así que no se mojó. Barriss y Anakin no tenían tanta suerte. Podía oír quejándose en voz baja tras ella. Y respecto a Obi-Wan, cuando el agua le llegó a los pies, simplemente cruzó las piernas sobre la silla. Cualquiera que le viese pensaría que llevaba cabalgando suubatar toda la vida.

Bulgan esperaba a que el grupo le alcanzara antes de continuar. Hubo una ligera sensación de caída, un saltito hacia arriba y se dio cuenta de que los suubatar ya no estaban caminando. Sus movimientos natatorios eran aún más suaves que el notable galope. Mientras avanzaban, las bestias mantenían la cabeza alargada y estrecha justo en la superficie. Tampoco es que no les costara ningún esfuerzo. Los jadeos de su único agujero de la nariz eran claramente audibles.

El agua contra sus piernas era fría y cortante. Miró hacia abajo y vio un banco de retronadores de varias patas, en la corriente que dejaba la montura. Los pequeños seres acuáticos del tamaño de un dedo tenían sus numerosas aletas plegadas para conservar la energía.

Ya estaba fijándose en la orilla opuesta cuando la cabalgadura de Bulgan se desvió violentamente a la derecha. Los dos alwari soltaron sendas maldiciones y empuñaron sus armas. La mano de Luminara se dirigió automáticamente a su sable

láser, pero por mucho que miraba, no pudo ver nada parecido a un enemigo.

Entonces, su bestia se hundió rápidamente a un lado. Si no hubiera tenido los pies firmemente asentados en los estribos, se habría caído de la montura directamente al agua. Aun estando concentrada, seguía pendiente de todo lo que pasaba a su alrededor, especialmente los gritos de Kyakhta, que decían algo concreto pero inexplicable: "¡Gairk!" ¿Pero qué era un gairk?, se preguntó.

En ese momento, una cara contrahecha verde oliva emergió demasiado cerca de su pie izquierdo, y su curiosidad se vio satisfecha al fin.

Lleno de bultos y protuberancias, la boca del gairk no se parecía a nada que hubiera visto antes. No tenía nada de simétrico. Los labios bulbosos y carnosos parecían pasearse por toda la cara de piel pedregosa. Desde detrás de los labios surgía un par de ojos saltones y enormes verdes grisáceos. Alzó el sable láser y lo descargó sobre la monstruosidad inflada de las profundidades, pero ésta ya se había sumergido bajo la superficie antes de poder golpearla. Otra de las horribles criaturas emergió a poca distancia.

Se encontró hundiéndose no en el agua sino en un alboroto creciente.

El rumor de los sables láser era interrumpido por los gemidos de los suubatar que pateaban, los gritos de sus compañeros y el crujido intermitente de las recién adquiridas pistolas láser de sus guías. Debería de haber estado más asustada, o al menos sentir una aprensión más profunda. Y lo más peculiar de todo es que los gairk carecían de dientes.

¿Pero si no eran carnívoros, entonces por qué atacaban a la caravana? ¿Acaso tenían otro mecanismo menos evidente para cazar y devorar a su presa? Lo cierto es que pudo ver, cuando su bestia alzó las garras de las pezuñas delanteras para atacar a un gairk que se cruzó en su camino, que con la boca tan grande que tenían podían tragar a un humano de una sola vez. Pero no podía distinguir un aparato mandibular, ni espolones afilados, ni espinas potencialmente venenosas. Pero Kyakhta y Bulgan seguían actuando como si fueran todo colmillos y garras.

Entonces oyó un grito. Se giró en la silla sin preocuparse por su propia seguridad, y miró al suubatar de Barriss. Seguía estando tras ella, en la misma posición que tenían al emprender el cruce del río. Sólo había una diferencia.

La silla del animal estaba vacía.

Barriss emergió a poca distancia, fácilmente visible en los remolinos de la corriente porque agitaba su sable láser activado. Kyakhta maldijo violentamente. A Luminara le sorprendió que la pádawan se estuviera hundiendo con más rapidez que la que ejercía la corriente. Se lo dijo a Bulgan.

— ¡Son los gairk! —le dijo el alwari desesperado—. La están hundiendo.

La expresión de Luminara cambió.

— ¿Hundiéndola? ¿Con qué? No tienen extremidades.

A modo de respuesta, el guía abrió la boca para formar una enorme O. Un escalofrío recorrió a Luminara al comprender, y no era precisamente por el agua helada.

En el momento en que vio que Barriss era derribada de la montura y se arrastraba corriente abajo, Anakin se lanzó tras ella. No lo pensó. La acción era completamente refleja. Sabía que si las circunstancias hubieran sido inversas, ella sería la que estaría nadando para salvarle. Cuando vio que ella se alejaba de él inexorablemente, redobló sus fuerzas. Era buen nadador, había entrenado mucho cuando se encontraba confinado en los meses de invierno. En breves instantes, se acercó lo suficiente como para hablar con ella.

— ¿Estás bien? —le dijo—. ¿Cómo estás, Barriss?

—Bueno —replicó ella—, empapada.

— ¿Puedes nadar conmigo a la orilla?

Elevó una mano y señaló hacia el otro extremo del río, donde los otros ya comenzaban a salir a la orilla.

—Creo que no —le dijo—. Qué situación más horrible —ante su gesto de incompreensión, ella señaló hacia abajo con la mano libre—. Horrible.

Él cogió aire y se sumergió. El agua era clara y cristalina y no obstruía en absoluto su visión. Vio las piernas de la pádawan pateando con fuerza, pero no avanzaba. Debajo tenía un gairk con la boca abierta de par en par y las branquias hinchadas. Succionaba agua en una corriente constante y la expulsaba por las branquias para atraerla corriente abajo. Volvió a la superficie y le hizo un gesto para tranquilizarla.

—Aguanta. Yo me ocuparé.

Tomó aire de nuevo y se hundió en el agua, nadando derecho hacia abajo, hacia la criatura, pasando junto a las piernas de la joven.

La cosa no intentó esquivarle. Tampoco tenía que hacerlo porque él se encontró de repente interceptado por la corriente. Miró hacia atrás y vio que le rodeaban no una, sino tres criaturas. Las mandíbulas irregulares no se parecían en nada, pero cuando los tres unían las cabezas las bocas encajaban como las piezas de un rompecabezas. Ahora le estaban intentando succionar entre los tres. Se les unió otro más. Se sintió irremediamente arrastrado hacia el enorme orificio oscuro. Le sorprendió como a Luminara que no tuvieran dientes. Pero no los necesitaban. Al unir las mandíbulas creaban una succión más poderosa, y así inhalaban a su presa.

La técnica era sencilla. Sacaban a los viajeros de encima de los consumados nadadores que son los suubatar, los arrastraban corriente abajo para que no pudieran pedir ayuda y se los comían a sus anchas. Pero ni Barriss ni él eran indefensos

rumiantes. La necesidad de aire se hacía apremiante. Por mucho que lo intentaba, era incapaz de liberarse de la potencia de la cuádruple succión. ¿Qué era lo que siempre decía Obi-Wan? Si no puedes desafiar a la tormenta, déjate llevar por ella.

Se dio la vuelta y comenzó a nadar directamente hacia sus atacantes.

Las grandes bocas se abrían con expectación. La falta de oxígeno comenzaba a nublarle la vista cuando se acercó lo bastante como para asestar un golpe con su sable láser. Los cuatro gairk agrupados se separaron cuando el arma hendió sus carnes, y la presión del arrastre cesó súbitamente. Con lo poco que le quedaba de oxígeno en los pulmones subió a la superficie, y al emerger tomó una gran bocanada del aire fresco. Vio a Barriss no muy lejos que nadaba en su dirección, en lugar de ir hacia la orilla.

— ¿Estás bien? —le preguntó. Parecía extrañamente calmada.

—Venía —dijo entre jadeos, secándose el agua de la cara— a rescatarte.

—Lo aprecio de veras —respondió ella cortésmente mientras continuaba atravesando el agua —, pero no era necesario.

Consciente de que los dos Jedi y los guías les observaban desde la orilla, reprimió el primer comentario que le vino a la cabeza.

—Pues no lo parecía. Te estaban arrastrando hacia abajo.

—Ya lo sé. Pero sólo era cuestión de girarme para poder atacar al gairk —le clavó una mirada repelente mientras desactivaba y ponía el seguro de su sable láser—. Te podías haber quedado en tu suubatar. ¿Me oíste pidiendo ayuda? ¿Te pedí yo que vinieras a por mí?

La respuesta del joven fue cortante.

—Vale. Ahora que está todo claro, te prometo que no tendrás que preocuparte más de que vuelva a pasar algo parecido.

Comenzó a nadar hacia la orilla.

Ella le mantuvo el ritmo sin esfuerzo.

—No me malinterpretes, Anakin. Ha sido un gesto muy galante por tu parte, y aprecio el hecho de que te arriesgaras por mí —se rió en voz baja, y su risa era mucho menos contenida que la de su Maestra—. Por no mencionar el hecho de que te empaparas por mí.

Ella nadaba con suavidad a su lado, y él dijo:

—Pues sí, eso hice, ¿no? Eres buena nadadora.

Ella rió de nuevo.

—La Fuerza está conmigo. Te echo una carrera hasta la orilla.

Antes de que pudiera responder, ella se había adelantado como una anguila. Él casi la coge, pero las manos y los pies de la joven llegaron a la orilla arenosa un instante antes que los suyos.

—Bueno, qué alegría veros a los dos —Luminara estaba de pie con las manos apoyadas en las caderas—. ¿Qué ha pasado, Barriss?

Barriss apartó la mirada.

—Ha sido culpa mía. Me incliné demasiado hacia un lado para ver lo que pasaba delante, perdí el equilibrio y me caí. Entonces algo comenzó a tirar de mi espalda y de mi ropa hacia abajo, y me vi arrastrada por la corriente. Pude ver que se trataba de algún tipo de criatura acuática, pero al caer de la silla, se me enredó la túnica. Estaba empapada, así que me costó mucho sacar el sable láser.

—Muy bien, pádawan —le dijo Obi-Wan—. ¿Cuál es tu excusa, Anakin?

Movió un pie con un gesto nervioso imperceptible que su madre hubiera reconocido de inmediato, y murmuró:

—Yo me lancé a ayudar a Barriss, pero cuando llegué hasta ella me di cuenta de que no necesitaba mi ayuda. Pero eso no lo sabía antes —alzó los ojos y se encontró con los de su Maestro—. Todo lo que me quedaba para seguir era la prueba que me daban mis sentidos. Ellos eran los que me decían que se había caído al agua y que necesitaba ayuda. Lo siento si he hecho algo malo si me he saltado otra más de las inviolables reglas Jedi.

Obi-Wan guardó silencio unos instantes con la expresión neutra, hasta que por fin sonrió.

—No sólo no has violado ninguna regla, pádawan, sino que has hecho exactamente lo que tenías que hacer. No tenías forma de saber cómo estaba ella, y en tales circunstancias, la opción más sabia era suponer que necesitaba ayuda. Es mejor que te regañe un amigo vivo a que te perdone un amigo muerto.

Anakin no supo cómo reaccionar. Los cumplidos de Obi-Wan eran tan escasos como el cristal de nieve en Tatooine. Cuando se dio cuenta de que era sincero, y de que tanto Barriss como Luminara le sonreían ampliamente, se relajó por fin. Aunque tampoco tenía muchas opciones. Eso es lo que significa estar calado hasta los huesos, con la ropa pegada al cuerpo como algas pegadas a los miembros empapados, que debilita la dignidad de uno de forma desesperante.

—Yo sólo quería ayudar —murmuró, sin darse cuenta de que llevaba diciendo esa frase desde que era pequeño.

—Pues ayúdate a ti mismo —le dijo Obi-Wan—, y quítate esas ropas mojadas y ponte una muda seca —se giró para mirar la línea de césped que se mecía a la orilla del río—. El viento aquí no es mucho más cálido que al otro lado y no me gustaría que te pusieras enfermo.

—Intentaré no hacerlo, Maestro.

—Bien —.Obi-Wan observó el cielo limpio de nubes—. No tenemos tiempo que perder en enfermedades, por muy educativa que pudiera ser la experiencia.

Anakin y Barriss se quitaron la ropa y se secaron al sol mientras sus Maestros desempaquetaban sus pequeños equipos personales. Los dos guías atendían a los pacientes suubatar y estudiaban a los visitantes con interés académico.

— ¡Ajá! —dijo Bulgan en voz baja —, pero tú míralos. No tienen crestas, sólo un poco de pelillo en la cabeza.

—Y tampoco tienen dientes de verdad —añadió Kyakhta—, sólo esas casitas blancas, pequeñas y cortas.

Bulgan acarició la cabeza de un suubatar y éste ronroneó agradecido y le empujó la mano pidiendo más.

—Mira qué dedos. Son demasiado cortos para hacer cualquier cosa. Y esos dedos de los pies, tan inútiles.

— ¡Y tantos! —dijo Kyakhta—. Cinco en cada extremidad, casi tantos como un suubatar. Cuando los miras, parece que están evolutivamente más cerca de estos animales que de un ser pensante —movió la cabeza de un lado a otro lentamente—. La verdad es que es un poco triste.

Bulgan aspiró por el agujero de la nariz.

—Lo cierto es que puede ser beneficioso. Seguro que a la clase alta de los borokii les dan pena. Y esa opinión siempre es ventajosa a la hora de iniciar negociaciones.

Su compañero no estaba tan seguro.

—Sí, o eso, o les ven como abominaciones en contra del orden natural de las cosas y deciden matarlos.

—Será mejor que no intenten nada parecido —Bulgan parpadeó indignado con el ojo bueno—. Estamos en deuda con estos visitantes, o por lo menos con la que llaman Barriss, por la curación de nuestras mentes.

—Por no mencionar el hecho de que —se frotó el lugar en el que su brazo artificial se unía con el normal —si mueren prematuramente no cobraremos este viaje.

Siguió mirando a los viajeros mientras pensaba que Bulgan y él podrían dedicar un rato a buscar conchas de vaoloi en la orilla. Unas vaoloi al vapor serían el acompañamiento perfecto para la cena.

Bulgan gruñó y se ajustó el parche.

—Prefiero sacrificar todo mi sueldo antes que la vida de un amigo. Kyakhta entrecerró los pesados párpados.

—Bulgan, amigo mío, es probable que Barriss no completara la curación Jedi que te hizo. Quizá sería mejor buscar otro tratamiento.

—Da igual —le dio un golpecito cariñoso en la afilada barbilla al suubatar que estaba acariciando, y cogió las riendas para llevado a una zona de mejor pasto—. De todas formas nadie va a morir en este viaje. Vamos con Caballeros Jedi.

—Eso es indiscutible.

Pero aun mostrándose de acuerdo, Kyakhta recordó una vez más lo fácilmente que había caído Barriss en la corriente arrastrada por el agresivo gairk, y se preguntó hasta qué punto eran resistentes los alienígenas a quienes guiaba.

—Como sabéis, se han marchado.

Ogomoor se relajó en la silla. Estaba en un buen apartamento, decorado y amueblado sin reparar en gastos. Un apartamento adecuado para una estancia permanente de un dignatario visitante. Su inquilino en ese momento se servía una copa alta de algo frío y de color lavanda. Ogomoor sintió un escalofrío. ¿Pero qué perverso deseo había detrás del gusto de los humanos por los líquidos fríos?

El miembro de la delegación de la Unidad le señaló la botella.

— ¿Quieres un vaso? Es una cosecha óptima, con la fermentación justa.

Ogomoor le sonrió al estilo humano declinando la invitación. Podía sentir el frío de la botella a distancia.

El humano se encogió de hombros y dejó la botella, cogió la copa y bebió. Ogomoor sintió de nuevo escalofríos empáticos en su interior.

—Ya sé que se han ido. Lo sabemos todos. Se han ido a firmar un acuerdo con los alwari. ¿Crees que tienen posibilidades?

—Creo que tienen tantas posibilidades como de estar muertos. Llevan varios días fuera y no han mandado ni un solo mensaje.

Se movió incómodo en la silla humana que no estaba hecha para su cola.

—Es natural en los Jedi no decir nada cuando no tienen nada importante que decir. Y, hablando de todo un poco —añadió sentándose en un sillón frente a Ogomoor—, ¿qué haces aquí?

—Represento los intereses de la toma de una decisión que podría ser crucial para el futuro de Ansion. Para mi futuro, para el vuestro y para el de todos los ciudadanos.

El delegado dio un sorbo a su copa. —Sigue.

Ogomoor se echó hacia adelante, sintiendo un gran alivio cuando su cola se desincrustó de su cuerpo y cobró su forma natural.

—El Consejo de la Unidad estaba a punto de votar sobre la secesión de la República cuando llegaron esos Jedi forasteros.

—Lo sé —el hombre no parecía complacido. A Ogomoor le pareció que eso era buena señal—. Eso significa el Senado para vosotros. Siempre envían un Jedi o dos cuando sus obtusas directrices se ven ignoradas. Les viene bien. Hasta parece que se lo esperan.

—Estos Jedi no tienen nada que ver con Ansion —insistió Ogomoor—. La enorme cantidad de pueblos de este planeta, tanto indígenas como colonos, ha actuado siempre de forma independiente y siguiendo sus propios intereses.

El delegado alzó la copa.

—Por la República, de la que seguimos formando parte. Lo siento, Ogomoor, pero nuestra independencia aún está lejos.

—No si optamos por la secesión. Otros se nos unirán.

—Sí —dijo el humano suspirando—, ya he leído la letra pequeña de los tratados. Nos dan más importancia de la que tendríamos de otra forma. Ésa es la razón por la que están aquí los Jedi.

— ¿Cuál era vuestra intención de voto? —.Ogomoor hizo todo lo que pudo por no parecer interesado, pero no consiguió engañar a su interlocutor.

— ¿Te gustaría saberlo, verdad? A ti y a tu jefe el hutt, y a sus socios comerciales en la galaxia.

—El bossban Soergg tiene muchos amigos, es cierto —clavó sus ojos ansionianos en los del humano—. Pero no todos son por negocios.

La expresión del delegado, que había sido razonablemente amable hasta el momento, comenzó a endurecerse.

— ¿Me estás amenazando, Ogomoor? ¿Tú y esa babosa con sobrepeso a quien llamas jefe?

—De ningún modo —replicó inmediatamente el consejero—. Por el contrario, estoy aquí para presentaros mis respetos y los del bossban... y sus socios. Como habitantes de Ansion, todos estamos preocupados por el futuro del planeta —sonrió de nuevo—. El mero hecho de que hayan venido un par de Jedi no quiere decir que tengamos que quedamos sentados esperando.

El humano entrecerró los ojos. — ¿Adónde quieres llegar?

Ogomoor hizo un gesto de indiferencia.

—No veo la razón por la que la Unidad debería quedarse sentada esperando el regreso de los Jedi. Pongamos por ejemplo que no vuelven de las llanuras. Han ido a intentar influir en los alwari. Pero supongamos que son los alwari los que acaban influyendo en ellos.

El hombre demostró con su expresión que no había considerado esa posibilidad.

—Si los Jedi no vuelven... o vuelven cambiados... ¿Estás diciendo que es posible que tras dialogar con los alwari podrían inclinarse en favor del punto de vista de los nómadas?

La mirada de Ogomoor se perdió.

—Yo no he dicho eso en absoluto. Sólo digo que, en ausencia de los Jedi, no hay nada que impida al Consejo de la Unidad seguir adelante en lugar de quedarse parado. ¿Acaso los ansionianos nos vamos a comportar como niños indefensos y vamos a esperar a ver qué hacen unos forasteros, sean o no Jedi?

El hombre asintió lentamente, mientras se acababa la copa con un largo y profundo trago.

— ¿Tú qué harías en mi lugar?

Ogomoor inspiró por el agujero de la nariz.

—Volver a convocar una sesión del Consejo. Realizar la votación. Si los Jedi

tienen algo que objetar con respecto a los resultados, que planteen una queja formal al Senado. Anson ya tiene su propio gobierno, libre de influencias externas. Llevar a cabo la votación no puede hacer ningún mal a nadie.

—Pero podría ser rechazado por el Senado. Ogomoor asintió comprensivo.

—Los votos son difíciles de anular una vez que han sido aceptados.

Si los Jedi estuvieran aquí habría una razón para no convocar la votación. Pero el caso es que no están —señaló con la mano a la ventana, y a las llanuras que se extendían a lo lejos—. Se han ido. Por su propio pie.

El delegado guardó silencio largo rato. Cuando volvió a mirar a su invitado, había un tono de duda en su voz.

—Lo que pides no va a ser sencillo. Los armalats se opondrán especialmente, y ya sabes cómo se ponen.

—El tiempo cura hasta la terquedad. Cuanto más tiempo estén los Jedi lejos de Cuipernam, mayor será la desconfianza en sus habilidades por parte del resto de los miembros del Consejo. El bossban y sus amigos confían en vuestros conocidos poderes de persuasión.

—No sé, sigue sin convencerme —murmuró el humano, visiblemente confuso.

—Vuestros esfuerzos serán recompensados —Ogomoor se levantó, aliviado por abandonar al fin la incómoda silla—. Pensad en ello. El bossban está convencido de que grandes cambios se avecinan para la República. Cambios que están más allá de lo que cualquiera de nosotros pueda imaginar —al pasar cerca de su anfitrión, se agachó y bajó la voz—. Me han asegurado que, cuando estos cambios ocurran, será mucho mejor estar de un lado que del otro.

El hombre no vio salir a su invitado. No tuvo tiempo, por todo lo que tenía que pensar.

El ataque de los gairk no había herido a nadie, pensó Luminara cuando retornaron el camino a través de las praderas a la mañana siguiente. Quizá incluso tenía su lado bueno, ya que les alertaba de que, aunque habían dejado atrás los dominios del desconocido secuestrador de Barriss, el planeta Ansion planteaba otros muchos peligros.

Obi-Wan y ella cabalgaban arropados en la serenidad que caracteriza a los Jedi adultos, pero sus pádawan no estaban tan cómodos. El incidente con los gairk les había dejado un poco nerviosos, y a pesar de lo confortables que eran sus altas sillas a lomos de los suubatar, seguían viendo todo lo que se movía como una amenaza en potencia. Luminara contemplaba las reacciones de Barriss casi divertida, pero se guardaba de hacer comentarios. No había nada comparable a la experiencia práctica de enseñar a un pádawan cuándo saltar y cuándo relajarse.

Y en cuanto a Anakin, a veces parecía ansioso por que se produjera otro ataque, como ávido de una oportunidad para probarse a sí mismo. Obi-Wan le había hablado de su excelente manejo del sable láser. Pero lo que realmente era importante era saber cuándo no era necesario usarlo. Aun así, le costaba criticado. Se le veía tan deseoso de impresionar, de agradar.

La bandada de ongun-nur fue una inmejorable lección. Llegaron planeando desde el Oeste, oscureciendo el cielo con sus enormes alas en forma de globo. Era normal pensar que aquellas enormes criaturas voladoras, con sus largos y curvados picos y los brillantes ojos azules, podían representar una amenaza. Al verlos comenzar a descender, Anakin sacó el sable láser pero sin activarlo, y Barriss se aseguró de que tenía el arma a mano.

La bandada se acercó cada vez más, y no daban la impresión de ir a girar para esquivar a los suubatar. El dedo índice de Anakin acariciaba nervioso el botón de encendido de su sable láser. Barriss no pudo más y cabalgó hasta ponerse aliado de su Maestra.

—Maestra Luminara, ¿no deberíamos hacer algo? —dijo señalando a la bandada—. Esas cosas, sean lo que sean, vienen directamente hacia nosotros.

Luminara señaló con la cabeza, pero no a los ongun-nur, sino a Kyakhta.

—Mira a nuestros guías, Barriss. ¿A ti te parecen asustados?

—No, Maestra, pero eso no significa que no lo estén.

—Tienes que estudiar más a fondo a otros seres, querida. Observa a los seres inteligentes de otros planetas y fíjate bien en cómo reaccionan ante un posible peligro. Fíate de tus sentidos. Mantente siempre alerta. Pero tampoco saques conclusiones precipitadas —alzó una mano para señalar a los pájaros, que ya casi

estaban sobre ellos—. Sólo porque algo sea grande y su apariencia te intimide no hay razón para pensar que es peligroso. Mira cómo se los lleva el viento.

Era cierto. Barriss se dio cuenta de que a pesar de su gran tamaño, no volaban, flotaban. Se acercaban rápidamente a la caravana, pero no con intenciones de atacar, sino con la esperanza de poder quitarse a tiempo. En el último momento, las enormes criaturas voladoras pudieron alterar su trayectoria de descenso justo lo suficiente como para pasar rasantes sobre los viajeros. Y pasaron tan cerca que Anakin y Barriss se vieron obligados a agacharse involuntariamente. La pádawan observó que las alas de las aves eran finas como el papel, y sus grandes cuerpos estaban llenos de aire en lugar de músculo. Los ongun-nur iban hacia donde les llevaba el viento, incapaces de volar contra él. Lo más probable era que al ver a los suubatar y a sus jinetes dirigiéndose hacia ellos, los miembros de la bandada hubieran sentido más miedo que ninguno de los de la caravana.

Fue una aparición muy instructiva, y Barriss aprendió la lección, almacenándola como siempre en la memoria. Desde ese momento, comenzó a prestar más atención a la reacción de los guías que a cualquier fenómeno que se manifestara en el cielo o en la tierra. Pero precisamente por eso, se sintió justificada al alertarse cuando Kyakhta y Bulgan se detuvieron y se incorporaron en sus monturas.

Estaban en la cima de un monte, mirando un pequeño valle que se había formado en la pradera. En el centro de la depresión se había formado un lago considerablemente grande pero poco profundo, que, a excepción del centro, estaba repleto de unos peculiares juncos azulados. En un extremo del lago, había asentado un campamento. Una improvisada cerca contenía una manada de dorgum domesticados y enormes awiquod. El humo salía por las chimeneas de las chozas hechas de materiales prefabricados de importación. Cada una tenía un tejado de material solar anamórfico que convertía directamente en energía la abundante luz solar de Ansion.

Luminara y Obi-Wan se adelantaron con sus suubatar hasta flanquear a Kyakhta y Bulgan. Los guías se estiraban hacia adelante para contemplar el campamento por encima de las cabezas de sus monturas.

— ¿Son borokii? —preguntó Luminara esperanzada.

—Por el tipo de campamento yo diría que son yiwa —le respondió Kyakhta— del qiemo adrangar. No es un clan minoritario, como los eijin o los gaxun, pero tampoco es uno de los principales, como los borokii o los januul.

— ¿Por qué hay hogueras si tienen energía? —preguntó Obi-Wan escudriñando las chozas solares.

—Tradición —Bulgan giró su contrahecha figura para mirar al hombre con el ojo bueno—. Ya es hora de que aprendáis, Jedi, lo importante que es para los alwari... y para el éxito de la misión.

Obi-Wan aceptó la corrección agradecido. La rectificación de un error por parte de otros era algo que contribuía a la sabiduría de uno; por lo tanto no era algo ante lo que hubiera que ofenderse, sino todo lo contrario.

Kyakhta señaló hacia abajo.

—Vienen a recibimos. Los yiwa son un clan orgulloso. Siempre están en movimiento, más que la mayoría de las otras tribus. Quizá sepan algo de los borokii... espero que nos lo cuenten.

— ¿Y por qué no habrían de hacerlo? —preguntó Luminara directamente.

Bulgan parpadeó con el ojo bueno.

—Los yiwa son muy irascibles, se ofenden enseguida.

—Entonces nos comportaremos como mejor podamos —dijo Obi-Wan girándose en la silla—. ¿A que sí, Anakin?

El pádawan frunció el ceño.

— ¿Pero por qué me miráis todos a mí?

Los yiwa se acercaron subiendo la ligera cuesta a lomos de unos sadain. Estos animales de monta tenían cuatro patas, y eran fuertes y robustos. Tenían cuatro ojos en las redondas caras y, en contraste con los suubatar, lucían unas largas orejas que se elevaban ligeramente en la parte superior. Al contrario que el ágil suubatar, el sadain se empleaba como animal de tiro por su resistencia, y no por su velocidad al recorrer grandes distancias. Aquellas impresionantes orejas eran casi transparentes, y Obi-Wan pensó, contemplando la luz del sol traspasando las membranas venosas, que probablemente serían de gran ayuda para detectar a los temibles shanh y a otros depredadores potenciales de los rebaños de los yiwa.

El grupo de bienvenida redujo la marcha. Eran unos doce, e iban ataviados con todo tipo de objetos bárbaros. Las campanillas hechas a mano y los colmillos pulidos que provenían de alguna de las menos benignas faunas de Ansion se alternaban con brillantes y abalorios modernos importados de mundos ajenos a la República. Los jinetes llevaban las crestas teñidas con gran variedad de colores y gamas, y la calva de ambos lados de las mismas lucían tatuajes de complicados dibujos ansionianos tradicionales. Su aspecto era el vivo reflejo de lo establecido y lo moderno, que es justo lo que uno esperaría en un mundo como Ansion.

Dos de ellos llevaban intercomunicadores que indudablemente les mantenían en contacto ininterrumpido con el campamento, y había otros que portaban armas que parecían de todo menos primitivas.

Aprovechando que su montura era mucho más elevada, Kyakhta se acercó un par de pasos y se identificó, así como a sus compañeros. Los yiwa le escucharon impertérritos. Cuando terminó, uno de los yiwa, que llevaba una capa hecha con pieles rayadas de shanh, hizo avanzar también a su sadain. Sus saltones ojos, de un color entre el rojo y el marrón, dirigían alternativamente una mirada recelosa a los

alwari y a los forasteros. Luminara pensó que el primer comentario iba a estar dirigido a ella o a sus compañeros humanos, pero se equivocó. El adiestramiento intensivo de dialectos más frecuentes que les impartieron antes de partir hacia Ansion demostró no haber sido tan inútil. El dialecto yiwa era cerrado, pero se podía entender.

—Soy Mazong Yiwa. ¿Qué hacen unos descastados cabalgando suubatar?

Kyakhta tragó saliva. A Obi-Wan le chocó la facilidad con la que el guía se dejó impresionar.

—Solicitamos tu comprensión, noble Mazong. A pesar de no tener culpa ninguna, mi amigo y yo —señaló a Bulgan— nos hemos visto obligados a recorrer la senda de los descastados. Hemos sufrido enormemente, hasta que, hace poco, hemos recuperado la salud, si bien no el clan, gracias a estos sabios y generosos forasteros. Son representantes de la República de la galaxia y vienen a negociar con los borokii.

Mazong se inclinó a la derecha y escupió deliberadamente a los pies del suubatar de Kyakhta. El gigantesco animal no se inmutó. Anakin comenzó a ponerse nervioso pero, al ver que su Maestro parecía sereno, hizo lo que pudo por aparentar lo mismo.

—Seguimos sin saber por qué razón fuisteis expulsados. ¿Por qué tendríamos que creerlos o invitarlos a disfrutar de nuestra hospitalidad?

—Si no a nosotros —respondió Bulgan—, entonces a nuestros amigos. Son Caballeros Jedi.

Hubo un revuelo entre el grupo de bienvenida. Luminara recordó lo que les habían dicho en Cuipernam. Los alwari podían ser nómadas y llevar un estilo de vida al modo tradicional, pero eso no quería decir que fueran primitivos o que rechazaran las comodidades modernas. Los intercomunicadores, la energía solar de las viviendas, así como las pistolas láser y las armas que portaban eran prueba suficiente de ello.

La mirada de Mazong se paseó por entre los humanos. Mientras lo hacía, se llevó una mano a la frente para taparse el sol. Dada la naturaleza saliente y convexa de sus ojos, los ansionianos no podían entrecerrar los párpados. De hecho, Luminara se había dado cuenta en el mercado de que si algún humano u otra criatura capaz de ello lo hacía lo suficientemente cerca de un ansioniano, éste se disgustaba en gran medida. El hecho de pensar en un párpado cerrado a medias era para ellos como para un humano unas uñas rascando una pieza de metal.

—He oído hablar de los Jedi —las manos del líder de los yiwa permanecían en el enorme y flexible círculo de metal que traspasaba el agujero de la nariz de su sadain—. Se dice que son personas honradas. No como muchos de aquellos para los que trabajan.

Ninguno de los humanos hizo amago de replicar al provocativo comentario, así que Mazong gruñó asintiendo.

— ¿Y si buscáis a un clan superior por qué molestáis a los yiwa con vuestra

presencia?

El clan se agitaba tras su líder con impaciencia.

—Ya sabéis que los borokii se desplazan a menudo, y cuál sería su reacción si les siguieran unas máquinas.

Kyakhta mantenía a su suubatar quieto en el sitio. Mazong se rió, y muchos de los suyos sonrieron.

—Las derribarían a tiros, y también a los que vinieran a buscarlas.

— ¡Ajá! —Bulgan se mostró de acuerdo—. Por eso les estamos buscando al modo tradicional —señaló el asentamiento junto al lago—. Parece un buen campamento, pero como siempre, es temporal. Así es siempre para los yiwa, así como para el resto de los alwari. ¿Os habéis encontrado en alguno de vuestros recientes desplazamientos con los borokii?

Una hembra magníficamente adornada se adelantó al trote hasta llegar a Mazong y le susurró algo en la cavidad auditiva. Él asintió y se volvió a los visitantes.

—Éste no es lugar para conversar. Venid al campamento. Comeremos, hablaremos y veremos qué podemos hacer por vosotros —más allá de los guías estaba Luminara—. Azul, buen color —le dijo—. Quién sabe si quien está tras él también lo es.

Se giró y puso a su sadain al galope. Los miembros de su clan le siguieron gritando y agitando sus armas.

Los visitantes se pusieron en marcha algo más despacio. —No sé si esto promete, Maestra.

Barriss estaba acostumbrada a la insulsa apariencia de los ansionianos urbanistas, y el salvaje aspecto de los yiwa la había impresionado.

—Todo lo contrario, pádawan. Un buen comerciante sabe que si es capaz de poner un pie dentro antes de que los servomotores cierren la puerta del todo, ya tiene la mitad de la venta hecha.

Les llevaron a una plaza central transitoria creada por la ubicación de unas seis chozas puestas en semicírculo de cara al lago. Por todas partes aparecían niños riendo y saltando que acompañaban al grupo, y los jóvenes del clan se mantenían aparte, contemplando con envidia manifiesta a los dos pádawan. Anakin hizo todo lo que pudo por aplastar la sensación de superioridad. Era un problema muy frecuente en él que a Obi-Wan le costaba sudor y lágrimas rectificar.

Se llevaron a los suubatar entre expresiones de admiración por semejantes monturas. Luminara expresó cierta preocupación por las provisiones, pero Kyakhta la tranquilizó.

—Ahora somos invitados, Maestra. Si alguien nos robara, rompería flagrantemente la antigua tradición de hospitalidad, y probablemente sería expulsado del clan... o pasto de los shanh. No os preocupéis por vuestras pertenencias.

Ella le puso una mano en el hombro.

—Perdóname por no confiar en ti, Kyakhta. Sé que habrías dicho algo si hubiera razones para preocuparse.

Los llevaron a la orilla del lago. Habían retirado parte de los juncos, para contar con una vista algo más amplia de la tranquila superficie del lago. Unas bolitas de pelo negro se movían de acá para allá entre los juncos que quedaban en la orilla, haciendo un ruido como de pequeñas alarmas sonando. Habían colocado en el suelo unas esteras finamente bordadas así como unos grandes cojines. Los adultos volvieron —a sus obligaciones, y los niños de crestas incipientes contemplaban la escena en silencio guardando una distancia respetuosa. Mazong y sus dos consejeras se sentaron en el suelo con las piernas cruzadas frente a los invitados. Se les sirvió comida y bebida. Luminara dio un sorbo al líquido verde oscuro que le pusieron delante, e inmediatamente se puso a toser al notar el fuerte sabor del brebaje en su garganta. Barriss se acercó a ella rápidamente con preocupación.

Mazong sonrió, y su sonrisa se hizo más amplia hasta que tuvo que taparse la cara para que no se le oyeran las carcajadas. Sus consejeras hicieron tres cuartos de lo mismo. Por fin se había roto el hielo. Por mucho que supieran que la Jedi había aguantado perfectamente el fuerte sabor de la bebida, apreciaban el falso gesto como una invitación a la cordialidad.

Pero eso no quería decir tampoco que se hubiera ganado de repente su amistad y su confianza.

Una de las consejeras, una hembra de edad considerable cuya cresta se tomaba ya canosa, se inclinó hacia adelante.

— ¿Por qué tendríamos que ayudaros a encontrar al clan principal? Esta pregunta anticipada dio la oportunidad a Obi-Wan de explicarles el propósito de su visita a Ansion. Los yiwa escucharon en silencio, llevándose de cuando en cuando algo a la boca de la modesta comida que les habían servido.

Cuando el Jedi terminó, las dos consejeras murmuraron entre sí y le susurraron algo a Mazong. Él asintió y se dirigió a sus invitados.

—Al igual que el resto de los alwari, no solemos fiamos de los motivos de la gente de las ciudades, aunque hagamos negocios con la Unidad. Lo que nos pedís cambiaría nuestra relación con ellos para siempre —alzó una mano para acallar la réplica de Luminara—. Pero eso no tiene por qué ser malo. Los tiempos cambian, y hasta los alwari tienen que intentar adaptarse. Pero antes de que accedamos a hacerlo, tenemos que tener garantías de la protección de nuestros derechos a mantener el estilo de vida que llevamos. Sabemos que ha habido otras tentativas por parte del Senado, del cual no nos fiamos, ni nos fiaremos nunca. Pero los Jedi —clavó de nuevo su mirada en Luminara—son otra historia. Hemos oído que son gente honrada, cultivada. Si podéis probarlo, nos daremos por satisfechos y nos sentiremos lo

suficientemente seguros como para, al menos, indicaros hacia dónde tenéis que ir para encontrar a los borokii.

Luminara y Obi-Wan se acercaron para hablar, mientras los guías y los pádawan les observaban. Cuando se separaron, Luminara tomó la palabra.

—Pídenos lo que quieras, noble Mazong, y si está en nuestra mano realizarlo, lo haremos.

El jefe y sus consejeras dejaron escapar exclamaciones de satisfacción. ¿Pero qué clase de prueba quieren?, se preguntó Barriss. ¿Qué clase de seguridad podían darle unos forasteros a unos nativos para convencerles de que sus buenas intenciones eran reales?

Lo cierto es que fue toda una sorpresa. Mazong se levantó y señaló al campamento.

—Esta noche habrá una gran fiesta. Y habrá espectáculo, pero entre los alwari es tradición que sean los invitados los que lo ofrezcan. Jamás hemos oído que ningún representante del Senado se dignara a hacerla.

Para nosotros eso demuestra que no tienen alma. Si los Jedi pueden probar que, al igual que los yiwa, tienen alma, entonces los yiwa sabrán que poseen lo que a sus políticos les falta.

Barriss se quedó con la boca abierta, pero para mayor sorpresa, Luminara sonreía abiertamente.

—Aceptamos las condiciones, noble Mazong, pero te lo advierto, la estética no forma parte de la sabiduría Jedi. Quizá nuestra presentación te parezca menos perfeccionada que las de tus otros invitados.

Mazong se mostraba ahora completamente afable, y se adelantó para colocar su mano sobre la cabeza de la Jedi. Sus largos dedos casi le llegaban a la nuca.

—Hagáis lo que hagáis, tendrá la virtud de la nobleza. Y ahora sólo me queda una pregunta que me llevo haciendo desde que llegasteis.

Luminara le miró algo preocupada.

— ¿Y qué es?

— ¿Por qué —dijo con franqueza— llevas la barbilla y el labio inferior tatuados y no la cabeza, que sería lo normal?

Luminara sentía una profunda curiosidad por todo lo que le rodeaba, y le llamó la atención la luz parpadeante de las luces portátiles que iluminaban la plaza central. Le preguntó a Mazong por el extraño fenómeno. —Mis amigos y yo podemos intentar arreglar la iluminación, si queréis. El esquema interno es bastante sencillo.

Mazong se mostró confundido.

—Pero si no le pasa nada.

Ella dudó un momento.

—Pero la luz debería ser constante. Iluminación uniforme. La respuesta del jefe, que ahora reía, fue sorprendente.

— ¡Oh!, ya lo sabemos, oh, sabia y observadora Jedi. Pero nosotros recordamos y honramos de esa forma a nuestros ancestros, que sólo celebraban estos encuentros a la luz de las antorchas.

Ella se dio cuenta de repente. Los faroles habían sido modificados a propósito para simular la luz de las antorchas. Parecía que entre los yiwa, la estética antigua se imponía ante la funcionalidad moderna. Se preguntó si en el clan superior encontrarían el mismo respeto por el ritual.

Sus vestiduras termosensibles la protegían del frío de la noche y la resguardaban del eterno viento mientras tomaba asiento entre Obi-Wan, y los dos pádawan. Mazong se sentó cerca, con sus dos ancianas consejeras detrás. Parecía como si el clan se hubiera agrupado en torno al espacio abierto. Cientos de ojos saltones brillaban con las luces de los faroles. A lo lejos podían oír los gruñidos de los tranquilos dorgum, y los balidos de los nerviosos awiquod peleándose por el espacio con los dominantes sadain. Unos silbidos más profundos, como de surtidores de vapor, indicaban la posición de los suubatar de los viajeros.

Por segunda vez desde su llegada, les sirvieron comida y bebida en gran cantidad, y como ya habían degustado algunas muestras de la cocina yiwa, se dieron cuenta de que los componentes individuales del abundante banquete habían perdido el exotismo. Les llegaban directamente desde la cocina portátil de alta tecnología, en manos de una fila de jóvenes yiwa ataviados para la ocasión. Kyakhta y Bulgan estaban colocados como si fueran potentados de la realeza, y apenas podían creer su buena suerte. Gracias a la curación de Barriss y a la generosidad de los Jedi, habían subido mucho más alto de lo que cabría esperar en tan poco tiempo.

Había música. Era un tanto extraña, y la tocaba un cuarteto de yiwa sentados en el suelo. Dos de ellos tocaban instrumentos tradicionales hechos a mano, pero los otros dos, más jóvenes, habían optado por la electrónica de estilo libre. El resultado era un cruce entre lo sublime y los gritos de un porgrak al ser degollado. Luminara se sentía a la vez cautivada y maltratada por aquellos sonidos.

Pero aparte de la música no había entretenimiento alguno. Ella sabía que eso lo iban a ofrecer en breve los invitados del clan. Y si gozaba de la aceptación general, quizá tuvieran la suerte de obtener respuestas útiles a sus preguntas. Pero en caso contrario, tendrían que encontrar una fuente de información menos gratificante para conocer el paradero del clan.

Llegó un momento en el que casi todos habían terminado su comida, y el ritmo circular de la banda se fue apagando y perdiéndose en la noche. Mazong, sorbiendo un tubo fino como una aguja acabada en forma de bulbo, se giró hacia los visitantes

con expectación.

—Bueno, amigos míos, ha llegado el momento de que demostréis que los Jedi no sólo tienen habilidades, sino esencia interior, no como los representantes carentes de alma del gran Senado.

—Si se me permite... —Kyakhta comenzó a decir algo, pero el jefe le hizo callar de un gesto categórico.

—No se te permite nada, vagabundo descastado. Los yiwa siguen dudando de ti —se volvió hacia los Jedi y sonrió—. No os preocupéis, no importa lo mal que lo hagáis que no os comeremos. No seguimos todas las tradiciones.

—Es bueno saberlo —murmuró Obi-Wan.

No le preocupaba si sus compañeros o él eran considerados aptos para el consumo. Le preocupaba la ausencia de información. Si los yiwa se negaban a ayudarles, podrían pasar semanas buscando a los borokii. Y en ese tiempo, los conspiradores y secesionistas de la Unidad no se iban a quedar de brazos cruzados.

También era importante tener en cuenta que no sólo debían agradar a sus anfitriones, sino procurar no ofender ninguna de sus estrechas tradiciones. Pero al no conocerlas en detalle, los Jedi sólo podían hacerla lo mejor que supieran, y permanecer atentos a cualquier señal indicativa de que estaban transgrediendo el límite.

—Yo primero.

Barriss se puso de pie de un salto. Se situó en el centro del círculo, que había sido cubierto con arena de cuarzo traída de la orilla del lago, y se giró hacia sus amigos. Los yiwa daban signos de agitación. ¿Qué iba a hacer la hembra de ojos planos, multi-dedos y sin cresta? Pero el que más curiosidad sentía era Anakin.

Luminara le hizo un gesto de ánimo a su pádawan. Barriss asintió y se llevó la mano al sable láser. Se lo quitó del cinturón. En ese momento, varios de los yiwa armados cogieron sus armas, pero al ver que los otros visitantes seguían tranquilos, Mazong les tranquilizó con un gesto.

En el frío aire de la noche, Barriss activó su sable láser. Lo sostuvo en lo alto, brillando perpendicularmente, con el suave zumbido elevándose por encima de los murmullos de los espectadores yiwa. No era un número muy dinámico, pensó Anakin, pero sí que era una imagen impresionante. Se preguntó si a sus anfitriones les bastaría con admirar una pose para satisfacer sus peticiones.

Y Barriss comenzó a moverse.

Al principio despacio. Iba de la derecha a la izquierda y volvía, y luego del Norte al Sur, marcando con sus huellas en la arena un dibujo que representaba los cuatro puntos cardinales. Los yiwa se dieron cuenta enseguida de lo que honraba con sus movimientos, y como pueblo nómada que eran, lo apreciaron en gran medida. La pádawan comenzó a acelerar sus movimientos, saltando cada vez más rápido de un

lado a otro hasta que pareció que se balanceaba sobre un trampolín invisible. Y en todo momento mantuvo en lo alto el sable láser, con la hoja de luz atravesando la noche. La agilidad que demandaba la prueba era una demostración de su excelente condición física, que, pensó Anakin, iba más allá del entrenamiento Jedi básico.

Y entonces, justo cuando parecía que ya no podía ir más rápido, comenzó a girar el sable láser. Los espectadores contuvieron la respiración y se oyeron los primeros silbidos de admiración.

Para Anakin fue toda una revelación, ya que nunca había pensado en el sable láser convencional como otra cosa que no fuera un arma. Jamás se le había ocurrido que pudiera ser un objeto bello fuera de la pelea. Pero en las manos de Barriss pasaba de ser un arma letal, a un instrumento de esplendor fulgurante.

La pádawan giraba rápidamente saltando de un punto cardinal a otro, y el rayo de energía espectral engañaba a la vista creando un anillo sólido de luz sobre la cabeza de la joven. Comenzó a girarlo lateralmente, generando un disco llameante primero a la derecha, luego a la izquierda. Saltó de Norte a Sur, y flexionó las rodillas hasta llevárselas a la altura del pecho, y entonces pasó el sable láser por debajo de su cuerpo. La audiencia exclamaba, entre sorprendida y asustada. Repitió varias veces el peligroso movimiento. Anakin la observaba con la misma atención que un yiwa, sabiendo que si la chica se equivocaba con la altura o con el salto, podría cercenarse los pies de un corte limpio. Y si se equivocaba más, podía perder un brazo, una pierna... o la cabeza.

El riesgo mortal del baile añadía suspenso al ya de por sí impresionante número. Para concluir, Barriss saltó hacia Mazong, ejecutó un doble giro delantero con el sable y aterrizó sobre sus rodillas a un par de palmos de distancia del jefe. Hay que decir que éste ni siquiera parpadeó, lo cual era bastante meritorio, pero no quitó la vista ni por un momento del sable giratorio.

Tuvieron otra ración de folklor alwari, mientras el clan reunido demostraba, no sólo con silbidos y gritos su aprobación, sino también crujiéndose los nudillos de los largos dedos de forma masiva. En cuanto a Mazong, dialogaba en voz baja con sus consejeras.

Barriss desactivó el sable láser y se lo volvió a ajustar en el cinturón, regresando a su sitio entre jadeos. Luminara se acercó a su pádawan.

—Una buena exhibición, Barriss. Pero ese último movimiento ha sido realmente temerario. No me gustaría tener que volver a Cuipernam contigo hecha pedazos.

—Ya lo he practicado antes, Maestra —la pádawan estaba bastante satisfecha—. Sé que es peligroso, pero tenemos que causar una fuerte impresión en esta gente para que nos ayude.

—Amputarte una extremidad hubiera sido francamente impresionante, desde luego —al ver la expresión de la chica tomarse algo triste, Luminara le pasó un brazo

por los hombros para animarla—. No me quiero pasar de crítica. Lo has hecho muy bien. Estoy orgullosa de ti.

—Y yo —dijo Obi-Wan, mirando a su derecha, al pensativo joven sentado a su lado—. Te toca, Anakin.

La voz sacó a Anakin de sus pensamientos.

— ¿Yo? Pero, Maestro Obi-Wan, yo no puedo hacer nada parecido. No me han entrenado para ello. Soy un guerrero, no un artista. No puedo hacer nada ni remotamente parecido a lo que ha hecho Barriss.

—No tiene que parecerse —Obi-Wan se mostró paciente—. Pero el jefe nos ha dejado muy claro que quería pruebas de la existencia de nuestras almas. Y eso también va por ti, Anakin.

El joven se mordió el labio.

— ¿Y no le bastaría mi juramento solemne de que la tengo, no?

—Creo que no —le dijo Obi-Wan cortante—. Levántate, Anakin, y enseña el alma. Sé que la tienes. La Fuerza fluye abundante. Deja que ella te ayude.

Anakin estiró las piernas y se levantó reacio. Consciente de todas las miradas, humanas y ansionianas, que se cernían sobre él, se dirigió lentamente al centro del claro enarenado. ¿Pero qué podía hacer para convencer a aquella gente de su naturaleza interior, para demostrarles que era un ser tan lleno de sentimientos como su compañera? Tenía que hacer algo. Su Maestro había insistido en ello.

No quería estar allí, en medio de aquel círculo de luz perdido en ninguna parte, en un mundo desconocido. Quería estar en Coruscant, o en casa, o...

Un recuerdo se impuso al resto, y un cabo quedó suelto. Era algo de su infancia. Tenía la virtud de la sencillez: era una canción. Lenta, triste y nostálgica, pero llena de emotividad para el que la estaba oyendo. Su madre se la cantaba a menudo, cuando faltaba el dinero y los vientos del desierto aullaban tras la puerta de su modesto hogar. Ella apreciaría la letra de la canción, que él había intentado cantarle en muchas ocasiones. Pero no tenía esa posibilidad desde hacía muchos años, desde que la abandonó a ella y a su mundo natal.

Entonces él imaginó que ella estaba allí, de pie frente a él, con aquella sonrisa cariñosa y tranquilizadora. Pero como ella no estaba allí para recordarle la letra, para ayudarle a cantar la canción, tuvo que fiarse de sus recuerdos.

Mientras imaginaba a su madre de pie frente a él, todo lo demás desapareció. El expectante Mazong, los inquietos yiwa, sus compañeros, incluso el Maestro Obi-Wan. Ellos dos solos. Ellos dos, turnándose en las estrofas, cantándose el uno al otro como cuando era pequeño. Su seguridad y su fuerza iban en aumento mientras cantaba, alzando la voz sobre la constante brisa que se colaba por el campamento.

La sencilla y elevada melodía de su niñez seguía desarrollándose ante la atenta asamblea, acallando a los niños y haciendo que los sadain y los suubatar dirigieran las orejas hacia el centro del campamento. Flotaba libremente cruzando el lago y los juncos, para acabar perdiéndose en la oscuridad de la inmensa noche. Ninguno de los yiwa, que escuchaban con suma atención, entendió ni una palabra, pero la fuerza de la voz del joven humano y el ardor con el que cantaba bastaron para comunicar su soledad. Pero hasta esto era innecesario. La canción del humano era muy diferente de sus agudas armonías, pero como casi todos los tipos de música no necesitaba un idioma para romper las barreras entre las especies.

Le costó un poco a Anakin darse cuenta de que había terminado.

Parpadeó y miró a su variado público. Entonces comenzaron los silbidos, los crujidos de nudillos coordinados. Tendría que haberse alegrado, pero en lugar de eso, corrió a sentarse de nuevo al lado de su Maestro, con la cabeza gacha y completamente rojo, intentando sin éxito ocultar lo incómodo que se sentía. Alguien le dio unas palmaditas en la espalda. Era Bulgan, jorobado y contrahecho, y con la cara iluminada de emoción.

— ¡Qué bien ha sonado, Maestro Anakin, qué bien! —se puso una mano en la abertura auditiva—. Habéis complacido a todos los alwari.

— ¿Ha estado bien? —le preguntó a su Maestro con tono inseguro.

Para su sorpresa, la expresión de Obi-Wan era de una aprobación sin precedentes.

—Justo cuando creo que ya te conozco, es cuando me vienes con otra sorpresa, Anakin. No tenía ni idea de que pudieras cantar así.

—Ni yo, la verdad —dijo con timidez el pádawan—. Encontré algo de inspiración en un viejo recuerdo.

—A veces, ésa es la mejor fuente de inspiración —comenzó a levantarse. Era su turno—. Hay otra cosa interesante de la que quizá no te hayas dado cuenta. Tu voz es más grave cuando cantas.

—Sí me he fijado, Maestro —Anakin sonrió encogiéndose de hombros—. Creo que sigue cambiando.

Observó a su Maestro avanzando con confianza al centro del círculo. ¿Qué haría Obi-Wan para revelar a los yiwa su yo interior? Anakin tenía tanta curiosidad como cualquiera. Jamás había visto a Obi-Wan cantar, bailar, pintar o esculpir. Lo cierto es que Obi-Wan Kenobi, Caballero Jedi, era alguien demasiado rígido. Lo que no limitaba en absoluto su capacidad para guiar, pensó Anakin.

Obi-Wan repasó un momento su conocimiento del dialecto local, para asegurarse de que lo controlaba. Luego juntó las manos, se aclaró la garganta y comenzó a

hablar. Eso era todo. Nada de saltos acrobáticos al estilo saltimbanqui de Barriss, nada de declamaciones emotivas a pleno pulmón como Anakin. Sólo habló.

Pero era música.

Al igual que la exhibición gimnástica de Barriss con el sable láser, aquello era otra novedad para Anakin. Al principio, tanto él como muchos yiwa se quedaron un tanto desencantados, ya que esperaban algo más espectacular, más grandioso. Si todo lo que iba a hacer el Jedi era hablar, podían irse a hacer otra cosa. Y algunos hasta se levantaron para marcharse. Pero Obi-Wan seguía declamando, y su voz se alzaba y descendía con un tono suave que era hipnotizante, firme, y aquellos que se habían levantado volvieron para sentarse y escuchar, como si la voz fuera tan adictiva como la droga más potente.

Obi-Wan tejió una historia que, como todas las grandes historias, comenzaba de forma sencilla. Incluso era un tanto aburrida. Pero los detalles comenzaron a surgir, y las verdades profundas se hicieron evidentes a través de la aventura, y ya ninguno era capaz de levantarse. Por mucho que lo intentaran, los yiwa, jóvenes y ancianos, permanecían absortos con la historia del Jedi.

Había un héroe, por supuesto. Y una heroína. Y cuando están presentes esos dos elementos, siempre hay una historia de amor verdadero. Pero había en juego cosas más importantes que su amor. El destino de millones de seres pendía de la balanza, y sus vidas y las de sus hijos dependían de tomar la decisión correcta, y de luchar por la verdad y la justicia. Había sacrificio y guerra, traiciones y revelaciones, codicia y venganza, y, al final, cuando el destino de los amantes pendía como una pequeña pesa de un fino hilo, redención. Después de eso, el humilde narrador no pudo ver, no pudo distinguir, nada que le diera muestras de insatisfacción por parte de su audiencia.

Con una sonrisa, Obi-Wan le preguntó al público si de verdad querían saber el final. El coro de la concurrencia se lo pidió tan vehementemente que despertó a la mitad del ganado. Anakin se dio cuenta de que hasta Mazong estaba metido en la historia y exigía un final.

Obi-Wan alzó las manos pidiendo silencio y lo obtuvo de inmediato.

Un silencio tan profundo que hasta se podía oír a los pequeños rascadores peludos al otro lado del lago frotando sus vientres contra las rocas. En voz muy baja, concluyó la historia, sin alzar el tono en ningún momento, pero soltando las palabras cada vez más rápido, hasta que el público, que se adelantaba cada vez más para oír bien y no perderse nada, amenazó con aplastarse contra el círculo de arena.

Cuando contó el final sorpresa, hubo gritos de alegría y risas, y a continuación todos comentaban la historia. Obi-Wan volvió a su sitio y tomó asiento. Los yiwa estaban tan absorbidos por la historia que se olvidaron de silbar o de crujirse los nudillos, pero daba igual. No había necesidad de aplausos, la historia de Obi-Wan había pasado de la simple aprobación al reino de la aceptación completa.

—Le ha encantado a todos, Maestro —Anakin no encontraba palabras—. Yo me incluyo.

Obi-Wan jugueteaba con la arena y se encogió de hombros de forma desconcertante.

—Es el poder de la narración, mi joven pádawan.

Anakin reflexionó sobre la frase, estaba aprendiendo a hacerlo con todo lo que decía Obi-Wan.

—Habéis mantenido a todos en completa expectación. Yo creo que expectante lo define mejor. No me esperaba el final feliz. ¿Todas vuestras historias tienen finales felices?

Obi-Wan cogió un puñado de arena, la apartó a un lado, y luego levantó la mirada para clavársela a su aprendiz, que se sobresaltó.

—Eso lo sabremos con el tiempo, Anakin Skywalker. En el arte de narrar no hay nada predeterminado, no se da nada por sentado, lo sorprendente se convierte en frecuente, y uno aprende a esperar lo inesperado. Pero lo normal es que, si se juntan personas razonables y de buena voluntad, el final feliz esté asegurado.

El pádawan frunció el ceño.

—Yo hablaba de los cuentos, Maestro, no de la realidad.

—Lo uno no es más que un reflejo de lo otro, y a veces es difícil distinguir el original de la imagen del espejo. Pero las historias tienen en ocasiones mucho más que enseñar que los hechos—Obi-Wan sonrió—. Es como hacer un pastel. Es crucial elegir bien los ingredientes antes de meterlo en el horno —antes de que Anakin pudiera intervenir, el Jedi volvió a centrar su atención en la fiesta—. Ya hablaremos de esto después si quieres. Ahora debemos mostrar nuestra cortesía a la Maestra Luminara prestándole la misma atención que los yiwa.

Anakin no estaba satisfecho, pero se mostró comprensivo. La Maestra Luminara ya se encontraba en el centro del escenario. Tampoco es que fuera un escenario de verdad, pensó él. La iluminación era escasa, el suelo inestable y decir que era "poco sofisticado" sería mucho decir, pero ella parecía sentirse como en el mejor teatro de Coruscant. Había mencionado varias veces el frío que sentía debido al cortante aire de las praderas, así que no era de extrañar que llevara sus largas vestiduras. Los yiwa, asombrados con las acrobacias de Barriss, emocionados con la canción de Anakin y absorbidos por el relato de Obi-Wan, esperaban con expectación el número de la última de los visitantes.

Luminara cerró los ojos largo rato. Luego los abrió y se arrodilló.

Cogió un puñado de arena. Se alzó y dejó que resbalara entre sus dedos. Los granos caían arrastrados por el viento formando un arco al caer de la mano de la mujer. Cuando vació el puño, se limpió las palmas de las manos para quitarse todos los granos.

Entre los yiwa hubo agitación. Hasta el niño más pequeño del clan era consciente del honor de aquel gesto para sus tierras. El reconocimiento tenía su mérito, pero tampoco era muy espectacular. Tenía que haber algo más. Y ahí estaba. Luminara se arrodilló de nuevo y volvió a llenarse la mano de arena, dejando que se le escapara entre los dedos. De la multitud surgieron murmullos de desaprobación. Barriss estaba preocupada, y notó que Anakin se encontraba igual de confuso y desconcertado que ella. Obi-Wan parecía tranquilo, pero eso no quería decir nada. Siempre parecía el mismo.

Pero se vio a sí misma inclinándose hacia adelante para ver mejor.

Había algo raro, algo distinto, en la pequeña columna de arena que se derramaba entre los dedos de su Maestra. Le costó un poco darse cuenta de lo que era. Cuando lo hizo, y aun siendo consciente de las capacidades de su Maestra, se quedó boquiabierto.

La arena caía en dirección opuesta al viento.

Se trataba de arena de playa común y corriente, cogida de la orilla del lago, pero en los delicados, y fuertes dedos de la Jedi, se convirtió en algo mágico. La luz de los faroles se reflejaba en la cascada de granos, convirtiendo la mica en espejo pulido y el cuarzo en piedras preciosas. Cuando la última partícula cayó de la mano de Luminara, la arena cambió de dirección. Un ¡ajá! de admiración se oyó entre el público. La arena caía hacia arriba.

Como si fuera un cable de metal, la columna de arena comenzó a girar alrededor de la Jedi, encerrándola en una espiral cerrada y ascendente. Otra columna comenzó a elevarse del suelo para rodear a la mujer, como si fuera una serpiente saliendo del huevo ya de adulta. Las resplandecientes espirales rotaban cada una en una dirección, deshaciéndose en hilos cada vez más finos, hasta que Luminara estuvo rodeada de una multitud de finísimas líneas de granos brillantes. Era como si se la hubieran tragado treinta columnas de diamantes bailarines, finas como una aguja.

La Jedi comenzó entonces a dar vueltas. Primero lentamente, guardando el equilibrio sobre un pie y empujándose con el otro. Los finos hilos de arena respondían a su movimiento, y la mitad giraba con ella y la otra mitad en la dirección opuesta. Todo se desarrollaba en el más absoluto silencio, pero a Barriss le pareció estar oyendo música.

Luminara empezó entonces a acelerar el ritmo, como desafiando a la arena giratoria. La fuerza centrífuga hizo que los bajos de sus vestiduras comenzaran a elevarse y los anillos de arena se apartaban para dejarles paso.

La concurrencia contuvo la respiración. Luminara, entre un baile de vestiduras y arena, comenzó a despegarse del suelo. Seguía girando, pero sus pies se elevaron hasta que estuvo a un palmo del suelo. En ese momento de inclinó hacia adelante y comenzó a rotar al mismo tiempo que giraba, manteniéndose en el aire. Era la

demostración de control sobre la Fuerza más impresionante que Barriss había visto jamás.

Las espirales de arena seguían los movimientos de Luminara rotando con ella, hasta que formaron un globo casi sólido de luz, y las cegadoras partículas casi ocultaban su cuerpo. Entonces se produjo un sonido suave, como si una nube soltara el aire, y Luminara aterrizó con las manos estiradas y las piernas abiertas. La cortina esférica de arena cayó al suelo a su alrededor. Bajó los brazos e inclinó la cabeza a modo de saludo antes de volver a reunirse con sus amigos.

—Bueno, estoy impresionado. ¿Cómo te sientes?

—Mareada.

Sonrió levemente, pero apenas dio más síntomas de lo que sentía por dentro.

—Por favor, Maestra, decidme el secreto del truco giratorio. Barriss estaba ansiosa por saberlo.

Luminara se giró un poco para mirar a su pádawan y le dijo despacio:

—El truco, querida, es no vomitar. Al menos hasta que te hayas alejado lo suficiente del escenario.

No hubo aplausos. Ni silbidos, ni crujido de nudillos para celebrarlo.

Los yiwa se levantaron solos o en pareja y se fueron dispersando hacia sus endebles chozas y hogueras ceremoniales. Unos cuantos guardias armados volvieron a su puesto, a hacer la vigilancia nocturna para prevenir el ataque de los shanh y otros depredadores que pudieran amenazar al rebaño. Antes de lo esperado, los visitantes se quedaron solos con Mazong y sus consejeras.

—El clan ha presenciado muchos espectáculos por parte de gran cantidad de invitados —comenzó a decir el jefe yiwa—, pero ni los más viejos recuerdan uno tan rico, tan sorprendente y tan extraordinario.

—Ya, pero yo no he podido hacer mi número de malabares —murmuró Bulgan decepcionado. Kyakhta le dio un codazo en las costillas.

Mazong ignoró al alwari e hizo como si no le hubiera oído.

—Habéis cumplido de sobra vuestra parte del trato —clavó los ojos en Luminara—. Daría lo que fuera por saber cómo hicisteis eso.

—Y yo —intervino Anakin—. Sería muy útil en el combate. Luminara comenzó a explicar a sus anfitriones lo que era la Fuerza, el uso que los Jedi hacían de ella y la naturaleza de su esencia, oscura y benigna a la vez. Cuando terminó, Mazong y sus consejeras asintieron con solemnidad.

—Viajáis con mercancías peligrosas —dijo en tono sombrío.

—Como todo lo bueno, tiene su riesgo —dijo ella—. Como esta propuesta de acuerdo entre la Unidad de Comunidades y los clanes alwari. Pero si se le otorga el respeto que se merece, la Fuerza acaba estando al servicio del bien. Y lo mismo puede decirse del tratado que estamos intentando consolidar.

Mazong dialogó con sus consejeras. Las dos ancianas parecían muy animadas, pensó Barriss. Cuando terminaron, el jefe se volvió hacia sus invitados, y ella se abrigó con sus ropajes. Aunque los vientos de Ansion tendían a disminuir al cabo del día, no siempre —cesaban por completo, y tenía frío.

—Estamos de acuerdo —señaló magnánimamente a Bulgan y a Kyakhta—. Daremos las indicaciones necesarias a los guías para que encontréis a los borokii cuanto antes. Aunque sean unos descastados, el hecho de que les hayáis elegido les honra.

— ¿Cuánto tardaremos en encontrarles? —preguntó Obi-Wan.

—Son impredecibles —Mazong se levantó y sus invitados le siguieron—. Los borokii también son alwari. Quizá hayan acampado como los yiwa, pero si siguen en movimiento tendréis que seguirles el rastro. Nosotros sólo podemos encaminaros hacia su último asentamiento conocido —les dirigió una sonrisa tranquilizadora—. No desesperéis. Con nuestras indicaciones les encontraréis antes, que por vuestra cuenta.

—Agradecemos vuestra cordialidad y vuestra hospitalidad —le dijo Luminara.

Él le respondió con un gesto que no supo interpretar.

—Nos habéis compensado con creces. Lo cierto es que ahora nos avergonzamos de nuestras sospechas.

—La precaución no debe ser motivo de vergüenza —concluyó Obi-Wan. Un Jedi podía estar sin dormir mucho tiempo, pero no por propia voluntad. Estaba cansado. Todos lo estaban.

Anakin en concreto no podía quitarse de la cabeza la exhibición de la Maestra Luminara. Le mantuvo preocupado cuando se fue a dormir y cuando se despertó seguía estándolo. Él pensaba que había visto o leído todo sobre las posibilidades de la Fuerza. Pero una vez más, sus conclusiones eran erróneas. No podía ni imaginar la cantidad de estudio y control necesarios para realizar semejante hazaña. La complejidad de controlar simultáneamente el cuerpo y miles de granos de arena individuales, estaba más allá de sus posibilidades.

Por ahora, pensó mientras se acostaba en la casa de los invitados.

Aunque era consciente de sus limitaciones en aquel momento, tenía una confianza infinita en sus capacidades. Era la misma confianza que le había permitido sobrevivir a una infancia difícil, y la misma que le había proporcionado las habilidades para reparar androides que le habían hecho tan valioso a ojos de aquel cruel bicho con alas llamado Watto, y le habían permitido participar en la liberación de Naboo del yugo de la Federación de Comercio. La misma confianza que le permitiría algún día conseguir todo lo que quisiera. Fuera lo que fuese.

No hubo celebraciones cuando se fueron a la mañana siguiente. Ni un coro de jóvenes yiwa alineado para despedirles. Ni una escolta de jinetes para acompañarles hacia el Norte, ni estandartes ni instrumentos musicales. Simplemente les dijeron por dónde tenían que ir y les enviaron hacia allá.

Mientras se alejaban al trote sobre los descansados suubatar.

Luminara le preguntó a Bulgan sobre la inexistencia de alguna ceremonia de despedida. El tuerto alwari hizo un gesto de suficiencia.

—La vida de un nómada es muy intensa, aunque no es tan dura como antaño. No hay tiempo para las frivolidades. Siempre hay animales a los que cuidar, jóvenes a los que instruir, casas que construir o que reparar, ancianos a los que atender, y hombres y animales que necesitan agua y comida. Ésa es la razón por la que los rituales como el de anoche son tan importantes. La diversión es necesaria y respetada, pero sólo cuando hay tiempo para ella —cabalgó en silencio un momento antes de añadir—: Lo cierto es que habéis dejado una grata impresión de la orden Jedi en los yiwa —señaló con el dedo al resto de los jinetes—. Todos.

—Nosotros también disfrutamos —le dijo ella—. No es frecuente que se nos pida que revelemos esa parte de nuestro ser. La mayor parte del tiempo la pasamos explicando la política de la República o defendiéndola, o preparándonos para ambas cosas. Créeme —dijo—, hay muy pocos como los Jedi en la galaxia que comprendan mejor lo que has dicho de los nómadas.

El guía asintió gravemente y sonrió.

—Pero al igual que los alwari, vosotros también sabéis pasároslo bien —al ver que no había respuesta, añadió cauteloso—. ¿No?

Ella suspiró mientras cambiaba de postura en la silla.

—Yo me hago esa pregunta alguna vez. Pero parece que las palabras entretenimiento y Jedi se excluyen mutuamente —recordó algo y sonrió—. Pero recuerdo una broma que le gastó el Maestro Mace Windu al Maestro Ki-Adi-Mundi. Tenía que ver con tres pádawan y el número de globos oculares disponibles en la habitación...

Comenzó a contarle aquella historia a Bulgan, que la escuchaba con interés y atención. Cuando la Jedi terminó, él hizo un gesto de ignorancia, y en su rostro se veían los signos de que se esforzaba por entender lo inasible.

—Lo siento, Maestra Luminara, pero no veo la gracia de la historia.

Supongo que el humor Jedi es tan incomprensible como la Fuerza —se mostró sincero—. Quizá uno tenga que comprender la Fuerza para coger las bromas.

—No lo creo —cabalgó en silencio un momento y añadió suspirando—. Bueno, a mí me parecía gracioso.

Llevaban un ritmo excelente. Todos estaban muy animados por haberse encontrado con los yiwa, que al principio se mostraron reticentes pero al final

colaboraron, y además ahora tenían algo parecido a un sitio adonde ir. Barriss pensó, mientras se arrellanaba en su silla de montar, que por lo menos no iban cruzando la pradera al galope esperando encontrarse por casualidad con los borokii. Las indicaciones de Mazong habían sido bastante específicas, aunque era probable que los borokii se hubieran puesto en movimiento de nuevo. Se preguntó si sus rituales y costumbres serían muy distintas de las de los yiwa. Kyakhta le había dicho que dentro de los numerosos clanes alwari había grandes diferencias.

Viajaban hacia el Norte cuando sus guías se detuvieron súbitamente.

Barriss se incorporó en la silla y escudriñó el horizonte, que era igual en todas direcciones, y llevaba así días. Una pradera infinita, y campos de cereal nativo sólo interrumpido en ocasiones por unos cuantos árboles, alguna depresión con agua o fango y una colina aislada. Nada parecido a una construcción y nada que superara en altura a un suubatar sobre sus patas traseras. Así que se preguntó con curiosidad qué sería lo que les había llevado a detenerse, y por qué razón parecían algo más que inquietos.

— ¿Qué pasa? —Luminara y Obi-Wan se adelantaron para preguntar a los guías. La inspección cuidadosa de los cuatro horizontes no aclaraba la razón de la súbita parada—. ¿Por qué nos hemos parado aquí? —Escuchad.

Ambos alwari se erguían en su silla esforzándose obviamente por escuchar. ¿Pero qué?

Luminara y sus compañeros guardaron silencio. Lo único que se oía era a los suubatar masticando suavemente los granos de cereal, el constante rumor del viento entre las espigas y el aullido ocasional de un kilk cazando artrópodos de caparazón blando.

Entonces Barriss lo oyó. Primero era sutil, como el primo hermano del viento. Luego comenzó a hacerse más intenso, un sonido suave que venía del Norte, desde el punto al que se dirigían. Se intensificó hasta convertirse en un zumbido audible, aun silenciado pero creciendo inexorable en la distancia. Observando atentamente en la dirección de la que venía el susurro, Luminara pudo distinguir al fin algo como una nube oscura y baja.

Los suubatar comenzaron a agitarse inquietos, haciendo aspavientos con la afilada cabeza y pateando el suelo con las patas medias y traseras. Le costaba controlar al animal. En ese momento, Kyakhta les miró.

— ¡Kyren! —exclamó asustado—.

— ¡Rápido, amigos! —Bulgan se puso de pie de repente en la silla y oteaba el horizonte en todas direcciones—. ¡Tenemos que encontrar un refugio!

— ¿Un refugio?—Obi-Wan se mantuvo en el sitio, pero comenzó a mirar también a su alrededor—. ¿Aquí?

— ¿Para protegemos de qué? —preguntó Barriss. Ya había oído el murmullo y

había visto la nube—. ¿Qué es un kyren?

Sin suspender la búsqueda, Bulgan acercó su animal al suyo.

—Una criatura voladora que viaja por las praderas de Ansion, migrando de región en región con los cambios de estación —señaló al suelo—. Cuando maduran las espigas de una zona y están repletas de granos, el kyren hace un vuelo rasante sobre ellas y se los come. Luego se asienta para descansar y para criar. Cuando los jóvenes están preparados, vuelven a emprender el vuelo para buscar más comida.

Ella parpadeó mirando a la difusa sombra del horizonte.

—Pero eso no puede ser una criatura viniendo hacia nosotros.

—No lo es —dijo Bulgan con evidente inquietud—. Son muchas más.

—No veo el peligro —Anakin se adelantó para formar parte de la conversación—. ¿Tenemos que escaparnos de una bandada de comedores de grano? Porque sólo comen grano, ¿no?

Una extraña expresión apareció en el rostro del guía, extraña hasta para un ansioniano tuerto, con cresta y un único agujero de la nariz.

—El grano es su comida favorita, sí. Pero una vez que han emprendido el vuelo no pueden, o no quieren, o simplemente olvidan cambiar de dirección. Tampoco elevan la trayectoria para no interceptar los obstáculos —tragó saliva—. Se estrellan contra las rocas. Se llevan por delante a seres vivos como los suubatar o los hootl o los cicien. A menos que esos seres encuentren un sitio en el que guarecerse o consigan escapar.

—¿Hootl o suubatar? —preguntó Barriss con un hilo de voz—. ¿O personas?

De alguna forma no le sorprendió que Bulgan asintiera solemne. Anakin se llevó la mano al cinturón.

—Tenemos los sables láser además de otras armas. ¿Es que no podemos defendemos de esas cosas? ¿Cómo son de grandes?

Bulgan alzó las manos y se las puso a ambos lados de la cabeza.

—Éste es el diámetro de sus alas.

—¿Eso es todo? —Anakin frunció el ceño—. Entonces no entiendo por qué Kyakhtha y tú os preocupáis tanto.

—¿Cuántos habrá en esa bandada? —preguntó Barriss—. ¿Cuántos suele haber?

El guía bajó las manos y miró a la joven.

—Nadie lo sabe. Nadie ha podido quedarse lo suficiente en un sitio como para contar los especímenes de una bandada —señaló al horizonte, que se oscurecía por momentos—. Creo que aquella bandada es un poco más grande que las normales.

—Aproximadamente —Anakin no dejaba de toquetear su sable láser—. ¿Como con cuántas de esas criaturas podríamos enfrentarnos?

Bulgan giró en la montura y miró al horizonte de nuevo.

—No creo que sea un número apabullante. Pero lo suficiente como para plantear

un grave peligro si no escapamos. No más de cien o doscientos millones, diría yo.

Anakin apartó la mano del sable láser. — ¿Cien? ¿O doscientos?

La única posibilidad de refugio a la vista eran tres árboles wolgiyn que se erguían solitarios a su derecha. No daban mucha sombra.

— ¡Por aquí!

Kyakhta señaló a la izquierda y espoleó a su suubatar en esa dirección. Los dos Caballeros Jedi le siguieron, con los pádawan en la retaguardia.

Barriss intentó como pudo ocultar su temor. En lugar de huir estaban cabalgaban en dirección a la sombría amenaza. La bandada de kyren y los apresurados viajeros se acercaban como si fueran a colisionar. Aunque nunca había visto una de aquellas criaturas, confió en que Kyakhta hubiera visto algo más real que un espejismo y más sólido una leve impresión.

Cabalgaron a toda velocidad unos minutos y seguía siendo imposible distinguir individualmente a los kyren, pero su alarido colectivo se impuso al resto de los sonidos de la pradera. Un grupo de shanh, animales carnívoros y temerarios, pasó corriendo en dirección opuesta absolutamente horrorizados. Horrorizados de algo que desayunaba cereales, pensó Luminara. Un pequeño herbívoro alado que cabía en la palma de la mano. La visión de la estampida de los shanh fue de todo menos reconfortante. Espoleó a su suubatar como le habían enseñado, no quería quedarse atrás. Había algunos instrumentos de la naturaleza a los que ni siquiera un Maestro de la Fuerza podía enfrentarse. Un kyren, desde luego. Una docena, también. Unos cientos, quizá. ¿Miles? Difícilmente.

Pero cien millones de cualquier cosa era una cantidad demasiado numerosa hasta para un Jedi. Incluso si los adversarios en cuestión no eran más que pequeñas criaturas voladoras.

En el momento en que por fin pudo vislumbrar el lugar al que les llevaba Kyakhta, los gritos colectivos de millones y millones de kyren le perforaban los oídos. Se interponían entre la tierra y el sol formando una especie de eclipse, y la peste que emanaban amenazaba con sobrepasar su profundo sentido del olfato y hacer que se desmayara. Cogió firmemente las riendas y mantuvo los pies en los estribos con resolución. Se tapó la cara con una esquina de su túnica para aislarse un poco del polvo y del olor.

— ¡Por allí!

Hizo un esfuerzo por ver en la oscuridad y se dejó guiar por la voz de Kyakhta para ver hacia dónde se dirigían.

Emergiendo entre la neblina y las espigas, había un grupo de pilares y columnas. Su color variaba entre matices claros y sombras oscuras, y parecían lápidas alienígenas plantadas en mitad de la llanura. La analogía no era tranquilizadora. Eran algo piramidales, y el extremo superior era afilado, pero no todas eran perfectamente verticales. Algunas se inclinaban en un marcado ángulo hacia el suelo y otras se habían destruido al derrumbarse.

Más tarde supo que se trataban de los montículos de los jijites, unas pequeñas criaturas que vivían en el subsuelo y se alimentaban de las abundantes raíces de los cereales. Estaban construidas a base de diminutas piedrecillas unidas por un mortero natural creado por obreros jijites especialmente designados para la tarea. Cada pilar servía para ventilar el aire caliente de los túneles subterráneos y enfriar el entorno de los jijites. También ejercían la función de torres de vigilancia desde las que los jijites de vista aguda podían controlar las llanuras de su entorno, y de otros miembros de su

especie. No eran insectos, sino una especie de forma de vida colectiva parecida a los reptiles.

Pero ahora no se veía a ninguno de los pequeños vigías cuadrúpedos fijando sus ojillos rojos en la pradera. Habían detectado hacía mucho la llegada de los kyren y se habían ocultado junto a los suyos en las profundidades, a salvo de la bandada arrasadora.

Le costó mucho a Luminara detener al suubatar para que no se pasara los pilares. Kyakhta les gritó para hacerse oír que lo mejor era dividirse en grupos de dos, ya que ni la más grande de las columnas era apenas suficiente como para albergar a una pareja.

No le gustó a Obi-Wan la idea, pero no tenían elección ni tiempo para discutir. Lo cierto es que podrían haberse quedado juntos para darse apoyo y seguridad mutuos, pero eso hubiera implicado dejar a las bestias solas sin jinetes para controlarlas. Desmontaron de inmediato.

—Si un suubatar se asusta —explicó Bulgan acercando la boca al oído de Luminara—es probable que el resto se dé a la estampida con él. Pasa lo mismo con todo el ganado aquí en las praderas. Confían en las reacciones de los otros para protegerse del peligro. Si eres una presa potencial, siempre es mejor echar a correr que quedarte sentado analizando la situación por ti mismo —cogió con fuerza las riendas de su animal—. Si no nos quedamos con ellos lo más probable es que los perdamos —señaló con la cabeza a Obi-Wan—. Sé que contáis con los medios como para llamar a Cuipernam y pedir ayuda, pero ni un deslizador armado podría abrirse paso entre una bandada de kyren. Ésta es nuestra única oportunidad.

Ella asintió.

—Dudo que tengamos tiempo de llamar, de todas formas. De acuerdo, Bulgan. Nos separaremos.

Discutieron la situación rápidamente, sin malgastar las palabras.

Luminara quería quedarse con Barriss, y Obi-Wan con Anakin, pero tenía más sentido que cada pádawan se quedara con uno de los guías, que tenían más experiencia. Los dos Maestros se quedarían junto a sus animales tras el pilar más grande. Aunque la distancia entre las columnas no era mucha, la sensación de soledad era desproporcionadamente grande.

En cuanto Obi-Wan y ella consiguieron que sus animales se tumbaran junto a la columna pardusca, ellos se pusieron a cubierto, sentándose muy juntos en mitad del pilar triangular. Aseguraron las riendas de los suubatar alrededor de la columna pétrea tal como les enseñó Kyakhta. Estaba todo preparado. Luminara sonrió. Su compañero se dio cuenta.

—Veo que hay algo en esta situación que puede resultar gracioso, y si no es personal, me gustaría divertirme yo también.

Luminara apenas podía hacerse entender con el terrible chirrido que ya casi estaba sobre ellos, pero se inclinó hacia adelante.

—Tras años de estudio constante, aprendiendo todas las artes imaginables, y más años cruzando la galaxia de un lado a otro al servicio de la República, mírame ahora: protegiéndome detrás de una piedra cara a cara con el enorme trasero de una especie de caballo alienígena.

Obi-Wan miró las desmedidas posaderas mientras se pegaba aún más a la protectora roca, y se dio cuenta de que, a pesar de lo desesperado de la situación, estaba sonriendo.

El cielo comenzaba a oscurecerse como en un atardecer nublado. De repente se oyó un golpe seco en la otra pared del pilar. Luego hubo otro y otro más, cada vez más rápido. Entonces los pájaros comenzaron a pasar por encima de sus cabezas, y los golpes se repetían contra el lado opuesto de la columna. Luminara se vio a sí misma dándole las gracias a unas pequeñas criaturas que no había visto jamás, porque su capacidad constructora era la que estaba protegiendo a los viajeros y manteniéndoles con vida.

¿Pero por cuánto tiempo? El sonido de los kyren chocando contra la roca creció hasta que el conglomerado de piedra y saliva comenzó a temblar a sus espaldas. ¿Cómo de grande era la bandada? ¿Cuánto tardarían en pasar? ¿Resistiría su pilar y el de sus compañeros la presión ininterrumpida, ejercida por cientos, tal vez miles de kyren estrellándose contra ellos?

Decenas de millones de sombras negras les sobrevolaban a gran velocidad. Entre el caos de pequeños cuerpos, era imposible distinguir a los individuos. La bandada era una masa ciclónica de alas, ojos y bocas abiertas. Algo le golpeó el tobillo derecho, y por muy Jedi que fuera, se sobresaltó. Obi-Wan se adelantó y recogió a una pequeña criatura estremecida. Sus alas y su cuerpo estaban rotos, y dio un par de ligeros estertores antes de morir en las manos extendidas del Jedi.

Era negro oscuro y tenía cuatro alas membranas. Dos que excedían el tamaño de las palmas de Obi-Wan, y salían de las costillas, y otras dos la mitad de grandes que emergían del lomo. No era de extrañar que pudieran mantenerse en el aire tanto tiempo, pensó Luminara. Podían prescindir del par de alas inferiores en caso necesario y depender únicamente de las superiores para propulsarse. En cada ala tenían una mota amarilla que quizá les servía como identificación mientras se hallaban en el aire. En lugar de patas tenía un par de pequeñas plataformas gruesas y peludas que parecían los soportes de un trineo. Pasando tanto tiempo en el aire, no tenían necesidad de locomoción pedestre.

El método de alimentación masiva de los kyren se aclaró finalmente al ver cómo era la boca del animalillo: una abertura amplia con dos filas de dientes. La bandada volaba bajo, y los que se hallaban a baja altura pasaban rasando por encima de las

espigas sin detenerse, con la fila de abajo actuando como una pequeña guadaña aérea. En cuanto se saciaban, los de abajo cambiaban posiciones con los de arriba, que esperaban su turno hambrientos. En las alturas media y superior de la bandada, los que ya se habían alimentado podían digerir sin tener que detenerse. La nube de kyren estaba siempre en constante movimiento, no sólo hacia adelante, sino dentro de sí misma.

Apareció otro tambaleándose indefenso por el suelo. Aparte de la peste, la verdad es que eran animales bastante bonitos y causaban un poco de lástima. Luminara se inclinó hacia adelante por encima de Obi-Wan para mirar a la derecha.

— ¡Barriss! ¿Estás bien? ¿Me oyes?

Su llamada se perdió entre las miles de alas. No podían ver nada a través del sólido y continuo torrente volador. No podían oír nada por encima del chirrido constante. Recordó que Barriss estaba con Bulgan. No era que se preocupara por su aprendiz, ya que ésta había demostrado sobradamente en aquella misión que podía cuidarse sola, y lo cierto es que aquella familiar perturbación en la Fuerza indicaba que todo iba bien. Era sólo que le hubiera tranquilizado poder vislumbrar a la joven.

Estuvieron allí sentados contra el pilar jijite durante lo que pareció ser toda la mañana, pero lo cierto es que apenas llegó a una hora. Los suubatar se estrechaban unos contra otros en busca de protección, con las alargadas cabezas apoyadas en el suelo. Los kyren pasaban sobrevolándoles o a los lados, demasiado concentrados en continuar el vuelo como para girar levemente a la derecha o a la izquierda y aprovechar el cereal de debajo de las cabezas de los suubatar.

La columna pétrea que era la única protección de los viajeros y sus animales seguía tambaleándose ante el impacto de los cuerpos suicidas. Todo el espacio aéreo a su alrededor estaba ocupado, repleto de decenas de miles de los suyos, así que los kyren que se estampaban contra el pilar se veían forzados a hacerla a golpe de instinto, y no porque tuvieran vocación de suicidas colectivos. No lo hacían a propósito: es que no tenían otro sitio al que dirigirse. El cielo estaba lleno.

Pasó un rato y el ruido de cuerpos golpeando la columna de piedra comenzó a desvanecerse, aunque la bandada continuaba pasando a ritmos y cantidades regulares. Finalmente el ruido terminó. Y luego los kyren ya sólo pasaban a miles. Y después a cientos. El cielo se volvió a llenar de claridad y el negro dio paso al azul. Se veían algunas nubes. Obi-Wan miró a la derecha y pudo distinguir de nuevo las formas de Barriss y Bulgan, protegidos contra la indómita columna jijite.

Cuando pasaron los últimos rezagados, y se les pudo ver en vuelo frenético intentando no perder la bandada, los viajeros dejaron sus posiciones para reunirse con alegría pero con solemnidad. La tensión les había dejado agotados, pero cualquier sensación de cansancio era superada por el alivio que sentían. Nadie había salido herido, aunque a Anakin le mató la curiosidad y se asomó por la columna, por lo que

recibió un pequeño golpe en la frente apenas visible, como recuerdo de su encuentro con los kyren.

Fue una lección muy valiosa. Algunas veces el peligro podía provenir de los pequeños y despreciados en lugar de los poderosos.

La meticulosidad alimenticia de la poderosa bandada era algo digno de contemplar. Las únicas espigas que habían quedado aplastadas eran las que habían caído bajo el peso de los suubatar. Los kyren no habían hendido ni una sola sección de la pradera. Todas las espigas se mantenían en pie, pero ya casi ninguna estaba repleta de grano. Parecía como si el cortacésped más grande y perfecto hubiera pasado por la pradera.

Entonces descubrieron por qué se había detenido el ruido de cuerpos contra la roca antes de que terminaran de pasar los pájaros. Detrás de cada roca había una pequeña montaña de cientos de cadáveres de kyren formando una perfecta línea que señalaba hacia el Norte. Después de un tiempo, habían muerto los suficientes como para formar una barrera protectora escalonada entre cada pilar y el resto de la horda alada. Obi-Wan recogió uno por el ala y se dirigió a Bulgan.

—Me parece que estas enormes bandadas pueden ser una fuente excelente de proteína para los nómadas. ¿Son comestibles?

Bulgan, tuerto o no, y por toda respuesta, hizo un gesto de asco. Le tocaba a Kyakhta explicarlo.

—Incluso si cocinas a los kyren, siguen sabiendo a fango hervido —miró a Obi-Wan—. ¿A los Jedi les gustaría probarlos?

Barriss arrugó la cara haciendo un sonido de repulsa.

—Los Jedi suelen preferir aprender las cosas por sí mismos, pero hay casos en los que se pueden fiar de los conocimientos de otro —se volvió hacia su Maestra con gesto de preocupación—. ¿No es así, Maestra Luminara?

—Así es en este caso —respondió la Jedi sin durlado—. Además, no tengo hambre —se miró a sí misma, y contempló las consecuencias de haber estado sentada bajo una bandada de kyren durante una hora—. Yo lo que necesito es un baño.

Ante esta sincera manifestación, ni Barriss, ni Anakin, ni los guías tuvieron nada que objetar.

El olor era bastante repugnante, pero mientras cabalgaban se miraban unos a otros, y no era una visión agradable precisamente. Al menos los desechos eran sólo decolorantes y no tóxicos, pensó Luminara. Aun así, el descubrimiento de un pequeño arroyo de agua clara al día siguiente fue demasiado tentador como para dejado pasar.

Los Jedi y sus pádawan se quedaron en ropa interior y se sumergieron en el agua (Anakin, Barriss y Luminara se tiraron al arroyo con alivio, mientras Obi-Wan entraba lentamente y con algo más de dignidad), mientras los guías se afanaban

retirando las provisiones de los pacientes suubatar y limpiándoles. Cuando terminaron se unieron a los humanos en el riachuelo, llevando a los animales consigo. Los suubatar podían caminar hasta la parte más profunda manteniendo el morro fuera, y completamente sumergidos en la corriente.

Los bípedos, por su parte, prefirieron no internarse, y se dedicaron a conversar mientras se lavaban. Luminara se lavó en la cálida corriente, y luego se tumbó al sol en la orilla para dejar que el agua acariciara su cuerpo suavemente. Los Jedi estaban entrenados para soportar cualquier condición extrema, pero tampoco eran inmunes a un poco de indulgencia ocasional. Desde luego no era un baño aromático en una suite de lujo de un hotel de Coruscant, pensó distraída mientras algo pequeño, azul e inofensivo le pasaba por los pies, pero después de haberse pasado días encima de un suubatar al sol, el abrazo cálido de la corriente era algo parecido al paraíso.

Se oyeron risas. Obi-Wan estaba entre los dos alwari. Empleando la Fuerza, su compañera dirigía un chorro de agua a los flancos de un par de suubatar que se habían aproximado a la orilla. Las bestias se mostraban encantadas, subiendo y bajando la cabeza mientras el agua hacía temblar sus musculosos flancos.

Algo más alejados, Anakin y Barriss intentaban duplicar la hazaña de Obi-Wan. Pero en lugar de dirigir los chorros de agua a los suubatar, se los echaban el uno al otro. Luminara se sentó con el agua llegándole hasta la cintura, apoyándose en las manos, y sonrió. Si el Maestro Yoda supiera para lo que servían sus sabias enseñanzas.

Algunas veces eres demasiado seria, pensó.

Se volvió a tumbar en el agua y contempló una nubecilla aislada en el cielo azul celeste. Convencida de que sus compañeros estaban distraídos y que nadie podía verla, se puso a comprobar hasta dónde podía llevar el agua elevándola con el pie derecho.

La presidenta del Gremio de Comerciantes tenía las suficientes riquezas como para tener a su servicio a legiones de sirvientes, miles de trabajadores y docenas de guardaespaldas. Las múltiples iniciativas comerciales de su pueblo se hallaban presentes en toda la galaxia civilizada, de punta a punta de la República. Era reconocida universalmente, incluso por sus más fervientes competidores, por gozar de una inteligencia y perspicacia inusuales. Por lo general, le bastaban un par de minutos para vencer a un oponente o a un amigo.

El senador Mousul, por ejemplo. Tenía talento, pero era vanidoso; era leal, pero egoísta; había que vigilarle constantemente. No es que Shu Mai pensara que no era de fiar. El senador se jugaba demasiado como para arriesgarse a esas alturas. Shu Mai le había visto tomando la palabra en el Senado, y era un orador irreprochable. Pero

fuera del Senado, alejado de su posición de poder político, no era más que otro ansioniano: había que vigilarle.

Lo que realmente importaba era que tenían la misma visión con respecto al futuro de la decrepita República. Y gracias a la posición política del senador y a los recursos financieros del Gremio de Comerciantes, no había nada que pudiera interponerse. Pero aún no era el momento. La República seguía siendo poderosa, y sus instituciones no eran todavía lo suficientemente débiles como para ignorarlas.

En materia de política, Shu Mai tendía a dar la razón al senador, aunque no siempre. Ella respetaba la opinión de su socio de la misma forma que Mousul pensaba que la presidenta del Gremio de Comerciantes escuchaba atentamente sus consejos. Pero de lo que el senador no se daba cuenta a veces era de que, en orden de magnitud, él estaba muy por debajo de ella en aquella relación. Y aunque le encantaba adular los egos de sus colegas, prefería con mucho que fuera ella quien tratara con aquel desconocido cuyos intereses representaba.

El barco en el que se relajaban en aquel momento se deslizaba suavemente por el lago Savvam, un maravilloso elemento acuático que, como todo en Coruscant, era artificial. Era un parque privado para los pudientes, rodeado de árboles y flores alteradas genéticamente para que florecieran todo el año y llenaran el aire de mil aromas distintos. Había algunos cruceros cerca, y unos eran más pequeños que el de Shu Mai y otros más grandes. Ella podría haber superado a todos pero no quiso llamar la atención. Estaban solos a bordo. Los sirvientes orgánicos podían escuchar. Los androides no.

—Nuestros seguidores están impacientes —Mousul se tostaba el pecho al sol, cuyos rayos eran cuidadosamente filtrados por un escudo polarizado que rodeaba el barco—. Tam Uliss me preocupa especialmente. No va a ser tan fácil tratar con él como lo era con el desafortunado Nernrileo.

—La impaciencia es una enfermedad fatal a largo plazo —Shu Mai alcanzó un recipiente espiral de refresco y bebió—. Por lo que me has contado, los eventos de Ansion se desarrollan a un ritmo previsible y razonable. El resto debe aprender a contener sus impulsos.

—Pero no es fácil contener a alguien cuando está emocionado por una nueva idea, ¿sabes?

Shu Mai elevó el vaso para mirar el líquido al trasluz. Era de color dorado.

—Ése es tu trabajo, amigo mío. Yo controlo al Gremio y tú mantienes a raya los intereses políticos y comerciales del lugar. Actuaremos cuando sea el momento. Antes no.

Mousul sintió algo de aprensión ante lo que pareció ser una orden, pero por fuera sonrió y asintió. Por ahora, ella estaba al mando. Que soñara con sus visiones de grandiosidad personal. Pero cuando Ansion se escindiera y Mousul fuera nombrado

gobernador del sector, las posiciones cambiarían. Entonces sería Shu Mai y su Gremio los que vinieran a pedirle favores. En ese momento, sus ojos se encontraron con los de ella.

—Esos Jedi lo complican todo. Independientemente de lo que piensen Uliss y el resto, no se podrá llevar a cabo una votación legítima hasta que terminemos con ellos. He estado en contacto con nuestro agente en Ansion y me ha asegurado que los visitantes serán neutralizados.

—Espero que así sea —Shu Mai suspiró mientras se recostaba en la tumbona—. Ojala pudiéramos atraer a los Jedi a nuestra forma de pensar. Sería todo increíblemente más fácil.

—Eso no ocurrirá —Mousul removía con el dedo su bebida para mezclar los narcóticos que contenía—. No se les puede doblegar.

La presidenta del Gremio de Comerciantes se encogió de hombros.

—A lo mejor no son tan inflexibles como tú piensas.

Mousul parpadeó asombrado.

— ¿Qué quieres decir?

—El tiempo será el que lo diga todo. Mientras tanto, los acontecimientos de Ansion se desarrollarán a su ritmo y nosotros esperaremos y convenceremos al resto de que haga lo mismo.

Dio un trago a su bebida sin narcóticos.

Mousul gruñó y guardó silencio. Un hombre de negocios de la brusquedad de Tam Uliss no era nada comprensivo. Era cierto que la vida era transitoria y no podían empujar precipitadamente la puerta de las grandes oportunidades para que se abriera. Un movimiento prematuro podría significar perderlo todo. Si Uliss y el resto conseguían mantener la calma, el futuro sería suyo.

Debajo de los dos conspiradores que se tostaban al benigno sol de Coruscant, miles de seres menos afortunados bullían en los enormes edificios de doscientas plantas cuya azotea era el lago Savvam.

Si no hubiera sido por aquello de que tenían una misión que cumplir, a los viajeros les hubiera encantado permanecer en el tranquilo y bucólico campamento un día y una noche más. Pero como siempre, el tiempo y el deber apremiaban.

La ruta que les habían propuesto los yiwa les llevó a una pequeña cordillera que se extendía sin interrupciones por todo el horizonte en dirección norte. Kyakhta y Bulgan no sabían los nombres de las elevaciones, pero había una o dos dignas de ser llamadas montañas. La inclinación del terreno era poco pronunciada, con apenas un par de cuestas que antes fueron cuencas de ríos, pero que no eran obstáculo para las patas maravillosamente largas de los suubatar. Aun así, para ahorrar tiempo y

esfuerzo a los animales, los viajeros decidieron abrir la marcha por uno de los pequeños valles que se abría entre las colinas. Ninguna de las vertientes tenía un ángulo especialmente elevado. Luminara pensó que la erosión debía de haber reducido aquellas montañas hacía mucho tiempo.

Iba al lado de Kyakhta y se dio cuenta de que el guía estaba más alerta de lo normal.

— ¿Hay algo que te preocupe, Kyakhta?

—No, Maestra Luminara. Pero a los alwari no nos gusta este tipo de paisaje, preferimos las llanuras lisas, las planicies y los espacios abiertos. Hemos nacido en las amplias praderas y no nos encontramos cómodos en sitios cerrados —señaló la cueva—. Mi mente me dice que hay pocos sitios en los que esconderse ahí arriba, mis ojos me dicen que no hay peligro que temer, pero mi corazón está lleno de preocupaciones que me inculcaron desde niño, cuando mi cresta era apenas una línea de pelusilla. Las viejas sospechas nunca mueren.

Miró en la misma dirección e intentó animar al guía.

—Si te ayuda, yo tampoco veo ninguna fuente de peligro. Y eso era porque no podía verse. Sólo sentirse.

El eterno viento de Ansion se dejaba caer entre las colinas ondulantes, reforzado por las estribaciones de cañones y barrancos. Tampoco era un ciclón, pero era lo suficientemente fuerte como para que los viajeros se cubrieran la boca y la nariz con un paño protector.

Bulgan se incorporó de repente en el asiento. Sin duda había visto algo, pensó Obi-Wan.

El Jedi no pudo preguntar qué había sido.

— ¡Chawix! —exclamó Bulgan. Agarró las riendas de su suubatar y comenzó a mirar alrededor frenéticamente. Al oír el grito de alerta de su amigo, Kyakhta giró su suubatar rápidamente hacia una cavidad que acababan de pasar.

— ¡Cabalgad hacia aquí, deprisa!

Incapaz de ver ningún peligro, Luminara siguió a Kyakhta y apenas tuvo tiempo de ordenar al suubatar que se agachara para desmontar. El guía apareció frente a ella.

—Quedaos aquí, Maestra Luminara —se volvió para mirar atrás y entonces se pudo ver algo que cruzaba rápidamente la abertura de la cueva—. Creo que aquí estaremos seguros, pero si salís os exponéis a que os intercepte una ráfaga de viento.

— ¿Y eso qué tiene de malo?

Se retiró de la cara el pañuelo y miró fuera. No se vía nada excepto el estrecho paso por el que habían estado avanzando y la cuesta de la colina al otro lado.

—Podrías interceptar una ráfaga de viento que llevara una chawix. Obi-Wan se aproximó junto a su compañero para estudiar la aparentemente inofensiva cañada.

— ¿Qué clase de animal es una chawix?

—No es un animal —explicó el guía—. Es una planta.

Kyakhtha se giró y se agachó. A medida que se aproximaba a la entrada de la abertura y a las primeras piedrecillas de la soleada garganta, se tumbó bocabajo y les indicó que le siguieran.

Tumbados en el suelo pudieron ver cómo se aproximaban, primero unas pocas, y luego unas docenas de una especie de matorrales con ramas enredadas que les pasaban de largo. Ligeros y propulsados por el constante viento de la cañada, a veces golpeaban el suelo, pero se volvían a elevar y avanzaban una considerable distancia antes de volver a caer de nuevo y volver a subir.

—No es bueno que te coja una chawix.

Bulgan se colocó al lado de los Jedi con los dos pádawan siguiéndole de cerca.

—Ya veo que puede ser algo incómodo —pensó Barriss en voz alta.

Se mostraba interesada, pero no encantada. Arrastrarse por el fango no era uno de sus pasatiempos preferidos—. Pero no veo la razón para asustarse.

—Es probable que lo que les preocupa a nuestros amigos es que una de esas cosas golpee a un suubatar en la cara —Anakin se protegió los ojos del polvo y de la luz mientras observaba los matojos pasar por delante de su refugio rocoso—. Me parece que tienen espinas.

Mientras el grupo contemplaba la escena, un membibi salió de su guarida al otro lado y comenzó a subir la colina hacia otra entrada. El pequeño insectívoro cuadrúpedo carecía de pelo, tenía la piel blanquecina, una larga cola y un morro alargado y protuberante, y apenas levantaba un palmo del suelo.

Una chawix volaba girando impulsada por el viento y aterrizó justo encima del escurridizo membibi. Luminara supuso que en ese momento volvería a elevarse, igual que se elevaba de la superficie rocosa. Pero no lo hizo.

Al notar la proximidad de la carne, extendió una docena o más de espinas del tamaño de un dedo, como un felino sacando las garras. El membibi soltó un grito al sentir la perforación de las púas y cayó de lado, dando patadas. En pocos minutos estaba muerto. La chawix, asegurando su posición con las espinas clavadas en profundidad en la carne del animalillo, comenzó a alimentarse del membibi muerto. Los viajeros pudieron ver desde el otro lado cómo se iban oscureciendo las pálidas púas hundidas al alimentarse de la carne licuada de la víctima.

—Así que la chawix es una planta carnívora que se sirve del viento de Ansion para ir de un lado a otro— Obi-Wan se retiró al fondo de la cavidad pero mantenía toda su atención en el desfiladero—. No creo que un par de anteojos protectores sirvieran de mucho.

—El membibi ha muerto casi instantáneamente —dijo Luminara.

Bulgan gruñó.

—Las espinas contienen un veneno nervioso muy potente. Membibi o persona, a

la chawix le da igual. Y al veneno también.

—Primero los kyren y ahora las chawix. Dos ejemplos de formas de vida que se basan en las constantes corrientes de aire para alimentarse —ella sacudió la cabeza—. Ahora entiendo por qué un día tranquilo en las llanuras de Ansion es un día de fiesta para los alwari.

—En las ciudades estaríamos más seguros —admitió Kyakhta—.

Pero no seríamos libres. Y tampoco seríamos alwari.

Bulgan estuvo de acuerdo.

—Prefiero ser libre entre los peligros de la pradera que vivir hacinado en un cuchitril en Cuipernam, y las ciudades también tienen su peligro.

Su amigo silbó a modo de confirmación.

—No hay hutt en las planicies abiertas. Me encantaría ver a Soergg enfrentándose a unas cuantas docenas de chawix voladoras.

Bulgan asintió enérgicamente.

—Ese enorme saco de grasa alimentaría a un bosque entero de chawix. ¡Crecerían hasta convertirse en árboles!

—Ese Soergg el hutt —les preguntó Luminara—, el que os envió a capturar a Barriss... ¿Os llegó a decir para qué la quería?

Los dos alwari se miraron.

—Nuestras mentes funcionaban de otro modo en aquel tiempo, pero no, no creo que mencionara en ningún momento la razón.

Bulgan confirmó la respuesta de su amigo.

—Yo pensaba que quería pedir un rescate. Normalmente para eso se secuestra a alguien, ¿no?

—No siempre —se giró a la derecha—. ¿Obi-Wan? El otro Jedi parecía aún más pensativo de lo habitual.

—Sabemos que hay elementos a los que les gustaría vernos fracasar en esta misión, y a los que les complacería ver la secesión de Ansion y su aliados de la República. Primero os atacan a vosotras dos, y luego les ordenan a ellos que secuestren a Barriss.

—No tenía que ser ella necesariamente —Bulgan señaló a la pádawan de Luminara—. Nos dijeron que nos lleváramos a cualquiera de vuestros aprendices.

Obi-Wan hizo un gesto de impaciencia.

—Para el caso es lo mismo. Un hutt no se atrevería a desafiar a la Orden a menos que el beneficio fuera considerable. Lo que nos lleva a la interesante pregunta de quién pagó al tal Soergg para que llevara a cabo el secuestro, y probablemente también el primer ataque.

—No tenemos pruebas de que el hutt esté involucrado en eso también —señaló Luminara—. Pero sería bastante lógico.

Él asintió.

—Han intentado detenernos dos veces, por lo que se hace obvio que lo volverán a intentar. Tendremos que estar muy alerta cuando regresemos a Cuipernam.

—Ahora que sacas el tema de la persona que contrató al hutt, Obi-Wan... —Luminara vio a la última chawix pasar de largo por la entrada de la hendidura mientras rebuscaba entre sus recuerdos—. Hay muchas facciones poderosas entre los secesionistas. Algunos son más radicales que otros. Si pudiéramos encontrar al que contrató al hutt, podríamos plantear el caso ante el Senado, y de esta forma pararles los pies.

Obi-Wan suspiró.

—Tienes más confianza en el Senado que yo, Luminara. Primero designarían un consejo para estudiar el caso. Luego el consejo crearía un informe. El informe se presentaría ante el comité. Entonces el comité emitiría un comentario basado en el informe. Y el comentario sería pospuesto hasta que el Senado tuviera tiempo de realizar una votación sobre el informe. Las recomendaciones se basarían en el resultado de la votación, a menos que se decidiera volver a enviar el informe al comité para estudiarlo más a fondo —le dirigió una mirada—. Para entonces, a Ansion y a sus aliados ya les habría dado tiempo de escindirse de la República, formar su propio gobierno, tener una guerra civil, disolverlo, y formar otro. Habría que vivir tanto como el Maestro Yoda para ver el resultado final.

Anakin escuchaba al Jedi dándole la razón en silencio. Presentar algo al Senado no servía para nada. Para eso los Jedi eran los mejores: para hacer las cosas de una vez sin tener que preocuparse de obtener la aprobación del interminable e inútil debate del Senado. Un buen sable láser era mucho mejor que cualquier sarta de palabrería confusa.

Se apartó un poco del grupo y se apoyó contra la pared de la cavidad, mirando distraído a las letales plantas que seguían pasando. Ahora había menos. Pronto podrían volver a ponerse en marcha. Barriss le vio ahí solo y se acercó, abordándole.

— ¿No te parecen interesantes unas plantas carnívoras voladoras? La verdad es que no hay nadie que se aburra tan pronto con maravillas de otros planetas, Anakin.

Él la miró.

—No es eso, Barriss. Tengo otras cosas en la cabeza —se incorporó alejándose de la pared—. Supongo que estoy impaciente por acabar de una vez con esta misión —señaló con la cabeza al desfiladero—. Por ejemplo, si tuviéramos un deslizador no tendríamos que preocuparnos de cosas como las chawix. De los kyren puede, pero no de las chawix —se llevó una mano a la espalda—. Y no me dolería tanto el trasero.

Ella sonrió.

— ¿No te adaptas a la silla?

—Hay pocas cosas en este mundo a las que me adapte. Me gustaría estar en otra

parte.

—Curioso mundo esa Otra Parte. He oído hablar mucho de él. La expresión del joven cambió.

—Te estás burlando de mí.

—No, no lo hago —insistió ella, aunque su tono y su expresión eran confusos—. Es sólo que a veces pareces demasiado centrado en ti mismo como para ser un Jedi. Demasiado centrado en lo que te conviene y lo que es bueno a Anakin Skywalker, en oposición a lo que es bueno para sus colegas y para la República.

—La República —señaló hacia los Jedi que conversaban con los guías—. Tendrías que ver cómo habla el Maestro Obi-Wan a veces de la República. De lo que le está pasando, de lo que sucede en el gobierno.

—¿Te refieres al tema del movimiento secesionista?

—A eso y a otras cosas. No me malinterpretes. El Maestro Obi-Wan es un auténtico Jedi. Cualquiera puede darse cuenta. Cree en todo lo que los Jedi creen y por lo que luchan. Pero tal y como yo lo veo, eso es una cosa, y creer en el gobierno actual es otra.

—Los gobiernos están siempre cambiando. Son un organismo mutable —mientras hablaba, la pádawan observaba fascinada cómo una chawix acababa con el último de los membibi—. Y como organismo viviente, siempre está creciendo y madurando.

—Como organismo viviente, muere y es reemplazado. Creer en la República no es lo mismo que creer en el Senado.

—Ah, esa enorme casa de locos arrogantes llenos de sí mismos. Anakin la miró sorprendido.

—Yo creía que no estabas de acuerdo conmigo.

—¿Sobre la República y lo que representa? No. Pero el Senado, una vez más, es diferente. Los políticos no son Jedi y los Jedi no son políticos. Nosotros trabajamos para el Consejo, nos guiamos por sus directrices y, a menos que eso cambie, me temo que no vaya a compartir tu cinismo con respecto al estado de la República.

Tu infancia y la mía fueron distintas. Tú no has visto lo que yo he visto —sus miradas se cruzaron—. Tú no tienes la sensación de pérdida que tengo yo.

—No, eso es cierto —admitió ella enseguida—. No la tengo —su tono cambió de argumentativo a curioso—. ¿Cómo es conocer a una madre? ¿Cómo es crecer con ella?

Él comenzó a caminar hacia el grupo y al pasar a su lado dijo.

—Es una sensación de pérdida que no se puede describir. Sólo sé que duele. Es mejor que no la tengas, Barriss. No es nada personal, pero es algo íntimo. Hasta los Jedi tienen derecho a un poco de intimidad. Incluso los pádawan —intentó sonreír—. Pero eso pasó hace mucho tiempo. Vayamos a ver si nuestros guías consideran que ya

es seguro continuar el viaje.

Barriss tenía más preguntas, pero él tenía razón. Pasaban juntos mucho tiempo, y tanto Jedi como pádawan necesitaban un poco de intimidad. Por mucha curiosidad o preocupación que albergara, Anakin no había hecho nada que pusiera en duda su competencia. En lo que respectaba a las enseñanzas Jedi, era el compañero pádawan más fiable y atento que había tenido nunca, aunque fuera algo cabezota. Lo que a ella le inquietaba eran los problemas personales del joven, sus abismos interiores que apenas dejaba aflorar en ocasiones a la superficie, de forma que otros lo percibieran.

No quería enfrentarse a él, ni acusarle. Quería ayudar. Pero para poder ser útil, él tenía que abrirse, y si no era a ella, entonces a Obi-Wan. Estaba claro que había mucho más en su cabeza que la voluntad de hacer las cosas bien o llegar a ser un Caballero Jedi.

Quizá con el tiempo llegara a confiar más en ella, pero hasta ese momento, intentaría vigilar sus cambiantes estados de ánimo y estar ahí en caso de que necesitara hablar con alguien que no fuera su Maestro. Mientras tanto, él seguía siendo un enigma. Se acercó al resto del grupo. Lo que estaba claro era que el joven era único. y esa condición le daba algo en lo que apoyarse. Pero si alguna vez quería llegar a ser nombrado Caballero Jedi, tendría que solucionar sus dudas internas.

Nunca había conocido algo parecido a un Jedi con preocupaciones.

Aunque también es cierto que tampoco había conocido a uno criado por su madre.

La pausa de las chawix no duró mucho, sólo lo suficiente como para comer algo rápido, beber un poco y descansar antes de volver a prepararse para partir. Y cuando Barriss se preparaba para volver a montar su suubatar, fue cuando vio a una pequeña criatura rebuscando entre las provisiones que el animal llevaba en el segundo lomo. Aquella visión fue tan sorprendente que se quedó helada.

Se parecía mucho a cualquier otro ansioniano. Tenía los ojos brillantes y convexos, la constitución bípeda y los largos dedos de las manos y los pies eran idénticos. Pero en lugar de la estrecha cresta que iba de la cabeza hasta el final de la espalda para acabar en una pequeña cola, el intruso tenía todo el cuerpo cubierto de un pelo corto, denso y de color marrón y beige con manchas amarillas. Pero en lugar de tener un rabito corto, tenía una cola larga como el brazo de la chica.

Pero lo más curioso de todo es que la criatura apenas le llegaba a la cintura.

— ¡Oye, para! —gritó en un ansioniano rudimentario.

Con los brazos cargados con tres comipac flexienvasados, el sorprendido intruso miró hacia arriba en respuesta al grito.

Emitiendo un chirrido desafiante, se giró y desapareció por detrás del indiferente suubatar. Ella se apresuró a ir por el otro lado. Si la criatura se quedaba donde estaba, quedaría acorralada contra la pared de la cavidad, y si fallaba al interceptada saldría corriendo al desfiladero donde sería visible, y podrían seguirla por las cuevas que bordeaban la garganta.

Al rodear la cabeza de su montura, ésta levantó el morro para olisquearla distraídamente, y luego cerró los ojos y volvió a su posición de descanso. Esperaba ver al ladronzuelo arrinconado contra la pared del fondo o corriendo hacia el desfiladero. Pero en su lugar lo que vio fue un par de piernas desapareciendo tras una roca saliente que había al final de la cueva.

Echó un vistazo rápido atrás y vio a sus compañeros charlando y preparándose para partir. Si el ladroncillo creía que podía esconderse en un agujero, estaba muy equivocado. Ella no se rendía tan fácilmente. Se puso de rodillas y siguió a la criatura. Si podía atrapar esos piecillos, podría arrastrar al intruso de vuelta a la cueva.

Pero el agujero tenía salida, y se abría a la colina. La luz se filtraba desde arriba. En ese momento dudó. Acorralar al ladrón en un recesso sin salida era una cosa, pero perseguirlo por un cañón de extensión desconocida era otra bastante diferente. Sin embargo, necesitaban hasta la última de sus provisiones. Y cada segundo de duda ponía más distancia entre el ladrón y ella.

Convencida de no dejar escapar al ladrón, se puso en pie y comenzó a correr tras

él. Si el rocoso pasadizo se ramificaba en varias salidas, no tendría más remedio que dar la persecución por terminada y volver, derrotada, con sus compañeros. Por otra parte, si no tenía salida, habría arrinconado al peludo ladronzuelo.

El estrecho desfiladero había sido creado por el paso del agua, y ayudaba bastante, ya que no tenía salidas alternativas. Aunque el intruso era bastante ágil, las provisiones con las que cargaba le impedían ir muy rápido. Ella nunca dejó de tenerle a la vista. Lo cierto era que ya casi estaba a punto de alcanzarle cuando de repente él se dio la vuelta para enfrentarse a ella. Dando saltitos de arriba a abajo, comenzó a despotricar con una serie de furiosos gritos que ella luchaba por descifrar. El dialecto era mucho más difícil de traducir que el comparativamente más sofisticado de la ciudad, del idioma que hablaban Kyakhta y Bulgan e incluso que la ruda variante de los yiwa.

— ¡Volver, volver, irte, irte, dejar en paz, dejar en paz!

Además de estas directas exclamaciones, el ser también soltaba una ráfaga de frases que estaban más allá de las capacidades interpretativas de Barriss, pero cogía el concepto general gracias a los gestos soeces que las acompañaban. La chica sabía que ninguna de ellas era muy halagadoras, pero lo cierto es que las imprecaciones y los insultos le daban igual.

Lo que no le dio igual fue ver que los compañeros del ladrón repetían como el eco sus comentarios y gritos desde lo alto del pasaje. Le gritaban epítetos de una inventiva excepcional mientras él se afirmaba en su posición y adoptaba un gesto de triunfo inequívoco.

La visión de las criaturas era tan inesperada como asombrosa.

A pesar de su pequeña estatura, sus ojos proporcionalmente algo más grandes y el pelo que les cubría por completo, eran innegablemente parecidos a los ansionianos. El ladronzuelo y sus compañeros representaban claramente una rama distinta de la especie de Kyakhta y Bulgan, una rama genética pigmea. Ya había reconocido su dialecto como una variante de la norma ansioniana. Se fijó en que ninguno tenía el dibujo del pelo igual.

El ladrón había llegado a un punto sin salida, de acuerdo. Pero ella también, y ella no era la que tenía una banda de aliados. Se dio cuenta de que sus compañeros no sólo no sabían que estaba en peligro, sino que no sabían ni dónde estaba. A la Maestra Luminara no le iba a gustar. Comenzó a coger el sable láser con precaución mientras deseaba fervientemente ser capaz de aguantar en persona el disgusto de su Maestra.

— ¡Ajajajeje! —el ladrón saltaba de arriba a abajo con una energía y un entusiasmo inagotables—. ¡Tooqui tonta, tonta! ¡Ahora bien atrapada, espalda calva tontorrón! ¡Ojos hundidos! ¡Peste a jarabe! ¿Ahora, ahora qué haces?

Bueno, pensó ella, eso dependía totalmente de lo que hicieran sus camaradas. Si

comenzaba a retroceder sobre sus pasos por el desfiladero, ¿la seguirían en su huida desde arriba? ¿O perderían el interés en cuanto pudieran lanzarse al reparto del botín de su amigo?

La respuesta vino en forma de una lluvia de piedras. Ninguna era especialmente grande, pero sólo tenían que darle con una del tamaño de un puño entre los ojos para dejarla sin conocimiento. Su respuesta fue puro reflejo derivado de su entrenamiento. Alzó una mano y se concentró muy profundamente.

Las piedras daban contra las paredes del desfiladero. Chocaban contra el suelo a sus pies. Pero ninguna entraba en contacto con ella. Estaba demasiado ocupada desviando los proyectiles como para preguntarse cuánto tiempo podría mantener la atención. El sudor comenzó a gotearle la frente, pero no podía desaprovechar la energía para llamar pidiendo ayuda. Y además, teniendo en cuenta las curvas del estrecho paso y la distancia a la que se había alejado, era poco probable que sus amigos la oyeran.

Estaba sola.

Aparte del peligro real por el que estaba pasando, había algo más, una sensación extraña. Era la primera vez que sufría un ataque por su cuenta, sin contar el secuestro en la tienda de Cuipernam. Pero eso apenas había involucrado nada más amenazante que un gas somnífero, era un ataque casi benigno. Esto era totalmente distinto. Las criaturas que aullaban y gesticulaban por encima de su cabeza estaban haciendo todo lo posible por partirla la cabeza.

¿Es que no se iban a cansar nunca?, se preguntó. El esfuerzo comenzaba a ser demasiado, y empezó a marearse. Si ellos veían, o percibían, que se debilitaba, lo más probable es que redoblaran sus esfuerzos.

Si se venía abajo, era del todo posible que nadie la encontrara.

Habría que explicar de alguna forma su desaparición en ausencia de un cadáver. Aquellos a los que conocía y con los que había estudiado sufrirían, pensando en lo que le podría haber pasado en aquel planeta lejano y problemático.

Justo cuando pensaba que iba a superar sus posibilidades, el bombardeo disminuyó hasta cesar del todo. Por encima de ella, las criaturas reunidas pasaron de atacarla a ella a gritarse unas a otras. Alguno de ellos la señaló en medio de la caótica conversación y en esos momentos, ella intentó proyectar una apariencia de seguridad y hasta de indiferencia. El dolor de cabeza ya se le estaba pasando. Vio que uno de sus asaltantes se lanzaba sobre otro. Entre ellos comenzaron una pelea que era todo dedos y pequeños puños furiosos. Al parecer eran un tanto rebeldes.

Echó la cabeza hacia atrás y se dirigió hacia ellos esperando recordar lo suficiente del idioma, y manteniendo un ojo puesto en la roca.

— ¡Escuchadme! —los sorprendidos individuos dejaron inmediatamente de pelearse. Unas cuantas docenas de ojos grandes se volvieron para mirarla—. ¡No

tenemos necesidad de pelearnos! Mis amigos y yo no queremos haceros ningún daño. No somos de este planeta, de Ansion, somos humanos y queremos ser vuestros amigos. ¿Entendéis? Amigos.

Se giró un poco y señaló lentamente el sitio por el que había venido.

—Dos de mis compañeros son Caballeros Jedi. Otro de ellos y yo somos sus pádawan, sus aprendices. También llevamos dos guías alwari.

Debería haberse quedado en identificarse a sí misma. En cuanto mencionó a los guías, el grupo volvió a gritar y a saltar (aunque no tan excitados como antes). Ella luchaba por comprender el significado de aquellos chillidos.

— ¡Odio alwari...! ¡Alwari malo, malo, malo...! ¡Aquí alwari no...!

¡Alwari matar...! ¡Alwari fuera, fuera...!

Unos cuantos se agacharon para coger piedras. Ella alzó las manos.

— ¡No, por favor, escuchadme! ¡Los dos alwari que viajan con nosotros no sólo son de otra parte del planeta, sino que son descastados! Están totalmente bajo nuestro control y no os harán daño. ¡ Sólo queremos ser amigos!

No soltaron las piedras pero bajaron las manos. Las criaturas retornaron sus peleas una vez más. De no ser por su desinhibida beligerancia, lo cierto es que eran bastante atractivos, pensó, con esa diversidad de pelo. Un individuo de pelo gris, evidentemente un anciano, se asomó por el muro para dirigirse a ella.

—Tú rara persona, tú eres. ¿Caballero Jedi qué es?

— ¿Humano qué es? —preguntó otro de repente.

De repente se vio bombardeada por una batería de preguntas, no de piedras. Teniendo en cuenta su limitado vocabulario, lo hizo lo mejor que pudo para satisfacer la curiosidad de todos.

Mientras tanto, el curioso ladronzuelo que había comenzado la confrontación estaba de espaldas a la pared del desfiladero, agarrando todavía el molesto botín entre sus manos.

— ¡Ajá!, ¿y yo qué? ¿Y Tooqui qué? —intentó alzar uno de los grandes comipac sobre su cabeza, pero lo único que consiguió fue que se le cayera en el pie. Sus camaradas le ignoraban, ya que ahora estaban mucho más interesados en preguntarle cosas a la alta forastera. Dejó los bultos en el suelo y comenzó a saltar con furia amenazando con sus puños de largos dedos a los que estaban en lo alto de la pared—. ¡Escuchadme! ¡Hablad conmigo, y no con esta fea de ojos hundidos! ¡Ja, ja, que os estoy hablando, idiotas ruidosos! ¡Soy yo, Tooqui! ¡Escuchadme!

Pero sus compañeros ignoraban su furia incontrolada y él botaba de un lado para otro.

Mientras tanto, Barriss seguía respondiendo a todos los inquisitivos compañeros del ladrón que podía entender, a pesar de sus limitados conocimientos del idioma. Le dijeron que se llamaban gwurran, que vivían en las cavidades y desfiladeros de

aquellas colinas y que odiaban a los nómadas alwari.

—No todos los nómadas son malos —les dijo Barriss—. Los alwari son como cualquier otro pueblo. Los hay buenos y los hay malos. En mi especie, los humanos, pasa lo mismo. En todas partes hay buenos y malos. —Los nómadas matan gwurran —le informó uno de los individuos—. Gwurran tienen que vivir aquí, en colinas, para sobrevivir.

—Nuestros nómadas no —le aseguró ella—. Como ya os he dicho, vienen de muy, muy lejos. Estoy segura de que nunca han hecho daño a un gwurran en su vida, ni siquiera creo que hayan visto uno —mientras decía esto, Barriss deseó con todas sus fuerzas que fuera cierto. Era difícil imaginar al reflexivo Kyakhta o al amable Bulgan mostrando hostilidad contra un primo hermano, incluso en su condición evolutiva anterior—. ¿Por qué no venís a verlo por vosotros mismos? Volved conmigo y conoced a mis amigos. Daremos una fiesta. Podréis probar comida interesante.

Sus asaltantes intercambiaron miradas. — ¿Fiesta? —murmuró uno esperanzado.

— ¿Comida? —exclamó otro expectante.

— ¿Me está escuchando alguien? —el gwurran que decía llamarse

Tooqui estaba exhausto después de haberse pasado un buen rato saltando de un lado a otro—. Que soy Tooqui, conocéis Tooqui, Tooqui el que... —echando su botín a un lado con indiferencia, el ladrón se sentó en el suelo de gravilla de la fisura y exhaló profundamente—. ¡Ah, vah! Nadie importa. Banda de gwurran descerebrados estúpidos tontos —alzó un dedo acusador y señaló a Barriss, alzando lo que le quedaba de voz—. ¡Todo tu culpa, forastera cabeza pequeña labios fofos! Tú coges palabras, haces amigos olvidar a Tooqui. Te odio.

Barriss caminó hacia el descorazonado ladrón. Todos los que estaban en lo alto del muro guardaron silencio. El parlanchín Tooqui, en cuanto vio a la enorme extranjera aproximándose, cogió uno de los comipac y retrocedió todo lo que pudo.

— ¡Lejos de Tooqui, piernotas cara de judía! ¡Tooqui pelea! ¡Tooqui mata!

Ella se detuvo y señaló el comipac que el gwurran esgrimía amenazante.

—No con un paquete de pudín energético deshidratado, no creo.

Se puso de rodillas para no parecer tan grande, con la cara casi a la altura de la de Tooqui. Era un riesgo. Para concentrarse en el ladronzuelo tendría que perder de vista a sus camaradas armados con piedras. Si les daba por apedrearla mientras hablaba con él, no iba a poder defenderse. Pero Luminara le había dicho muchas veces que para conseguir algo que mereciera la pena había que arriesgarse.

Lo que ella no sabía era que en ese preciso instante, en la lejana Coruscant, un grupo de individuos extremadamente sobrados de poder y determinación estaba reflexionando sobre el mismo concepto, aunque lo que ellos se jugaban era inconcebiblemente superior.

—No quiero hacerte daño, Tooqui. Quiero que seamos amigos —alzó la vista para mirar a los otros gwurran sobre el muro de la fisura. Algunos seguían teniendo piedras en las pequeñas manos de tres dedos. Intentó con todas sus fuerzas no dejar ver su nerviosismo—. Quiero que todos seamos amigos.

El gwurran dudó, consciente de que sus camaradas seguían con gran interés la confrontación que tenía lugar bajo ellos. — ¿Tú no daño Tooqui? ¿Tú no enfadada con yo? Ella sonrió para tranquilizarle.

—Todo lo contrario, te admiro por lo que has hecho. No creo que ningún otro gwurran sea tan intrépido como para intentar robar a plena luz del día a un grupo de extranjeros altos y fuertes como mis compañeros y yo.

Aunque aún dudaba y seguía vigilándola de cerca, comenzó a soltar el comipac lentamente y a apartarse de la pared.

— ¡Jajá!, eso verdad, sí. Nadie menos Tooqui listo o valiente para hacerla —se acercó a ella—. Tooqui más valiente de los gwurran.

—No lo dudo —respondió ella, conteniendo una sonrisa—. De hecho, te considero bastante amigable.

Él se ofendió enseguida, y se estiró todo lo que pudo, por lo que su cara quedó a la altura del vientre de Barriss.

— ¡Tooqui no amigable! ¡Tooqui el más fiero feroz asesino de todos enemigos gwurran!

—Pues claro que sí —dijo ella acercándose para acariciarle el pelo de la frente de atrás hacia adelante.

Tooqui se echó hacia atrás, pasándose la mano por la cabeza con rabia mientras intentaba aplastarse el revuelto pelillo.

— ¡No haces eso! No tocas Tooqui —con el pelo de nuevo aplastado hacia atrás, la miró con sus ojillos naranjas y saltones—. Tooqui tiene mucha dignidad.

—Lo siento —bajó la mano de la ofensa con la palma hacia arriba—. Y ahora, si vamos a ser amigos, Tooqui, y si te vas a unir a la fiesta, tendrás que devolver lo que cogiste.

El gwurran miró los paquetes indeciso. —Tooqui cuesta mucho robar esto.

—Te doy mi palabra de que no te iba a gustar. Al menos no hasta que lo rehidratemos adecuadamente. Si vuelves conmigo, me encargaré de que seas el primero en probarlo.

— ¿Primero? ¿Tooqui el primero?—Olisqueó con su único agujero de la nariz el paquete que aún tenía en la mano—. Tooqui siempre el primero.

Eso te crees tú, pequeño ladronzuelo, pensó ella.

—Entonces, ¿trato hecho? ¿Te vienes conmigo, somos amigos y damos una fiesta?

El gwurran dudó un momento, y finalmente le devolvió a Barriss el pack que

tenía en la mano y luego los otros dos.

—Tooqui acepta unirse —se echó hacia atrás para mirar a sus compañeros—. Todo bien, bien ya. Tooqui ha reducido a la extranjera. Todos gwurran pueden bajar tranquilos. Vamos a ver lo que ofrecen los feos desagradables forasteros a los gwurran.

Barriss contuvo una sonrisa ante la bravuconería mientras el resto de los parlanchines gwurran, ágiles como arañas, se descolgaban por las paredes de la fisura para unirse a ellos. A pesar de las bravuconerías de Tooqui, se olvidaron de él, empujándose unos a otros para acercarse a ella, tocándole los pies, la piel de los antebrazos, y los ropajes protectores. Ella toleró la inocente curiosidad unos minutos, hasta que comenzó a volverse más íntima de lo deseable. Entonces se los quitó de encima y retrocedió por el desfiladero, con los tres comipac colgados al hombro y acompañada por toda la tribu de parlanchines y nerviosos gwurran.

Con dedos firmes continuaban toqueteándola mientras le soltaban una tanda incontrolada de preguntas.

— ¿Humanos de dónde vienen...? ¿Tú por qué tan grandota...? ¿Qué te pasó en el pelo...? ¿Ves bien con ojos pequeños, pequeños y planos, planos...? ¿Esto que brilla bonito en cinturón qué es...?

—No lo toquéis.

Les dio una palmada en los dedos para alejarles del cinturón. La idea de un sable láser en manos de un rebelde, combativo y revoltoso gwurran no era muy tranquilizadora. Entre las paredes del estrecho desfiladero de las colinas, la ruidosa algarabía de los diminutos ansionianos era ensordecedora.

— ¡No puede haber desaparecido!

Por décima o vigésima vez, Luminara repasó la lista de posibilidades.

Barriss había salido de la cueva y se había perdido. Había encontrado algo interesante y se había ido a verlo en las colinas. Algo enorme y feroz había bajado del cielo y se la había llevado. Estaba atendiendo necesidades personales en las que tardaba más de lo normal.

La última opción parecía la más probable, pero aun teniendo un desorden gastrointestinal grave, ya debería de haber vuelto. Y si no, tendría que haber utilizado su intercomunicador. Que no lo hubiera hecho abría otra gama de explicaciones posibles. El dispositivo estaba roto, se había quedado sin batería inexplicablemente, se le había caído del cinturón en alguna parte y lo estaba buscando por alguna colina o... se lo habían quitado a la fuerza. Luminara no podía imaginarse qué o quién podía ser responsable de esto último, pero en ausencia de hechos sólidos, tenía que considerar todas las posibilidades.

Percibió movimiento y se giró. Obi-Wan, Anakin y Kyakhta volvían de buscar por las elevaciones que rodeaban su pequeño refugio.

—Ni rastro por ninguna parte —el tono de Anakin mostraba una profunda preocupación—. ¿Es posible que se haya ido corriendo en lugar de caminando?

—Eso dependería de las circunstancias, ¿no?

Luminara intentaba con todas sus fuerzas no mostrarse iracunda ni sarcástica. Sabía que la ausencia de Barriss no tenía nada que ver con Anakin. Pero la pádawan era responsabilidad de Luminara. Si le ocurriera algo...

A Anakin le molestó un poco el tono de Luminara, pero no dijo nada.

No estaba en posición de cuestionar a una Maestra Jedi, por mucho que la reacción de ella fuera irracionalmente abrupta. Aún no podía responder a Luminara Unduli de igual a igual. Pero pronto. Pronto...

Bulgan miró a la Jedi con su ojo bueno.

—Podemos coger los suubatar y peinar la zona en espiral, Maestra Luminara. De esa forma cubriremos mucha más parte del terreno. Quizá se haya caído por un agujero entre las rocas y se haya herido en una pierna.

Luminara asintió distraída y con preocupación. Desde la silla del suubatar podría ver mucho más que buscando a pie. El comentario del alwari implicaba algo bastante inquietante. Si Barriss se había caído en un agujero, y el agujero era grande, y se había quedado inconsciente, podrían no encontrarla nunca.

Entonces oyó una voz que les saludaba.

— ¡Hola! ¡Estoy aquí!

El objeto de las preocupaciones del grupo apareció de repente, saliendo de una hendidura en la roca que ocultaba un pequeño túnel imposible de descubrir, a menos que uno se pusiera justo enfrente de la entrada o se agachara para mirar.

— ¡Barriss! ¿Estás bi...? —la expresión de Luminara fue cambiando mientras se acercaba, cambiando de preocupada a enfadada—. ¿Dónde has estado, pádawan? Te hemos estado buscando por todas partes. ¿Estás herida?

—No, estoy bien —Barriss salió del túnel sacudiéndose el polvo de las manos y estirándose—. Y nuestros nuevos amigos también.

Luminara no fue la única en retroceder un par de pasos sorprendida al ver un auténtico aluvión de pequeños bípedos ruidosos y parlanchines, emergiendo del oculto túnel, que enseguida se pusieron a investigar a los compañeros de Barriss con la misma candidez y falta de discreción que le habían mostrado a ella.

—Suubatar —exclamó uno al ver a las bestias, subiéndose a lomos del que pertenecía a Kyakhta. El guía se aproximó mostrando su irritación.

— ¡Oye, enano! ¡Bájate de ahí! ¡Bájate ahora mismo!

Sentado sobre las patas medianas y traseras del despreocupado suubatar, un gwurran marrón y azul le hacía muecas frenéticamente al iracundo guía.

— ¡Nyngwah, vah, habla—raro calvo forastero! ¿A que no me bajas?

— ¡Pero será...! —Kyakhta iba derecho a por el saltarín pigmeo, pero Luminara le detuvo.

—Déjale en paz, Kyakhta.

—Pero, Maestra Luminara, está...

—He dicho que le dejes en paz. Ven a conocer a esta gente.

— ¿Gente? —murmuró Kyakhta con voz entrecortada, mientras cumplía reacio la orden de la Jedi—. Éstos no son gente. Son mugrientos.

Barriss comenzó a explicarles la razón de su larga ausencia, y Luminara se quedó de una pieza. El relato de la pádawan era breve pero intrigante.

—Y entonces convencí a Tooqui de que devolviera lo que se había llevado, y se vino el resto de la tribu —Barriss miró a su Maestra con indecisión—. Les he prometido una especie de fiesta.

Luminara frunció el ceño.

—Esto no es un viaje de placer, pádawan. ¿Obi-Wan, tú que opinas? El otro Jedi se quedó pensativo. Después de un breve instante, sonrió de forma inesperada.

—Si bien es cierto que la promesa de un pádawan no vincula a su Maestro, eso no significa que tengamos que deshonrarla. No tenemos músicos, y hablo por mí cuando digo que ya he tenido suficientes espectáculos en este viaje, pero creo que podremos enseñarles algunas cosas y dejarles probar un poco de nuestra comida. Quizá acepten aprender cosas de la galaxia en lugar de cantar y bailar. Puede que eso sea suficiente para que podamos denominar "fiesta" a este encuentro.

Pero la verdad era que daba igual lo que hicieran los viajeros. A los gwurran les parecía todo divertidísimo. Tanto si se trataba de una demostración de aparatos tecnológicos, o si les mostraban sus distintos tonos de piel carente de vello, como si se dedicaban a comparar los gruesos dedos humanos con los tres largos dedos ansionianos, la tribu parecía encantada. Sin hacer uso de ningún tipo de tacto, se pusieron a toquetearlo todo, a los viajeros, a los suubatar y a las provisiones. Pero ya no hubo más intentos de robo. Cuando una adolescente intentó hacerse con una caja de plasticina, fue severamente reprobada por los adultos. Luminara apreció el hecho de que, si bien no había una comprensión mutua, lo cierto era que se había establecido una amistad.

O por lo menos entre los humanos y los gwurran. Los petulantes guías alwari observaban los acontecimientos en silencio, tolerantes pero ni mucho menos entusiasmados, hasta el punto de que Luminara decidió preguntarles por sus reticencias.

— ¿Y esa actitud, amigos míos? —les preguntó—. ¿Habéis tenido malas experiencias con esta tribu anteriormente?

—Yo nunca había visto criaturas como éstas —Kyakhta estaba pegado a su

suubatar como si le diera miedo que un puñado de gwurran se subieran encima de repente y se lo llevaran—. No sé qué son ni quiero saberlo.

—Los alwari no nos acercamos a este tipo de sitios —añadió Bulgan—. No es de extrañar que mi clan nunca se haya topado con ellos.

—Pues no son tan diferentes a vosotros —señaló ella—. De acuerdo, son más pequeños. Pero eso como mucho implica que no son una amenaza. ¿Y qué pasa porque tengan los ojos un poco más grandes en proporción a su cara y que tengan todo el cuerpo cubierto de pelo, no como los alwari? Hablan un dialecto de vuestro idioma, y por su apariencia y sus actos, no se diferencian mucho de otras tribus que hayamos visto en Cuipernam.

—No son alwari —replicó Bulgan, que normalmente era bastante equitativo—. Son pequeños salvajes ignorantes, eso es lo que son.

—Ah, ya entiendo —se giró para contemplar la diversión que provocaba que Obi-Wan hiciera una demostración de un comipac autococinable. Se oyeron gritos de admiración seguidos de una incesante charla entre la peluda audiencia—. Así que los alwari son un pueblo educado, sofisticado, de miras avanzadas, mientras que estos gwurran son ignorantes y primitivos.

El silencio de los guías fue respuesta suficiente. Luminara asintió mientras les miraba a los ojos.

— ¿No es eso lo que piensa la gente de la ciudad de los alwari? Kyakhta parecía confundido. Bulgan se esforzaba al máximo por comprender el concepto. Luego miró a su amigo y compañero. Si era posible que un alwari pusiera cara de tonto, los dos guías lo consiguieron.

—Sois una buena Maestra, Luminara —Kyakhta se levantó—. En lugar de gritar, dejas que aquellos a los que estás enseñando sigan su propio camino y ritmo hacia el conocimiento —ambos guías dirigieron su mirada más allá de Luminara, contemplando a los frenéticos, pero esencialmente cándidos gwurran desde otro punto de vista—. Quizá tengáis razón. Puede que sólo sean algo curiosos, y no una tribu que vive del saqueo.

—Dadles una oportunidad. Eso es todo lo que se os pide. Igual que Barriss os la dio a vosotros.

—Eso me parece justo.

Los guías se dirigieron hacia el lugar en que Obi-Wan realizaba sus demostraciones para ofrecer su ayuda, y mientras los veía irse Luminara pensó que había puesto su granito de arena para conseguir la tolerancia y entendimiento necesarios para establecer un gobierno planetario justo y sólido.

Y una República duradera también, se dijo a sí misma mientras observaba a Barriss manos a la obra.

—Pero nosotros no somos nómadas.

La pádawan intentaba explicar la naturaleza y el propósito de los Caballeros Jedi a unos cuantos gwurran que prestaban toda su atención, pero se hallaban algo confundidos.

—Claro, claro que lo sois —replicó uno de los de la tribu—. Nos dices lo que hace el pueblo Jedi. Viajar, viajar, siempre, ir de un sitio a otro y luego a otro, siempre en movimiento, nunca quedarse mucho —ella suplicó ayuda a sus compañeros con la mirada—. Eso es un nómada.

—Es cierto que algunos de nosotros no llegamos a echar raíces en ninguna parte —admitió Luminara—. Pero hay otros que viven una larga temporada en un único sitio. Por ejemplo, si obtienes una plaza en el Consejo Jedi, te pasas la mayor parte del tiempo en Coruscant.

— ¿Qué es un Coruscant? —preguntó otro de los gwurran.

—Es otro mundo, como Ansion —le explicó Barriss.

Las criaturas intercambiaron miradas de asombro.

— ¿Y qué es un Ansion? —preguntó finalmente uno con voz ingenua. Barriss suspiró con resignación e intentó explicarles el concepto de múltiples planetas. Hubiera sido más sencillo de noche viendo las estrellas en el firmamento. Era evidente que los horizontes de los gwurran eran mucho más limitados que los de los alwari.

Los viajeros, que deberían haberse puesto en camino de inmediato, se pasaron gran parte del día educando y entreteniendo a los gwurran, que mostraban un deseo apasionado de aprender y explorar nuevos conceptos. Luminara se dio cuenta de que lo que necesitaban no era una visita ocasional sino una enseñanza permanente, para que al menos llegaran al nivel educativo de los nómadas que tanto les disgustaban. Teniendo en cuenta sus desventajas físicas y mentales, estaba claro que necesitaban más ayuda. Cuando volvieran a Cuipernam daría parte de la situación a las autoridades pertinentes. Y si no mostraban demasiado interés, podía contar con asociaciones y organismos de la República especialmente orientados a ayudar a comunidades étnicas aisladas como los gwurran.

Obi-Wan y ella decidieron que, a pesar de la afabilidad que mostraban los pequeños ansionianos, la caída de la noche podía ser demasiado tentadora para aquellos más propensos a las sustracciones de lo ajeno. Lo mejor era no dar ninguna posibilidad y abandonar el lugar mientras el sol siguiera brillando. La cueva del desfiladero era un campamento inmejorable, pero ya se las arreglarían en las praderas abiertas.

Así que se despidieron y prometieron enviar a otros para enseñar y ayudar a los gwurran. Y cuando ya estaban con los últimos preparativos, Luminara sintió unos golpecitos en la pierna. Bajó la vista y vio a uno de los gwurran. Era Tooqui, el ladronzuelo de inusual iniciativa y valor que había llevado a la persistente Barriss

hasta su tribu.

— ¿Qué quieres, Tooqui? —le preguntó amablemente—. Sabes que estamos a punto de irnos.

—Tooqui sabe —se golpeó el pecho cubierto de pelo marrón y negro con los dedos—. Tooqui el más valiente de los gwurran, el mejor luchador, el más listo, el más guapo, el más...

—Sí, eres un buen representante de tu tribu, Tooqui —Luminara asintió distraída mientras comprobaba que las provisiones estaban bien atadas al lomo de su suubatar—. Seguro que están todos muy orgullosos de ti.

— ¡Vah! —exclamó él de repente—. ¡Gwurran muy estúpidos! No tienen sueños, ni objetivos, ni metas. Felices viviendo en agujeros de colinas —el pequeño ratero se pavoneó un poco—. Tooqui quiere más. Tooqui tiene que tener más —le dirigió una mirada con sus ojos saltones y anaranjados—. Quiero ir con vosotros.

Ella se detuvo en su tarea y devolvió la mirada a aquellos ojos enormes.

—Tooqui, no puedes venir con nosotros. Lo sabes.

— ¿Saber qué? No sé eso —al gwurran no le imponía en absoluto la enorme Jedi—. Tooqui sólo sabe lo que ve. Y veo que os sobra sitio en grandes suubatar para Tooqui pequeño. Peleo duro y no como mucho. Normalmente.

Ella sonrió.

— ¿Normalmente peleas duro o normalmente no comes mucho? Dio un paso atrás y pateó el suelo con rabia.

— ¡No tomes pelo a Tooqui! ¡Yo no estúpido como estas lombrices de tierra! Tooqui muy, muy listo.

— ¿Lo suficientemente listo como para robamos mientras durmamos?

—le preguntó ella punzante.

La pequeña criatura se puso una mano en la cara y otra en la nuca y dijo todo lo solemnemente que le permitía su apariencia.

—Que Tooqui se quemé en el sol si vuelve a coger un grano de cereal sin permiso de sus nuevos amigos. Que sus entrañas se le caigan al suelo y se escapen como gusanos. Que todos sus parientes ardan en la hoguera que limpia los espacios abiertos y...

—Vale, vale —ella reprimió la risa—. Ya lo capto —aunque de alguna forma le dio la impresión de que a Tooqui le daría igual que algunos de sus parientes tuvieran un final un poco desagradable—. Eres valeroso y sincero. Pero aun así no podemos llevarte con nosotros. Barriss ya os ha dicho a ti y a los tuyos que estamos llevando a cabo una misión difícil y peligrosa y que no podemos ocuparnos de llevar invitados.

— ¡Tooqui se cuida solo! Ya lo verás, verás. Tooqui no miedo al peligro —volvió a golpearse el pecho—. Tooqui desayuna peligro. Y además es buena mascota.

Ella pestañeó.

— ¿Mascota? Pero Tooqui, tú eres un ser inteligente. No puedes ser una mascota.

— ¿Por qué no? Los gwurran tienen pequeños yiran y a veces omoth como mascotas. Les dan comida gratis, un sitio para vivir, protección de los shanh y otras cosas que se los quieran comer. A mí parece trato bueno, bueno. Si soy inteligente, tú dices, soy inteligente para elegir lo que quiero.

—No es eso —lo último que hubiera esperado del gwurran era que la confundiera con una argumentación sutilmente académica—. Es sólo que... no sería correcto.

—Si yo inteligente para elegir por mí mismo, ¿dónde está lo incorrecto? —sonrió mostrando una versión en miniatura de los agudos dientes de sus guías—. Ésa es la decisión inteligente de Tooqui: yo quiero, quiero ir con nuevos amigos como mascota. Conocer el mundo bola Ansion. Y otros mundos bola, a lo mejor. Aprender mucho y volver y ayudar a los gwurran.

La propuesta no sólo era racional, sino que era innegablemente noble, pensó Luminara, aunque desde luego la criatura tuviera sus propias razones personales. ¿Cómo iba a decirle que no? A los Jedi les enseñaban a utilizar la lógica y la razón con aquellos que se mostraban en desacuerdo con ellos, y no a terminar una discusión con un categórico "porque yo lo digo".

—Los Jedi no pueden tener mascotas —exclamó ella exasperada.

— ¿En qué normativa se dice eso, Maestra?

Barriss intervino en la conversación en el peor momento. Luminara miró a su pádawan.

—Estoy segura de que lo dice en alguna parte. Y en cualquier caso, no estamos preparados para llevar invitados.

—Tooqui se equipa solo —puso una mano en la de Barriss y sonrió con inocencia—. ¿Ves? ¿Mascota buena, sí, sí?

— ¿Por favor! —Luminara se giró para terminar de asegurar sus provisiones al suubatar y gruñó mientras ajustaba una correa—. Si te haces responsable de él, Barriss, entonces supongo que puede venir —se giró para mirarles—. Pero si causas el menor problema, Tooqui, si nos estorbas—o nos impides realizar nuestro trabajo de alguna forma, entonces te irás, irás. Te volverás a las colinas sin discusión, ¿entendido?

Repitiendo el gesto de las manos en la cabeza, el ansioso gwurran respondió sin dudar.

—Si causo algún impedimento, que me pudra, pudra en agua estancada. Que todo mi pelo se vuelva morado y yo me dé la vuelta de dentro hacia afuera. Que me coma mis propios pies y...

—Dile que se calle —le dijo Luminara con desesperación a su pádawan—. Y que no se acerque a mí.

—Se portará bien —Barriss se agachó y le dio unas palmaditas en la cabeza—.

¿A que sí, Tooqui?

—Tan bien como sólo un gwurran lo hace —respondió él.

A Luminara aquella respuesta no le resultó demasiado tranquilizadora.

Obi-Wan se mostraba indiferente a las bufonadas del nuevo miembro del grupo, aunque a veces las encontraba divertidas, pero Anakin estaba más entusiasmado. El gwurran era alguien más con quien poder hablar, aunque su vocabulario fuera limitado y tendiera a la repetición. Barriss y él se turnaban el cuidado de Tooqui, el cual apenas lo necesitaba, siendo fiel a su palabra. El nativo empleaba toda su abundante energía ayudando a aligerar a los suubatar de su carga al acampar por la noche, o recogiendo combustible para la hoguera, o aprendiendo a manejar dispositivos sencillos como el encendedor compacto o el hidratador. Aprendía rápido y estaba ansioso por saberlo todo de todo. O todo, todo, como decía él.

A los únicos a los que no les complacía la presencia del recién llegado era a los guías alwari. No es que le trataran mal, porque sabían que eso no les gustaría a los Jedi, pero no variaban su actitud para ayudar en su instrucción ni para hacerse amigos de él. El abismo que existía entre los alwari y los gwurran era inexplicable, pensó Luminara, dado que ambas ramas provenían de los mismos ancestros. Las únicas diferencias físicas radicaban en la altura y en el pelo. Para alguien acostumbrado a tratar diariamente con representantes de especies que variaban mucho más en su apariencia unas de otras, la constante animosidad que mostraban los guías era difícil de comprender. Pero cabía la esperanza de que viajando juntos, los alwari llegaran a sentir alguna simpatía por su pequeño pariente.

En aquel momento, el sol comenzaba a elevarse por el horizonte del Norte, el mismo hacia el que llevaban cabalgando durante días, liso y verde. Una manada de shanh les había estado siguiendo durante un día y una noche, pero al no percibir debilidad alguna ni en los suubatar ni en sus jinetes, se rindió y partió en busca de presas más fáciles.

—Algo se mueve en el horizonte de Este a Oeste —gritó Kyakhta. Aunque aún se estaban desperezando, todos se giraron inmediatamente para mirar en esa dirección.

Obi-Wan había sacado los electrobinoculares y miraba hacia el punto indicado, intentando identificar el movimiento.

—¿Son los borokii? —preguntó Anakin esperanzado.

El Jedi respondió indeciso, mientras bajaba los binoculares.

—No lo sé. Kyakhta y Bulgan nos lo dirán. Pero me da la impresión de que no lo son. Por lo que nos han contado, los clanes superiores son, al igual que los yiwa y que el resto de los alwari, ganaderos —señaló en dirección al lejano movimiento—. Quienes quiera que sean, parecen un poco más avanzados —espoleó a su animal—. O por lo menos viajan con muchos más objetos materiales. No veo señales de ganado domesticado. Ni dorgum, ni awiquod, sólo animales de tiro. Eso significa que no son

los borokii.

La afirmación de Obi-Wan era correcta. La procesión que avanzaba hacia ellos no era el clan superior que buscaban. No sólo no llevaban ganado como el de los yiwa, sino que eran bastante más pomposos. Fue Bulgan el que los identificó al fin, cuando se acercaron lo bastante.

—Es un clan qulun. Los qulun son comerciantes. Tratan libremente tanto con alwari como con los de la ciudad. A nadie le gustan demasiado, pero son necesarios aquí en las llanuras en ausencia de mercados y de comunicaciones. Y suelen tener cosas interesantes a la venta.

— ¿Qué aceptan a cambio? —preguntó Obi-Wan al guía. Bulgan se pasó la lengua por los dientes inferiores.

— ¿Además de dinero? Todo tipo de objetos. Cortes de carne seca de ganado alwari. Frutas y verduras recolectadas en lejanas regiones de Ansion. Preciosos objetos hechos a mano, a menudo por las hembras de los clanes. Sólo lo mejor.

Los Jedi asintieron. En una República repleta de vulgaridades, la comida exótica era un bien muypreciado. Y también la artesanía. Aburridos de los objetos fabricados industrialmente, los pudientes y los curiosos siempre estaban dispuestos a pagar un alto precio por objetos únicos hechos a mano que provenían de mundos lejanos con nombres raros.

— ¿Veis? —Bulgan se estiró un poco en su silla—. Vienen a damos la bienvenida.

Tres jinetes salieron de la columna principal hacia el grupo de viajeros, y éstos les respondieron aminorando la marcha. Si no lo hubieran hecho, los suubatar habrían sobrepasado a los potentes pero inferiores sadain. Llegaron a la altura de las monturas de Barriss y Luminara, y el trío de qulun mostró unas sonrisas brillantes y amplias mientras saludaban con gran entusiasmo. Era un encuentro bastante más pacífico que el que habían mantenido con los yiwa. Nadie exhibía armas ni les miraba con suspicacia. Pero observaban. No se les escapaba ni el menor detalle de los repletos pack de provisiones que llevaban los suubatar en los lomos traseros.

Tooqui cabalgaba con Barriss y recorría de un lado a otro al enorme animal, de la cabeza a la cola, sin parar de hablar en susurros.

—Qué raros éstos. Tooqui nunca ha visto antes. Los gwurran no conocen —echó la cabeza hacia atrás y olfateó el aire de la pradera con su agujerito de la nariz—. No huelen como alwari.

—Y son distintos a ellos —comentó Barriss—. Sus trajes, los arreos de sus sadain, la forma de organizar la procesión, todo es muy distinto a los yiwa. ¿Qué opinas tú, Tooqui?

El gwurran siempre se mostraba ávido de conocimientos.

—Más alimento para la mente de Tooqui. Más cosas nuevas que ver y que

aprender.

—Bueno, pero si hablas, hablas sin parar no vas a poder concentrarte en tantas novedades, y yo tampoco. ¿Qué tal si nos callamos un rato? — ¿Tooqui callado? Dos cosas que no van juntas —se sentó un poco más cerca de ella, ocupando un espacio mínimo en la silla—. Pero ama manda y Tooqui obedece —sonrió—. Tooqui buena mascota siempre.

—El sarcasmo no es una cualidad que la gente suele apreciar en sus "mascotas".

—Ellos se lo pierden, pierden.

Pero lo cierto es que el gwurran hizo lo que le pidió y mantuvo la boca cerrada, aunque con evidente esfuerzo, para observar la llegada de los jinetes en silencio.

Dos de ellos podrían haber pasado inadvertidas entre los yiwa, aunque sus vestiduras eran algo más sofisticadas y llamativas. Pero no su líder, que destacaba claramente como tal. Este individuo de proporciones generosas era claramente una pesada carga para su sadain. No tenía la cresta que lucían sus compañeros, o Kyakhta. Pero al verle, Luminara sospechó que esto se debía más al resultado de un afeitado intencionado que a la pérdida natural del pelo, como en el caso de Bulgan. De alguna forma, la calva brillante por sol le diferenciaba tanto como su exceso de peso. Pero con todo y con eso, cabalgaba ágilmente sobre su esforzada montura.

— ¡Bienvenidos, extranjeros! ¡Los qulun os dan la bienvenida! Luminara intentó recordar cuántos espaciopuertos tenía Ansion.

Estaba claro que estos comerciantes, o al menos su líder, habían estado en alguno, en el que habían tenido la oportunidad de conocer a otros seres de la República.

—Gracias por la bienvenida —respondió Kyakhta formalmente—. Nos dirigimos al Norte.

—Ya lo vemos —dijo el pomposo líder arreglándose para hacer una reverencia sin caerse de la silla—. Soy Baiuntu, jefe comerciante de esta facción del clan. ¿Qué buscan un grupo mixto de alwari y extranjeros en las tierras del Norte?

A Kyakhta le gustó que el jefe le describiera como alwari y le respondió amablemente. —A los borokii.

— ¡A los borokii! ¿Y qué quieren los extranjeros del clan superior?

Obi-Wan se inclinó hacia adelante en su montura y lanzó una pregunta ignorando la del jefe.

— ¿Podéis ayudarnos?

—Es posible, es posible —soltando las riendas de su sadain, el jefe extendió los brazos. Luminara le miraba fascinada. Baiuntu era el primer ansioniano obeso que veía—. Esta noche cenáis con nosotros. A los qulun les encanta tener compañía. Nuevas caras son nuevas noticias.

—Y nuevos clientes potenciales —murmuró Anakin en dirección a Barriss—. Pero eso tampoco es razón para que no hablemos con ellos.

—No depende de nosotros.

Aunque tampoco estaba muy interesada, Barriss confió en que los Maestros aceptaran la propuesta del jefe qulun. Así tendrían otra oportunidad para aprender más sobre la sociedad ansioniana, y además, la comida sería fresca.

Obi-Wan y Luminara no vieron razón para no detenerse y pasar la noche con los comerciantes. Mientras que cada parte se quedara en su campamento, estarían seguros, y era probable que los qulun les ayudaran a encontrar antes a los escurridizos borokii. Para sorpresa de Barriss, Tooqui se mantuvo a su lado en lugar de ir a investigar. Y por alguna razón, seguía igual de callado, y sólo hablaba cuando no había ningún qulun alrededor. Cuando le preguntó por la razón de su inusual silencio, él tenía, como siempre, la respuesta preparada.

—Qulun piensan que Tooqui no es más que mascota tonta, tonta. Eso es bueno para comerciar.

—No estamos aquí para comerciar —le regañó ella—. Estamos aquí para hacer amigos y para saber algo más sobre el clan al que buscamos. Eso es todo.

El gwurran se mostró arrepentido.

—Tooqui no quiere mucho. Algo para comer, a lo mejor, o un juguetito para los gwurran pequeños, o algún arma sencilla para sorprender a los gwurran.

—Olvídate de eso —le dijo con firmeza—. Habla con ellos o cállate, como quieras. Pero nada de comerciar —le reprendió—. Las mascotas no comercian.

—No, pero sus amos sí —le replicó indeciso—. A lo mejor si la mascota cara de tonta graciosa hace truquitos para su Maestra, ella le agradecerá con alguna cosilla para el pobre, pobre Tooqui.

—Me lo pensaré —respondió ella sin añadir más.

Espoleó a su suubatar para que acelerara el paso y el gwurran tuvo que callarse y concentrarse para no caer.

Con aires de importancia, Baiuntu iba a la cabeza guiando a los visitantes al lugar donde estaban asentando el campamento. Los miembros del clan ya estaban erigiendo las paredes y los techos mientras que los adolescentes se ocupaban de los equipos de calefacción y los condensadores atmosféricos de agua. Unos broches automáticos aseguraban las estructuras temporales, diseñadas para ser desmontadas diariamente contra el incesante viento. Una de las estructuras, maravillosamente decorada con espejos, cristales de colores y abalorios, llamó la atención de Barriss especialmente, incluso antes de ser montada.

—Son las salas de comercio —respondió Bulgan a la pregunta de la chica—. Cuanto más llamativas sean, mejor —se pasó las manos por los ojos, el equivalente ansioniano al guiño—. Ciegan al cliente, son una de las marcas de la casa de los qulun. Los compradores aturdidos son más agradables.

Ella cabalgaba con facilidad sobre la acolchada silla, con el suubatar trotando

ligero bajo ella.

— ¿Me estás diciendo que los qulun hacen trampas en los negocios?

— ¡Ajá, no, Maestra Luminara! Son como cualquier otro comerciante, ya sean sedentarios como en la ciudad, o nómadas como aquí en la pradera. Algunos son totalmente honrados mientras que otros son auténticos ladrones. Uno no puede decir que ha comerciado hasta que trata con ellos. Para muchos comerciantes, los significados de astuto e inteligente son casi lo mismo.

—Bueno, tampoco estamos de compras, así que tampoco importa —se estiró un poco en la silla y observó las planicies—. ¿Y por qué están montando aquí la tienda? Esta región no está precisamente llena de clientes.

El alwari hizo un gesto de desinterés.

—Sólo están instalando un par de tiendas de las muchas que tienen.

Sin duda esperan que los compradores se materialicen de la tierra —se rió con aquellas carcajadas ansionianas que ya le resultaban familiares y se crujió los nudillos—. Sin una tienda o dos abiertas, los qulun se sentirían incómodos. No podrían dormir pensando que quizá estuvieran perdiendo a algún cliente potencial.

La bienvenida que les dieron contrastaba con mucho con la que recibieron al conocer a los yiwa. Aunque había armas a la vista, no estaban orientadas en dirección a los recién llegados. Los animales de monta de los visitantes tuvieron el honor de alojarse en el establo del clan, con la mejor agua y el mejor alimento. Luminara se vio a sí misma y a sus amigos entrando en una amplia estructura portátil cuyo interior estaba ricamente decorado con gruesas alfombras, cojines adaptables y todo tipo de comodidades que uno no esperaría encontrar en mitad de las llanuras norteñas de Ansion. Cualquier cosa que pidieran se les suministraba de inmediato, sin coste alguno. A Obi-Wan no le sorprendía tanta generosidad. Era una táctica universal para ganarse a los clientes potenciales.

A Barriss y a Anakin no les preocupaban en absoluto tales mundanerías, y preferían dejar los detalles del encuentro a sus Maestros. Mientras tanto se dedicaban a relajarse y disfrutar del exotismo de la comida y la bebida, las entretenidas esculturas de luz y los pequeños y perfumados duendecillos que bailaban en un eterno bucle por la habitación. Por el contrario, Tooqui estaba extrañamente subyugado. El pequeño gwurran se lo pasaba bien, gozando del lujo tanto como sus amigos humanos. Pero al verse rodeado de tantos humanos grandes y ansiosos, se mostraba cauto en sus movimientos y se guardaba sus opiniones para sí mismo.

A Baiuntu se le veía encantado con sus visitantes extranjeros.

—He conocido a muchos por los negocios —les contó aquella noche mientras compartían las comodidades de la casa asignada a los invitados.

— ¿En Cuipernam? —Anakin masticaba algo azul verdoso, esponjoso y delicioso.

—En Cuipernam —enunció su anfitrión— y en Doigon y Flerauw.

Muchos de vuestra especie y una interesante variedad de otras —posó las manos rechonchas y de largos dedos en su enorme barriga—. Yo creo que los mercaderes somos una especie aparte. La apariencia no tiene nada que ver en ello. Los qulun llevamos haciendo esto desde que la primera nave extranjera llegó aquí para comerciar.

Mientras hablaba, iba echándose a la boca pequeñas cosas moradas, que crujían ruidosas contra su duro paladar. Anakin detectó movimiento en las casitas antes de que desaparecieran por la garganta del jefe, así que optó por no preguntar lo que eran. Hay veces que la curiosidad de un Jedi debe ser sustituida por un poco de comedimiento.

— ¿Entonces, en vuestra opinión, la pertenencia de Ansion a la República es beneficiosa? —preguntó animosa Luminara.

Su anfitrión hizo una mueca.

—Yo no sé de política, sé de negocios, pero ya que me preguntas, sí, así lo creo.

— ¿Y qué opina vuestro clan?—Obi-Wan dio un trago a una bebida dulce, caliente y refrescante.

—Eso no lo puedo decir. La mayoría no tienen tantos conocimientos en la materia como Baiuntu. Como cualquier qulun, ofrecerían su lealtad al que les prometiera mayores ganancias.

—Así que se les puede comprar —comentó Anakin.

Obi-Wan clavó una mirada en el pádawan, pero el joven se limitó a encogerse de hombros, ya que no veía nada malo en la pregunta. Su Maestro debería de saber a estas alturas que su aprendiz no era otra cosa sino directo.

Lo cierto es que el anfitrión no pareció ofenderse.

—A cualquier mercader se le puede comprar, joven amigo sin pelo.

Ésa es la esencia de los negocios, ¿no? Para los qulun la lealtad es un producto más. De momento, nos complace ver a Ansion plenamente representado en la República. Pero no puedo hablar de lo que ocurrirá en el futuro.

Gruñendo por el esfuerzo, se reclinó en la pila de cojines del respaldo. Cientos de pequeños sensores e igualmente minúsculos motores variaron la forma de los cojines para responder adecuadamente.

—Una respuesta sincera, desde luego —le murmuró Luminara a Barriss—. Supongo que no podemos pedirle mucho más a esta gente. Viven de acuerdo con sus tradiciones.

—En este planeta parece que la tradición lo es todo —Barriss degustó otra de las numerosas bebidas que les habían servido, que estaba deliciosa, como el resto de las que había probado. Percibió un movimiento a la derecha y se giró. Su diminuto amigo se dirigía hacia la puerta.

—Tooqui, ¿dónde vas?

—Mucha luz aquí para Tooqui. Mucho bla bla bla. Voy a paseo.

Vuelvo luego.

—Vale —le dijo ella, añadiendo tras pensarlo un momento—. No robes nada.

Él respondió con un gesto que a ella le hubiera gustado descifrar, si no hubiera sido porque el gwurran desapareció de inmediato. Uno de los guardias apostados fuera hizo amago de interceptarle, pero la criatura era más rápida y consiguió desaparecer en la noche y en el campamento.

Lo cierto es que Barriss se dio cuenta de que era un poco raro que hubieran intentado impedir a Tooqui que se fuera, pero se recostó en los cojines pensando que lo más probable era que no quisieran que se perdiera o se metiera en líos, y conociéndole, no pudo por menos que estar de acuerdo.

Una hembra ataviada con elegantes vestiduras y un peinado elaborado trajo una elegante caja rectangular que contenía botellas finamente talladas. Cada una de ellas era única, tallada en una gema diferente. La túnica de la sirvienta dejaba la espalda totalmente al descubierto con un escote en forma de V que dejaba ver su cresta hasta el final de la espalda. En el pelo descubierto, le habían entretejido cuidadosamente todo tipo de abalorios y cuentas brillantes. El jefe hizo un gesto, y ella se inclinó para ofrecer a Obi-Wan y Luminara el surtido.

—Estas esencias proceden del distrito de los lagos de Dzavak, muy al oeste de aquí —dijo Baiuntu con orgullo—. No encontraréis nada parecido en Cuipernam. Con ellos obtendría el primer premio en un concurso de perfumes de toda la República —les hizo gestos de ofrecimiento—. ¡Adelante, adelante! Oledlos. El paluruvu, que es la botella con el líquido violáceo, es particularmente bueno. Un par de gotas de esencia pura mezcladas con agua clara darían una enorme cantidad de costoso perfume —sonrió abiertamente—. Los alwari pueden ser nómadas de las praderas, pero son gente civilizada. Y al igual que a los qulun, les gustan las cosas buenas. Estas esencias son de lo que más vendemos. Tras pasarse días viajando por las praderas en compañía del ganado y de animales de tiro, a cualquier pareja acomodada de alwari le gusta tener la posibilidad de perfumar el ambiente de su hogar.

Luminara olió varias de las fragancias. Todas eran exquisitas, pero era cierto que el paluruvu era extraordinario.

—Una maravilla —dijo ella al pasarle la bandeja a Obi-Wan. Él no se mostró tan entusiasta como ella al aspirar los perfumes, pero tuvo que admitir que el surtido estaba a la altura de cualquiera que se hubiera encontrado en Coruscant u otro sofisticado planeta de la República.

Para cuando les llegó el turno a Anakin y Barriss, la sala estaba casi saturada con una espectacular mezcla de esencias. Llenaban la atmósfera por completo, sin dejar

espacio para los olores de los animales del establo o los seres de la tribu. Luminara observó a Baiuntu bostezando ampliamente. Lo cierto es que ella también estaba cansada. Había sido un día muy largo. Se estiró un poco y comenzó a prepararse para excusarse y salir. Ésa fue la primera señal de que algo no iba bien.

No se podía levantar.

Ni siquiera podía sentarse. Sus firmes músculos estaban ahora flácidos, y parecían haberse pegado a los cojines en los que se apoyaban. Le daba vueltas la cabeza, y se sintió como si se derritiera con el suelo. La vista se le nublaba por momentos pero alcanzó a ver a Obi-Wan levantándose e intentando empuñar su sable láser, cuyos dedos se quedaron inútilmente agarrados al cinturón al darse cuenta de que no había nadie con quien luchar. Su anfitrión roncaba estruendosamente, con las manos entrelazadas sobre la atípica barrigota ansioniana. La vistosa sirvienta que trajo las esencias yacía dormida a los pies de su patrón.

— ¡Algo... Barriss!

Luminara intentó gritar pero apenas le salió un susurro. Su pádawan no podía oír, ya que dormía a pierna suelta y con la boca abierta. No muy lejos, Anakin Skywalker estaba tumbado bocabajo, cerca de la entrada de la casa de los invitados. Una entrada cuyas puertas habían sido cerradas a al y canto subrepticamente, como vio Luminara a través de una niebla espesa. ¿Lo habrían hecho para mantenerles dentro, se preguntó, o para que no salieran al exterior las esencias? Para el caso era lo mismo.

El paluruvu no sólo excitaba el sentido del olfato, sino que debía de contener algún sedante que les estaba dejando inconscientes a todos. Pero si era un acto intencionado, ¿por qué se había expuesto Baiuntu a los efectos del somnífero? Intentando arrastrarse hacia la puerta, hizo un esfuerzo por sacar su arma, pero sin resultado alguno. Su cerebro estaba empezando a dejar de estar conectado con sus dedos.

Muy cerca, Obi-Wan se cayó de rodillas mirándola a los ojos, pero la mirada del Jedi estaba perdida y borrosa. Sus ojos se cerraron y se desplomó sobre un costado. En la otra esquina de la habitación, Kyakhta y Bulgan roncaban con el silbido habitual ansioniano. Con un tremendo esfuerzo, Anakin consiguió levantarse y tambalearse hacia la entrada errada. A través de la densa niebla que empezaba a obstruir sus pensamientos, contempló con admiración el movimiento. El joven debe de tener una enorme reserva de fuerza de voluntad, pensó.

Por desgracia, la reserva se agotó al llegar a la puerta. Anakin la llegó a golpear, pero en ese momento sus piernas dejaron de sostenerle. Las puertas temblaron, pero se mantuvieron firmes. Él se retiró un poco y cogió su sable láser, dibujando con la hoja un confuso círculo en el aire hasta que finalmente sus ojos se cerraron y se vino abajo. Ahora ella era la única consciente de la habitación.

Empezó a entender claramente la razón por la que Baiuntu y su asistente se

habían expuesto al perfume inmovilizador. La mejor forma de envenenar a alguien es compartir con él el veneno. Lo que en cualquier caso sugería que el narcótico no era letal. Baiuntu podía compartir con sus víctimas el sueño, pero no la muerte.

Ahora lo vio todo claro. Les habían dejado indefensos y aturdidos, ¿pero con qué propósito, con qué fin? Seguro que en breve aparecerían otros qulun y abrirían la sala para que la niebla se disipara, y asistirían a su jefe y a la hembra inconsciente. Pero lo que iban a hacer con los invitados era un misterio. Y los misterios no se pueden discernir, y además estaba muy cansada, cansadísima, y en aquel momento no podía haber nada mejor, nada podía importar más que dormir un rato.

Una parte de su cerebro le gritaba que se mantuviera despierta y alerta. Luchando contra los efectos del perfume, consiguió alzar la cabeza de los cojines. Fue un gesto definitivo y desafiante. Hasta el entrenamiento de un Jedi puede ser superado. Quizá no por la fuerza. Pero un sable láser no tenía nada que hacer contra la irresistible fragancia del delicioso y penetrante paluruvu...

¡Ahí está el asqueroso dyzat! ¡Cógelo! Tooqui no sabía por qué le perseguían los dos qulun, pero tampoco se quedó a averiguarlo. Ambos miembros del clan lucían armas extrañas, y aunque no sabía lo que podían hacer o no, decidió enseguida que no iba a esperar a ver qué pasaba.

Pero algo malo tenía que haber sucedido. Si el ama Barriss estuviera bien, jamás hubiera permitido que dos iracundos qulun le dieran caza de esa forma. La última vez que la había visto, estaba en compañía de sus interesantes amigos relajándose con el jefe qulun. Todos parecían llevarse bien, bien. ¿Qué había pasado para que eso cambiara?

Era cierto que los comerciantes eran qulun y no alwari. Pero seguían siendo un pueblo de las praderas y no de las colinas. Quizá no fueran mucho mejores que esos vagabundos babosos de los alwari, los muy odiosos cría-dorgum.

De estar en lo cierto, lo más probable es que el ama Barriss estuviera en peligro. Sus Maestros y ella podían ser muy poderosos, pero no eran dioses. No eran tan fuertes como Miywondl, el viento, o Kapchenaga, el trueno. Sólo eran personas. Mayores que los gwurran, quizá algo más listos, pero personas al fin y al cabo. Podían romperse y morir. Y los qulun eran personas también, lo que significaba que conocían muchas formas de matar.

Pero si había habido asesinato, entonces tendría que haber oído algo.

Por lo que había visto, el ama Barriss y sus compañeros no eran de los que se rendían sin pelear. ¿Les habían engañado? En las noches oscuras de los cañones se contaban muchas historias sobre los trucos con los que engañaban los comerciantes a sus inocentes visitantes.

Algo brillante y caliente le pasó por la cresta. Aceleró, corriendo lo más rápido que podía. Los qulun tenían las piernas más largas, pero estaban acostumbrados a cabalgar y vender, y si había algo que los gwurran supieran hacer, e hicieran bien, era correr. Muchas caras aparecían de las chozas para observarle y algunos incluso intentaron atraparle alertados por la conmoción, pero los esquivó a todos, como si estuviera jugando al blo-bi con sus comparientes. Pero esto no era un juego. El calor brillante pasó cerca de nuevo, pero esta vez no le alcanzó y se perdió en la oscuridad de la noche por encima de su cabeza.

Y entonces se encontró corriendo campo a través, con las piernas a pleno rendimiento mientras avanzaba por la pradera abierta. Las altas hierbas le frenaban un poco, pero también le ayudaban a ocultarse. Pensó que estaba a salvo, hasta que oyó los cascós de un sadain golpeando el suelo tras él.

— ¡Por aquí! —gritó un qulun—. ¡He visto al dyzat por aquí!

Él quiso girarse para gritarles ¡no soy un dyzat!, pero era lo bastante listo como para saber que semejante aclaración podía costarle la vida. Buscaba en el suelo frenéticamente un sitio en el que ocultarse, pero allí no estaban sus colinas ni sus grietas ni sus salientes para esconderse. Las voces de los perseguidores qulun se oían cada vez más cerca, y en cualquier momento le darían alcance. Llevaban luces que despertaban el sueño de la noche. Más magia mecánica adquirida de los comerciantes de las ciudades. Se preguntó si viviría lo bastante como para posar la vista sobre uno de aquellos sitios mágicos y misteriosos, llenos de gente, que sólo unos pocos gwurran habían visitado alguna vez.

Y en aquel momento vio el agujero de los kholot. La entrada era lo bastante grande como para deslizarse dentro. Jadeando, se escurrió por la madriguera y se arrastró por el pasadizo descendiente. ¿Le buscarían los qulun bajo la tierra además de sobre ella? El túnel se amplió ligeramente, lo que le permitió arrastrarse un poco más rápido. Entonces se abrió en un espacio oval de unas tres veces su tamaño y supo que había llegado al final. Los gritos de la patrulla qulun resonaban silenciados bajo la tierra como si estuvieran más lejos de lo que realmente estaban. Hubiera sido el escondite perfecto de no ser por un pequeño detalle.

Ya estaba habitado por una familia de kholot.

Se quedó helado. Los kholot comían hierbas, granos y hojas y no gwurran. O por lo menos, eso esperaba. Tenían la cara aplastada y estaban cubiertos de pelo verde oliva. Los dos adultos le miraban con hostilidad. Afortunadamente no tenían cachorros, ya que de ser así, no habría llegado tan lejos. Eran prácticamente de su tamaño, pero por desgracia, tenían los dientes mucho más grandes, con unos incisivos anchos y potentes para cortar la tierra. Si aquellos animales de morro chato lo deseaban podían también cortarle la cara.

Dejó de respirar mientras se acercaban gruñendo, e intentó no temblar mucho mientras le olisqueaban por todas partes. Cerró los ojos e intentó imaginarse que era un pedazo de excremento de dorgum que se había caído accidentalmente en la madriguera. Los sonidos de los cascos de los sadain y sus jinetes qulun le seguían llegando desde arriba. No sabía cuánto tiempo iba a aguantar quieto.

Con un último olisqueo despreciativo, que en otro momento el aterrorizado Tooqui se habría tomado como un insulto, los dos kholot le empujaron a un lado y se dirigieron hacia la salida del túnel. Esa reacción era más que extraña. ¿Acaso olía tan mal como para obligarles a abandonar su madriguera? Entonces se acordó de la casa de los invitados en el clan qulun, y de los extraños aromas y esencias. Era obvio que se le habían quedado impregnados en el pelo lo suficiente como para echar a los kholot, y además evitar que le mordieran. Si huele mal, peor sabrá, parecían haber decidido los dos animalillos.

Hubo un grito seguido de un sonido agudo y un aullido de dolor de uno de los

kholot. Uno de los qulun les había confundido al salir de la madriguera con el objeto de la persecución, pero en cuanto se dieron cuenta del error, el otro qulun se carcajeó del alegre gatillo de su camarada. Tooqui se acercó a la entrada del túnel y pegó la cabeza para oír mejor.

—Ya basta. Es tarde, y estoy cansado. Me da igual lo que diga Baiuntu.

—Lo mismo digo —declaró el otro qulun firmemente, controlando a su sadain—. Le decimos que lo hemos cogido y lo hemos matado, y se acabó.

—Aquí solo, sin comida ni bebida no tiene mucho que hacer. La pradera acabará con él.

Esta confiada conversación tuvo lugar entre el sonido de los cascos de sus monturas alejándose lentamente. Aun así, Tooqui se quedó en la madriguera hasta que tuvo la seguridad de que podía salir sin peligro.

Cuando lo hizo, sucio y cansado, pero vivo, no había ni rastro de sus perseguidores. Encontró una roca en la que se encaramó para ver por encima de las altas espigas. Los qulun estaban levantando el campamento en mitad de la noche. Debían de estar muy ansiosos por algo para hacer eso, porque por lo que Tooqui sabía, jamás se había visto a los nómadas levantando el campamento en plena noche.

¿Estaría viva el ama Barriss? ¿Y sus amigos? Y si no lo estaban, ¿a él qué más le daba? Estaba solo y no tenía ni comida ni bebida ni armas, y además se hallaba a varios días de distancia de la comunidad de gwurran más cercana. Estremeciéndose de frío, echó un vistazo a su alrededor. Las llanuras abiertas no eran sitio para un gwurran inquieto. Todos los sonidos le sobresaltaban, y cada movimiento le asustaba. ¿Y si había shanh cerca merodeando la caravana de comerciantes? Si captaban su olor, duraría menos que un birru de alas de cuerda en un vendaval.

Y aunque quisiera ayudar no podía hacer nada. Lo mejor era que comenzara a dirigirse a casa de inmediato. Con un poco de suerte encontraría agua y algo de comer, y si nada se lo comía a él, podría llegar a la región de los gwurran en unos días. Tendría una historia increíble que contar. Los más jóvenes le mirarían con admiración, y los más mayores tendrían que reconocer, aunque fuera a regañadientes, sus importantes logros. Y sería grande, grande entre los suyos el resto de su vida.

Pero, pero estaba el tema del ama Barriss, que en lugar de dispararle como ladrón se había hecho su amiga, y había intercedido por él cuando expresó su deseo de ir con ellos y abandonar las tierras gwurran. ¿Y no era eso lo que estaba haciendo? Evidentemente, cuando hizo la petición no se le ocurrió nada como aquello. Nadie, ni siquiera la humana Barriss podía culparle por irse a casa tan rápido como le llevaran sus pies de dedos largos.

Tengo que saber, decidió al fin. Por lo menos tenía que saber. Si el ama Barriss y el resto habían muerto, podía irse a casa con la conciencia tranquila. Si, por el contrario, seguían vivos...

Si seguían vivos, tuvo la ligera sospecha de que su vida se iba a complicar aún más. Pero eso a él debería gustarle. ¿Acaso no les había dicho eso a los humanos? Que era el más valiente, el más fiero, el más listo y el más, más de todos los gwurran. Se preguntó si alguno se lo había creído. Seguro que los dos descastados guarros feos alwari, Kyakhta y Bulgan, no. ¡Imagínate qué cara pondrían, si seguían vivos, se dijo Tooqui, cuando Tooqui, el mismo Tooqui del que se habían burlado y al que habían humillado, apareciera a rescatar sus patéticos traseros rabicortos! La imagen le llenó, si bien no de coraje, por lo menos de inquietud.

¡Tooqui les iba a enseñar! Se lo iba a enseñar a todos. Por fin decidido, se preparó para seguir al itinerante clan qulun. Les acecharía en la sombra, esperando a ver lo que hubiera que ver, esperando a saber lo que hubiera que saber. Era justo como él había dicho. ¡Era el más intrépido, el más inteligente y el que más recursos tenía de todos los gwurran!

Solo y desarmado contra un clan entero de qulun, y con una sensación debilitadora de vulnerabilidad como compañera, se dio cuenta de que tendría que ser aún más que eso.

Luminara pudo darse cuenta de que su cabeza seguía pegada a los hombros, pero eso era lo único bueno de lo que pudo estar segura cuando recuperó la consciencia. Tenía los brazos fuertemente atados a la espalda, también sus piernas estaban aseguradas a la altura de los muslos, las rodillas y los tobillos. Apenas podía detectar la luz del sol a través de la tela suave y permeable que le cubría la cabeza. Podía respirar, pero a través de la nariz, porque la boca se la habían amordazado sabiamente para que no pudiera emitir sonido más elocuente que algún gruñido.

Aun así, un gruñido podía ser suficiente para provocar gruñidos de respuesta por parte de sus compañeros. Reconoció a Obi-Wan y a Barriss, pero no estaba segura de reconocer a Anakin, ya que aquellos sonidos agudos debían de proceder de Kyakhta y Bulgan. Tras evaluar los distintos tonos, pudo por fin convencerse de que Anakin también se encontraba entre los prisioneros.

Una voz que no se veía amortiguada por mordaza alguna silenció los gruñidos colectivos.

—Buenos días, mis honorables invitados. Tengo que daros las gracias por lo que va a ser una noche realmente rentable. Para mí, no para vosotros —dijo Baiuntu en tono alegre—. El clan de los borokii que buscáis se encuentra a unos cuantos días al norte de aquí, pero no llegaréis a reuniros con ellos. En lugar de eso, vamos a iniciar un viaje de placer a la ciudad de Dashbalar, en la que mi clan suele hacer buenos negocios —Luminara podía oír pavoneándose de arriba a abajo frente a ellos, desfilando pomposamente ante unos prisioneros que no podían verle—. Seguro que

os estáis preguntando lo que os va a pasar. Mejor que os vayáis relajando. ¡Ajá!, no se me ocurriría haceros ningún daño. Si lo hiciera violaría todas las normas qulun de hospitalidad —Luminara pudo percibir una mueca de sonrisa—. Las noticias vuelan en las praderas. Se cuenta que habrá una gran recompensa para el que retrase el regreso a Cuipernam de ciertos visitantes extranjeros al menos dos partes de un ciclo de cría. Dichos visitantes fueron descritos con detalle. Así que podéis imaginaros la grata sorpresa que supuso para mí veras aparecer preguntándonos por los borokii. Para mí fue un gran placer que aceptarais mi hospitalidad. Ahora podréis disfrutarla en toda su intensidad —la Jedi sintió que se aproximaba. Su olor corporal se hizo más presente, y su tono se ensombreció—. Me han dicho que no os haga ningún daño, solamente tengo que retrasar vuestro regreso a la ciudad. Pero os advierto una cosa: no me enfadéis intentando hacer algo que pudiera perjudicar mis beneficios. Mientras viajemos estaréis bien. Pero varios de mis mejores hombres os vigilarán constantemente. En cuanto perciban la primera señal de truquitos Jedi, el culpable recibirá un tiro. Sí, nosotros, los ignorantes de las praderas, sabemos lo que es la Fuerza. No me hagáis hacer algo que lamentemos todos – Luminara percibió aquella mueca de sonrisa de nuevo—. Eso le haría mucho daño a nuestra reputación como comerciantes.

Muy cerca, pudo oír a Anakin gruñendo incomprensiblemente a través de la mordaza y el pañuelo.

—Bueno, bueno —protestó Baiuntu—. No entiendo nada de lo que dices, pero creo que esencialmente está bastante claro. Soy un experto en esencias, como ya os habréis percatado. Cuando sea el momento de daros de beber y de comer, lo haremos de uno en uno. Creedme, respeto las habilidades de los Jedi tanto como cualquiera. Ni mi gente ni yo os vamos a dar la más mínima oportunidad. Y con ese fin, he hecho destruir irreparablemente los intercomunicadores que llevabais con vosotros. Así que aunque pudierais liberaros, no podríais llamar para pedir la ayuda de la gente de la ciudad —la Jedi escuchó sus pasos alejándose para salir de la habitación—. Muy pronto esta casa de invitados, la última que queda en pie en el campamento, será desmontada y preparada para su transporte. A vosotros os hemos reservado otro medio de transporte. Siento mucho que no podáis disfrutar del paisaje, pero por lo menos podréis olerlo. Disfrutad de la fresca brisa de la pradera, mis valiosos invitados. Y, por favor, no montéis ningún numerito de escape. Me lo tomaría personalmente.

En cuanto uno de nosotros consiga soltarse, sí que te vas a tomar algo personalmente, pensó Luminara furiosa. Intentó mantener la calma, y dejarse guiar por su entrenamiento. Todos los Jedi saben que la ira entorpece el razonamiento, y que la venganza es un arcaico gasto de energía.

Había alguien que no quería que regresaran a Cuipernam demasiado pronto.

¿Cuánto tiempo eran dos partes de un ciclo de cría? ¿Cuál sería la razón para mantenerles cautivos y después dejarles ir? Sus ojos se abrieron de sorpresa tras la tela.

¡El Consejo de la Unidad! Obi-Wan y ella les habían prometido un trato con los alwari. Si no regresaban al cabo de un periodo de tiempo razonable, los secesionistas se harían fuertes en su posición en el Consejo. ¿Votarían a favor de la secesión sin esperar a recibir el informe de los Jedi? Como todos los políticos, los representantes del Consejo tenían votantes ante los que responder. No iban a esperar siempre. Quizá ni siquiera esperaran dos partes de un ciclo de cría.

O por lo menos había alguien que lo creía así. ¿Quién era el que iba a salir más beneficiado de que los Jedi no realizaran su misión? ¿Quién, además de los secesionistas? ¿Quién estaba detrás del ataque a Barriss y a ella y del posterior secuestro de la pádawan?

Aunque su olfato no era tan agudo como el de un suubatar, pudo percibir la lejana presencia de un hutt.

Cuando volvieran a Cuipernam tendrían que tener algo más que palabras con el tal Soergg, pensó. Algo más que palabras. Pero lo que más interesaba a Luminara, y lo que seguro interesaría al Consejo Jedi, era la mucho más preocupante cuestión de quién estaba detrás del hutt. Sin embargo, antes de que se enfrentaran a Soergg, tendrían que liberarse de la fácil captura de los avariciosos qulun. Y rápido.

Tooqui observó desde las altas hierbas cómo los qulun levantaban el campamento. Las casas y las tiendas-establecimiento se doblaron cuidadosamente sobre sí mismas, las cosas se guardaron, y todas las mercancías que portaba el clan nómada fueron empaquetadas. Cerrando la procesión iban algunos sadain sueltos y, lo que era más importante, los suubatar de sus amigos. Cuando la caravana comenzó a moverse, él se movió con ella, siguiéndola en la distancia. Poco a poco su audacia fue creciendo y cada vez se acercaba más al convoy. Cuanto más se aproximaba, mejor podía distinguir detalles mientras se mantenía oculto.

Reconoció a algunos de los miembros del clan. Primero al rotundo Baiuntu. El jefe cabalgaba a la cabeza de la procesión, aposentado sobre una plataforma decorada con estandartes de colores que chasqueaban en la eterna brisa, junto con órganos de viento hechos a mano, penachos qulun, y atractivos reclamos de las mercancías con las que comerciaba el clan. Tooqui estaba tan ocupado controlando los movimientos del clan y mantenerse oculto al mismo tiempo, que casi olvidaba por qué estaba arriesgando la vida.

Pero dio un salto de alegría cuando, aquella tarde, sus amigos fueron sacados de un transporte tirado por ocho sadain. De uno en uno, les sentaban en un banco para

que les diera el sol y el aire, y tras un modesto intervalo les volvían a internar en la oscuridad del carro. Temblando de emoción, observó y contó pacientemente. Estaban todos: los cuatro Jedi así como los dos maliciosos alwari. Por lo que podía ver desde su escondite en la hierba, ninguno parecía herido. Estaban encapuchados, amordazados y atados tan concienzudamente como para controlar hasta a un Jedi. El culogordo de Baiuntu podía ser un mientementiroso y una sabandija, pero sabía lo que hacía.

¿Pero cómo, en nombre de los dioses de la lluvia, iba a liberarlos? Se preguntaba Tooqui. Primero tendría que colarse en el campamento, y luego deshacerse de los guardias de alguna forma. Guardias qulun, más grandes y fuertes que él. No tenía nada parecido a un arma, si exceptuaba las piedras. Aun suponiendo que pudiera manejar el carro sin que le vieran y que pudiera librarse de los centinelas, aún necesitaría tiempo para liberar a sus cuatro amigos, y quizás, quizás a los dos alwari también. Y después tendrían que recuperar los objetos personales de todos, recoger a los suubatar y cabalgar hacia las praderas abiertas sanos y salvos. Ni diez Tooquis podrían hacer algo semejante, y sólo había uno.

Pero desear cosas no le haría ningún bien, pensó. Los gwurran eran una tribu fuerte. No habían sobrevivido en un entorno difícil y de fauna agresiva sólo deseando cosas con mucha avidez. Cuando no había recursos, encontraban sustitutivos aceptables, o se las arreglaban para crearlos ellos.

Eso era, pensó. Tenía que planear algo. La razón y la lógica podían llevar a un fracaso inevitable en aquella situación, pero Tooqui podía compensar el pequeño tamaño con su ego desproporcionado. Otra cosa no, pero su amor propio no le fallaría nunca, y ahora había que hacerles comprender eso a los qulun.

Cada paso, cada balanceo de los tenaces e incansables sadain le llevaba todavía más lejos de su hogar, de la seguridad de las colinas de siempre y el calor de la tribu gwurran. Intentó no pensar en lo lejos que estaba de todo lo que conocía. El agua no era un problema, ya que la lluvia quedaba almacenada en pequeños charcos en la pradera. Pero se pasaba mucho tiempo buscando comida, y luego tenía que volver corriendo para mantener el paso incesante de la caravana. Y pasaron los días, uno y otro, y otro más. Cansado, sucio y triste, se las arreglaba para no perder a la procesión.

Y así llegó otra noche sin tener más posibilidades de salvar a sus amigos como cuando estaba escondido en el agujero kholot. La oscuridad caía lentamente, y él, cansado y hambriento, buscaba refugio de los depredadores acechantes. Se alejaba más y más del campamento. Lamentó no poder aprovechar la luz artificial del asentamiento, aun teniendo en cuenta que sólo podía acercarse a una cierta distancia. Pero la seguridad era más importante que un poco de luz en la oscuridad. Si no era una madriguera o un árbol, tendría que encontrar unas rocas, o algo parecido, en las

que poder cobijarse para poder descansar.

Pero lo que encontró en su lugar fue el sonido de un temblor y un estruendo distantes. "¡Oh, dioses!", murmuró. Como si la situación no estuviera demasiado mal, ahora para colmo se preparaba una tormenta. Y además bastante fuerte, a juzgar por el olor. El viento le golpeaba por todas partes, como si no supiera muy bien hacia dónde ir, y el sabor de la humedad inminente comenzaba a espesarse en el aire de la noche.

Kapchenaga retumbó en el Norte, anunciando su avance con temblores continuos en la tierra que anunciaban su Luz-Que-Quema.

A su espalda, el campamento se estaría preparando para la llegada de la tormenta. Sellarían las juntas de las viviendas, pondrían a salvo al ganado, cerrarían las ventanas y guardarían los penachos y reclamos. Los qulun y sus prisioneros esperarían a que comenzara en la seguridad de sus cómodos refugios, con comida caliente y estufas importadas. Y mientras, él, Tooqui, tendría suerte si encontraba una madriguera seca que no estuviera ocupada ya por alguna hostil criatura.

El abrigo de una roca sería mejor, pensó mientras seguía buscando.

No tan acogedor como una madriguera, pero era más probable que no lo hubieran reclamado ya para pasar la noche. Él tenía su cobertura de pelo para mantener la temperatura, no como los humanos o los alwari. Y al menos la lluvia ocultaría su olor a los carnívoros itinerantes.

Y frente a él en la oscuridad aparecieron unas pequeñas colinas. Y justo a tiempo, por lo que indicaba el viento creciente. Las nubes comenzaban a eclipsar rápidamente las estrellas y la primera luna ascendiente de Ansion. El trueno resonaba con intervalos cada vez menores, y las primeras gotas de lluvia comenzaron a golpear el suelo. Entre los goterones, se dirigió a un hueco que había entre dos de las elevaciones. Un rayo de Kapchenaga iluminó por un segundo el cielo. Tooqui se quedó de piedra. No se estaba acercando a unas colinas. Y no lo sabía sólo por lo que había visto en aquel segundo de luz, sino porque una de las colinas a las que se aproximaba había girado la cabeza y le había mirado.

Lorqual.

Estaba tan asustado que no sabía si hacerse un ovillo en el suelo, darse la vuelta y correr o simplemente caer inconsciente. Como consecuencia, no hizo nada. Se quedó mirando mientras la lluvia empezó a caer pesadamente. El sonido de las gotas contra el suelo era bastante tranquilizador, pero no eliminaba la amenaza de las mugientes montañas que se alzaban masivas ante él.

Y pensar que casi se pasea tranquilamente entre ellos.

Los lorqual eran, por lo que sabía el gwurran, los mayores habitantes del planeta. Tenían tres pares de patas como los suubatar, aunque eran algo más altos que ellos y eran mucho más grandes. Un macho adulto podría pesar tanto como cuatro suubatar.

Su pelo extraño y rígido era de color marrón y beige, y les salía de los costados dándoles una apariencia algo amenazadora. Seis huesos protuberantes les sobresalían del gigantesco cráneo. En la época del cortejo, el sonido de los lorqual adultos; chocando sus enormes cornamentas, se podía oír por toda la pradera. Cada pata acababa en una pezuña dura, tres miraban hacia adelante y tres hacia atrás, un diseño perfecto para soportar el enorme peso del animal.

En contraste con su gran tamaño, sus ojos eran pequeños, uno a cada lado del cráneo. Pero el masivo agujero de la nariz era lo suficientemente grande como para que un gwurran se escondiera en él. Tenían el morro corto y flexible, y el enorme agujero les permitía sondear el aire en busca de cualquier peligro.

Tampoco es que los lorqual se vieran muy amenazados, pensó Tooqui.

Incluso los cachorros de dos semanas eran demasiado grandes como para ser atacados por una manada de shanh. Normalmente no les gustaba que merodearan extraños, pero a él ni le miraron. Se pegaban los unos a los otros demasiado preocupados por la que iba a caer. Por otra parte, la lluvia le serviría para que su olor les pasara más desapercibido.

Los rayos caían ahora con más frecuencia, por lo que podía ver mejor a la manada. Parecía ser numerosa, aunque era imposible verla entera. Ni siquiera podía ver completamente a un solo lorqual, mucho menos a una docena o más. Quizá los que veía formaban toda la manada, o quizá había más tras ellos, con sus cabezas huesudas pegadas a los flancos de los otros.

Entonces tuvo la idea. Podría matarle o convertirle en un héroe. Pero después de pasarse tres días arrastrándose por la hierba, sobre las rocas y por fangosos agujeros, era la primera idea que se le ocurría. Era un poco duro pensar que probablemente también fuera la última, y quizá ni siquiera saliera bien.

Se agachó y comenzó a tejer una cesta gwurran con las hierbas más secas que pudo encontrar. Era algo que les enseñaban desde pequeños a todos los miembros de la tribu, así que no tuvo dificultades para hacerla en la oscuridad, y sus ágiles dedos manipulaban las espigas con la pericia de la práctica. Avanzando lentamente y con cuidado bajo la lluvia para no molestar a los sensibles lorqual, se puso a buscar otra cosa. Y a pesar de la cortina de agua, no le costó encontrarlo: reunió todas las piedras que pudo en la cesta, piedras redondas no demasiado grandes para su mano.

La parte fácil de la idea había salido bien. Ahora tocaba proceder a la más difícil... y peligrosa.

Siguió deslizándose despacio, secándose el agua de los ojos saltones, intentando encontrar un lorqual que pareciera un poco más adormilado que el resto. Pero con la lluvia y la oscuridad era imposible. Y hubiera sido igual de difícil a plena luz del día, pensó. Apenas había diferencia entre la apariencia y la actitud de los lorqual. Y si seguía dudando era probable que acabara por abandonar la idea. ¿Y entonces qué?

Optó por el animal que más cerca tenía, ya que era tan buen candidato como el resto, y se acercó tanto como pudo. Se colgó la cesta al hombro, se agarró al pelo mojado del lorqual y se alzó del suelo. Al ver que la criatura no reaccionaba, comenzó a escalar. Cuanto más subiera, menos posibilidades tendría de acabar pisoteado bajo los cascos del monstruo.

Y finalmente llegó arriba, manteniendo el equilibrio entre los hombros medianos del animal. Con pasitos ligeros, se dirigió hacia adelante entre los erizados pelos que se parecían bastante a la hierba de la pradera, hasta que llegó a lo que parecía una montura natural entre el primer par de patas y el segundo. La criatura seguía sin reaccionar a su presencia. Empapado y congelado, Tooqui se dio cuenta del gran logro que había conseguido de momento. No perdió el tiempo felicitándose a sí mismo. Lo que había hecho no era nada en comparación con lo que le quedaba por hacer.

Se irguió en el cuello del lorqual y, asegurando su posición, cogió una de las piedras de la cesta y se preparó. No tuvo que esperar mucho. La Luz-Que-Quema brilló dos veces bajo las rápidas nubes. La manada se agitó incómoda, más nerviosa ahora por la intensidad de la tormenta. El trueno retumbó. Cuando lo hizo, Tooqui fijó su objetivo y tiró la primera piedra.

Dio en el blanco deseado justo a la altura del ojo izquierdo. El lorqual próximo al de Tooqui gimió como una luna lamentándose, y se encaramó sobre los dos pares de patas traseras, encabritándose en el aire. Los animales que se hallaban cerca dejaron escapar sonidos nerviosos. Una segunda piedra cortó el aire y le dio a un segundo miembro de la manada, que también se encabritó. Una tercera piedra le dio al lorqual más grande justo en el ojo.

La manada comenzó a moverse de un lado a otro, sin saber qué hacer o cómo reaccionar. Los animales que rodeaban al de Tooqui comenzaron a asustarse en oleadas que llegaban a los más alejados. No dejó de lanzar piedras, agitando a los animales que se hallaban a tiro. El rugido comenzó a crecer, dejándose oír incluso por encima del trueno ensordecedor y de la lluvia.

Los lorqual se lanzaban unos contra otros, confundidos e inseguros.

Entonces Kapchenaga le echó una mano a Tooqui en forma de varios rayos de la Luz-Que-Quema. Con el restallido del último, la manada abandonó cualquier asomo de comedimiento. Empezaron a moverse, primero lentamente, pero cogiendo velocidad. Con la lluvia dándole de lleno en los ojos, Tooqui hizo todo lo que pudo para orientarlos en la dirección adecuada con ayuda de las piedras. Cuando tiró la última, se agarró fuerte mente con ambas manos al pelo del cuello de su montura, sabiendo que de ello dependía su vida. La suya y la de sus amigos. Tampoco tenía elección. Si hubiera intentado bajarse de su gigantesca montura le habrían aplastado como a un insecto. Bajo él, la tierra temblaba bajo el impacto de los lorqual al galope.

El campamento qulun se hallaba ya en silencio, y la oscuridad era interrumpida por los faroles colocados para poder ver las estructuras de noche. El trueno resonaba sin cesar.

Un vigilante hizo resonar la señal de alarma con su cuerno. Las alarmas se multiplicaron por todo el campamento como un eco. Todos se despertaron, algunos más rápidamente que otros. En el carro de los prisioneros, Luminara intentó hacer una pregunta a través de su mordaza, pero no pudo hacerse entender. Percibía movimiento a su alrededor mientras sus igualmente amordazados compañeros intentaban sentarse. Pero no había duda en cuanto a la perturbación de la realidad. La turbulencia no se hallaba en la Fuerza. Provenía del suelo.

Baiuntu lanzaba órdenes a diestra y siniestra, mientras se subía los pantalones. A su alrededor el campamento sucumbía al caos más desorganizado. No había tiempo para enjaezar a los sadain a los carros, casi ni siquiera lo había para despertar a todo el mundo. Bajo su dirección, los jinetes se reunieron. Había una posibilidad de salvar todo por lo que el clan había trabajado. Esgrimiendo sus armas, cargaron en dirección a la tormenta para intentar disolver la estampida.

Los gritos de los sadain, los jinetes y los lorqual se elevaban por encima de la tormenta creando una cacofonía agonizante que no se había oído jamás en aquella región de las praderas. Un disparo, ni siquiera el de un arma moderna, no era ni mucho menos bastante para derribar a un lorqual asustado. Pero muchos disparos podían causar daño, y más disparos podrían obligar a una de las bestias a variar la trayectoria. Los qulun avanzaban y retrocedían ante la manada, disparando selectivamente y haciendo todo el ruido que podían, y los animales redujeron la velocidad. Sin romper el paso, algunas de las bestias cambiaron de rumbo al ver a los jinetes acercándose, y torcieron un poco hacia el Oeste. Otras se separaron de la manada y se fueron hacia el Este. Separada por la mitad, la manada comenzó a dividirse en dirección a ambos lados del campamento.

Pero una parte de ella, tan encabritada que apenas podía sentir los disparos que recibía por parte de los jinetes, continuó yendo ciegamente hacia adelante. Dos fueron derribados a merced de las costosas armas láser importadas por los qulun. Pero otros dos salieron ilesos y se encontraron de repente en mitad del campamento.

Los cascos gigantes aplastaban objetos y construcciones, derribando los ligeros tabiques prefabricados, y haciendo que los que se ocultaban tras ellos huyeran gritando bajo la lluviosa noche. Las gigantescas ornamentas se balanceaban de un lado a otro, lanzando por el aire a los qulun y sus animales. Enloquecidos por el miedo, guiados por el rayo y sangrando por los disparos, los lorqual se abrían paso a través del destrozado y caótico campamento.

Ya no había guardias custodiando el carro de los prisioneros. Se habían unido al resto del clan en el salvamento de sus amigos y familiares, desesperados por proteger

a las personas y a los animales. Tooqui se dejó caer frente al carro y se metió dentro. En el interior encontró a sus amigos, luchando por incorporarse y liberarse. Parecían estar sanos y salvos. Eso era de esperar. Un qulun que se precie jamás haría daño a su mercancía.

Buscó algo más adecuado que sus deditos para desatar a sus compañeros, y encontró los equipos en un rincón, almacenados y etiquetados con pulcritud en un baúl. Primero cogió un sable láser, pero se lo pensó mejor y se decidió por un pequeño y útil puñal alwari que pertenecía a Bulgan. Él sí sabía utilizar un cuchillo. Comenzó a desatar a Barriss. Cuando le quitó la capucha y ella vio quién había venido a salvarles, no supo qué decir. Lo que tampoco importaba, porque seguía amordazada mientras Tooqui le desataba las muñecas y los tobillos.

—Tooqui dice verdad —cloqueó el gwurran sin parar mientras se afanaba—. Tooqui más valiente de su pueblo. El más fuerte, el más sabio, el más intrépido...

—El más charlatán —le interrumpió Barriss cuando se quitó la mordaza.

La pádawan se dio cuenta de que no podía moverse. Tras días de ataduras sus músculos estaban atrofiados y los miembros le fallaban. Su aprendizaje Jedi le permitió recuperar la circulación más rápido de lo que lo hubiera hecho cualquier profano. Tooqui le dijo dónde estaba su equipo guardado. Entre los dos consiguieron liberar enseguida a Anakin, Obi-Wan y Luminara.

Algo chocó contra el lado izquierdo del carro y casi lo volcó. Por encima del estruendo del viento y la lluvia, se oyó un mugido estentóreo, acompañado por gritos de socorro de angustiados qulun.

— ¿Qué ha sido eso? —preguntó Anakin mientras se frotaba las piernas.

Tenía muchas ganas de sentir el sable láser entre sus manos, pero más aún de sentir el cuello sebo de cierto jefe qulun. No le gustaría nada a Obi-Wan esa forma de pensar, pero había veces en las que Anakin se sentía más que tentado de dejar a un lado las enseñanzas de su Maestro. Y ese momento era uno de ellos. Si le dieran la oportunidad de descuartizar al saco de grasa de Baiuntu, se prestaría con agrado a pensarlo bien... después de hacerla.

—Lorqual —Tooqui estaba deshaciendo el material anudado en los tobillos de Kyakhta—. Para pelear con qulun, Tooqui necesita palo grande —levantó la mirada sonriendo—. Manada lorqual palo grande. Tooqui los espantó hacia aquí.

Kyakhta miró estupefacto al gwurran.

— ¿Provocaste la estampida de toda una manada de lorqual hacia nosotros? ¡Nos podrían haber aplastado!

Como para reafirmar la exclamación del guía, algo chocó violentamente contra el carro por segunda vez.

El gwurran miró al guía.

—Alwari bocazas mejor calladito un rato. Y sentadito quieto, que igual Tooqui

tiene accidente y corta dedos pies.

— ¡Mira, enano... ay!, ¿pero qué haces?

Al cabo de un rato todos estuvieron de pie, con sus equipos y su libertad de nuevo consigo. Empuñando el sable láser, Luminara avanzó hacia la salida y echó un vistazo fuera. Los faroles se mecían en los postes y los aterrorizados qulun corrían de un lado para otro, mientras la pertinaz lluvia seguía oscureciéndolo todo. Pero por encima se veía la cabeza de un furioso lorqual perdido.

Fuerza, pensó. Si eso era un lorqual, ¿cómo era una estampida de una manada? Volvió la cabeza y miró al nervioso e intrépido Tooqui entre ellos.

—Pase lo que pase desde este momento, Tooqui, quiero que sepas que Obi-Wan, nuestros pádawan y yo pensamos que eres tremendamente valiente.

—No sólo valiente. ¡Valiente valiente! —El gwurran dio un paso adelante, pero retrocedió cuando uno de los lorqual derribó un enorme depósito de agua en dirección a ellos. Explotó contra el suelo, añadiendo un poco más del líquido elemento a lo que ya caía—. Pero ahora mismo, sólo un poco asustado, asustado.

—Y con razón —Obi-Wan se situó junto a Luminara para escudriñar el entorno—. Deberíamos ir a por los suubatar, si no han muerto o se han perdido con la estampida.

—Los suubatar estarán bien, Maestro Obi-Wan —dijo Bulgan detrás del Jedi—. Son demasiados valiosos para que los qulun los pierdan.

Seguro que han enviado a alguien para que los vigile y los cuide. Y si se mantienen juntos, los suubatar son suficientemente grandes como para rechazar a un lorqual.

El Jedi asintió.

—Entonces tendremos que ocupamos de los guardianes.

—Eso no es ningún problema, Maestro —agazapado tras Obi-Wan, Anakin agarraba con fuerza su sable láser—. Hemos estado tanto tiempo maniatados que me vendría bien un poco de diversión... perdón, de ejercicio.

Barriss miró con desagrado a su compañero.

— ¿No estarás hablando de venganza, verdad, Anakin?

—Claro que no —replicó él de inmediato—. Sólo digo que como alguien se interponga en mi camino, en este momento no estoy de humor como para detenerme y discutir con él amablemente.

Esperaron agazapados en el carro hasta que pudieron salir sin problemas. Llegó el momento de dejarse de charlas. Con Tooqui, Obi-Wan y Luminara a la cabeza, el grupo de ex-prisioneros salió del maltrecho vehículo y comenzó a abrirse paso hacia la parte trasera del campamento qulun. En el camino se encontraron con algunos comerciantes qulun, en su mayoría madres aterrorizadas con sus hijos intentando no cruzarse con los lorqual. No tenían ni tiempo ni ganas de preocuparse por la huida de

los prisioneros.

La ira y la confusión les rodeaban, y el caos completaba a la ya de por sí potente tormenta. Aun así, llegaron a la zona de los establos del campamento sin incidentes. Se agacharon junto a un carro de mercancías sellado firmemente contra la tormenta y los intrusos, e inspeccionaron detalladamente el entorno. Los suubatar estaban ahí, pateando el suelo nerviosos. Las provisiones de los viajeros seguían aseguradas a lomos de los animales.

—Yo veo tres centinelas... no, cuatro —le susurró cautelosa a Obi-Wan. Él asintió.

—Eso es lo que yo veo también —alzó un brazo e hizo un gesto silencioso.

Luminara le hizo un gesto a Barriss, y fue por detrás del carro de mercancías. Obi-Wan y Anakin fueron en la otra dirección. Mientras lo hacían, Barriss recordó lo que acababa de decir su compañero pádawan. La expresión de su rostro contradecía sus palabras. Siguiendo de cerca a Obi-Wan, Anakin parecía realmente ansioso por lo que iba a pasar.

Los dos alwari esperaban junto al carro con Tooqui. Mientras se quedaban ahí, mirando la oscuridad turbulenta, Bulgan recordó algo de repente. Se giró para mirar a su diminuto compañero, se puso de rodillas lentamente y colocó las manos y la cabeza en el húmedo suelo, con los ojos mirando al fango, y la cresta erizada por la lluvia apuntando al cielo. Kyakhta se dio cuenta de lo que hacía su amigo y se apresuró a imitarle, aunque gruñó al ponerse de rodillas. Tooqui observaba la escena satisfecho.

—Vale, vale. Levantaos, cabezones —ambos guías se levantaron, limpiándose el barro y el agua—. Tooqui tiene trato que hacer con vosotros —sus ojos relucieron en la luz intermitente—. Ya no llamáis a Tooqui tonto salvaje y Tooqui ya no os llama tontiestúpidos cabezacubos mediolelos...

Secándose el agua del ojo bueno, Bulgan cortó a su salvador en plena reflexión.

—Ya captamos lo que quieres decimos, Tooqui. Está bien —con su afilado codo, dio un golpecito a su compañero en las costillas ansionianas—. ¿No, Kyakhta?

— ¡Ajá!, supongo que sí —murmuró el otro guía a regañadientes.

Su pequeño y peludo compañero se volvió para observar el establo.

—Así mejor. Tooqui habría ido a ayudar a coger suubatar, pero Jedi quieren que me quede con vosotros para que estéis seguros.

Bulgan llegó justo a tiempo para impedir que los largos dedos de Kyakhta se hundieran en el pelito corto y húmedo del gwurran.

Unos flexos llenaban de luz artificial los establos, tejiendo elegantes arcos de luminosidad, claramente visibles entre la oscuridad y la humedad. Se colaron por la

verja, y Obi-Wan señaló silenciosamente a los dos guardias apostados a cada lado de la estancia. Ambos qulun eran hombres endurecidos por los años como cazadores de depredadores y clanes salvajes. Sus sentidos estaban agudizados y sus capacidades de lucha eran elevadas.

El primero se giró, sorprendiéndose de ver a los dos humanos, pero pudo levantar el rifle y disparar una vez. Obi-Wan rechazó el tiro con una estocada de su sable láser y lo dirigió hacia la oscuridad de la noche. Antes de que el centinela pudiera volver a disparar, el Jedi le había derribado. Al principio, Obi-Wan pensó que su pádawan estaba teniendo problemas con el otro guardia. Pero cuando vio que Anakin estaba peleando con él, frunció el ceño y se dirigió hacia los combatientes. En cuanto vio a su Maestro acercándose, el pádawan acabó con su oponente con un corte rápido en el cuello. El qulun cayó entre el fango del suelo.

Obi-Wan desactivó su sable láser y miró al ansioniano muerto y luego a su aprendiz. Un relámpago iluminó sus rostros y sus cuerpos, pero ni toda esa luz podía reflejar la tensión que había entre ellos.

— ¿Se puede saber qué hacías, pádawan? —la voz del Jedi carecía de tono.

—Nada, Maestro —con gesto inocente, Anakin se guardó el sable láser—. Era más rápido de lo que yo pensaba.

Kenobi contempló a su aprendiz en silencio. Luego asintió.

—Pues ten cuidado, Anakin, porque es probable que tu próximo oponente sea aún más rápido que éste —pasó por delante del pádawan e hizo un gesto cortante—. Vámonos, ya hemos perdido mucho tiempo aquí.

Un silbido agudo hizo aparecer a Luminara y a Barriss.

— ¿Algún problema?

Mientras preguntó esto, Obi-Wan miró a Barriss en lugar de a Luminara. La otra Jedi sacudió la cabeza, con la cara completamente empapada y las gotas colgando de su tatuado labio inferior.

—Eran buenos luchadores. Más preparados que los que nos enviaron en Cuipernam —miró a Barriss. La pádawan mostró un corte que se había hecho en la mano izquierda. La herida sangraba, pero la lluvia la limpiaría y sanaría pronto.

Anakin dio un paso adelante y se quedó mirando la herida.

—Tienes que aprender a guardar las distancias. Sobre todo cuando no sabes qué tipo de armas lleva tu oponente.

—No tengo tan buen ojo como tú —replicó ella bruscamente—. ¿Por qué no me enseñas?

Él se sorprendió.

—No. Ya lo intenté una vez. Había todavía más agua que aquí, ¿recuerdas?

Dijo esto y se dirigió hacia su nervioso suubatar. Ella se lo quedó mirando un poco confundida hasta que finalmente se fue también a por su montura. Ese momento

no era precisamente bueno para ponerse a analizar a Anakin Skywalker o su extraña personalidad, decidió la pádawan. Pero se preguntó si realmente habría algún momento para hacerlo.

El grupo montó silenciosamente a los incansables suubatar. Mientras lo hacían, tanto Kyakhta como Bulgan vieron los cuerpos sin vida de los cuatro centinelas.

El animal de Luminara pateó el suelo nervioso con los cascos de sus patas medianas y traseras, mientras ella intentaba controlarlo y mantenerse en la silla. Hace algunas semanas habría acabado en el suelo. Pero el tiempo le había dado experiencia, y la experiencia confianza.

Controlando al fin a la bestia, siguió a los guías mientras éstos espoleaban a las suyas hacia el Norte. Los suubatar se hallaban ahora bajo manos firmes y órdenes adecuadas, y saltaron la valla electrificada del establo sin dificultad. Y por fin estuvieron en la pradera, galopando hacia el Norte bajo la lluvia. En alguna parte delante de ellos estaba el clan que buscaban y la etapa final de su misión.

Soergg había conseguido retrasarles considerablemente y desbaratar sus planes. Pero cabía esperar que no fuera demasiado tarde. Mientras dejaba que el suubatar la llevara hacia la noche, Luminara rezó por que los representantes de la Unidad mantuvieran su promesa de esperarles para realizar la votación. La experiencia y la sabiduría le decían que semejante votación, una vez realizada, sería casi imposible de revocar.

Tras ellos, un furioso Baiuntu vio lo que había pasado e intentó enviar a una patrulla tras ellos. Pero sus esperanzas de organizar una persecución fueron aplastadas por la visión de todos aquellos qulun que seguían siendo presas del pánico y corrían por el campamento devastado por los lorqual.

— ¡Imbéciles! ¡Poneos en marcha!, ¿a qué estáis esperando?

Su sadain se agitaba nerviosamente de un lado a otro, mientras él luchaba por controlarlo y reunir una partida de hombres a su alrededor. Preocupado por la huida de los prisioneros y del dinero que se iba con ellos, era incapaz de ver a lo que se enfrentaba. Pero su sadain sí que lo veía, así que se encabritó y escapó.

—Miserables...

Sentado en el suelo entre el fango y la hierba, el jefe qulun estaba fuera de sí. ¡Qué noche! Y había empezado tan bien... Se puso en pie y se sacudió el barro de las ropas. Miró a su alrededor y vio que estaba solo. Los extranjeros se habían ido, aunque no alcanzaba a adivinar los medios por los que lo habían conseguido. ¿Les habría retenido lo suficiente como para reclamar el pago anunciado por el hutt? Quedaba una posibilidad. El esfuerzo de haber retenido un tiempo a los Jedi quizá hubiera valido la pena, y en cuanto a la tres veces maldita manada de lorqual, ya se había ido, y sin duda estaba plácidamente reunida en algún lugar al sur del campamento que acababa de destrozar. Y él estaba ahí, en la hierba, enfrentándose a

una corta, pero fangosa caminata hasta su cama.

Bueno, él había sacado a su clan de peores situaciones. No por nada tenía una reputación de líder astuto y comerciante inmejorable. Habría otros días, otras oportunidades beneficiosas. Un buen comerciante sabe cuándo resignarse con la pérdida y cuándo esperar un beneficio. Todo dependía de si había retrasado lo suficiente a los viajeros como para satisfacer al comerciante de la ciudad. Se dirigió de nuevo hacia las impasibles luces del campamento.

Algo siseó levemente a su espalda.

Dio otro paso, y la cosa volvió a sisear. Se giró rápidamente, y buscó u pistola láser con los dedos temblorosos, la que había adquirido en la reunión anual de la lejana Piyanzi. Pero sus dedos no pudieron coger nada.

El arma se le había caído de la funda cuando fue derribado del maldito sadain.

Se puso de rodillas, y comenzó a buscar furioso su arma entre la lluvia y el barro. ¡Oh!, ahí estaba, tirada en la hierba no muy lejos del lugar en el que se había caído. Ahora ya por fin se arreglaría todo, aunque quizá no fuera como cuando el sol se había puesto al atardecer. Fue a coger el arma con alivio, y cuando lo hizo un trío de ojos se materializó justo encima. Ojos rojos, flanqueados por otra trinidad asesina, y otra, y otra más. Con los dientes chirriando, cogió el arma con un movimiento rápido. Para ser tan enorme, Baiuntu era rápido, muy rápido.

Pero ni mucho menos tanto como un shanh.

La mañana trajo consigo un cambio en el tiempo así como en la apariencia del entorno. Las planicies, limpias por la tempestad de la noche anterior, lucían la frescura como si fuera un impermeable de laca. El sol brillaba suavemente, y unos pequeños herbívoros alados iban de espiga en espiga piando. Hasta los imperturbables suubatar llevaban un trotecillo alegre en su séxtuple paso. Sin duda los jinetes estarían disfrutando más de la mañana si la noche anterior hubieran dormido en lugar de galopar.

Aun así, la sana brisa de la mañana era innegablemente tonificante.

De pie sobre la silla, manteniendo un perfecto equilibrio sobre la montura que se balanceaba bajo él, Obi-Wan realizaba una serie de ejercicios de estiramiento. Los dos pádawan observaban la demostración con admiración. Anakin sabía que si intentaba hacer algo parecido, acabaría en la hierba en cuestión de segundos. Lo que Obi-Wan estaba haciendo requería una perfecta coordinación, una confianza plena en sus habilidades y nervios de acero. Su Maestro era famoso por su conocimiento de los misterios neuromusculares complejos del cuerpo.

Luminara cabalgaba aliado del Jedi, y le miraba de vez en cuando.

Podría haberle seguido en sus movimientos, pero prefería descansar. Centró su atención en la pradera. Tenía una o dos preguntas que hacerles a los guías. Espoleó suavemente a su suubatar y se alejó de Obi-Wan para unirse a los alwari.

Eso dejó a Obi-Wan solo para contemplar el paisaje que se desarrollaba lentamente frente a ellos. Aquel mundo nuevo, como todos, tenía muchas cosas dignas de estudio: geología y clima, así como la flora y la fauna visibles.

Mientras tanto, Anakin seguía observando a su mentor desde la distancia. Nunca era capaz de adivinar en lo que pensaba el Maestro. ¿Cuál era el destino de los Jedi? ¿Ser cada vez más solitarios, reservados y distantes? Miró a la joven que cabalgaba a su lado, y no pudo imaginar a alguien tan lleno de vida como Barriss transformándose en un ser melancólico. Y para ser sinceros, Luminara Unduli era mucho más animosa que Obi-Wan. ¿Entonces era sólo un destino reservado a los hombres, vivir una vida de eterna introspección solemne?

Eso no le iba a pasar a él, pensó. Independientemente de lo que trajera el futuro, decidió que no sentiría la vida de desolación que parecía afligir al Maestro Obi-Wan. Recordó el maravilloso espectáculo de cuenta cuentos que había ofrecido a los yiwa. Quizá estaba siendo demasiado duro con Obi-Wan. Quizá no era culpa suya que no sintiera las mismas cosas que sentía él cuando se quedaba mirando el firmamento durante horas y llamaba en silencio a una estrella solitaria. Sus enseñanzas le habían educado para tener compasión ante las carencias de otros. Hasta un aprendiz podía

sentir simpatía por un Maestro, pensó. Desde ese momento, intentaría tener eso en cuenta antes de discutir con Obi-Wan.

Si alguna vez olvido este voto, concluyó con firmeza, será porque ya no soy la persona que quiero ser.

—Anoche lo hiciste bien.

— ¿Qué? —sonrió a su amable, aunque un tanto exasperante interlocutora, mientras emergía de la profundidad de sus pensamientos—. ¿Hacer bien qué?

Barriss se giró hacia él, mientras cabalgaba estilo amazona.

—Cuando escapábamos de los qulun, y sobre todo durante el desafortunado incidente al recuperar nuestras monturas. Vi lo que hiciste.

Él respondió sin interés.

—Hice lo que el Maestro Obi-Wan me dijo que hiciera. Hice lo que tenía que hacer.

—Es la segunda vez que te veo empuñar un sable láser. Eres muy fuerte —notó una punzada en el corte de la mano. Ese tipo de experiencias le enseñarían a no relajarse y bajar la guardia, se dijo firmemente, incluso si el oponente parecía inferior a simple vista.

—He practicado mucho —su suubatar alzó las patas delanteras, luego las medianas y finalmente las traseras para sortear una piedra—. Hay gente que dice que se puede definir a un Jedi por sus habilidades con el sable láser. Quiero que mi habilidad se respete. El respeto impide el combate.

Ella sonrió.

—Al verte, cualquiera diría que podrías pelear con el Maestro Yoda. Él parpadeó.

— ¿Con el Maestro Yoda? ¿Es una broma?

La sonrisa desapareció del rostro de la pádawan.

— ¿Y por qué iba a bromear con algo así? El Maestro Yoda es conocido por ser el mejor luchador de sable láser de la historia. No me dirás ahora que nunca te has adiestrado en combate con él.

—Pues claro que he tenido. Y estoy de acuerdo con que es un buen instructor... de técnica. Aunque tenga que subirse a una plataforma para que sus aprendices puedan verle. Su destreza es digna de ver, sobre todo teniendo en cuenta su falta de alcance —la sinceridad comenzó a perfilarse en su voz—. Pero todo eso es teoría, Barriss. Suposiciones. Aunque lo enseñe el Maestro Yoda. No es pelear de verdad.

Esta vez, en lugar de responder inmediatamente, Barriss se lo pensó un momento.

— ¿Qué te hace pensar que el Maestro Yoda no ha utilizado nunca un sable láser en un combate real?

Él casi se echa a reír a carcajadas, pero se lo pensó dos veces. Obi-Wan y Luminara podían oír, y preguntarle por la causa de tanta hilaridad, y la explicación de Anakin no le iba a gustar nada a su Maestro, que reverenciaba al Gran Maestro, como

todos los demás. Seguro que le diría que algunas cosas no pueden ser objeto de risa.

Pero no por eso iba a ignorar la pregunta de su compañera.

—Venga ya, Barriss. ¿En serio te imaginas al Maestro Yoda en un duelo en serio fuera del adiestramiento? ¿Te imaginas semejante conflicto? —las imágenes que se le venían a la cabeza eran cada una más graciosa que la anterior—. ¿A quién se podría enfrentar? ¿A alguien como Tooqui, quizá?

—El tamaño de un Jedi o la potencia de su sable láser no son lo importante, lo que cuenta es el tamaño de su corazón.

Anakin asintió.

—Vale, dame a mí tamaño y potencia y quédate con el corazón.

Su afirmación rayaba la blasfemia, pero sentía curiosidad por ver la reacción de la pádawan.

Sin embargo, la respuesta de la chica fue mucho más calmada de lo esperado.

—Deberías avergonzarte de lo que has dicho, Anakin Skywalker. ¿Cómo te atreves a cuestionar la capacidad del Maestro Yoda?

—No cuestiono su capacidad —replicó Anakin de inmediato—. No lo hago porque he asistido a sus enseñanzas. No hay nadie más rápido ni más ágil con un sable láser... dentro del Templo. Yo lo único que digo es que las técnicas de adiestramiento empleadas no son las mismas que se utilizan en la batalla. Además el Maestro Yoda es... bueno, no es joven. Y en lo que se refiere a cuestionar, un buen Jedi ha de cuestionarlo todo. Aprender por uno mismo es lo mejor.

—Es bueno que pienses así —dijo ella—. De esa forma nunca tendrás que preocuparte por cometer un error.

—Todos cometemos errores —respondió él—. Eso es lo que se pretende evitar cuestionando las cosas —se palmeó el pecho suavemente—. Yo me cuestiono todo lo que se me plantea. Y ahora mismo hay muchos sistemas cuestionando la forma de gobernar de la República. Anion es uno de ellos, y el resto le vigilan de cerca.

Ella le miró con curiosidad.

— ¿Tú también lo haces, Anakin? ¿Tú también dudas del gobierno de la República?

—Si no lo hiciera, sería el único —señaló más allá de la cabeza de su montura—. Hasta el Maestro Obi-Wan tiene sus reservas. Sobre la corrupción, sobre la dirección que está tomando el gobierno, y sobre la que no está tomando porque cada vez está más empantanado en el fango burocrático... Claro que lo cuestiono. ¿Tú no?

Ella se irguió en la silla y sacudió la cabeza suavemente.

—No tengo tiempo que perder en conflictos políticos. Estoy demasiado ocupada con mi tarea como pádawan, intentando ganarme mi paso a Jedi. Y la labor es suficiente para cualquiera. O al menos eso creo —le miró fijamente—. Qué suerte tienes de ocupar tus pensamientos con problemas del estado galáctico.

Y con otras cosas, quiso decirle él, pero no lo hizo. Aunque el hecho de compartir adversidades había provocado que sintiera una gran admiración por su compañera y por sus habilidades, aún no confiaba en ella plenamente. Sabía que cualquier cosa que le dijera se la contaría a su Maestra. Y Luminara se lo diría a Obi-Wan. Imposible confiar, pensó. Había cosas que era mejor guardárselas.

Cada vez que tenía una disputa dialéctica con alguien, Anakin se reafirmaba en la creencia de que era diferente. Distinto de Barriss, tanto como de Luminara o de Obi-Wan. Su madre siempre se lo había dicho. Deseó poder hablar con ella en ese momento, pedir su sabio consejo sobre diferentes cosas, sobre todo lo que amenazaba con consumirle. Y pensar, reflexionó mientras cabalgaba, que hubo un tiempo en el que la gente pensaba que una separación duradera era estar en lados opuestos del mismo planeta. Pero eso fue hace mucho tiempo, en una época tan antigua que era casi imposible imaginársela, cuando la gente contaba las distancias en unidades de medida y no de tiempo.

Se detuvieron a pasar la noche junto a uno de los innumerables arroyos que atravesaban las praderas. No parecía que los qulun de Baiuntu les estuvieran persiguiendo. O los estragos de la estampida nocturna de lorqual habían sido demasiado graves, o habían decidido no dar caza a los prisioneros que podían atacar sin ser vistos.

—Hay otra posibilidad —señaló Kyakhta cuando hablaron del tema—. Cuanto más nos acerquemos al clan superior, menos se arriesgará a interferir un clan inferior como los qulun.

—Lo que importa es que parece que estamos a salvo —Obi-Wan miraba el atardecer—. Pero hoy haremos guardia. Sólo para asegurarnos.

Anakin se alegró cuando le llegó el turno de vigilancia. Era tarde, más de medianoche en el horario ansioniano, cuando Barriss vino a despertarle. Sólo tuvo que tocarle.

—Sin novedad en el frente —susurró ella para no despertar a los otros. Mientras él se levantaba y se ponía el manto, ella se introdujo con cansancio en el saco de dormir—. No se ve nada ahí fuera, pero no deja de haber ruidos. Este planeta está lleno de sonidos nocturnos furtivos que viven entre la hierba.

Anakin no estaba seguro, pero juraría que la chica se durmió incluso antes de cerrar los ojos.

La ubicación del puesto de vigía había sido cuidadosamente escogida por los guías alwari. Era el punto más elevado junto al campamento, aunque tampoco demasiado, apenas un montecillo sobre el suelo. Aun así, ofrecía una ventaja visual a tiro de piedra de la orilla del arroyo. Encontró un sitio firme y cómodo en el que colocarse, y se preparó a pasar su turno de tres horas.

La tarea de vigilancia le habría parecido a cualquiera insoportablemente aburrida.

Pero a Anakin no. Creció en un hogar uniparental, sin hermanos, y estaba acostumbrado a estar solo. Desde muy pequeño, su única compañía habían sido las máquinas. Se preguntó con indolencia qué habría sido de aquel androide de protocolo que había creado a partir de viejos repuestos. Respecto a cierto comerciante alado y charlatán llamado Watto, no tenía ni idea de lo que estaría haciendo. Sacudió la cabeza para alejar ese recuerdo. Si alguien tenía derecho a ser un poco raro de vez en cuando, ése era Anakin Skywalker. ¿Habría alguien más que tuviera a un toydariano gordo y codicioso como lo más parecido a una figura paterna?

Excepto por la ausencia de paredes, no había mucha diferencia entre retirarse a la parte de atrás de una tienda de repuestos y estar de pie solo en una pradera extraña, bajo el cielo alienígena. Una de las dos lunas de Ansion estaba alta en el cielo y la otra comenzaba a subir, como un par de destellos curvos y plateados brillando contra un fondo de terciopelo negro. Estaban enmarcadas entre un montón de estrellas que brillaban como diamantes. Tantos planetas, tantas preguntas... y muchas de éstas centradas en el mundo en el que se encontraba él en aquel momento.

Algo crujió entre las altas espigas. Fijó los ojos en la dirección del sonido, pero no vio nada. Como Barriss le había dicho antes de irse a dormir, el planeta estaba lleno de pequeños sonidos nocturnos. Comunidades enteras de formas de vida inferiores vivían bajo las ondas de espigas sin dejarse ver jamás por la luz del día. El caos que provocaría una estampida de lorqual entre ellas era inimaginable.

O quizá tampoco era para tanto, se dijo a sí mismo. En los espacios abiertos, la naturaleza adaptaba las necesidades de los pequeños y de los grandes. La tribu de Tooqui era un buen ejemplo de ello. Que intrépido, el pequeño Tooqui. Molesto y preguntón, desde luego, pero tan valiente como, como orgulloso. Anakin admiraba en gran medida esta cualidad en los otros, ya que era lo único que le había ayudado a sobrevivir.

Pasó otra hora hasta que volvió a escuchar crujidos. Cada día tenían un par de encuentros con nuevas especies nativas, que se añadían a su catálogo de formas de vida ansionianas. Pero el registro de formas de vida nocturnas era, obviamente, más reducido. En vista de que no tenía otra cosa que hacer, decidió ir a averiguar lo que provocaba el ruidito en la hierba. Fuera lo que fuese, estaba convenientemente cerca.

Se dirigió a la izquierda y agachándose se adentró entre las altas espigas. El crujido volvió a oírse, esta vez más cerca. Un pequeño grupo de criaturas recolectando grano al amparo de la oscuridad nocturna, pensó él. Sería interesante ver cómo eran. Al menos uno de ellos parecía ser de tamaño considerable, casi tan grande como Tooqui.

Sorprendido en mitad del acecho, el shanh salió de su escondrijo. No rugió. Al igual que muchas otras de las criaturas de Ansion, siseaba. Pero el siseo de un shanh no era como el de un alwari inteligente, o el de las criaturas que poblaban las vastas

planicies. Era un soplo de aire siniestro y profundo. La furia hecha sonido.

Unas garras delanteras y medias se abalanzaron sobre el pecho de Anakin, derribándolo al suelo. En un instante, los enormes colmillos del shanh harían presa del cuello del joven. No había tiempo para pensar, para decidir lo que hacer, para ponderar la mejor actuación.

Mientras los dientes del shanh descendían, Anakin rodó enérgicamente a la derecha. La mandíbula de dientes serrados del animal se clavó en el fango, en lugar de su cuello. El musculoso carnívoro se volvió furioso hacia su presa, con las seis patas tensas, el agujero de la nariz abierto de par en par, y los ojos rojos y convexos flotando como pequeñas y pálidas lunas contra la masa oscura de los brutales hombros de la bestia.

Echándose hacia atrás como un cangrejo, Anakin intentó orientar la Fuerza mientras cogía el sable láser. Lo sacó del cinturón y lo activó... y una garra se lo zafó de la mano de inmediato. El arma aterrizó cerca, justo sobre su interruptor, desactivándose. Eso era lo que ocurría, pensó, cuando se intentaba hacer dos cosas a la vez sin saber cómo. Un verdadero Jedi debía saberlo. Otra dolorosa deuda de todo lo que le quedaba por aprender.

Pero si no hacía algo rápido, sus días de aprendizaje tendrían un final prematuro.

Se puso en pie lentamente, desarmado. Siseando expectante, el shanh le miraba sin parpadear. Al contrario que el pádawan, la bestia no estaba limitada por la necesidad de pensar. Con los músculos tensos bajo el pelo tupido y corto, saltó.

Despojados de su única arma material, Anakin recurrió a lo único que le quedaba. Se concentró como no lo había hecho nunca, y elevó una mano con los dedos estirados.

Su control sobre la Fuerza no era suficiente aún como para empujar al shanh, pero sí como para desviar su mortal trayectoria hacia un lado. El animal pasó de largo, pero le golpeó con las garras delanteras y medias. Anakin se apartó pero quedó herido en un hombro. No gritó.

La sangre caía a borbotones de la herida abierta, que era dolorosa y sucia, pero no profunda. Furioso y confundido, el shanh aterrizó sobre sus seis patas y giró para cargar de nuevo. Mientras lo hacía, Anakin se dirigió a por su sable láser. Sus dedos se cerraron alrededor del cilindro metálico mientras yacía bocabajo. Comenzó a volverse para enfrentarse al siseante adversario. El shanh era un macho grande: potente, rápido, y hambriento. Sabía que sólo le daría tiempo a asestar un golpe. Pero con el sable láser, eso sería suficiente, y cuando fue a darse la vuelta, algo aterrizó con fuerza en su muñeca derecha, presionándola contra el suelo. Casi ciego de dolor, miró hacia arriba y alcanzó a ver un segundo par de ojos rojos y brillantes. A un par de palmos de distancia de los suyos, los ojos se entrecerraron mientras se clavaban en los suyos. El corazón del pádawan se paró por un segundo.

La hembra del shanh se había unido al espectáculo.

Un peso enorme se dejó caer sobre la espalda de Anakin. Todo estaba sucediendo muy deprisa. Utilizar la Fuerza contra un shanh era una cosa, pero ahora había dos. Si intentaba zafarse del macho que tenía sobre la espalda, la hembra le arrancararía la cara de un mordisco. En cambio, si la empujaba a ella para liberar la mano que asía el sable láser, el macho le desgarraría la espalda o engancharía sus mandíbulas alrededor de su cuello. Incluso mientras pensaba esto, se dio cuenta de que estaba malgastando el tiempo.

El macho emitió un siseo creciente, un sonido atormentado como no le había oído nunca. Al mismo tiempo, el pádawan dejó de sentir su peso sobre la espalda. Se había librado del shanh por alguna razón que se le escapaba. Con un adversario menos, recurrió a la Fuerza. Gruñendo de sorpresa, la hembra salió despedida unos cuantos metros. Anakin activó el sable láser.

Antes de que pudiera hacer algo con él, la hembra, aún sorprendida, pero en guardia, volvió a atacar. Justo en mitad del salto, un arco de luz se cruzó con su cuello. Hubo un siseo de dolor, olor a carne quemada, y cayó de bruces sobre el joven, que se zafó del peso utilizando su fuerza.

El enorme macho shanh estaba ahí cerca, tumbado, y le salía humo de la cabeza. Junto a él había una forma que le era familiar. Aunque no era muy alta, a ojos del conmocionado Anakin, la figura adquirió proporciones gigantescas. La desproporcionada figura se desvaneció en una sonrisa dirigida a él.

—Los sonidos pequeños suelen esconder fuentes grandes —vestida únicamente con su túnica, Luminara Unduli desactivó el sable láser y lo dejó caer a un lado—. Un buen vigía tiene que escuchar con algo más que los oídos, Anakin Skywalker. La realidad tiene mil máscaras.

El jadeante Anakin se puso en pie e inclinó la cabeza. —Gracias por darme la vida, Maestra Luminara.

Ella aceptó el agradecimiento con una inclinación idéntica casi imperceptible.

—Tu vida es tuya, Anakin, y yo no soy quién para dada o quitada —el pádawan creyó percibir un brillo en los ojos de la mujer—. Sólo te he ayudado a conservada —se acercó y le echó un brazo al hombro del sorprendido Anakin. Pero la sensación fue increíblemente reconfortante.

Le trajo recuerdos de algo casi olvidado—. Ven conmigo, yo haré el resto de tu guardia.

—Pero no os toca hasta dentro de una hora —protestó él. Una vez más, ella le dedicó una sonrisa cálida.

—Por alguna extraña razón se me ha quitado el sueño de repente. No pasa nada, pádawan. Considéralo como otra experiencia educativa. Algo de lo que aprender. ¿O no? —era una pregunta retórica, pero él reconoció su importancia—. Cuando uno

escucha el sonido de un sable láser activándose en mitad de la noche en un lugar extraño, en un planeta desconocido, sabe que no se ha encendido por diversión. Creo que llegué justo a tiempo.

El joven se sentía mejor a cada paso, y asintió.

—Si alguien quiere saber algo sobre tácticas de ataque con un shanh al acecho, creo que podré contarle alguna cosa.

—Probablemente más de lo que quiera saber —ya estaban de vuelta en el campamento. Ella retiró el brazo de su hombro—. Duerme un rato, Anakin. No te preocupes por mí. Estoy acostumbrada a este tipo de cosas.

Hubiera sido un tanto arrogante protestar. Se fue a su lecho, y se tumbó sin meterse dentro. No muy lejos dormían Kyakhta y Bulgan. Otra figura se movió ligeramente, despierta pero sin levantarse. Luminara se aproximó a ella, susurrándole unas palabras a Obi-Wan, que escuchó atentamente, asintió una vez, y volvió a tumbarse. Anakin esperaba una reprimenda. Pero su Maestro se mostró lo bastante sabio, o comprensivo, como para no decir nada. Lo cierto es que tampoco había mucho que decir.

Pero eso no impidió que Barriss le mirara desde su saco. No dijo nada, sólo se lo quedó mirando. Él aguantó todo lo que pudo, que fue poco menos que un minuto.

—Venga, vale —susurró—. Habla, no te calles.

— ¿Decir qué? —preguntó ella inocentemente. Su expresión y su tono eran bastante impertinentes.

—Ya sabes —él peleaba irritado con su saco—. Que he sido negligente en mi tarea. Que estaba soñando despierto en mitad de la noche. Que no estaba prestando atención a lo que hacía. Di lo que quieras. —Sólo me estaba preguntando si estarías bien.

Él recordó su hombro. Su enfado consigo mismo había conseguido ocultar el dolor un momento, pero ahora volvía con toda su fuerza. Pero le alegraba la sensación, y se abrió a ella, dándole la bienvenida. Se lo merecía. Y se merecía también cualquier reproche que le dirigiera Barriss.

Pero ésa no parecía ser la intención de la chica.

—Me pregunto si al Maestro Yoda, que sólo sabe sobre la técnica del sable láser, le habrían pillado con la guardia baja como a ti.

Le sonrió y se dio la vuelta para seguir con su sueño interrumpido. Un remordimiento se abrió paso en la mente de Anakin, pero no dejó que creciera. Estaba claro que la pádawan estaba en lo cierto. Más que en lo cierto. Le había dado algo más en lo que pensar, algo más que tener en cuenta. Se tumbó boca arriba, acosado por el dolor del hombro, y miró a las estrellas con otra perspectiva, distinta a la que había tenido antes del ataque.

El control sobre la Fuerza era algo más que mover objetos de un lado a otro. Uno

tenía que ser consciente de ella constantemente, y no sólo en momentos de peligro. No era una armadura que protegiera inconscientemente a los que sabían algo de ella. Respondía únicamente a un esfuerzo voluntario, a un estado de alerta. Ése era el problema. Él sólo estaba alerta a veces.

Pero juró que no volvería a pasar. Desde ese momento, estaría siempre con la Fuerza, en lugar de esperar y convocada de vez en cuando. De nuevo, el destino le mostraba todo lo que le quedaba por aprender.

Pero él, afortunadamente, aprendía rápido.

No se reunieron en el entorno usual del Consejo de la ciudad, sino en los jardines del domicilio de Kandah, que como delegada de la Unidad, iba a participar en la moción de secesión. Rodeado por los cuatro costados de las dos plantas del edificio, el patio estaba repleto de vida, con flores y fuentes. Al igual que la casa, todo era fruto de los beneficios obtenidos por la familia de Kandah tras años dedicados al comercio. Esos beneficios hubieran sido mucho mayores, pensó ella mientras contemplaba a sus colegas representantes paseando por los senderos, si no hubieran estado sujetos a los impuestos arbitrarios y excesivos de la República.

Pero si todo iba bien, los obstáculos para obtener aún más riqueza pronto serían eliminados.

El patio estaba diseñado para servir de retiro frente al ruido y la actividad de la ciudad. Hoy ofrecía una privacidad distinta con la reunión de representantes y sus asistentes. Estos últimos se fueron marchando, hasta que sólo quedaron los altos cargos, que apuraban sus bebidas y sus preguntas hasta que por fin pudieron reunirse junto a una fuente traslúcida que emanaba agua perfumada.

—Aún es pronto —dijo Garil Volune, uno de los delegados humanos—. No han estado fuera tanto tiempo.

—Seamos realistas, Volune —dijo uno de los ansionianos—. Ya tendrían que haber vuelto —señaló a la calle principal, que discurría más allá del patio y de la mansión—. Deberían de haber vuelto hace días.

—Los Jedi no nos abandonarían —insistió otro delegado—. No es su estilo. Incluso si fallan a la hora de convencer a los alwari, volverían para comunicárnoslo.

El delegado Fargane, el más alto y cultivado de los cuatro representantes ansionianos, sacudió la cabeza con enfado.

—Tienen intercomunicadores. Ya tendrían que haberse puesto en contacto con nosotros. Y si han fracasado o no, a mí me da igual. Yo sólo pido un poco de consideración por parte de aquellos que solicitan mi voto —un siseo de irritación emanó de su agujero de la nariz—. Puedo admitir estar equivocado, *pero jamás toleraré que se me ignore*.

Por encima de todos ellos, Tolut ofreció una opinión alternativa.

—Puede que tengan algún problema con los intercomunicadores. Volune le miró sin poder creérselo. Al pequeño delegado humano no le imponía en absoluto el enorme armalal. — ¿Todos ellos? ¿Los cuatro?

Tolut hizo un gesto de irritación. A él tampoco le complacía la continua falta de comunicaciones por parte de los visitantes Jedi.

—No sabemos si todos llevaban intercomunicadores. A lo mejor sólo tenían dos.

Dos sí pueden estropearse.

—Los intercomunicadores no se estropean así como así —Kandah respiró hondo—. Si estos Jedi son tan competentes como se dice, se supone que llevarían repuestos. Y seguimos sin saber de ellos.

—Lo más seguro es que hayan fallado en su misión, estén demasiado avergonzados para admitirlo ante vosotros y hayan abandonado Ansion para informar de su fracaso a sus superiores.

Todo el mundo se volvió para mirar en dirección al orador. Tun Dameerd, otro delegado, le respondió:

—Al contrario que nosotros, tú no eres miembro del Parlamento de Ansion, Ogomoor, y estás aquí únicamente en calidad de invitado. No tienes derecho a opinar sobre las negociaciones en curso.

— ¿Qué negociaciones? —Ogomoor ignoró la advertencia, y dejando a un lado su copa, extendió la mano—. Estos Jedi vinieron aquí y os pidieron que retrasarais la moción de secesión para poder regatear con los alwari y que todos los habitantes del planeta sigan viviendo bajo la opresión asfixiante de la República. Y vosotros accedisteis encantados a darles esa oportunidad —describió un amplio círculo para dirigirse a todos y cada uno de los delegados—. ¿Y cuál ha sido el resultado? Más retraso, más confusión, más de lo que siempre ha recibido Ansion de la República. Si eso no es prueba suficiente de que es hora de cambiar, no sé lo que es —volvió a coger el vaso con indiferencia—. Pero por supuesto tenéis razón al decir que yo soy un mero observador. Aunque sepa que hay muchos esperando ansiosos el resultado del voto final. Un resultado positivo.

— ¿El bossban, por ejemplo? —Volune le miró sarcástico. Ogomoor ni se inmutó.

—Naturalmente, Soergg desea que llegue el día en que él y los suyos puedan hacer negocios en esta parte de la galaxia de forma abierta, sin inclinarse bajo la carga de las reglas y normativas caducas de la República.

—No sabía que los hutt se pudieran inclinar —ironizó Dameerd.

Los delegados rieron discretamente, pero no todos, según comprobó Ogomoor. El bossban y él contaban con aliados entre los presentes.

—Ríete si quieres —dijo Kandah fríamente—, pero los negocios de mi familia y de los que apoyaron mi elección a este cargo han sufrido lo indecible bajo la indiferencia y pasividad de la República. ¡ Yo digo que ya es hora de que hagamos algo! Ya hemos esperado demasiado. ¡Convoquemos a votación!

Fargane alzó la copa.

—Kandah tiene razón. Yo me contento con la esperanza de vivir lo suficiente para verlo.

Volune se mordió el labio y sacudió la cabeza.

—Estoy de acuerdo en que la República está algo perdida. También sé que ignoran desde hace demasiado tiempo nuestras peticiones de alivio de los impuestos y leyes opresivos. Pero también es cierto que el Senado ha respondido a nuestras quejas —miró a sus colegas—. ¿Acaso no pensáis todos que si los Jedi consiguen firmar el tratado de paz entre la Unidad de Comunidades y los nómadas, Ansion estará mejor bajo el gobierno de la República que fuera de él?

La discusión que siguió a la pregunta fue acalorada y breve. Una vez más, Kandah tomó la palabra.

—Por supuesto que estamos de acuerdo —ignoró el gesto de sorpresa en el rostro de Ogomoor—. Si no lo estuviéramos, habríamos procedido a la votación el mismo día que llegaron los Jedi. Pero no hay posibilidades de paz con los alwari. No hay acuerdo. Y cada día que pasa, nuestra confianza en el apoyo de los malarianos y los keitumitas disminuye. Es vital que nos *decidamos* ya sobre este tema.

Se hizo el silencio, hasta que Volune ofreció una alternativa.

—De cualquier modo, hoy no vamos a votar. No hemos puesto en marcha los procedimientos necesarios. Yo estoy dispuesto, no sin reservas, como representante de mis votantes, a fijar una fecha para la moción de secesión —miró al ansioniano que tenía a la derecha—. ¿Satisfaría eso al venerable Fargane?

El anciano hizo una pausa y luego asintió.

—Sí.

Volune se volvió hacia el resto.

—Entonces establezcamos un día y una hora, de forma irrevocable. Si los Jedi vuelven antes, les escucharemos. En caso contrario, seguiremos adelante con la votación, y serán ellos los únicos responsables de su negligente falta de respuesta.

La propuesta era demasiado razonable como para que ni el propio Tolut tuviera algo que objetar. Por su parte, Ogomoor sabía que el bossban Soergg y sus seguidores estarían complacidos. La fecha elegida era un poco lejana, pero tampoco era un futuro remoto. Tolut podría plantear problemas, pero su voto podía ignorarse. Tras la reunión de aquel día, Ogomoor podría informar de que Kandah, Fargane, y al menos otro delegado, votarían en favor de la secesión. El voto del resto no era seguro. Quizá se produjera algún traslado de ciertas cantidades considerables de créditos a cuentas bancarias ilocalizables antes de la votación, para garantizar la retirada de Ansion de la República.

Y, mientras tanto, el bossban y él no tendrían que preocuparse de nada más. Porque tras numerosos intentos, por fin el gulun Baiuntu parecía estar haciendo bien su trabajo.

La mañana se abrió lentamente ante los rápidos viajeros mientras Kyalhta se reunía con ellos. El guía se había adelantado un poco y ahora volvía al galope, visiblemente nervioso, con los saltones ojos brillándole. — ¡Encontrados! —anunció triunfal mientras giraba al suubatar.

Extendió su brazo protésico para señalar—. Están justo detrás de aquel monte.

—Por fin —murmuró Luminara—. ¿Estás seguro de que son los borokii?

Los alwari gesticularon afirmativamente.

—No cabe duda, Maestra Luminara. Han emplazado el campamento ceremonial, con los penachos al viento. Es el clan superior de los borokii, el más influyente de todos los clanes alwari.

Lo cierto es que fue una visión mucho más impresionante de lo que ninguno esperaba. Con la experiencia que tenían de los yiwa y los qulun, los viajeros creían poder hacerse una idea de lo que les esperaba. Pero ninguno de aquellos encuentros previos les había preparado para lo que alegró su vista, cuando los suubatar alcanzaron la cima de la colina.

Ante ellos se extendían no docenas de estructuras portátiles erigidas, sino cientos. Había varias instalaciones generadoras de energía que probablemente requerirían de docenas de animales de tiro para su transporte, pensó Luminara. Miles de borokii de todas las edades se afanaban en el enorme y elaborado campamento. Y más allá, varios miles de animales pacían tranquilos en zonas controladas por jinetes de sadain. El tintineo de sus pasivos mugidos, una especie de *ronroneos*, se elevaba por encima de los sonidos del campamento. Aquí residía el poder supremo de los alwari, tal y como les habían dicho. Donde quiera que fueran los borokii, el resto de los alwari les seguía.

—Son surepp —explicó Bulgan en respuesta a las preguntas sobre el ganado—. Los machos son los azules con la melena oscura y los cuernos en espiral. Y las hembras son las verdes, un poco más grandes pero sin melena.

Luminara se incorporó en su silla y dejó que su vista se recreara en el impresionante panorama.

—Nunca había visto un animal con tres ojos alineados verticalmente, en lugar de la colocación horizontal normal.

—El ojo de arriba vigila a los depredadores aéreos, el segundo controla a los otros surepp y el inferior busca comida por el suelo y advierte de los obstáculos —Bulgan se giró en su silla, con el lado de la cara, que tenía el ojo bueno, ligeramente inclinado hacia adelante como siempre—. Los surepp no se pierden nada.

—Ya veo. Supongo que eso está muy bien permaneciendo inmóvil, pero deben tener un perímetro de visión muy deficiente.

El guía asintió.

—Así es, pero lo cierto es que tampoco les hace falta. Cuando estás

completamente rodeado de surepp, no necesitas ver lo que tienes aliado. Pero sí lo que tienes arriba y abajo.

— ¿Y qué pasa con los que se ven alejados al extremo exterior de la manada?

—Pueden girar la cabeza para ver a los lados, y utilizar su sentido del olfato. Tienen visión lateral, aunque no tan buena como la de un dorgum o un awiquod. Como son tan numerosos, los surepp son presas más difíciles para los depredadores que los dorgum o los awiquod, que son más proclives a apartarse de la manada — espoleó suavemente a su montura, y el suubatar comenzó a caminar—. Ésa es la razón por la que los prefieren los clanes poderosos, como los borokii.

— ¿Qué proporcionan los surepp? —preguntó Barriss.

—De todo. Leche, carne, pieles, lana. Antes se empleaban los cuernos

Y los dientes para hacer utensilios. Hoy en día, esas herramientas se importan, y el material animal se utiliza para crear artesanía —sonrió—. Ya veréis algunas muestras cuando estemos en el campamento.

Kyakhta, que iba a la cabeza, levantó su prótesis señalando hacia adelante.

—Vienen jinetes.

No era sorprendente que fuera un grupo de seis, ya que los viajeros habían constatado que ese número era de gran importancia para los ansionianos. Iban más ricamente ataviados que los yiwa o los qulun, y sus ligeras armaduras brillaban al sol. Dos de los guardias enarbolaban sendas varas importadas de carbonita sobre las cuales chasqueaban los estandartes borokii en la brisa de la mañana. Además de los usuales puñales largos, dos de ellos llevaban pistolas láser malarianas. Estaba claro que por lo menos parte de lo que habían oído sobre los borokii era cierto. Tenían riquezas y sabían cómo empleadas.

La curiosidad superó a su reservado carácter, y el líder de los jinetes avanzó con su adornado sadain hasta llegar a los suubatar. Teniendo en cuenta la considerable diferencia de altura de ambas monturas, tuvo que levantar la vista para mirar a los visitantes. Hay que decir que no parecía en absoluto intimidado. Incluso parecía amigable, pensó Luminara, al menos de momento. Lo cierto es que eran los únicos que podían permitirse la magnanimidad.

—Saludos, extranjeros y amigos —el borokii se tapó los ojos con una mano mientras se llevaba la otra al pecho—. Soy Bayaar de los situng borokii. Bienvenidos a nuestro campamento. ¿Qué deseáis del clan?

Mientras Obi-Wan explicaba sus propósitos, Luminara continuó estudiando a los guardias. Buscó signos de hostilidad, pero lo único que encontró fue confianza y una gran maestría. Al contrario que los yiwa, por ejemplo, este pueblo no albergaba sospechas ni tenía miedo de los extraños. Su ausencia de temor estaba respaldada por miles de guerreros. Eso tampoco significaba que las amenazas potenciales les dejaran indiferentes. El líder escuchaba cortésmente a Obi-Wan, mientras los guardias

mantendrían la pose marcial en sus sillas. Pero sus ojos no dejaban de moverse.

Bayaar no tuvo que volver al campamento para darle una respuesta a Obi-Wan.

—Este asunto no es algo que entre en mis cometidos. Yo soy un vigilante, un centinela, y los centinelas no toman semejantes decisiones.

Obi-Wan le dedicó una de sus sonrisas comprensivas y asintió.

—Yo también soy una especie de centinela, así que entiendo lo que queréis decir.

—Comunicaremos la noticia de vuestra llegada al Consejo de Ancianos, así como las razones que os traen aquí. Mientras tanto, seguidme, por favor, y disfrutad de la hospitalidad borokii.

Una vez dicho esto, hizo girar a su montura y descendió la suave cuesta hacia el bullicioso campamento. El resto de la guardia se dividió para flanquear a la caravana de visitantes. Pero era una escolta de honor, no de precaución, advirtió Luminara. Tampoco hubieran tenido mucho que hacer, teniendo en cuenta la disparidad de las monturas de ambos grupos.

Las diferencias entre el campamento borokii y lo que los viajeros se habían encontrado hasta el momento eran llamativas e inmediatamente visibles. Aunque era completamente móvil, la comunidad estaba dispuesta como un asentamiento permanente, con calles temporales, y áreas designadas como residenciales, comerciales o industriales. Estas últimas reunían en una enorme cantidad de cadáveres de surepp para su exportación. Algo tenía que sustentar todas aquellas estructuras importadas y la alta tecnología que se encontraba en todas partes, pensó Luminara.

Atrajeron muchas miradas, pero ni un comentario desagradable. Una vez más se hizo patente la falta de hostilidad, en contraste con el recibimiento que les habían dado los yiwa. Dado el poder y la reputación de los borokii, sumados al tamaño de la comunidad, tampoco era de extrañar. Estaba claro que eran un pueblo que se sentía seguro, y merecían la denominación de clan superior.

Aun así, intercambió una mirada cómplice con Obi-Wan cuando Bayaar se detuvo ante lo que identificó como la casa de los invitados. La última en la que habían estado no les había resultado muy cómoda.

Consciente de sus preocupaciones, Kyakhta se apresuró a tranquilizar a los Jedi.

—Éstos no son los desconfiados yiwa o los hipócritas qulun. Los borokii son demasiado fuertes como para temer a los extraños, y tienen la suficiente seguridad como para darles la bienvenida. Y tienen una gran reputación como anfitriones — señaló la construcción—. Aquí estaremos seguros.

En respuesta, Luminara hizo arrodillarse a su montura. Se bajó, y uno de los guardias de Bayaar tomó las riendas de la bestia y la dirigió calle abajo. Otros guardias se encargaron del resto de los animales.

— ¿Qué pasará con nuestras cosas? —preguntó Anakin en voz alta.

—Nadie tocará vuestras pertenencias —Bayaar no pareció ofenderse por la pregunta. Después de todo, no sólo eran extranjeros, sino alienígenas. Era de suponer que no estuvieran familiarizados con las costumbres borokii. Intentó adivinar cuál de los dos Jedi era el líder de la expedición, pero, como no pudo, optó por dirigirse a los dos a la vez.

Ahora que sabía el propósito que traía a los viajeros hasta el clan, trató de mantener un tono neutral en su voz, aunque tampoco sentía una animosidad especial por las intenciones de los extranjeros.

—Comunicaré vuestra petición al Consejo de Ancianos. Mientras tanto, poneos cómodos. Se os servirá comida y bebida.

— ¿Creéis que el Consejo nos dará audiencia?

Luminara estaba bastante impresionada con la dignidad de la que hacía gala el guerrero—centinela, que había demostrado hasta el momento tanto orgullo como curiosidad. Tampoco era como para considerarle un aliado, pero por lo menos parecía cortés.

—No puedo decíroslo. Sólo soy un centinela.

Se puso las manos en los ojos y en el pecho, y se marchó, dejando a los visitantes a la espera de una respuesta formal. Luminara deseó que no se demorara mucho en volver. Todos los consejos de cualquier tipo tenían una enervante tendencia a tardar en llegar a un consenso. Con un poco de suerte los borokii, acostumbrados a estar en continuo movimiento, serían más diligentes.

Todo lo que experimentaron en las siguientes horas fue una demostración del poder del clan. La comida era más sabrosa, la bebida era mejor, y la decoración de la casa era mucho más ostentosa que todo lo que habían visto en Ansion hasta el momento. Lo cierto es que se estaban tranquilizando. Tras los precarios encuentros con los yiwa y los qulun, era un alivio poder relajarse en un entorno agradable, sabiendo que no había amenazas de ataque. Tanto Kyakhta como Bulgan estaban totalmente convencidos de ello, aunque Tooqui seguía mostrándose reservado. Pero los guías no tenían ni idea de la respuesta que iban a obtener del Consejo de Ancianos borokii.

Bayaar volvió por la tarde. La rapidez de su regreso era motivo de ánimo, pero no sus palabras. Eran demasiado ambiguas. —El Consejo os recibirá —les informó el centinela.

La expresión de Barriss se convirtió en una amplia sonrisa. —Perfecto, entonces.

Mientras hablaba, Bayaar se giró para mirarla.

—No estoy muy seguro de lo que queréis decir con eso, pero creo que os adelantáis a los acontecimientos. Cuando digo que el Consejo os recibirá, es porque lo hará para daros la bienvenida. No hacerlo sería una falta grave. Pero eso es todo.

Obi-Wan se esforzó por interpretar lo que decía el guardia.

— ¿Decís que nos recibirán pero que no escucharán nuestras propuestas?

Bayaar asintió.

—Para que eso ocurra, deberéis ofrecer al Consejo un presente adecuado de su elección.

—Está bien —dijo Obi-Wan relajándose—. ¿Y qué satisfaría al Consejo? Tenemos acceso a un fondo que podríamos emplear para comerciar. Si es necesario algo más sustancioso...

Dejó la pregunta abierta.

—Lo cierto es que el Consejo desea que le ofrezcáis algo más insignificante — Bayaar miró a los miembros del grupo. A lo largo de su, su vida apenas había visto unos cuantos comerciantes humanos, y le fascinaban sus pequeños ojillos aplastados y las variaciones capilares de cada uno—. Quieren que uno de vosotros les lleve un puñado de lana de la melena de un surepp blanco adulto.

— ¿Eso es todo? —dijo Anakin.

Obi-Wan miró a su pádawan para reprenderle, pero sin mucha severidad. A él también le sorprendía la aparente facilidad de la petición.

Lo que le hizo sospechar de inmediato. — ¿Dónde podremos comprar esta lana?

—No podéis comprarla —a Bayaar le disgustaba esta labor de diplomático mensajero. Prefería estar en la pradera encabezando una patrulla de vigías y empuñando el arma—. Uno de vosotros debe cogerla con la mano, a la manera tradicional, y sin utilizar ningún dispositivo alienígena u otras formas de ayuda como un suubatar, de la melena de un surepp blanco.

Tooqui hizo una mueca.

—No me gusta la idea. Demasiados muchos, muchos surepp con pies grandes, grandes, muchos.

Barriss se inclinó hacia su compañero y le susurró al oído.

—A mí tampoco me gusta esto, Anakin. ¿Un puñadito de lana? Me parece demasiado fácil. Los surepp son ganado doméstico, y, por tanto, no debe de ser demasiado difícil trabajar con ellos. ¿Qué dificultad puede haber en coger a uno y quitarle un puñado de lana de la melena?

Anakin movió la cabeza con un gesto de incertidumbre.

—Ya. Quizá sólo sea eso. Porque sea una costumbre no tiene por qué ser difícil o peligroso.

Ella señaló a los Jedi, que conversaban entre ellos.

—Me da la impresión de que pronto lo sabremos.

Obi-Wan se apartó de Luminara y se dirigió de nuevo a su anfitrión.

—Haremos lo que el Consejo nos pide. —Dudó un momento—.

Supongo que podremos coger la lana de uno de los surepp domésticos y que no tendremos que ir a por uno salvaje para conseguirla.

—Correcto. Está permitido cogerla de una de las bestias del ganado.

—Entonces no perdamos más tiempo. Todavía hay suficiente luz.

¿Seríais tan amable de acompañarnos?

Bayaar suspiró. Estaba claro que estos extranjeros no tenían ni idea de lo que les estaban pidiendo. ¡Ajá!, pero pronto lo sabrían.

—Venid conmigo.

El recorrido por el asentamiento nómada fue interesante, y Bayaar no dejó de explicarles detalles ni de describirles lo que veían. Enseguida llegaron a las afueras de la ajetreada comunidad, y vieron las verjas electrificadas recién desenrolladas que rodeaban a los miles y miles de surepp de los borokii. Era una visión impresionante, que mugía mientras se mecía entre las altas hierbas. El mantenerse pegados unos a otros les garantizaba la seguridad, aunque no les dejara mucho espacio para moverse. Coger a un macho, y quitarle un puñado de lana de la melena, requeriría un esfuerzo por parte del trasquilador, aunque tampoco parecía que fuera a ser necesario darse una gran carrera por las praderas abiertas. Pero había un problema. Bayaar les había dicho que el Consejo demandaba un puñado de lana blanca.

Y la lana de todas aquellas docenas, cientos, de surepp que se extendían ante sus ojos era verde o azul. No se veía ni un animal blanco. Ni siquiera uno verde claro. Luminara le indicó la aparente discrepancia a su anfitrión.

Bayaar pareció avergonzado.

—Yo no hago las leyes. Sólo sirvo de vehículo para las normativas del Consejo.

—¿Y cómo vamos a quitarle lana blanca a un animal que no existe?

—dijo Obi-Wan señalando al ganado.

—Sí existe —respondió Bayaar—, el surepp albino es real, y hay algunos entre los que pertenecen a los borokii.

Luminara entrecerró los ojos, mirando al frustrante guardia. —Hay miles de animales. ¿A qué te refieres con "algunos"? Bayaar desvió la mirada incómodo.

—Dos.

Barriss dejó escapar un suspiro, y movió la cabeza.

—Sabía que sonaba demasiado fácil.

—Pero no entiendo cómo vamos a hacerla sin transporte alguno —Anakin estaba visiblemente enfadado. El Consejo borokii les había encomendado una tarea casi imposible. Se dirigió a Bayaar y le preguntó agresivo—. ¿Qué hacen los borokii con sus animales por la noche? —señaló las vallas electrificadas que separaban a las bestias del campamento—. Los otros alwari que hemos conocido rodean a sus animales y los protegen en establos temporales para poder vigilarlos y cuidarlos mejor de los depredadores nocturnos.

Tanto Obi-Wan como Luminara le miraron con aprobación, y él intentó no parecer demasiado orgulloso.

—Los borokii también —reconoció Bayaar—. Pero a mayor escala que otros alwari —señaló la barrera que zumbaba suavemente—. Esto mantiene a los surepp juntos cuando cae la noche, y, mientras tanto, jinetes como yo mantenemos a los shanh y a otras bestias lejos del ganado. Los surepp no pueden saltar la valla, pero un shanh furioso sí que podría. —Has dicho "juntos" —la mente de Luminara trabajaba rápido—. ¿Cómo de juntos?

—Muy juntos —extendió las manos y juntó las palmas hasta casi rozarse—. Así de juntos. Cuando están pegados unos contra otros, los surepp se sienten seguros. Duermen de pie.

Barriss contempló al ganado.

—No tienen más remedio con tan poco espacio. Luminara asintió reflexiva.

—Si el rebaño se concentra en un sitio, será mucho más fácil encontrar a los blancos de noche que de día, que estarán desperdigados por el terreno, como ahora —clavó la mirada en los ojos del gentil centinela—. ¿Cuál sería la reacción de los surepp al sentir movimiento junto a ellos?

Él sonrió.

—Ya entiendo lo que queréis saber. Es algo peligroso. Se puede caminar entre un rebaño de surepp dormidos sin agitarles, pero hay que tener mucho cuidado. Son criaturas nerviosas, es fácil perturbarlas. Si se sienten amenazadas, o incluso intranquilas, su ánimo puede cambiar rápidamente. El que intentara caminar entre ellos podría llevarse una embestida de un macho irritado o podría ser aplastado entre un montón de surepp en movimiento.

Obi-Wan echó una mirada rápida a sus compañeros y tomó la palabra. — ¿Hay algo más que podamos decir para poder localizar al extraño ejemplar blanco? ¿Tienen a congregarse en algún sitio, algún lugar del rebaño?

—Lo cierto es que sí —admitió Bayaar—. Como son tan llamativos, tienen a buscar el sitio más seguro. Que es justamente el centro del rebaño.

Barriss contempló la vasta extensión de terreno cubierta de surepp hasta donde alcanzaba la vista e intentó imaginarse abriéndose paso entre el compacto grupo, intentando a la vez no ponerles nerviosos ni alarmarles. En contraste con el optimismo inicial de Obi-Wan, tuvo que darle la razón a Anakin. No había más que ver aquella enorme masificación de animales para darse cuenta de lo imposible de una tarea que al principio parecía sencilla. Con un deslizador o un suubatar, u otro medio de transporte que les diera una perspectiva superior de las cabezas de ganado, quizá podrían hacer algo. Pero las instrucciones del Consejo de Ancianos eran bastante directas, por lo que había dicho Bayaar. Nada de tecnología alienígena para llevar a cabo la misión, y nada de monturas entre los animales. Ni suubatar ni un pequeño sadain.

No importaba. Tampoco tenían un deslizador. Controlando la Fuerza lo suficiente,

quizá uno de ellos podría elevarse un momento por encima de los animales, pero la energía no permitiría una levitación duradera. Tendrían que pensar en otra cosa. Intentó imaginarse cruzando la verja electrificada y abriéndose paso hasta el centro del rebaño, pasando entre miles de surepp apretujados que en cualquier momento podrían volverse contra la intrusa. Un solo resoplido de alarma podría bastar para desbaratarlo todo. Y una vez adentrada en el rebaño, no habría posibilidad de salvarse de la estampida. Quedaría aplastada bajo miles de cascos y los millones de toneladas de los surepp.

Ella no era la única que se sentía impotente ante el problema.

—Volveremos al atardecer, justo antes de la puesta del sol —le dijo Obi-Wan a su anfitrión—. Al menos —murmuró— hagamos lo que hagamos y sea quien sea el que lo intente, tendremos más posibilidades de localizar al animal albino cuando los hayan reunido para pasar la noche. —y dado que no se nos permite utilizar tecnología avanzada, necesitaremos un cuchillo borokii —dijo Luminara distraídamente, como pensando en otra cosa—. Para cortar la lana.

De vuelta a su lugar de reposo, discutieron a fondo las posibles formas de acometer la condición del Consejo, que desde luego no era una tarea que pudiera hacerse directa y sencillamente. Hubo muchas propuestas, pero todas fueron descartadas rápidamente. Llegó el final de la tarde y les encontró con la misma incertidumbre que tenían al comenzar a debatir la cuestión.

Bayaar les guió de nuevo hasta las lindes del establo provisional. Para disgusto suyo, le habían encomendado la misión de ocuparse de los visitantes. No era un diplomático, así que no le gustaba su cometido, pero intentó hacerla lo mejor que pudo.

Una gran parte de su disgusto procedía de la tarea que el Consejo había encomendado a los visitantes, porque se había dado cuenta de que se encontraba bien con ellos. No le gustaría que salieran heridos, o peor, muertos. Y no sabía cómo iban a cumplir el requisito del Consejo sin que algo de eso pasara. Quizá se dieran cuenta a tiempo de lo imposible de la misión, tuvieran un encuentro breve e insustancial con los ancianos y siguieran su camino.

No podía interpretar sus expresiones alienígenas, pero las caras de sus guías no daban a entender que los extranjeros tuvieran alguna especie de magia que les fuera a ayudar a conseguir lo que querían.

Los visitantes se acercaron a la verja para estudiar en profundidad a los surepp. Ya los habían reunido para pasar la noche y los poderosos animales comenzaban a relajarse. Pero que estuvieran relajados tampoco quería decir que no miraran lo que les rodeaba. Un mugido de uno de ellos sería suficiente para alertar los a todos del peligro.

Algunos miembros del clan se habían enterado de la petición del Consejo,

reuniéndose para ver el espectáculo, más esperanzados de ver un descalabro que otra cosa: Aunque era un acto rastrero para un soldado del rango de Bayaar, otros guerreros de su clan no dudaron en apostar sobre las posibilidades de la extranjera. Y el problema era que los que apostaban en contra tenían que hacer muy buenas ofertas para ser aceptadas.

El guardia frunció el ceño. ¿Qué hacía la hembra más alta? Se estaba quitando las capas exteriores de ropa, lo cual le parecía la manera más extraña de adentrarse en un rebaño apelotonado. Si él tuviera que acometer aquella misión suicida, querría llevar cuantas más capas de ropa mejor, para protegerse de los cuernos, los cascos y el suelo.

Cuando la hembra terminó, sólo llevaba su atuendo alienígena básico.

A la luz del sol poniente, ella le pareció de lo más peculiar. Y lo cierto es que estaban bien pensados para una constitución bípeda tan extraña. La preocupación por los invitados era casi superada por la curiosidad de lo que harían a continuación.

Obi-Wan miraba a los ojos de su compañera mientras discutía con ella en voz baja.

—Sería mejor que no lo hicieras, Luminara.

—Estoy de acuerdo, Maestra —añadió Barriss preocupada.

Luminara asintió y miró al último miembro del grupo.

— ¿Y tú, Anakin? No has dicho nada desde que os planteé mi idea. El pádawan no dudó al ver que se le preguntaba su opinión.

—Yo no lo haría por nada del mundo. Es una locura.

Luminara sonrió.

—Pero tú sabes que no estoy loca, ¿a que sí, Anakin? Él asintió.

—Cuando era pequeño, yo hice un montón de cosas que podrían llamarse locuras. A todo el mundo le pareció una locura que participara en las carreras profesionales de vainas. Pero lo hice y estoy vivo —se irguió un poco—. La Fuerza estaba conmigo.

—La suerte estaba contigo —murmuró Barriss tan bajito que nadie la oyó.

— ¿Así que piensas que debería de seguir adelante con esto? —le preguntó Luminara.

Anakin dudó.

—No soy yo quien tiene que decidir. Si Obi-Wan está de acuerdo... —su voz se apagó sin terminar la frase.

Ella desvió su atención hacia el otro Jedi.

—Obi-Wan ya me ha dicho que no está de acuerdo. ¿Tiene él acaso una solución? El Jedi dudó un instante y se encogió de hombros.

—Yo opino como Barriss... pero no, no tengo otra solución.

—Necesitamos esa lana si queremos que los borokii nos escuchen.

—Lo sé, ya lo sé —Obi-Wan estaba visiblemente disgustado—.

¿Estás segura de que puedes hacer esto, Luminara?

—Pues claro que no —mientras decía esto, se aseguró de que el puñal borokii que le había prestado Bayaar estaba firmemente ajustado a su cinturón—. Pero igual que a ti, no se me ocurre otra cosa. Ésta es la mejor alternativa —sonrió tranquilizadora—. No podemos convencer al Consejo de Ancianos de que razone con el resto de los alwari de nuestra propuesta si no llegamos ni siquiera a hablar con ellos.

—Puede que tu muerte les convenza de nuestra sinceridad, y de las importantes repercusiones para la República que tiene nuestra presencia aquí, pero sigue sin ser una garantía de que nos escuchen.

—Entonces encontrarás otra forma de asegurarles que tenemos buenas intenciones —le dijo. Puso una mano en el hombro del Jedi—. Pase lo que pase, Obi-Wan, que la Fuerza esté contigo siempre, Obi-Wan Kenobi.

Él se acercó y le dio un fuerte abrazo.

—Espero que no sólo la Fuerza esté conmigo, Luminara Unduli, sino que tú también estés a mi lado durante mucho tiempo —señaló a los pádawan—. No te irías dejándome, no con uno, sino con dos pádawan a mi cargo, ¿no?

Ella sonrió.

—Creo que te las arreglarías bien, Obi-Wan.

—Maestra... —dijo Barriss.

La Jedi se giró y le puso una mano tranquilizadora en el hombro a su pádawan.

—No hay nada seguro a priori, cariño —su mano se separó del fuerte hombro—. Yo sé lo que hago. De lo que no estoy segura es de lo que harán los surepp.

Dio un par de pasos hacia atrás, aspiró hondo y miró a Bayaar.

Él no tenía por qué disuadir a la extranjera. Ya había hecho todo lo que había podido para advertirle del peligro al que había decidido enfrentarse. Alzó una mano y señaló a la derecha. El operador de esa sección de la valla asintió y desactivó la verja. Se oyó un *siseo* suave.

—Hemos apagado la barrera en esta sección —les dijo a los visitantes—. Si de verdad queréis seguir adelante, tenéis que hacerla ahora.

—Lo sé —respondió Luminara.

Cruzó la valla, tomó aliento y saltó al lomo del surepp que tenía más cerca.

Por encima del clamor de la aldea y del mugido comunal de las apretujadas bestias, pudo oírse claramente cómo todos los borokii presentes aguantaban la respiración. Su asombro era comparable al de los dos pádawan, aunque éstos temían lo que podía pasar.

Demostrando tener la fuerza de un levantador de pesos, la agilidad de un gimnasta y el entrenamiento de un auténtico Jedi, Luminara avanzaba rápidamente sobre el rebaño. Anakin contemplaba la escena con admiración. Posándose en los lanudos lomos sólo lo justo para impulsarse de nuevo, Luminara volaba sobre los animales, acercándose cada vez más al centro. Alguna de las bestias levantaba la cabeza sorprendida, pero al no ver nada sospechoso volvía a bajada para seguir pastando.

Sus amigos observaban la escena con sus macrobinoculares, pero Kyakhta, Bulgan, Tooqui, Bayaar y el resto de los borokii se conformaban con aguzar la vista.

Incapaz de aguantar la incertidumbre, el centinela se acercó al extranjero llamado Obi-Wan.

— ¿Qué tal lo está haciendo? —preguntó—. Supongo que sigue viva por vuestra falta de reacción.

—Se mueve rápido —dijo Obi-Wan sin dejar de mirar por los prismáticos—. Atrás y adelante. Tan veloz que no podría verla sin este dispositivo.

Tras lo que parecieron horas, pero en realidad eran minutos de tenso silencio, el Jedi murmuró excitado.

— ¡Ya está! —su voz se elevó a pesar de sus esfuerzos por controlarla—. ¡La tiene!

— ¿Tan pronto? —Bayaar estaba absolutamente atónito—. Se mueve realmente rápido vuestra hembra.

—No es mi hembra —se apresuró Obi-Wan a corregirle—. Somos compañeros, iguales. Como vos y vuestros guerreros.

—Ah —murmuró Bayaar sin entender muy bien al alienígena.

—Sí, lo cierto es que es rápida —añadió Obi-Wan—. Ya está de vuelta.

De repente, dio un respingo. Se quitó los macrobinoculares de los ojos un instante, y volvió a colocarlos.

— ¿Qué? ¿Qué pasa? —Bayaar se volvió hacia el rebaño e intentó escudriñar lo que pasaba. Su visión nocturna era excelente, pero no era rival para el otro espectador—. Ha pasado algo.

—Ha resbalado —la voz del extranjero ya no era tan neutral—. Ha resbalado y ha caído. Ya no puedo... no la veo.

Un mugido creciente les llegó desde el lugar en que Luminara había desaparecido. Incluso sin el aparato pudo ver que varios animales comenzaban a agitarse. Y aliado de éstos, otras bestias comenzaban a despertar.

No había tiempo para discutir las alternativas. Tenían que hacer algo antes de que el caos se dispersara.

—Vamos a por ella —les dijo a los pádawan.

Pudo ver las ansiosas expresiones de las caras de ambos, pero no había tiempo para tranquilizarles.

—Concentraos —les ordenó—. Concentraos tanto como podáis. Más que nunca. Y no os separéis.

Tomó a Barriss de la mano derecha y a Anakin de la izquierda y los guió a través de la barrera.

Presionados, empujados por la orientación de la Fuerza de tres individuos entrenados, los surepp les dejaron pasar. Mugiendo y siseando, se hicieron a un lado abriendo un camino para los extranjeros. Los animales les contemplaban furiosos con sus tres ojos. Pero algo les mantenía a raya, había algo que les impedía sepultar a aquellos intrusos bajo sus afilados cascos.

Obi-Wan sabía que si uno de ellos perdía el ánimo, si algún pádawan se asustaba y abandonaba la concentración, los otros dos no bastarían para protegerles del rebaño cada vez más inquieto. Intentó centrar algo de su propia Fuerza en los dos aprendices. Pero mientras se adentraban más y más en el rebaño, algo extraño sucedió.

Barriss se mantenía concentrada, pero la potencia de Anakin aumentó aún más. Era como si al sentir la proximidad del peligro mortal, la Fuerza del joven creciera en su interior. Obi-Wan no alcanzaba a entender lo que ocurría, pero en aquel momento no podía detenerse a examinar el fenómeno. Sólo una cosa importaba.

Encontraron a Luminara inconsciente en el suelo, y un hilo de sangre le caía por la frente. Obi-Wan comprobó de inmediato que la herida era superficial. Pero no tenía forma de saber los daños internos que había provocado la caída. Los músculos de la mano con la que agarraba la de Barriss temblaron. Vio la preocupación en el rostro de la joven. Pero Barriss Offee era digna estudiante de su Maestra. Como sanadora, podría pensarse que lo primero que haría sería echarse al suelo para curar a luminara. Pero como aprendiz de Jedi, sabía que lo que realmente importaba ahora no era la curación individual, sino mantener la Fuerza entre Ellos y los siseantes animales que los rodeaban.

Haciendo gala de una fuerza mental y física inusitada, Anakin cogió o brazos a la Jedi inconsciente. Y comenzaron a desandar el camino juntos. Cada vez eran más las bestias alertadas de la presencia de intrusos en mitad del rebaño. Aunque no había señales de peligro, y no se había producido ningún ataque, los surepp estaban muy intranquilos.

Cada vez era más difícil mantener a raya a los animales. El sudor caía por el rostro de Obi-Wan. Aunque contaba con la ayuda de Barriss y Anakin, la Fuerza se centraba en él, y de él dependía que la energía continuara ejerciendo de barrera. Por fin pudo ver que se acercaban a la verja. El buen Bayaar les miraba ansioso, queriendo animar a los extranjeros pero sin atreverse a darles un grito de apoyo. Detrás de él, el resto de los borokii, que se habían acercado a mirar, susurraban entre ellos.

Algo golpeó a Obi-Wan en un costado que casi le hizo caer. Por un momento, perdió la concentración debido al impacto del flanco de un surepp. Barriss le dirigió una mirada alarmada, pero la tranquilidad sustituyó a la confusión en el semblante de Anakin. Luminara se agitó entre sus brazos. Si le diera por gritar...

Entonces el exhausto Obi-Wan cruzó la barrera y Anakin pasó a la Jedi por encima, que fue recogida por los expectantes Kyakhta y Bulgan, con Tooqui prestando toda la ayuda que podía. La depositaron boca arriba cuidadosamente en el suelo. Barriss se colocó a su lado de inmediato, presionando sus sensibles dedos sobre la frente de su Maestra, y utilizando un poco de su capa para retirar la sangre de la cara de Luminara.

Bajo los sabios cuidados de la pádawan, la inconsciente Jedi emitió un suave gemido.

Tras ellos, se oyó un gemido. Hubo un sonido de hueso contra carne. Anakin Skywalker, medio tropezando, medio volando por encima de la verja, aterrizó en el suelo bocabajo, casi llevándose a Tooqui por delante. Obi-Wan le dirigió una mirada ansiosa, y un crujido estático llenó el aire de la noche. Los surepp retrocedían ante las descargas de la verja. — ¿Te has roto algo? —preguntó Obi-Wan solícito.

Anakin se levantó a duras penas.

—La dignidad, Maestro —señaló con la cabeza a la Jedi—. ¿Cómo está?

Barriss le miró.

—No percibo daños internos, pero no estoy segura del todo. Luminara abrió los ojos. Parpadeó un par de veces.

—Ayúdame a levantarme.

—Maestra Luminara —comenzó a decir Barriss—, no creo que sea muy recomendable que...

—Tampoco era muy recomendable adentrarme en el rebaño —gimió Luminara mientras se incorporaba. Con Obi-Wan a un lado y Anakin al otro, pronto se encontró de pie entre ambos—. Pero había que hacerla —le hizo un gesto de disculpa a Bayaar—. Lo siento, he perdido el cuchillo.

— ¿Qué ha pasado? —le preguntó Obi-Wan.

—No se parece en nada a una carrera de entrenamiento en el Templo.

Cada lomo era distinto, pero tampoco tenía tiempo de mirar dónde ponía los pies.

Tenía que correr sin demorarme, y confiar. Todo fue bien hasta que aterricé en un animal que estaba mojado. Quizá había estado lavándose. Me resbalé, y antes de poder hacer nada, me caí al suelo y me di en la cabeza —sonrió por primera vez mirando a sus amigos—. Gracias por venir, por mí.

—Tú no podías hacer otra cosa que lo que acabas de hacer —le dijo Obi-Wan—. Y nosotros tampoco teníamos más alternativa que ir a buscarte.

—Y yo que pensaba que los Jedi eran los Maestros de la alternativa —murmuró Anakin—. Qué decepción.

Los ojos de Barriss se abrieron al reparar en algo. —y todavía tenemos que encontrar la forma de ir a por la lana, si queremos que los ancianos borokii hablen con nosotros.

Luminara bajó la mano que tenía en la frente, y su labio inferior y tatuado se curvó hacia arriba ligeramente.

—Olvidas algo, pádawan. Yo volvía. —Se desanimó un poco—. A no ser que se me haya caído...

Buscó ansiosa entre sus ropas. Luego volvió a sonreír.

Entre sus dedos se hallaba la guedeja de lana del surepp albino. Era del color de la nieve sucia.

Se volvió hacia Bayaar y le mostró el aparentemente insignificante trofeo que tanto les había costado conseguir.

—Ya has visto lo que ha pasado —le dijo al centinela. Tras él se amontonaban otros borokii, ansiosos por ver la prueba del gran reto—. Hemos hecho lo que se nos pedía. ¿Nos recibirá ahora el Consejo de Ancianos?

El centinela asintió.

—No veo por qué no. Recordaré este momento siempre y se lo relataré a mis nietos, y así lo haréis vos también.

—Los Jedi no tienen descendencia.

Rodeada de sus amigos, se dispuso a cruzar el campamento borokii en dirección a la casa de los invitados.

Bayaar les observó mientras se alejaban. Eran realmente poderosos, estos extranjeros. Cuánto talento tenían, por no mencionar el control de la Fuerza. Por lo tanto, sería un poco raro sentir compasión por ellos.

Pero a él le daban un poco de lástima.

Cada vez caminaba más erguida y con pasos más largos, mientras cruzaban el campamento. Los curiosos borokii que se afanaban en sus tareas nocturnas se detenían para observarles. Anakin, Barriss, Obi-Wan, Kyakhta, Bulgan y Tooqui se arremolinaban a su alrededor para darle palmaditas de ánimo, o caricias exóticas a la manera alwari que no eran en absoluto indiscretas. Mientras tanto, Tooqui expresaba lo mejor que podía su alivio cogiéndose de una de las piernas desnudas de la Jedi, una

posición que además evitaba que los otros tropezaran con él. Limitado por su cargo y manteniéndose al margen del grupo, Bayaar hizo lo que pudo por ofrecerle un felicitación al estilo borokii.

—Toma —le dijo ella, jadeando y tragando aire mientras se detenían al fin ante la casa de los invitados, y le dio el mantoncito de lana—. Llévale esto a los ancianos. Diles de quién procede y cómo ha llegado a ti.

Le dio la espalda al solemne y respetuoso centinela y cruzó la entrada, para caer en los brazos de sus amigos.

—La Fuerza es una maravilla, pero no te puedes bañar en ella. Seguro que el surepp asado tiene un sabor delicioso, pero cuando está vivo huele como cualquier animal herbívoro del rebaño. Tanto si nos reciben como si no. tengo que bañarme antes de poder siquiera presentarme ante el más joven de los ancianos.

Sus amigos le ayudaron a subir las escaleras, y numerosos borokii se congregaron fuera al saber lo que había ocurrido y para ver a los alienígenas. Sus comentarios susurrados estaban llenos de admiración, y sus insistentes miradas no eran en absoluto molestas. Bulgan portaba solemnemente las ropas de la Jedi. La admiración que sentían Kyakhta y él por la alienígena ya era considerable antes del incidente, pero ahora no conocía límites.

Los borokii no acababan de asimilar el concepto de relajación sumergiéndose en una bañera o en un lugar lleno de agua, pero estaban más que dispuestos a satisfacer las demandas de sus visitantes. Y no era una petición muy costosa. Barriss se dedicó a atender a su Maestra, mientras el inquisitivo Tooqui se quedaba con ellas molestando un poco. El resto del grupo se dispuso a comer algo y a descansar.

La conversación animada y las risas llenaron la casa de los invitados de los borokii, y los preparativos que siguieron a la hora de irse a la cama fueron más entusiastas de lo habitual. La herida de Luminara no era grave, y se curó enseguida. Con un poco de suerte, mañana se reunirían con el Consejo de Ancianos de los borokii y darían por terminada su misión en Ansion. Éstas eran las esperanzas que se llevaron todos consigo a su cama borokii, seca y confortable. Hasta la energía inagotable que parecía fluir por el cuerpecillo de Tooqui cesó, y el gwurran se hundió en un profundo sueño sin apenas dar las buenas noches a nadie.

Tumbado sobre su acolchado lecho, Obi-Wan contemplaba la figura durmiente de Luminara, reflexionando sobre lo que había logrado la Jedi. Él no hubiera podido hacerlo. Su talento personal residía en otra parte. La visión de la mujer saltando ligera de un surepp a otro sin detenerse lo suficiente como para alarmarlos, y sabiendo que un resbalón podría significar la muerte por mucho entrenamiento Jedi que tuviera a sus espaldas, había despertado en él el tipo de admiración que sólo inspiraban los miembros del Consejo Jedi. Tenía muchas ganas de preguntarle cómo había hecho para realizar ciertos movimientos que parecían imposibles.

Pero mejor esperar a mañana, se dijo a sí mismo. Aquella noche era para saborear los logros del día y para anticipar los del siguiente. Ya habría tiempo después para ocuparlos con otros pensamientos, otros asuntos.

Anakin, mientras, se relajaba como no lo había hecho en semanas. Si la hazaña de la Maestra Luminara daba los resultados que Obi-Wan esperaba, y por fin se encontraban con el Consejo de Ancianos de los borokii, podrían volver por lo menos a Cuipernam, y de allí a la civilización. Algo que deseaba profundamente, porque cualquier cosa que le alejara de Ansion le acercaría a donde realmente quería estar.

Con los expectantes deseos de acabar la misión agolpándose en su cabeza, se permitió el lujo de abandonarse a un sueño relajado y profundo por primera vez en muchos días.

Aunque la charla trivial discurría más animadamente en aquella reunión que en la anterior, los conspiradores seguían luciendo sus preocupaciones como si fueran joyas. La tensión podía cortarse con cuchillo en el vehículo, a pesar del ambiente aparentemente alegre, un vehículo con capacidad para llevar cómodamente a cincuenta pasajeros, pero que en aquel momento apenas iba lleno a la mitad, incluyendo a los androides de servicio.

A sus pies, la descomunal ciudad—planeta de Coruscant brillaba con tonos dorados al sol de la mañana, mientras la estrella se alzaba sobre el lejano e irregular horizonte de torres y cúpulas. A ninguno de los pasajeros les complacía el momento en el que se había convocado la reunión, pero ninguno pudo negarse a asistir. Había disensiones en el movimiento que requerían una solución inmediata. La mayoría de los participantes pensaban que ya no había tiempo para hablar. Los que estaban a favor de seguir adelante de *inmediato* se habían salido con la suya de un modo casi brusco. Para ellos no era cuestión de acelerar las cosas. Simplemente, por lo que a ellos respectaba, el tiempo de espera había terminado.

Y ésa parecía ser la opinión general en el compartimento de acero transparente. El entrecuchar de las copas de los individuos lujosamente ataviados que brindaban entre sí por el cercano triunfo, daba a entender que la moción de secesión ya había sido firmada y aprobada. Las bromas sobre la cara que pondrían ciertos políticos conocidos y abiertamente impopulares al saber la declaración que se produciría en breve, hacían surgir la risa entre los asistentes.

Pero había unos cuantos que no terminaban de unirse a la impetuosa celebración. Y entre ellos destacaba Shu Mai, que mostraba una expresión humilde y un gesto conciliador. Contemplaba distraída a través del panel de acero transparente el paisaje

interminable de residencias y fábricas, jardines e instalaciones urbanas que se deslizaba bajo ellos. El cielo estaba repleto de naves similares pero mucho menos notables, que transportaban de un lado a otro a seres que se dirigían a su domicilio o a su trabajo. Sólo en Coruscant residían miles de millones, y en la galaxia se repartían billones de ellos, y el destino de todos dependía en mayor o menor grado de la decisión que estaban a punto de tomar los que viajaban en aquel vehículo.

Ella sabía que se trataba de una gran responsabilidad. Demasiada para un individuo. Pero ella estaba preparada. Como presidenta del Gremio de Comerciantes, era su obligación tomar semejantes decisiones. Tarde o temprano, todos los seres vivos tenían que enfrentarse a su destino. La mayoría le daban la espalda. Ella intentaba acoger al suyo con los brazos abiertos.

Alguien tenía que dar un paso adelante y decir lo que había que decir.

La celebración de la victoria se estaba descontrolando, sobre todo teniendo en cuenta que aún no había habido victoria. Se abrió paso hasta el final de la cabina, y se subió a un pequeño escalón. No era una plataforma en condiciones, pero tampoco se estaba dirigiendo al Gremio.

— ¡Aún es pronto! —exclamó Shu Mai lo bastante alto como para que su voz se elevara por encima del murmullo.

La conversación se apagó de inmediato. Todos se giraron para mirarla.

—Demasiado pronto —añadió en un tono más suave pero frío como el acero— para revelar nuestras intenciones, y a nosotros mismos.

—Perdonadme, Shu Mai —dijo un humanoide delgado pero bien formado que representaba a tres planetas—. No sólo no es demasiado pronto, sino que, sssst, ya es la hora. Ya hemos esperado bastante este momento.

Un murmullo de aprobación generalizado siguió a esta declaración. Shu Mai no se sintió intimidada. Nunca lo hacía. Los que se acobardaban fácilmente no llegaban a ser presidentes del Gremio de Comerciantes.

—Todo por lo que hemos trabajado hasta ahora está en juego. Toda la preparación, los planes medidos con fineza, están comenzando a dar su fruto. Nada podría destrozar nuestro sueño excepto una aparición prematura.

—Nada podría hacernos perder el caprichoso apoyo de aquellos planetas que aún dudan, excepto retrasamos todavía más —gritó alguien desde el fondo de la reunión. El murmullo de aprobación se dejó oír de nuevo, esta vez con más fuerza.

Shu Mai alzó ambas manos pidiendo silencio. Le concedieron su atención porque era de los suyos: la respetaban no por su insistencia, sino por el papel que tenía en el Gremio. En el exterior pudo verse un deslizador policial acercándose para inspeccionar el interior del lujoso vehículo. El transporte aéreo estaba sellado y aislado de la vigilancia exterior mediante la tecnología más avanzada, pero aun así Shu Mai esperó a que el otro se perdiera de vista para continuar.

—Amigos míos, todos me conocéis. Sabéis que tanto yo como el resto del Gremio sentimos una profunda devoción por la causa. Desde hace ya muchos años, hemos trabajado juntos, planeado juntos, mantenido el secreto juntos para que el Senado no conociera nuestras intenciones. Los animales más sabios son los que saben esperar a que la fruta madure para comérsela. Si la arrancas demasiado pronto puedes envenenarte.

Una figura musculosa se abrió paso hasta llegar a Shu Mai, que se encontró cara a cara con Tam Uliss.

—Pero si esperas demasiado, la fruta se pudre —el industrial no sonreía—. Tenemos que hacerlo. *Siento* que ahora es el momento.

Shu Mai se bajó del altillo.

— ¿Ahora basas tus decisiones en tus *sentimientos*, amigo mío?

—No de la Fuerza, no, pero conozco a la gente —señaló a la multitud congregada a su espalda—. Conozco a esta gente. Han esperado y han trabajado muy duro para que llegara la hora. Y yo también.

—Yo sería la última en negarle a alguien su momento —replicó Shu Mai con suavidad—. Sólo quiero asegurarme de que sea el correcto —a su derecha, el senador Mousul asintió sombrío. Shu Mai llevó su mirada más allá de Tam Uliss y elevó la voz de nuevo—. Tenemos que esperar a que Ansion declare la secesión. Ese planeta sigue siendo la clave. La repulsa generalizada por la corrupción y la burocracia de la República va en aumento, pero hasta el explosivo más sensible requiere de una chispa que lo haga explotar. La retirada de Ansion ejercerá como detonador, y sus intrincadas alianzas arrastrarán tras él a los malarianos y a los keitumitas. Será la excusa perfecta para actuar.

—El movimiento ya es lo suficientemente fuerte —objetó el industrial—. *Podríamos* esperar a Ansion y al resto, desde luego. Pero al hacerla podríamos perder otros apoyos vitales. Si nosotros empezamos, Ansion nos seguirá dócilmente.

— ¿Estás seguro de eso, amigo? ¿No te cabe duda? Mientras nosotros estamos aquí charlando, hay varios Jedi en Ansion —el murmullo de confusión que siguió a este comentario hizo patente que ninguno de los presentes estaba al tanto de lo que sucedía en el planeta clave—. Jedi trabajando para que Ansion, y, por consiguiente, los malarianos y los keitumitas permanezcan en la República.

Uliss entrecerró los ojos.

—El senador Mousul y vos me dijisteis que ya se estaban ocupando de ellos.

—Y así es —le aseguró Shu Mai—. Pero cuando hay Jedi de por medio nada es seguro hasta que se ha completado. En cuanto el senador reciba noticias de que los Jedi han sido suprimidos y que los delegados de la Unidad de Comunidades de Ansion han votado en favor de la secesión, actuaremos. No antes. Necesitamos que Ansion y los otros declaren su retirada para poder llevar a cabo con seguridad el resto

del plan.

—No —insistió alguien entre el grupo—, no más esperas. ¡Basta de esperar! ¿Qué más da esta semana o la que viene? ¡Yo digo que nos movamos ya! Ansion y el resto nos seguirán. ¡Con Jedi o sin ellos!

— ¿"Con Jedi o sin ellos"? —la repetición de Shu Mai de la proclamación del insistente orador se ahogó en un mar de gritos de apoyo y exclamaciones de aprobación—. Muy bien: dado que la mayoría está a favor de entrar en acción, no tengo más opciones que concederle el deseo —hubo expresiones de júbilo en varios idiomas—. Sólo os pido que esperemos unos pocos días más.

— ¿Unos pocos días? —replicó alguien—. ¿Y qué más da un día más o menos? ¡Estamos ante un punto de inflexión en la historia de la República!

La ansiosa voz del senador Mousul se alzó por encima del clamor. —Si como decís no importa un día más o menos, entonces podemos esperar.

Enfrentándose a sus inexpresivos co-conspiradores, Uliss sonrió condescendiente.

—Dado que unos pocos días no marcan diferencia alguna, os los concedemos. Pero —añadió subiendo la voz para hacerse oír entre las protestas de sus seguidores—solamente unos pocos. Si pasa ese periodo y Ansion no ha votado aún, actuaremos tal y como llevamos preparando tanto tiempo —clavó la mirada en Shu Mai— y los que no se unan a nosotros lamentarán quedarse atrás.

No llegaba a ser una amenaza... pero casi. La respuesta de la presidenta del Gremio de Comerciantes fue una de sus sonrisas.

—Podría pedir una votación sobre esto aquí y ahora, pero no soy ni ciega ni sorda. Veo y oigo por dónde sopla el viento. Que no se diga que no soy capaz de escuchar. Estamos de acuerdo, entonces. Unos cuantos días más serán suficientes — alzó la mirada por encima del industrial para contemplar al expectante grupo—. Me hago cargo de vuestros deseos, amigos míos, y haré todo lo posible por que nuestros planes salgan a pedir de boca.

Los silbidos dieron paso al júbilo. Shu Mai asintió complacida. Estaba acostumbrada a la aprobación general, y sabía que gozaría de ella aún más en el futuro. Mucho más.

Mientras tanto, el senador Mousul y ella tenían mucho que hacer. Tam Uliss no había hecho sino garantizarlo.

Era difícil creer que tras todo lo que habían pasado hubiera llegado al fin el momento, si no de la verdad, por lo menos de debatirla. Sus vestiduras estaban diseñadas para repeler la suciedad, pero no para soportar días a lomos de un suubatar gigante, por no mencionar todo lo demás.

Aun así, con la ayuda de Bayaar y otros miembros del clan, hicieron lo posible

por parecer presentables ante el Consejo. Cuando llegara el momento de la audiencia, Luminara estaba segura de que causarían la impresión de los itinerantes Jedi más imponentes que habían permitido las circunstancias.

Decorada con penachos, bordados de complicada elaboración y colgantes importados de metal trabajado, la sala de audiencias de los borokii esperaba su presencia. Los ancianos ya estaban dentro, esperando a escuchar lo que los alienígenas que habían conseguido la lana del surepp albino tenían que decir. Los guardias de honor que flanqueaban la entrada. Habían sido seleccionados entre los mejores guerreros, pero estaban en posición de descanso. Tras la extraordinaria exhibición de habilidades de la noche anterior, ni siquiera al más valiente se le pasaba por la cabeza desafiar los rápidos reflejos de los extranjeros.

Luminara se detuvo ante la entrada, y se dirigió a los tres guías.

—Vosotros tenéis que esperar aquí. No sois representantes del Senado la República, y no podemos permitirnos distracciones durante el encuentro.

Kyakhta y Bulgan asintieron comprensivos. El gwurran también lo comprendió, pero eso no le impidió tener algo que objetar.

— ¡Tooqui no distrae! Tooqui calladito, dice nada, nada, boca cerrada como grieta en la roca, casi tan silencioso como...

—Como nada, Tooqui —dijo ella poniendo el dedo sobre la boca sin labios de la criatura—. Ésta es nuestra misión y es nuestro momento. Ya te lo contaremos cuando salgamos.

El gwurran cruzó los brazos y resopló con su agujerito de la nariz.

—Los humanos ya no necesitan a Tooqui cuando salgan. ¡La caraplato de humanos más fácil de leer que entrañas de gogomar!

— ¿Has oído? —le susurró Anakin a la expectante Barriss—. Tienes cara de criadillas de gogomar.

—Vaya, gracias —le respondió ella mientras entraban en la estructura—. Tú tampoco es que seas una belleza.

Se suponía que ella bromeaba también, pero prefirió no haber visto el gesto que se dibujó en el rostro del joven.

El Consejo se componía de doce ancianos de ambos sexos. Estaban sentados en un semicírculo ligeramente elevado frente a la entrada. Salvo alguna excepción, todas las crestas eran blancas o grises, menos alguna que tenía puntos o rayas negras. Mientras los extranjeros se iban sentando, un miembro de muy avanzada edad elevó una mano a modo de saludo, con los tres dedos estirados.

—Os damos la bienvenida al Consejo del clan, y escucharemos lo que tengáis que decir. Se harán preguntas. Es de esperar que reciban respuestas.

Así de sencillo, así de directo. Obi-Wan hizo las presentaciones repitiendo lo que ya les habían contado a los yiwa, a los qulun y a los gwurmm, explicando la razón de

su estancia en Ansion y por qué era tan importante que los alwari estuvieran de acuerdo con la propuesta del Senado. Les contó que no sólo era el futuro de Ansion lo que estaba en juego, sino el de toda la República. No había necesidad de adornar las palabras, lo que tampoco era el estilo Jedi. Semejantes florituras eran más propias de diplomáticos profesionales. Obi-Wan era un gran orador, pero no le gustaba nada hablar por hablar.

Cuando terminó, dio un paso atrás y se colocó junto a Luminara en un asiento dispuesto para ello. Como mandaban las jerarquías, Anakin y Barriss estaban detrás de sus Maestros.

Su exposición provocó una gran cantidad de comentarios silenciosos pero enérgicos. Uno de los miembros, una hembra anciana formuló una pregunta más propia de un qulun.

—Entendemos los beneficios que podrían obtener los alwari de la propuesta. ¿Pero qué obtendría el Senado?

—La garantía de que las leyes serán respetadas y de que Ansion permanecerá en la República —respondió Luminara sin dudado—. Si Ansion se va, arrastrará a los malarianos y a los keitumitas. El pacto conservará a la República íntegra.

—Pero Ansion no es un planeta poderoso —señaló otro de los ancianos—. ¿A qué viene tanto interés en nuestras disputas internas, los problemas fronterizos con la Unidad y demás?

—Una grieta pequeña puede provocar el hundimiento de una gran presa —le dijo Obi-Wan—. Es cierto que Ansion no es un planeta poderoso por sí mismo, pero se encuentra en mitad de una red de múltiples alianzas, que es necesario conservar en la estructura de la República.

—No hemos oído hablar de toda esta historia de la secesión que parece preocupar tanto a la gente de la ciudad —comentó otro miembro del Consejo.

—Casi mejor —le respondió Obi-Wan—. Cuando Ansion declare su intención de permanecer en la República, habrá acabado todo. No es la primera vez que se da un movimiento similar. La historia de la República está llena de ellos, pero todo lo que queda hoy en día son nombres.

Pero él sabía que esto era diferente. Mucho más peligroso. Unas temibles fuerzas estaban trabajando para sembrar el descontento en muchos planetas. Por lo que le habían dicho en el Consejo Jedi, parecía que incluso en Coruscant. Pero tampoco había necesidad de contarle a los ancianos más de lo que necesitaban saber. La situación ya era de por sí delicada sin mencionar los peligros en otros planetas.

Otro anciano tomó la palabra.

—Si accedemos a vuestras peticiones. ¿Quién nos garantizará que la Unidad cumplirá su parte del trato?

—La República se asegurará de que se cumplan los acuerdos —y añadió

rápidamente para ahogar las risas de los miembros del Consejo—, así como el Consejo de Caballeros Jedi —esa declaración fue recibida con murmullos de evidente satisfacción—. También procuraremos que ni el Gremio de Comerciantes ni la Federación de Comercio se beneficien de vosotros.

Hubo más preguntas, algunas generales y amistosas, y otras más intencionadas y concisas. Cuando no hubo nada más que decir, el anciano jefe alzó una mano.

—Retiraos en paz, amigos de lejanas praderas. Os daremos una respuesta antes de la puesta de sol. No temáis, puesto que no será una respuesta impetuosa ni irreflexiva —miró a los consejeros a derecha e izquierda—. Esta decisión no afectará únicamente a los borokii, sino a todos los miembros de todos los clanes, desde el recién nacido hasta el moribundo.

Como solía ocurrir en materia de diplomacia, la reunión en sí era mucho más fácil de llevar que la espera consecuente. Los extranjeros no tenían otra cosa que hacer que retirarse a su hogar temporal. Mientras esperaban, recibieron las incesantes preguntas de Tooqui, y de los menos insistentes Kyakhta y Bulgan sobre la reunión. El gwurran podía ser particularmente divertido o molesto, dependiendo del humor que tuviera uno en ese momento.

Cuando por fin Bayaar hizo su entrada, todos se giraron para mirarle.

En un principio le confundió tanta atención, y su expresión se tornó inescrutable. Cuando habló, lo hizo con una solemnidad sin precedentes. —Los ancianos os recibirán de nuevo —se hizo a un lado—. Por favor, seguidme.

Los dos Jedi se miraron y a continuación siguieron al centinela.

Anakin y Barriss les seguían de cerca, conversando en voz baja.

—Así que han tomado una decisión —Anakin aflojó el paso para que Barriss pudiera seguirle—. Ya era hora.

—Siempre impaciente estás —le dijo imitando al Maestro Yoda—, si vida calmada y más larga mejor vivir es.

—Nada de calma en mi vida he tenido —le replicó él. Su sonrisa era inexpresiva—. No sabría cómo reaccionar si no viviera al límite constantemente.

Los asistentes les señalaban el camino a la sala de audiencias. El interior resplandecía no con velas ni lámparas de aceite, sino con luz artificial. Los visitantes tomaron asiento ante el Consejo. Algunos de los miembros se habían cambiado de sitio, pero Luminara no sabía si eso tenía importancia o no. Los guías Kyakhta y Bulgan podrían haberle resuelto la duda, pero no estaban allí.

Una vez más, los Jedi estaban solos frente a los ansionianos. La hembra más anciana comenzó a hablar en un tono cordial.

—Llevamos todo el día considerando vuestra propuesta. Por lo que hemos oído y por la conversación que hemos tenido esta mañana, creemos que los Jedi son dignos de confianza —Luminara se permitió sentirse halagada—. Por tanto, hemos decidido

acceder a todo lo que nos pedís. Nosotros los borokii firmaremos la paz con la Unidad y Ansion permanecerá en la República.

Luminara vio por el rabillo del ojo que Anakin le daba un codazo a Barriss. Los pádawan no cabían en sí de gozo. La expresión de Obi-Wan permanecía inalterable, como siempre.

—A cambio, sólo os pedimos que hagáis una cosa —dijo la anciana.

—Si está en nuestra mano, lo haremos —dijo Luminara cautelosa.

El anciano jefe tomó la palabra.

—Ya nos habéis demostrado que sois rápidos y hábiles, y que vuestras capacidades son muy superiores a las del mejor borokii. Los Jedi son famosos por ser consumados luchadores —se inclinó hacia adelante mostrando los restos grises de su cresta—. Nuestros eternos enemigos, el clan januul, están acampados no muy lejos de aquí. Ayudadnos a libramos de ellos para siempre y os ganaréis la amistad y la confianza de los situng borokii para siempre. Éste es nuestro precio a cambio de lo que nos pedís.

Las sonrisas desaparecieron de los rostros de los pádawan. Si Luminara hubiera estado de pie se habría caído de espaldas. De entre todas las cosas que les podían haber pedido los borokii, de todos los desafíos y requisitos, habían escogido justamente el que los Jedi no podían cumplir. Estaba terminantemente prohibido que los Jedi se posicionaran en disputas internas de grupos familiares, políticos, étnicos o de clan. Si llegara a saberse que la Orden favorecía a unos u otros en temas que no eran jurisdicción de la República, su inmaculada reputación neutral se perdería para siempre. No había nada que pudieran hacer para ayudar a los borokii a vencer a los januul. Nada bajo el sol. Bajo ningún sol.

Pero si se lo decían, los borokii rechazarían entrar en el cuidadosamente estructurado acuerdo con la Unidad. Y al no ver nada más en las leyes de la República que los continuos conflictos con los pueblos de las praderas, los miembros de la Unidad votarían por la secesión.

Era un laberinto imposible. Imposible. Una mirada bastó para darse cuenta de que Anakin y Barriss también eran conscientes de ello.

Por otra parte, Obi-Wan asintió solemnemente.

—Aceptamos de buen grado. Estaremos encantados de ayudaros con vuestros eternos enemigos.

Anakin se quedó boquiabierto. Barriss vio por primera vez a su Maestra estupefacta.

El Consejo borokii estaba visiblemente satisfecho.

—Entonces estamos de acuerdo —los ancianos se pusieron en pie, algunos más despacio que otros, y otros con ayuda—. El lazo está sellado. Partiremos mañana.

Uno por uno desfilaron hacia la salida. Cuando se fue el último, los visitantes les

siguieron.

Apenas habían salido cuando los dos pádawan y Luminara rodearon a Obi-Wan.

— ¿Pero en qué estás pensando? —le preguntó Luminara sin poder creerse lo que acababa de pasar—. ¿Cómo has podido prometer eso?

Sabes que no podemos posicionarnos en este tipo de disputa —su voz estaba llena de frustración y confusión—. ¡No tenemos tiempo para esto!

El Jedi no parecía inmutarse por el tono de Luminara.

—No había elección. O aceptábamos a ayudarles, o rechazaban la firma del tratado que les proponíamos. Así lo han dicho.

—Pero, Maestro —intervino Anakin—, el primer januul que matemos demostrará a los borokii que los Caballeros Jedi están de su parte. Y cuando eso pase, los januul se convertirán en nuestros enemigos. Si ayudamos a los borokii a vencerles, los supervivientes de los januul despreciarán cualquier acuerdo que les propongamos.

—Y al igual que los borokii —añadió Barriss ansiosa—, los januul contarán con múltiples aliados entre los alwari, que también se negarán a cualquier trato con nosotros.

—Los pádawan están en lo cierto —Luminara nunca había estado tan inquieta. La precipitación de Obi-Wan en acceder a la propuesta borokii la había dejado confundida y enfadada—. Da igual el lado del que nos pongamos, borokii o januul. Si demostramos parcialidad, perderemos a muchos de los alwari. Para que se produzca el acuerdo con la Unidad, tenemos que poder contar con todos los clanes alwari.

—Si me dejáis, os lo explicaré —murmuró Obi-Wan cuando por fin dejaron de increparle.

Doblaron una esquina y vieron la casa de los invitados, tan personal, tan cómoda y tan segura.

—Más te vale hacerlo, Obi-Wan —murmuró Luminara—, o ninguno de nosotros dormirá bien esta noche.

Aunque sentía que conocía a Obi-Wan mejor que sus compañeros, Anakin no tenía ni idea de lo que se le había pasado por la cabeza al acceder a la petición de los ancianos.

— ¿Qué hay que explicar, Maestro Obi-Wan? O ayudamos a los borokii, cosa que tenemos que hacer si queremos su cooperación, o no. Sólo hay dos opciones.

Miró a su enardecido pádawan y le sonrió con esa expresión suya, respondiendo suavemente.

—No. Hay otra opción.

El campamento januul estaba a unos cuantos días de marcha, y habrían tardado aún más si todos los borokii se hubieran puesto en camino, pero sólo los guerreros

formaban la expedición. Cuando al fin ascendieron una colina desde la que se veía su objetivo, Luminara pudo apreciar que el campamento januul era muy parecido al borokii. Con sus rebaños y sus estructuras temporales que parecían ser del mismo tamaño.

Como contacto oficial entre el clan y los extranjeros, Bayaar cabalgaba junto a ellos.

—Los januul y los borokii llevan enfrentados desde tiempos inmemoriales —les dijo—. La posición de liderazgo de los alwari ha sido motivo de disputa desde hace cientos de años —miró a la Jedi desde la interioridad de su sadain—. Como guerrero del situng borokii espero ansioso la victoria de hoy, pero personalmente siento que el Consejo os haya mezclado en estos asuntos.

—No tanto como nosotros —le respondió ella mientras indicaba a su suubatar que se inclinara. Desmontó y fue a unirse con sus compañeros en la línea del frente borokii.

Bajo ellos, los januul se habían reunido junto al riachuelo que bordeaba el oeste del campamento. A pesar de la intención de un ataque sorpresa por parte de los borokii, su columna había sido detectada por los jinetes januul días antes. Dispuestos en tres filas frente a la colina, los soldados del clan enemigo estaban preparados para enfrentarse a los borokii una vez más.

Más allá, en el campamento, el desorden manifiesto iba controlándose. Los puestos de venta se cerraban a cal y canto, los niños se ocultaban en casa y los grupos de reserva se posicionaban entre las numerosas construcciones. Y más lejos, en la pradera, el enorme rebaño de surepp pastaba bajo la vigilancia de adolescentes armados, demasiado jóvenes para participar directamente en la incipiente batalla.

Bayaan supo que en ese día morirían muchos, mientras contemplaba las filas enemigas, pero con la ayuda de los poderosos extranjeros, su clan saldría victorioso. Presintió que aquella batalla decidiría el liderazgo alwari por mucho tiempo.

Luminara estudió a los numerosos januul, e hizo un cálculo aproximado. Menos de mil, pero todos ellos bien armados y equipados con armaduras resistentes fabricadas a mano. Obi-Wan se mostraba de acuerdo con sus afirmaciones.

—No hay armamento pesado —se inclinó ligeramente hacia adelante para observar mejor las filas de guerreros—. Ni cañones láser ni armas de ese tipo.

Su amigo exclamó horrorizado.

— ¡Ajá, no! Si los borokii o los januul emplearan esos letales dispositivos alienígenas, ganarían seguro, pero sufrirían el rechazo del resto de los clanes del planeta. Además, si lo hicieran unos, también lo harían los otros. ¿Y entonces qué quedaría de los orgullosos alwari?

—Cruzarían la barrera del auto-extermínio —dijo Anakin.

Aunque jamás lo admitiría, se dio cuenta de que la exhibición de barbarismo, con

los ansionianos armados cabalgando sadain igualmente adornados y unos cuantos suubatar magníficamente ataviados, le parecía un tanto decepcionante. Desde el punto de vista del mero entrenamiento, claro, se apresuró a decirse a sí mismo. La confrontación que iba a tener lugar podía ser muy importante para los ansionianos, pero para él era otro capítulo más en su entrenamiento.

Dejando a un lado, por supuesto, el asunto de que sus amigos y él podían morir.

—Así que éstos son los januul —señaló Luminara—. Son muy impresionantes.

—Al igual que los situng borokii, los hovsgol januul son un clan superior —admitió Bayaar—. Pero con vuestra ayuda, la polémica sobre el gobierno supremo de los alwari quedará finalmente zanjada.

—Eso espero —le dijo Obi-Wan tranquilamente—. Eso es lo que vamos a decidir hoy. Dando ejemplo tanto a los borokii como a los januul.

Era un comentario desafortunado, pensó Bayaar. Pero de todas formas, los alienígenas de ojos planos parecían hablar siempre con acertijos.

Kyakhta y Bulgan habían recibido órdenes de mantenerse al margen de la pelea y quedarse con los que no iban a combatir, y se debatían entre la agonía y la frustración. Habían prometido sus vidas a los extranjeros que les habían ayudado, y ahora les obligaban a quedarse quietos mientras veían cómo sus nuevos compañeros arriesgaban sus vidas en nombre de los alwari. Era casi insoportable. Tooqui, sin embargo, no tuvo nada que objetar cuando le dijeron que no participaría en la lucha.

—Son sólo cuatro —desde una elevación del terreno que daba al río y al campamento januul, Kyakhta se esforzaba por ver algo—. Por muy fuertes y hábiles que sean, no sé qué van a hacer en una batalla con tantos soldados.

—Yo tampoco —Bulgan se frotó el parche del ojo—. Pero sabes tan bien como yo que estos alienígenas son una caja de sorpresas.

—Tooqui sabe lo que va a pasar —los dos alwari miraron hacia abajo—. Los Jedi hacen algo estúpido, estúpido.

Se fue al extremo de la colina para no perder de vista a Barriss. Kyakhta hizo un esfuerzo por no darle una patada al pequeño gwurran.

—Tienes suerte de que la Maestra Luminara me ordenara no golpearte. Deberías mostrar un poco de respeto. Pase lo que pase, estoy seguro de que no se dejarán matar. Su misión es demasiado importante para ellos.

Tooqui le miró.

— ¿Quién dice que los matan? Tooqui no dice eso —el gwurran volvió a centrarse en el espectáculo que se desarrollaba más abajo—. Tooqui dice que hacen estúpido, estúpido. A lo mejor piensan hacer algo estúpido, estúpido para hacer por encima de cabezas estúpidas, estúpidas de alwari.

Los guías intercambiaron una mirada de confusión con el igualmente asombrado Bayaar. Luego se dieron cuenta de que era absurdo intentar comprender el sinsentido

de las palabras de un gwurran, y se aproximaron al borde de la colina para seguir los acontecimientos.

Desde el frente, el salvaje espectáculo era aún más impresionante que desde arriba. Los januul se habían dispuesto en una triple línea de defensa frente a los borokii, y su actitud y su atuendo hablaban de su ferocidad. Llevaban pinturas de guerra en la cara, en los brazos y en las crestas. Las armaduras, hechas de cuero y materiales artificiales, estaban adornadas con festones individuales, familiares o del clan. Además de los tradicionales arcos y flechas, hondas y espadas, llevaban pistolas y rifles láser de importación. Sus expresiones eran las de un pueblo empeñado en vencer a su enemigo, sin importar el coste.

Los soldados borokii, en formación frente a sus rivales, ofrecían una visión no menos espectacular. Exhibiendo su actitud tanto como sus armas, los guerreros competían entre sí por su lugar, machos armados peleando por obtener una posición en primera línea. Los líderes del clan, a lomos de sadain, se adelantaron para aleccionar a sus tropas. El aire estaba lleno de expectación y del equivalente ansioniano a la adrenalina. Desde la cima de la colina, Kyakhta y Bulgan comprendieron con preocupación que el combate comenzaría en cualquier momento. Entre ellos se encontraba Tooqui, en silencio.

Los gritos y las imprecaciones entre ambos bandos cesaron de repente. Las cabezas se alzaron y las armas descendieron. El centro de la línea borokii se puso en marcha. Avanzando en fila de a uno, los dos Jedi y sus pádawan marchaban hacia el centro del campo de batalla. Sobre la colina, Kyakhta, Bulgan y Tooqui contuvieron la respiración.

Unos cuantos borokii murmuraron con expectación. Aunque sólo unos pocos habían sido testigos de la hazaña con los surepp varias noches antes, casi todos sabían ya la historia. Y en cuanto a los januul, estaban demasiado sorprendidos con la sola presencia de los alienígenas como para hacer ningún comentario. Dada la precaria posición de aquellos extranjeros sin cresta y de ojos planos, sus intenciones quedaban claras a ojos de los januul. No había duda. Tenían que morir tan pronto como los malditos borokii.

A medio camino entre ambos bandos, Luminara y Barriss se giraron para contemplar a los numerosos borokii. Anakin miraba a los januul, y Obi-Wan tomó la palabra. Los borokii esperaban ansiosos a que el extranjero formulara el desafío. Pero el Jedi describió un semicírculo y se dirigió a ambos frentes.

— ¡Escuchadme! Mi nombre es Obi-Wan Kenobi, Caballero de la Orden Jedi. A mi lado está la Jedi Luminara Unduli, y junto a ella su pádawan Barriss Offee. Y también junto a mí se halla mi pádawan Anakin Skywalker. Hemos venido a vuestro planeta a conseguir un acuerdo definitivo entre los alwari y la Unidad de Comunidades, para que el pueblo de Ansion permanezca en paz dentro de la

República Galáctica, y con la seguridad de que sus leyes y normativas se apliquen de forma justa y a todos por igual —alzó un brazo abarcando el cielo en un gesto—. Ahí fuera, más allá de Ansion, hay potencias que ni siquiera podéis llegar a imaginar. Hay asuntos en juego vitales para todos los seres vivos de la galaxia. Y Ansion tiene un papel crucial en todo esto —siguió girando lentamente mientras hablaba, bajando el brazo—. Estamos aquí porque sabemos que allá donde vayan los borokii y los januul, les seguirán el resto de los clanes. Os pedimos que vuestros ancianos, los de ambos bandos, se sienten con nosotros a discutir esta propuesta. Hay en juego cuestiones mucho más cruciales que aquellas por las que queréis mataros hoy —los borokii comenzaron a agitarse. ¿Qué clase de desafío era ése?

—Tenéis que aprender a colaborar —continuó Obi-Wan—. *Entre* vosotros, y con los que viven en las ciudades. Si no lo hacéis —concluyó—, perderéis aquello por lo que lucháis contra los seres codiciosos que intentan manejaros, como el Gremio de Comerciantes, que apenas os ve como un peón en un juego mucho más importante.

Excepto por el confuso murmullo que emergía de los borokii, su discurso fue recibido con un profundo silencio. Entonces, un oficial januul se adelantó en su adornada montura. Le señaló con la espada ceremonial y gritó con rabia.

— ¡No sabemos de qué hablas, alienígena! Obi-Wan respondió con serenidad.

—Por supuesto que no. Eso es porque aún no nos habéis escuchado.

Dadnos esa oportunidad.

Uno de los líderes borokii se adelantó.

— ¿Qué clase de ayuda es ésta? Esto no tiene nada que ver con otros planetas, extranjero. ¡Cumple con la promesa que le hiciste a los ancianos! —Ansion es parte de la República —replicó Luminara—. Y dentro de la República, todos los conflictos atañen al Senado. Y al Consejo Jedi.

El borokii hizo una mueca.

— ¿Así que en lugar de ayudarnos habéis decidido salvarnos de nosotros mismos? De acuerdo, entonces. No necesitamos vuestra ayuda. Los borokii saben cuidarse solos.

Un grito desafiante surgió de la masa de guerreros que le seguía. Recibió una respuesta idéntica por parte de los januul, cuyo oficial tenía algo más que decirles a los visitantes.

— ¡Haceos a un lado, alienígenas! Vamos a arreglar esto como siempre lo hemos hecho, al modo tradicional. Vuestras intenciones no nos importan, ya es demasiado tarde para intervenir. Los borokii están aquí y estamos preparados para vencerles.

Alzó la espada, y dejando escapar un aullido agudo que un humano sería incapaz de reproducir, espoleó a su sadain.

Obi-Wan se concentró y alzó una mano para ayudarse en la orientación mental. Dirigió su palma extendida hacia el oficial, dando un golpe seco en el aire. Fue como

si el sadain se diera de bruces contra un muro. A pesar de sus patas, cayó al suelo, más aturdido que herido. Su jinete voló por encima y aterrizó aparatosamente en el suelo. Debido al impacto, la espada se le escapó de la mano de tres dedos. Los soldados januul lanzaron un grito y comenzaron la carga, con las armas en ristre. Aullando y siseando, los desafiante borokii respondieron al ataque.

Las flechas cruzaban el aire, las hondas zumbaban, y lo que es más peligroso, las pistolas láser entraron en acción. Cualquier cosa que se acercara a los Jedi, era rechazada por los sables láser, que se movían tan rápido como el rayo. Los proyectiles que les llegaban por el aire eran desviados mediante una profunda aplicación de la Fuerza.

Tres januul saltaron sobre Luminara. Tres estacadas de su sable láser desarmaron al primero, derritieron la hoja del segundo y rechazaron la porra que blandía el tercero. Estaba demasiado ocupada para fijarse en sus caras de asombro. Al verse desarmados, retrocedieron lentamente de la sacerdotisa de piel olivácea, de regreso a su frente. Y cada vez les acompañaban más de los suyos, mientras Luminara y sus compañeros neutralizaban metódicamente a un grupo tras otro de salvajes guerreros.

Dos furiosos borokii se aproximaron a Anakin disparando con sus pistolas láser, y éste se dirigió a ellos directamente, rechazando cada disparo con la hoja de su sable. En dos movimientos les quitó a ambos el arma de las manos. Habría sido muy sencillo repetir la jugada y cortarles las manos de un golpe limpio. Pero las instrucciones de Obi-Wan, mientras marchaban al campo de batalla, habían sido muy precisas.

—Nada de mutilar ni matar —le instruyó el Jedi—. Es imposible ganarte el corazón de un pueblo si le estás cortando las manos y la cabeza.

Pero tampoco era necesario utilizar al máximo la Fuerza, pensó. Por lo menos no contra aquellos dos valientes que habían cargado contra él. Al verse con las manos vacías, volvieron con el resto a la seguridad del frente borokii.

Tras otros diez minutos de ferocidad fútil, los borokii y los januul por fin se dieron cuenta de que la lucha había terminado. O que era absurdo continuarla. En toda su experiencia conjunta, en toda su historia compartida, jamás habían oído hablar de una guerra a tres bandos. Nunca habían visto algo así, y no sabían cómo enfrentarse a ello. Sobre todo teniendo en cuenta que ni dos bandos juntos eran rival para el tercero.

Pero tampoco eso era cierto del todo. Los alienígenas no habían atacado a nadie. Ellos eran los que habían empezado, al pensar que los extranjeros querían enseñar el arte de la guerra a los poderosos guerreros de los clanes superiores. Y dado que era eso precisamente lo que habían hecho, no tenían más remedio que retirarse para reflexionar sobre aquella situación sin precedentes. Por no mencionar que la mayor parte de sus mejores armas habían quedado destruidas. Y eran sólo *cuatro* intrusos sin

cresta. ¡Sólo cuatro!

Y ambos bandos también eran conscientes de que los extranjeros no habían herido a ningún combatiente. Sólo habían destruido las armas. Pero, ¿qué garantías había de que si seguían con la lucha, el parte de bajas continuaría a cero? Los desarmados guerreros se miraban unos a otros gritándose su confusión. Si no habían podido acabar ni con uno de los alienígenas con las pistolas láser, era muy poco probable que lo logaran con armas convencionales, como la espada o la lanza.

Algunos de ellos comenzaron a sugerir sutilmente que quizá sería mejor escuchar lo que tenían que decirles los visitantes. Escucharles, dejar que los rebaños engordaran en ambos bandos, y esperar. Siempre habría posibilidad de continuar aquella ancestral disputa en otro momento.

Las filas de los januul se separaron para dejar paso a una figura de autoridad. Barriss, jadeante y con el sable láser en guardia, se dio cuenta de que era lo suficientemente adulto para ser un anciano. A su vez, otro individuo de cresta cenicienta pero que aún estaba en la madurez, se adelantó de entre la masa de borokii. Los dos ancianos se miraron desde los extremos del campo de batalla con el mismo desagrado que respeto. Cuando hablaron, lo hicieron para rendirse a la realidad.

Los visitantes expusieron sus razones de forma admirable para tratarse de un encuentro de urgencia con no uno, sino ambos Consejos de Ancianos. Los borokii invitaron a los cuatro alienígenas a volver a sus aposentos, pero la propuesta fue igualada enseguida por los januul, que no podían permitir que una reunión de tal magnitud tuviera lugar en suelo borokii. Ladeando sus monturas, los januulles rogaron que les siguieran a su campamento principal.

El resultado de ambos ruegos era contradictorio. Ambas partes amenazaban con continuar peleando sobre quién acogería el pacífico encuentro. Visiblemente molesta, Luminara decretó que la cumbre no se celebraría en ninguno de los dos campamentos, sino que se construiría un lugar nuevo, con materiales provistos por ambos bandos, exactamente en el sitio en el que se hallaban en ese momento. De esa forma, ninguno de los dos clanes podría reclamar un derecho especial sobre los procedimientos.

Los borokii accedieron a regañadientes. Los januul estuvieron de acuerdo de mala gana. Los cuatro alienígenas se alejaron del campo de batalla, conscientes de que cientos de ojos convexos se clavaban en ellos. Hicieron lo posible por aparentar que no había ocurrido nada especial, y que la impresión que habían dado era lo habitual en los representantes del Consejo Jedi.

Pero lo cierto es que estaban absolutamente exhaustos. No hay nada más agotador para un buen luchador que meterse en un combate en el que lo imprescindible es conservar la vida del enemigo.

Sobre todo cuando el oponente está dando lo mejor de sí para acabar con él.

Aunque los ancianos borokii se sentían traicionados por sus aliados alienígenas, no tuvieron más remedio que participar en la nueva reunión. Por su parte, a los januul todo aquello les resultaba sumamente sospechoso.

— ¡Nos habéis mentido! —rugió el anciano jefe borokii acusándoles, impasible ante la reacción de los januul— ¡Rompisteis el juramento solemne!

—En absoluto —respondió Obi-Wan—. Nos pedisteis que os ayudáramos con vuestros eternos enemigos, los januul, y eso es exactamente lo que hemos hecho —sonrió—. Nunca dijimos nada de vencerles.

El anciano se quedó dudando, con la boca abierta, e irritado por la respuesta. Finalmente volvió a su sitio en la alfombra. A su derecha, una de las ancianas se cruzó los nudillos y se reía... bajito. Los ancianos januul estaban atónitos.

Al final ambos bandos se dieron cuenta de que habían sido víctimas de la estratagema de los Jedi, y decidieron firmar una reconciliación eventual dentro de los términos del tratado. Luminara pensó que hasta pasado un tiempo no serían conscientes de que ambas partes salían ganando, por la paz entre ellos y con la Unidad de Comunidades. Y lo que es más importante, por la permanencia de Ansion de una vez por todas en la República y bajo sus leyes.

Bayaan estaba encantado con el resultado, ya que había pensado que perdería a muchos de sus amigos aquel día, de su clan y de los extranjeros. ¿Quién hubiera pensado que acabaría así?

—Ya me han dicho que los dos Consejos han accedido a todas vuestras peticiones. El acuerdo se sellará esta noche de la forma tradicional, con una fiesta en la que participaremos los borokii y los januul —si hubiera tenido labios, les habría besado a todos—. Aquellos que tengan la suerte de ser invitados presenciarán algo realmente digno de recordar. Y también sé que ambos bandos tienen un regalo para vosotros, pero no me han dicho qué es.

No había gritos de júbilo ni grandes emociones en la casa de los invitados. Sólo sonrisas de satisfacción y el reconocimiento de un trabajo bien hecho. Si no hubieran tenido el entrenamiento adecuado, y si la batalla a tres bandos hubiera durado un poco más, podrían haber quedado heridos, o peor, muertos. Ahora intercambiaban tranquilas felicitaciones, y los aliviados Maestros congratulaban a sus entusiasmados pádawan.

Pero nadie estaba más contento que Anakin. Había disfrutado de la oportunidad de pelear con algo más que con las palabras, aunque jamás reconocería esto en voz alta. Y menos al Maestro Obi-Wan, y ahora regresarían a Cuipernam, para lo que nunca sería demasiado pronto, y de ahí a Coruscant para presentar su informe en

persona ante el Consejo Jedi. Y después de eso, si no estallaba otra crisis en la galaxia que requiriera su inmediata presencia, tendrían un periodo de descanso. Si conseguía solucionar el problema del transporte, y el Maestro Obi-Wan accedía, sabía exactamente dónde pasaría su permiso.

La fiesta fue como Bayaar les había prometido, un intenso espectáculo de luz, sonido, comida y bebida. A la mañana siguiente se despidieron de sus nuevos aliados entre los januul y los borokii. Quizá deberían de haberse relajado mientras galopaban hacia la lejana Cuipernam, pero no podían. Al no tener los intercomunicadores, destruidos por el jefe qulun Baiuntu, no podían informar a nadie de su éxito, sobre todo a los delegados de la Unidad. Como decía el viejo aforismo, no tenían tiempo que perder.

Kyakhta y Bulgan iban a la cabeza, hinchados de orgullo por haber participado en un momento tan decisivo de la historia de los alwari. Y como era ya costumbre, Tooqui viajaba con Barriss recorriendo su suubatar de arriba a abajo. El paciente animal toleraba sin quejarse las carreras del gwurran.

—Un gran logro, Maestra.

Barriss cabalgaba junto a Luminara. Con la experiencia, se había hecho a la silla, y ahora montaba con la facilidad de un próspero comerciante.

—Un logro —Luminara sólo estaba dispuesta a concederle eso—. Un trabajo bien hecho. Las cosas "grandes" lo son gracias al paso del tiempo. Todo el mundo piensa que las cosas que consigue son dignas de inmortalizar, pero el tiempo lo acaba poniendo todo en su sitio. Con el paso de los siglos, la mayoría de los "logros" son desterrados, y al cabo de milenios ya nadie se acuerda de ellos —al ver la expresión de su pádawan, intentó parecer más animada—. Lo que no quiere decir que lo que hemos hecho no sea importante. *Nuestra* historia es ayer, y ayer es lo que importa. Además, ninguno somos historiadores. ¿Quién puede decir lo que será crucial o lo que no, en el discurrir de la civilización? Desde luego, no un Jedi. Quizá el Consejo o los sabios historiadores. Lo que importa es que hemos hecho lo que teníamos que hacer y que muy pocos seres han muerto por ello.

Barriss aceptó el discurso un momento, y luego sonrió.

—Digan lo que digan sobre lo que hemos hecho en Ansion, yo opino que mantener a raya no a uno, sino a dos ejércitos sin matar a nadie es algo especial. Estuvisteis increíble, Maestra. No tuve mucho tiempo para mirar, pero de vez en cuando vislumbraba algo. Y no he visto nunca a nadie tan calmado y valiente bajo tanta presión.

— ¿Calmada? ¿Valiente? —Luminara rió—. Hubo momentos en los que me moría de miedo, pádawan. Pero el truco es no mostrarlo. Tienes que acordarte en todo momento de en qué cajón mental guardaste el coraje, para poder ponértelo cuando lo necesites.

—Lo recordaré, Maestra.

Luminara sabía que así sería. Una buena aprendiz Barriss. Algo pesimista a veces, pero una estudiante inmejorable. No como Anakin Skywalker. Un gran potencial, pero de gran inseguridad. Le había estado observando en la batalla. De todos los profanos que conocía, sería el único que escogería para luchar mano a mano. Pero lo que le *preocupaba* era lo que haría el joven después de la batalla. Era mucho más que un enigma y ésa no era sólo su opinión. Obi-Wan se lo había expresado en más de una ocasión. Pero también había insistido en que el joven tenía dentro de sí un enorme potencial para llegar a ser grande algún día.

Bueno, tal y como le había dicho a Barriss, esas cosas se sabían con el tiempo. Afortunadamente, Skywalker no era su responsabilidad. Probablemente ella no hubiera tenido la paciencia que demostraba el Jedi con él. Un Maestro poco frecuente para un aprendiz inusual, pensó. Espoleó a su suubatar para que apretara el paso.

El estómago del delegado Fargane no era lo único que gruñía. El delegado estaba cansado. Cansado y enfadado. Echaba de menos su hogar en el lejano Hurkaset y a sus parientes, y el negocio familiar no había ido muy bien desde que él dejó de ofrecer sus sabios consejos. Y todo era por culpa de aquellos estirados representantes del Senado de la República. Aquellos Jedi. Antes de que llegaran a Ansion, Ranjiyn había afirmado que su reputación les precedía. Pues, *ajá*, por lo que a él correspondía, su reputación se había hecho añicos. Les habían dado el estatus de salvadores potenciales de la paz y ellos se habían perdido en las praderas eternas de Ansion.

Ya era hora de tomar una decisión. Aunque aún no estaba seguro de su voto, una cosa sí sabía: habían retrasado la votación demasiado. Y así se lo transmitió a sus colegas.

—Están por ahí en alguna parte —insistió el delegado Tolut—. Quizá deberíamos esperar un poco más.

El enorme armalat miraba pensativo por la ventana del tercer piso hacia el Norte. También su paciencia comenzaba a agotarse. Durante su único encuentro con los Jedi había quedado profundamente impresionado. Pero las destrezas de salón no eran un sustituto sustancial. ¿Dónde estaban, y lo que era más importante, dónde estaba el tratado que solucionaría los antiguos problemas entre nómadas y ciudadanos?

—Yo os diré dónde están —todos se giraron para mirar al orador. Como observador oficial de la coalición de comerciantes de Cuipemam, Ogomoor no tenía poder para influir en las decisiones del Consejo de la Unidad. Sólo podía dar su opinión. Pero los días pasaban uno tras otro sin noticias de los Jedi, y sus opiniones cada vez adquirían más peso—. Se han ido.

El delegado humano frunció el ceño.

— ¿Quieres decir que ya no están en Ansion?

El consejero de Soergg hizo un gesto de indiferencia.

— ¿Quién sabe? Lo que yo digo es que con nosotros no están. Hay otros puertos además de Cuipemam, y una buena nave aterriza en cualquier parte. Quizá hayan vuelto a Coruscant, o puede que hayan muerto. De cualquier forma, no han conseguido lo que propusieron: que los alwari aceptaran una nueva vía de entendimiento social en Ansion. ¿Cuánto más vais a tardar? Independientemente del resultado de la votación, esta incertidumbre es pésima para los negocios.

—Ahí tengo que darte toda la razón —refunfuñó Fargane. Ranjiyn miró despectiva al delegado.

—Estoy de acuerdo en que hay que tomar una decisión. El futuro de Ansion depende de los que estamos aquí.

Tolut intentó intervenir.

— ¿No podemos darles un poco más de tiempo a estos bienintencionados visitantes?

— ¿Quién dice que tengan buena intención? Ellos sirven a otros poderes. Al Consejo Jedi, al Senado de la República, quizá a otros. Hacen lo que se les ordena. Y no me sorprendería que les hubieran ordenado irse sin decir nada. Sería una maniobra típica del Senado —alzó la voz con rabia—. ¡No me gusta que se me trate así!

—Bien, esperemos hasta el fin de semana —insistió Ranjiyn—. Si para entonces no hemos oído nada de ellos, votaremos.

— ¡Bien! —dijo Volune—. Una decisión por fin. Estoy de acuerdo con Fargane en que ya hemos perdido demasiado el tiempo con este tema, pero esperaré hasta el fin de semana —miró al delegado, ojos ansionianos frente a ojos humanos—. ¿Fargane?

El representante hizo un ruido de disgusto.

—Más tiempo perdido. ¡Ajá!, que así sea. Pero no más tarde —advirtió—. ¿Tolut?

El armalat se giró desde la ventana.

—Los Jedi son buenos, en mi opinión. Pero quién sabe lo que les han dicho que hagan o lo que les ha pasado. Se están excediendo —su descomunal cabeza asintió—. A finales de la semana. De acuerdo.

Así que estaba decidido. Ni más retrasos ni más excusas. Con Jedi o sin ellos, con tratado o sin él, todos tenían que dar la cara ante sus votantes, que les pedían desde hacía tiempo una decisión definitiva sobre la secesión. Y también habían recibido mensajes desde otros planetas, de los malarianos y los keiturnitas, preocupados por su futuro como aliados de Ansion.

Ogomoor estaba encantado. El final de la semana estaba mucho más lejos de lo

que hubiera deseado Soergg, pero tampoco era el solsticio. Su jefe y aquel para el que trabajaba estarían muy satisfechos.

El consejero estaba muy satisfecho.

Ogomoor acababa de darle su ración de buenas noticias económicas al bossban y se dirigía hacia afuera de la sala para volver a su despacho cuando Soergg eructó tras él.

— ¡No es posible! —le gritó el hutt al androide de comunicaciones, cuya tarea era revolotear junto a la cabeza del hutt durante las horas de trabajo.

Ogomoor, que no era tonto, sacó varias conclusiones simultáneas del grito de su amo. La primera era que cuando alguien exclama violentamente que algo no es posible, lo más probable es que sea un hecho consumado. La segunda era que las cosas que no son posibles y que se convierten en hechos consumados suelen acarrear consecuencias negativas. Y la tercera era que ya no había razón para escaparse de la sala, porque seguramente le harían volver de inmediato.

Todo esto se le pasó al consejero por la cabeza en un momento, lo justo como para prepararse mentalmente. Soergg continuó escuchando lo que le decía el que estuviera al otro lado de la transmisión. Los ojos se le salían de las órbitas y las venas del cuello le palpitaban. Tenía que estar realmente enfadado para que esas tuberías sangrientas hicieran el tremendo esfuerzo de salir a la superficie a través de toda la grasa, pensó Ogomoor.

Escuchaba con paciencia y desagrado. Era obvio que no eran buenas noticias. Las malas noticias volaban por la jerarquía de las muchas empresas del hutt, así que él solía ser el primero en compartirlas. De vez en cuando, Soergg le preguntaba algo a la voz. Poco a poco sus comentarios se volvían más frecuentes y soeces.

Cuando la transmisión acabó por fin, el furioso bossban golpeó al mecánico emisor de malas noticias. La manaza destrozó al inocente androide contra la pared. Crujió una vez antes de que sus pedazos cayeran al suelo. Ogomoor tragó saliva. Que el hutt estuviera tan enfadado como para sacrificar el costoso equipamiento en aras de su ira no era buena señal para sus subordinados orgánicos y rompibles. El consejero procuró mantenerse fuera del alcance de su amo.

Soergg no estaba de humor como para medir sus palabras, ni siquiera tras el sacrificio de su amada tecnología. — ¡Los malditos Jedi han vuelto!

— ¿Que han vuelto? —Ogomoor se quedó pálido—. ¿A dónde?

Los ojos enormes y amarillos del hutt se lo quedaron mirando, y él se alegró de no estar más cerca. — ¡Aquí, imbécil!

El ayudante miró a su amo absolutamente perplejo. — ¿Aquí? ¿A Cuipernam?

—No —gruñó Soergg amenazador—. A mi dormitorio —gritó una orden y otro androide de comunicaciones salió del armario donde estaban almacenados a pares—. Están en el hotel donde se quedaron por primera vez a su llegada. ¡Por lo menos seguimos teniendo un informador competente! Ve allí. Coge lo que necesites.

Contrata a quien haga falta. Puede que tengamos suerte y estén demasiado cansados para hacer preguntas y se retiren para descansar hasta mañana. En caso contrario, si les da por ir hacia el Consejo, detenles. Haz lo que sea. Pero que no lleguen allí. *Que no interfieran bajo ningún concepto en la votación de la delegación de la Unidad.* Ahora no. No cuando estamos tan cerca de conseguir todo lo que nos ha costado tanto —el hutt hizo un esfuerzo por calmarse mientras miraba el cronómetro del recién activado androide—. Manténlos a raya hasta la puesta de sol. Tras la puesta de sol se habrá realizado la votación y dará igual lo que hagan, pero antes del atardecer ninguno de ellos debe aproximarse al Consejo.

—Sí, bossban. Habéis dicho que haga lo que sea —dudó—. Si tengo que dar ciertos pasos, quizá tenga que hacerla frente al populacho.

— ¡*No me importa el populacho!* Ya veremos qué hacemos con las opiniones públicas adversas más tarde. No es la reacción local la que me preocupa —gruñó y se aproximó al consejero—. ¿Entiendes?

—Sí, bossban —replicó sombrío.

— ¿Y qué haces ahí parado rezumando fluidos mentales? Vete ya.

Ahora.

Y Ogomoor se fue.

El encargado era un dbariano, todo tentáculos, costras y nervios, que estaba muy sorprendido de volver a verles, sanos y salvos. Bastaba con decir que sus extensiones de volvieron azul pálido.

¿Que si había habitaciones para tan distinguidos invitados? ¿Acaso no se comía elloomas empezando por la cabeza? ¿Y no podría el encargado notificar a la delegación de la Unidad que los Jedi habían regresado con un tratado firmado no sólo por los borokii sino por los januul?

El dbariano hizo algo parecido a fruncir el ceño.

— ¿Cómo? ¿Que la delegación aún no sabe de esta importante noticia?

Cansada, pero feliz, Luminara asintió.

—Nuestros intercomunicadores se perdieron durante la expedición, y ni los borokii ni los januul los utilizan —sonrió—. Tradición.

—Pero... —las cromoforas del dbariano emitían destellos marrones, lo que era señal de su asombro—. La delegación de la Unidad va a votar sobre la secesión de la República. *Hoy.*

— ¿Hoy? —intervino Anakin—. Pero si aún no han oído nuestro informe. No es posible que procedan a la votación sin habernos oído antes.

Obi-Wan pensaba rápido.

—El furor secesionista es profundo entre algunas facciones ansionianas, y

sabemos que hay potencias alienígenas que las alientan. Los enemigos de la República podrían haber utilizado nuestra aparente desaparición para presionar la votación —miró al encargado—. Has dicho que iban a votar hoy. ¿A qué hora?

—Eso no lo sé, distinguidos invitados. No es algo que necesite conocer un posadero. Pero toda la ciudad sabe lo de la votación. Lo anunciaron públicamente, no es ningún secreto. Creo... creo que dijeron que por la tarde. Sí —dijo con seguridad—, justo antes del atardecer.

Los Jedi se relajaron.

—Entonces hay tiempo —señaló los aparatos expuestos tras el encargado—. Necesitaré que me prestéis un intercomunicador hasta que podamos sustituir los nuestros.

—Por supuesto, distinguido invitado —cogió uno y, tras asegurarse de que estaba cargado, se lo pasó. Obi-Wan recitó el código de activación y solicitó de inmediato comunicarse con la delegada Ranjiyn.

No hubo respuesta. Lo intentó de nuevo, y una tercera vez. Luminara miró inquisitiva a su compañero.

— ¿Qué pasa, Obi-Wan?

—Lo he intentado con la secuencia personal de contacto de la delegada Ranjiyn, y luego la de Tolut, y por último la de Fargane. La respuesta fue un mensaje automático en las tres llamadas. "Comunicaciones Unidas Ouruvot lamenta comunicarle que todas las transmisiones urbanas han sido interrumpidas temporalmente por un fallo técnico" —se giró para examinar la entrada del hotel—. Me temo que los que no quieren que llevemos nuestro informe a la Unidad saben que estamos aquí. Lo presiento.

Sus compañeros se pusieron alerta de inmediato. Kyakhta y Bulgan comprobaron sus armas y Tooqui vigilaba todo lo que se movía. Mientras tanto, el encargado intentaba llamar por los dispositivos del establecimiento, pero siempre recibía la misma respuesta automática.

— ¿Estáis diciendo, distinguidos invitados, que alguien ha ordenado el cierre de todas las comunicaciones urbanas de Cuipernam sólo para impedirnos hablar con la delegación? —sus cromoforas se tornaron rosa pálido.

—Por lo menos hasta que acabe la votación —Obi-Wan se dirigía ya hacia la puerta—. No os preocupéis, posadero. Presiento que antes de que caiga la noche volverá a haber línea —miró a Luminara, que le seguía de cerca—. Tenemos tiempo, pero hemos de actuar rápidamente.

Sus ansiosos pádawan les pisaban los talones, seguidos por los guías alwari a la retaguardia. Salieron del hotel y se adentraron en la avenida principal.

Exactamente tres minutos después de que salieran, los problemas telecomunicativos del hostel quedaron reducidos a ceniza gracias a una impresionante

explosión que derrumbó el edificio.

Como por arte de magia, no había ni un vehículo en toda la calle.

Luminara y Obi-Wan no hubieran tenido problemas en detener un deslizador privado en nombre de la República, pero no había ninguno. Lo más parecido eran pequeñas formas de transporte de mercancías diseñadas para circular por los laberínticos callejones de Cuipernam, y dada la cantidad de aerotransportes abarrotados, ansionianos, alienígenas viajeros y animales que poblaban la ciudad, un deslizador hubiera sido peor que ir andando. Cuipernam era un asentamiento antiguo, y no se había diseñado pensando en el transporte moderno, lo que constituía uno de los principales atractivos turísticos, excepto por el hecho de que desplazarse significaba retroceder al pasado.

Por lo menos no estaban lejos del Consejo, hacía buen tiempo y era bastante reconfortante ir andando en lugar de manteniendo el equilibrio sobre el lomo de un suubatar al galope, pensó Luminara. Por la posición del sol calculó que aún les quedaba tiempo para llegar antes de que los delegados emitieran sus cruciales votos, y estaban a medio camino cuando la Jedi percibió una perturbación en la Fuerza. Miró en la dirección que le indicaba su intuición y alcanzó a ver un movimiento sospechoso. Extendió la mano para tocar a Obi-Wan en el brazo, y luego a Barriss, que a su vez alertó a Anakin. Kyakhta y Bulgan pasaron de largo y Tooqui revoloteaba entre los puestos. Ninguno de los nómadas percibió el sutil cambio en sus compañeros.

Obi-Wan se acercó aparentemente tranquilo a Luminara y le susurró una palabra.

— ¿Dónde?

Ella lo indicó con los ojos, mirando hacia arriba y a la izquierda. Él respondió con un movimiento de cabeza apenas perceptible, y después se lo dijo a Anakin y a los alwari, mientras ella informaba a Barriss. Decidieron no decírselo a Tooqui. No era probable que fueran a por él, y ya se enteraría de lo que pasaba, porque lo último que necesitaban era un gwurran siseante y asustado por las bulliciosas calles.

Cuando los francotiradores que rodeaban la avenida abrieron fuego, sólo pudieron ver disparos rechazados por sables láser. Ninguno de los impactos que caía de los tejados cercanos se acercó a su blanco. Con un grito colectivo de alarma, en no menos de una docena de idiomas, los vendedores, compradores, viajeros y peatones se diseminaron en todas direcciones. Los Jedi y sus compañeros entraron en el gran establecimiento comercial que se hallaba en el extremo opuesto de la calle.

Ogomoor miraba hacia abajo boquiabierto. Hacía un instante, los Jedi y sus socios paseaban tranquilamente, y parecían totalmente despreocupados, inconscientes del futuro inmediato que se cernía sobre ellos. Y de repente, no sólo habían repelido la estratégica emboscada, sino que se habían refugiado en el edificio de enfrente, ocultándose de los asesinos, que, por otro lado, eran los mejores que había podido

contratar tras las inflamadas órdenes de su jefe, pero no eran tan buenos como para darle a algo que no podían ver.

El miedo y la frustración se debatían en su interior mientras sacaba del bolsillo su intercomunicador de circuito cerrado y ordenaba a sus tropas de asalto que arrasaran el establecimiento comercial donde se ocultaban las presas. Si podían hacer que salieran de nuevo al exterior, entonces serían pasto de los francotiradores. Hasta un grupo Jedi cedería ante la presión de enfrentarse simultáneamente a dos ejes en una batalla.

— ¡Por aquí!

Luminara guió a sus amigos a la salida trasera del edificio mientras los clientes y los vendedores se ponían a cubierto. Y más les valía hacerla. A los Jedi les preocupaba la seguridad de los inocentes, pero las docenas de asesinos profesionales que arrollaron la entrada principal no tenían tantas consideraciones morales.

Comenzó el tiroteo de rifles y pistolas láser en el interior del establecimiento, y tras la oficina blindada de administración, los propietarios lamentaban la destrucción de sus enseres que llevaban a cabo los dos bandos. Ya habían llamado a las autoridades, pero para cuando se decidieran a hacer acto de presencia, el interior del espléndido centro sería una pura ruma.

No eran los mismos asesinos noveles a los que se habían enfrentado ella y Barriss a su llegada a Ansion, pensó Luminara. Avanzaban con mucha más seguridad, y tenían mejor puntería. Si no fuera por las habilidades Jedi, no podrían mantenerlos a raya. Alguien se había tomado muchas molestias para contratar a semejante escuadrón.

Peleaba con dos atacantes a la vez, así que no vio al pequeño, pero bien armado vrot que emergía entre dos aterrorizados clientes. Sabiendo que sólo tendría una oportunidad de disparar a la escurridiza Jedi, apuntó bien. Justo cuando estaba a punto de apretar el gatillo, algo que era todo ojos, todo brazos y todo patadas aterrizó en su cabeza. El vrot se hundió en la metralla discursiva más imaginativa que había oído nunca.

— ¡Tooqui mata! ¡Extranjero malo, malo! ¡Tooqui te asfixia con tus entrañas! ¡Tooqui ... agh!

El furioso vrot se liberó de la ligera carga y apuntó su arma al pequeño gwurran. Mientras lo hacía volvió a recibir otro impacto, esta vez de dos cuerpos mucho más grandes y fuertes. Luminara comprobó que podía seguir ocupándose de sus dos oponentes. Kyakhta y Bulgan, junto con Tooqui, molían a palos al desafortunado vrot.

Pero eran demasiados y muy buenos. Lo mejor para la seguridad de los inocentes era la retirada, acordaron Obi-Wan y Luminara. Sería más peligroso pelear en la calle, a tiro de los francotiradores, pero eso era mejor que ver a un montón de civiles

masacrados a manos de los mercenarios.

Ogomoor recibió la información de uno de sus hombres dentro del edificio y alertó a sus frustrados tiradores.

— ¡Preparados! —les instruyó a gritos por el intercomunicador—. ¡Los Jedi se retiran! ¡Esperad a que salgan todos antes de iniciar el fuego! —volvió a mirar hacia la calle, y añadió con tono más bajo pero con el mismo entusiasmo—. No queremos que se escape ni uno.

De rodillas, con el rifle en las manos, uno de los asesinos preguntó:

— ¿Y los alwari que van con ellos? Los dos grandes y el pequeño.

—No os preocupéis por ellos, los de abajo se encargarán. Vosotros id primero a por los Jedi y luego a por sus pádawan.

Ogomoor se asomó ansioso para disfrutar de la inminente matanza, mientras él se mantenía a salvo.

Reconoció una vestimenta familiar, que entraba y salía y volvía a entrar.

Venid, nobles Jedi. Mostraos. Salid a calle, a la clara, brillante y maravillosa luz de Ansion. Poneos donde pueda veros. Yo, y mis muy apreciados sirvientes.

Ahí están, gritó en silencio. Pudo ver a ambos Jedi luchando codo con codo, intentando no salir, pero saliendo al fin y al cabo. Y también veía a los dos asesinos arrodillados a su lado, preparándose para disparar. Con un poco de suerte, todo habría terminado en uno o dos minutos.

Por desgracia, el dios Jiaguin de la codicia, no estaba de su parte aquel día. Los alwari que cayeron sobre los dos tiradores podrían haber caído del mismo cielo, a juzgar por su discreción. Los cuchillos y otras armas tradicionales relucían a la luz del sol que Ogomoor invocaba momentos antes para facilitar el trabajo de los asesinos. Mientras el consejero corría hacia la salida del tejado, vio de reojo los adornos de las ropas de los intrusos. Sus ojos se abrieron aún más de lo normal.

Situng borokii ... y hovsgol januul. Guerreros de los dos clanes superiores más importantes. Luchadores temibles con reputaciones que se extendían por ambos hemisferios.

¿Pero qué hacían *allí*, en Cuipemam, interviniendo en una reyerta callejera? Ni lo sabía ni se lo imaginaba, sólo podía pensar en alejarse del tejado, que ya no era un lugar seguro.

Mientras huía, pudo ver escenas similares en otros tejados, en los que los alwari reducían a los francotiradores que quedaban. Sin apoyo desde los tejados, temió que los combatientes del suelo no pudieran con los Jedi y sus pádawan. En ese caso ya no habría nada que se interpusiera entre ellos, el Consejo y la delegación de la Unidad. Se vio a sí mismo enfrentándose de nuevo al mal trago de tener que darle malas noticias a su amo. Unas noticias especialmente caras. A Soergg no le iba a gustar nada...

Cuipernam no era la única ciudad de Ansion, y Soergg el hutt no era el único bossban merecedor de los inigualables talentos del consejero. Cansado de tener que comunicar un fallo tras otro, Ogomoor se preguntó mientras bajaba los escalones de tres en tres si no habría llegado el día de que alguien con sus cualidades buscara un nuevo trabajo.

No, se dijo a sí mismo, mientras conectaba el intercomunicador de circuito cerrado. Aún tenía pruebas de su conocimiento y su experiencia. Le quedaba un as en la manga.

Ni Luminara ni Obi-Wan entendían lo que había pasado con los potenciales asesinos de los tejados, hasta que vieron un rostro que les resultó familiar emergiendo entre la calle sembrada de cadáveres. En cuanto lo reconocieron, ellos y sus pádawan se vieron tan aliviados como sorprendidos.

—Hola, Bayaar —Luminara se cubrió los ojos con una mano y se puso la otra sobre el pecho, saludando al guerrero borokii de la forma tradicional alwari. Tras ellos, los guerreros borokii y januul acababan con lo que quedaba de los matones, y no tardarían mucho a juzgar por la cantidad de ellos que huían ahora en todas direcciones—. Aunque no esperaba veros otra vez, tengo que admitir que vuestra puntualidad es inmejorable.

— ¿Qué es esto? —preguntó Obi-Wan señalando a los otros guerreros. Bayaar enseñó los dientes al sonreír.

—Vuestra guardia de honor, noble Obi-Wan. ¿No recordáis el regalo que os dije que os harían los dos Consejos de Ancianos? Es esto. No querían que les pasara nada a sus nuevos amigos extranjeros —si hubiera sido físicamente capaz de hacerla, les habría guiñado el ojo—. Sobre todo hasta el momento en que se apruebe finalmente el tratado entre los alwari y los ciudadanos. Os hemos seguido de cerca desde que dejasteis el campamento. En vuestra retaguardia, alertas ante el peligro, cuidando de vosotros —su tono se volvió más serio—. Casi demasiado lejos de vosotros.

—Nos hubiéramos apañado —le dijo Anakin. Al ver la expresión severa de su Maestro, se apresuró a añadir—. Aunque vuestra ayuda ha sido decisiva.

Bayaar hizo una ligera inclinación ante el pádawan, que se sintió incómodo. Cuándo aprendería a pensar antes de hablar. Su entrenamiento le estaba dotando de una seguridad en sí mismo que rozaba la altanería. Tenía que aprender de alguna forma a ser tan paciente como Obi-Wan. De lo contrario jamás podría igualar su talento, y mucho menos superarlo.

—Estamos más ansiosos que vuestros ancianos de que todo acabe. Luminara se aseguró el sable láser en el cinturón y comenzó a subir la calle. Obi-Wan se reunió con ella, y el resto les siguieron.

Iban flanqueados, tanto a su nivel como desde los tejados, por guerreros del situng borokii y del hovsgol januul. Seleccionados de entre los mejores guerreros del

planeta, la escolta ofrecía un espectáculo impresionante mientras acompañaba a los extranjeros por las calles de la ciudad. Los habitantes se detenían en su camino, y salían de las tiendas para contemplar la procesión boquiabiertos, hasta los visitantes de otros mundos estaban estupefactos. Los Jedi habían vencido de nuevo.

Cuando llegaron por fin, vieron el Consejo de la ciudad tal y como lo recordaban. Bayaar y sus guerreros se quedaron fuera montando guardia mientras los visitantes eran anunciados y admitidos. La composición de la delegación había cambiado. La delegada Ranjiyn estaba allí, así como Tolut, y otros cinco que Luminara reconoció, pero con motivo de la votación, la Unidad se había ampliado hasta contar con doce miembros, sin duda en consideración a la importante decisión que iban a tomar. Entre los doce había ocho nativos, y el resto eran residentes alienígenas como los humanos Volune y Dameerd y Tolut el armalat.

Aunque escuchaban atentamente, ni Anakin ni Barriss prestaron atención a las formalidades de bienvenida. Kyakhta y Bulgan tomaron asiento con orgullo tras los humanos, y Tooqui, aburrido, se entretenía buscando por el suelo objetos de valor que se les hubieran caído a los presentes. Mientras se quedara callado y no interrumpiera los procedimientos, no molestaba a nadie.

Los delegados se disculparon sinceramente al oír que unas fuerzas desconocidas habían intentado ejecutar a los visitantes en la calle. A su vez, Obi-Wan y Luminara expresaron su interés por la salud y el estado de los delegados. Como había algunos nuevos, tuvieron que proceder a las obligadas presentaciones.

Antes de que pudieran empezar, una figura jadeante entró en la sala. — ¡Distinguidos representantes de la Unidad de Comunidades de Ansion! Os pido que me concedáis un poco de vuestro tiempo. Tengo una información que os será muy útil para tomar la decisión —el personaje se llevó una mano al bolsillo—. Yo conozco el...

Un haz de energía salió de la parte delantera de la sala. Los sable láser fueron desenfundados, pero no activados. El que había disparado al intruso no había dudado, sino que lo hizo con nervios de acero. El intruso murió al instante.

Anakin se aproximó cauteloso al cuerpo humeante y se inclinó sobre el inesperado invitado ansioniano. Introdujo una mano en el bolsillo y sacó el dispositivo que encontró dentro. Una mirada bastó para saber lo que era. Lo alzó para que lo vieran todos.

—Una grabadora —inspeccionó el aparato—. Está chamuscada.

El tirador volvió a guardar la pistola láser en la funda que le colgaba del cuello.

—Es una lástima. Quemarse de esa forma, mientras gritaba. Es imposible saber lo que pretendía. Cuando se llevó la mano al bolsillo... —dejó la frase inacabada.

A su lado, Tolut el armalat miró al cadáver humeante.

—Es Ogomoor. Le reconozco a pesar del destrozo. ¿No era empleado vuestro?

El tirador se mostró indiferente.

—Trabajaba para mí ocasionalmente, sí. Pero aunque le di muchas oportunidades y le traté bien, siempre me pareció un tanto inestable — una mano señaló al cadáver—. Cuánto lamento que mi apresurado juicio fuera verdad.

Barriss se puso nerviosa, tan violenta fue su reacción que Anakin se vio tentado de activar su sable láser. A medio camino de la mesa curvada tras la que se sentaban los delegados de la Unidad, comenzó a gesticular acaloradamente al individuo que reposaba ligeramente sobre un costado.

— ¡Tú! —exclamó con tal potencia que podría haber sido Luminara la que le acusara—. ¡Eres tú!

El objeto de su ira miraba sin comprender a la furiosa humana, y luego abrió los brazos en un gesto de súplica inocente hacia los otros delegados.

Luminara miró extrañada a su pádawan.

—Barriss. Explícate.

— ¿Que me explique? Sí, claro que lo vaya hacer —su mano señalaba firme al individuo en cuestión—. No lo reconocí en principio porque no lo había visto nunca antes, pero cuando me preparaba para huir de la celda en la que estuve presa, antes de irnos de Cuipemam, Bulgan dejó escapar su nombre —señaló al cuerpo humeante que yacía en el suelo tras ella—. Y ahora todo tiene sentido —sus ojos se clavaron en otros más grandes y acuosos. Se miraron con hostilidad, enmascarando los pensamientos que fluían en sus mentes.

—Soergg el hutt, te acuso de ordenar mi secuestro, de tratar de impedir la reconciliación entre el pueblo de las ciudades y los alwari de las praderas, de dirigir uno y probablemente dos de los intentos de ejecución hacia nosotros, de ofrecer soborno al clan qulun o a cualquiera que pudiera secuestramos y retrasar nuestra expedición hasta que tuviera lugar la votación, y de estar probablemente al servicio del Gremio de Comerciantes.

Se llevó la otra mano al sable láser.

Una mirada de su Maestra bastó para detener a la pádawan, pero no para acallar su cólera.

—Ésta es una reunión importante, Barriss. No importa los sentimientos que podamos tener sobre temas tangenciales, hay que seguir un protocolo. — ¡Tangenciales! ¡Pero, él es el que me secuestró! —protestó Barriss con vehemencia—. Y probablemente esté detrás de casi todos los problemas que hemos tenido en Ansion.

—Esto no es un tribunal, pádawan —dijo Luminara suave pero firmemente—. Las palabras como *casi* no son bienvenidas. No es ni el momento ni el lugar para expresar estos temas. Haz el favor de controlarle —su tono se endureció— lo tendré que hacer yo.

Barriss volvió a su sitio a regañadientes. Pero sus ojos no se apartaron de su desparramado objeto de resentimiento. Detrás de ella, los sirvientes del Consejo retiraban el cadáver del ex—consejero de Soergg.

Sacudiendo la cabeza con parsimonia, Soergg se dirigió a los expectantes delegados.

—Está claro que nuestros amigos extranjeros han estado bajo mucha presión, lo cual es comprensible. Han pasado mucho tiempo entre los salvajes nómadas de las praderas, y eso es muy duro para cualquier persona civilizada —ante este insulto, Bulgan se fue a por el hutt, pero Kyakhta le detuvo—. No tendré en cuenta las palabras de la niña. Quién sabe las privaciones que han sufrido sus compañeros y ella todas estas semanas en las vacías praderas.

—Por lo menos no teníamos que preocuparnos de emboscadas mortales por parte de los "nómadas salvajes" —replicó Barriss. Luminara le lanzó una advertencia en forma de mirada, pero la pádawan no se inmutó esta vez. Estaba muy enfadada.

Uno de los nuevos delegados ansionianos miró al conocido y respetado representante de la comunidad comercial de Cuipernam. La delegación le había permitido estar presente en un gesto de cortesía, para que hablara en nombre de los intereses económicos de la ciudad.

—Las palabras de la alienígena me preocupan, Soergg. ¿Está del todo equivocada?

El hutt abrió los brazos en todo su diámetro.

—Todos me conocéis. Sabéis que no soy más que un comerciante cualquiera intentando sobrevivir en un mundo en el que no nací, como vosotros. He prosperado en Ansion gracias a la hospitalidad y el cariño de sus gentes. Pensad un poco. ¿Pensáis que yo haría algo que pudiera poner en peligro todo lo que he conseguido, todo lo que he construido? —dedicó una mirada amable a la incontrolable pádawan, lamentándose abiertamente—. ¿Es ésta la comprensión que nos darán los enviados del Senado si aceptamos este acuerdo que nos proponen los Jedi?

Pero qué listo era, pensó Barriss. La babosa gorda era un Maestro de la palabra al servicio de la audiencia. Quizá carecía de minucias como conciencia, escrúpulos o piernas, pero tenía un verbo impecable. Ahora entendía por qué la Maestra Luminara le había pedido silencio. Una de las primeras cosas que ha de hacer un Jedi, recordó con desagrado, es aprender a controlar su temperamento. Y en momentos cruciales como aquella reunión, los sentimientos personales y las emociones individuales no podían interferir. Así que contuvo su rabia, e intentó no emplear la Fuerza para ahogar a la babosa hasta que se le salieran los ojos, y se mantuvo quieta como una escultura de piedra mientras los delegados discutían con los Jedi los términos del acuerdo propuesto entre la ciudad y la pradera.

Pero no pudo evitar sentir una ligera satisfacción cuando vio la cara de disgusto

de Soergg al ver que el resultado final era de nueve contra dos a favor del acuerdo, siendo Kandah y otro ansioniano los que votaron en contra. También le gustó verle mentir sin esfuerzo cuando alababa lo justo del acuerdo y juraba respetar los términos del tratado.

Con el aplomo que le daban su entrenamiento y su experiencia, Barriss se abrió paso entre los presentes que se felicitaban tras la votación para enfrentarse cara a cara con el hutt, que la miraba desde arriba, enorme, pero torpe. Ella no había demostrado nada, pero pudo percibir con agrado los primeros síntomas de miedo dentro de él.

—Espero que volvamos a encontrarnos, Soergg —sonrió—. En otro lugar y en circunstancias en las que la diplomacia sea irrelevante —señaló a Obi-Wan y Luminara, que conversaban con otros delegados—. Y en las que la expresión de mis sentimientos no esté sujeta a limitaciones externas.

Su respuesta fue un encogimiento de hombros que provocó un temblor en sus colgajos.

—No albergo malas intenciones, pádawan. Los negocios son los negocios.

Pero su tono no iba con sus palabras, y ella sabía que por dentro ardía de rabia.

— ¿Quién te contrató para que nos detuvieras? —soltó ella sin poder evitarlo—. Yo sé a quién pagabas tú, pero no quién te pagaba a ti.

El enorme bicho se rió con un profundo y desagradable *jo—jo—jo*. —Ah, pequeña, sabrás mucho de secretos Jedi, pero nada de política o de negocios. ¿Pagarme para qué? Hago todo lo que hago porque es bueno para mis empresas. Los Jedi siempre buscan ruedas dentro de las ruedas, complicaciones en cosas sencillas.

—No hay nada sencillo en que un planeta se una a un movimiento de secesión de la República.

— ¿Secesión? Pero si esa polémica está muerta y enterrada. ¿Acaso no la han rechazado aquí mismo ante tus ojos? —su voz retumbó suavemente.

— ¿Entonces te adherirás al tratado entre los ciudadanos y los nómadas? ¿No intentarás estropearlo? —miró intencionadamente hacia la puerta por la que había entrado el individuo que el hutt había matado—. Supongo que el ansioniano que has matado no llevaba pruebas incriminatorias encima, ¿no?

Soergg desvió la mirada, una reacción que ya de por sí decía mucho. —Qué sugerencia más impertinente, pádawan. Muy poco propia de una joven tan atractiva como tú —entre los bulbosos labios del hutt, emergió una lengua gorda que se agitó hacia ella.

El razonamiento enrevesado del hutt no era suficiente para que ella se retirara de la confrontación, pero el gesto y el cumplido repulsivos fueron más que suficientes para que se fuera. Se reunió con sus compañeros.

—Ya es hora de que nos pongamos en camino —dijo Luminara.

Se giró para ver cómo Obi-Wan agradecía a los representantes su consideración, y

elogiaba su sabia decisión de permanecer en la República.

Una vez fuera, Barriss intentó dejar a un lado su ira al unirse a su compañero.

— ¿Cómo te sientes, Anakin?

Él miraba el cielo, claramente ansioso por marchar.

—Mucho mejor, ahora que nuestro trabajo aquí ha terminado —vio que ella le miraba persistentemente—. ¿Por qué?

—No, nada. Es que creo que he sido injusta contigo. Creo que he llegado a conocerte y a comprenderte un poco mejor en el tiempo que hemos pasado juntos, Anakin. Ahora entiendo que estás buscando algo. Y tu búsqueda es más dura que la del resto, en mi opinión —le puso una mano en el brazo—. Sólo quería decirte que espero que lo encuentres.

Él la miró atónito.

—Yo sólo quiero ser un Jedi, Barriss. Eso es todo.

— ¿Ah, sí? —le dijo ella incrédula. Al ver que no respondía, añadió—:

Bueno, si alguna vez necesitas hablar con alguien que no sea Obi-Wan, que sepas que puedes contar conmigo. Otra cosa no, pero por lo menos te podré dar otro punto de vista.

El joven dudó y luego respondió agradecido.

—Lo aprecio, Barriss. De verdad. Sé que hay cosas de las que sería más fácil hablar contigo que con el Maestro Obi-Wan —dijo señalando con la cabeza a los dos Jedi.

Ella rió suavemente.

—Cualquiera es mejor que un Maestro Jedi para hablar con él. Estaban totalmente de acuerdo en ese punto, así que siguieron charlando amigablemente, conversando por primera vez con la sinceridad y la facilidad de los viejos amigos.

Luminara los miraba con aprobación. Era importante que los pádawan se llevaran bien, porque algún día tendrían que llevarse bien como Jedi, bajo circunstancias más difíciles. Al igual que Anakin, se quedó mirando al cielo un momento. Más allá del límpido cielo de Ansion, la República fermentaba. Para los ciudadanos de a pie todo parecía ir bien, pero los que tenían una perspectiva más amplia sabían que había algo preparándose, y no era precisamente bueno. El mal crecía como las malas hierbas, y era el deber de los Jedi extraerlo de raíz y aniquilarlo. ¿Pero cómo iban a hacerlo, si ni siquiera el Consejo Jedi estaba seguro de la fuente o del propósito de esta fuerza?

Pero no era problema suyo, pensó. Yo sólo puedo resolver una misión. No, había otra cosa que podía hacer. Al menos durante un momento.

Apretó el paso y se unió a Obi-Wan. Para pedirle sus sabios consejos sobre algunos temas de importancia, para felicitarle una vez más por hacer bien su trabajo, y por último, pero no menos importante, para disfrutar del placer de su compañía.

Había ciertos placeres que ni una galaxia llena de conflictos podía eliminar.

Los tres llegaron a la Torre Bror Tres de uno en uno, para no llamar la atención. Los turboascensores les habían llevado al piso 166. No era tan seguro como un transporte aéreo, pero las diversas salas de exposición de los mejores artistas de lumino de Coruscant no eran el lugar más adecuado, donde uno esperaría encontrar a la élite de la capital planeando una traición.

Shu Mai vio acercarse al corelliano y al ansioniano. Salvo ellos tres no había nadie más en la galería. La expresión del senador reflejaba su preocupación. Y Tam Uliss no se esforzaba por ocultar su descontento.

—Lo habéis oído —fue todo lo que murmuró la presidenta del Gremio de Comerciantes. Ya sabía la respuesta.

Lo que no impidió que el industrial asintiera frenéticamente.

—Ansion ha decidido permanecer en la República —dirigió una sombría mirada a su derecha—. No habéis cumplido, senador.

Mousul se pasó una larga mano por la cresta y respondió fríamente.

—Hice todo lo posible. Pero la decisión no dependía de mí. Yo voto aquí, en el Senado, no en el Consejo de la Unidad. Mi influencia sobre ellos es limitada.

—No ha sido culpa del senador —interrumpió Shu Mai—. Si esos Jedi no hubieran conseguido la paz entre los nómadas y los ciudadanos, la Unidad habría optado por la secesión.

—Da igual —el tono del industrial era seco y sus modales impacientes—. Ya os habéis puesto de acuerdo. Es el *momento* de actuar. Con secesión ansioniana o sin ella.

—¿Y los malarianos y los keitumitas? Tam Uliss continuó:

—Con ellos o sin ellos.

Shu Mai dejó escapar un largo suspiro.

—Ya sabéis mi opinión y la del resto del Gremio. Sin el empuje que nos habría dado la secesión de Ansion no podemos darnos a conocer abiertamente. Sin la provocación que habría supuesto la retirada de Ansion y sus aliados, no contamos con el suficiente apoyo para nuestras acciones.

Mousul asintió a modo de confirmación.

—Con Ansion, los malarianos y los keitumitas en el Senado, no tenemos el apoyo suficiente para presentar nuestras demandas.

—Eso no fue lo que dijisteis la semana pasada —Tam Uliss se mostraba inflexible—. ¿Recordáis el acuerdo al que llegamos?

—Sí, lo recuerdo —Shu Mai se dirigió a la izquierda hacia un pasillo—. Pero ya no estoy cómoda hablando de esto aquí. Puede que llegue alguien a ver la exposición.

Me he tomado la libertad de alquilar una sala de juntas segura en Torre Bror Cuatro. Se han tomado las debidas precauciones y mi gente la ha inspeccionado cuidadosamente. Los androides de seguridad están en sus puestos. ¿Me seguís? —sonrió—. Estoy segura de que podremos resolver nuestras diferencias.

—No hay nada que resolver —Uliss estaba muy contrariado—. Lo decidimos la semana pasada, en la aeronave.

Pero qué engreído es, pensó Shu Mai con desprecio mientras abandonaban el área de exposiciones y bajaban por el pasillo.

Uliss hablaba mientras caminaban.

—Llega un momento en que uno no puede negar lo que siente. Los otros están dispuestos a declarar el movimiento públicamente desde hace un año —buscó la mirada de la presidenta del Gremio.

—Y seguirían esperando si tú no les hubieras regalado tu apoyo —no había enfado en la voz de Shu Mai, ni rencor, sólo era una afirmación.

Uliss se encogió de hombros.

—Siento la discrepancia, pero ahora ya no tiene solución. No podíamos esperar eternamente.

—Eternamente no —le corrigió Shu Mai mientras guiaba a sus compañeros hacia la pasarela que comunicaba los dos edificios—, sólo hasta que llegara el momento.

— ¿Y cuándo llegará? ¿Tras otro año de espera? ¿Dos más? ¿Tres?

—Lo que sea necesario, amigo mío —sus zapatos resonaban contra el suelo. Se sacó una unidad de control del cinturón y la utilizó para asegurarse de que no había peligro en cruzar la pasarela. Porque no era cuestión de encontrarse de repente con un alto funcionario—. Espero que no sea tanto, pero si ha de ser así, que así sea.

Junto a ella, Mousul asentía.

—Lo que no parecéis entender ni vos ni vuestros amigos, Uliss, es que en materia de política la paciencia es el arma más poderosa que uno puede utilizar.

El industrial negó con la cabeza.

—Hay un tiempo para la paciencia, y hay un tiempo para actuar. Y este argumento es irrefutable.

—Si nos damos a conocer demasiado pronto, ya no habrá argumentos que valgan —replicó ella convencida— y es una pena que no estemos de acuerdo en esto.

El industrial sonrió.

—Sin rencores, Shu Mai. Ni siquiera tú puedes ganar siempre.

Se volvieron hacia la pasarela. Más allá de las transparentes paredes y del tejado del pasillo que conectaba las Torres Bror Tres y Cuatro, Coruscant resplandecía a la luz del día. Filas de vehículos seguían las líneas energéticas del tráfico en el aire de la tarde. Las naves de los servicios automáticos se deslizaban en misiones preprogramadas entre los enormes edificios. Un buen sitio, Coruscant. El centro de la

civilización moderna. Tarde o temprano, cualquiera que deseara el poder de cualquier clase, político, financiero o artístico, venía a Coruscant. Los que querían influir en los asuntos interplanetarios acababan viviendo allí o ante el mismo Senado, el organismo de deliberación más importante de la galaxia. Cada uno intentaba llevar a sus miembros en una u otra dirección a su manera. Sólo hacía falta un poco de orientación, pensó Shu Mai. Las sugerencias adecuadas.

Pero tenían que hacerlas en el momento adecuado y bajo las circunstancias correctas. Apretó el paso. Mousul hizo lo mismo. Uliss, que contemplaba distraído la ciudad, se quedó atrás.

Cuando llegaron al final de la pasarela, la presidenta del Gremio de Comerciantes se dio la vuelta. A su lado, Mousul la imitó. Shu Mai cogió el dispositivo que llevaba en la mano y apretó un botón.

Tam Uliss pareció lógicamente sorprendido cuando chocó contra el campo de fuerza. Era invisible e impenetrable. El rostro del industrial pasó por una variada gama de expresiones en un tiempo mínimo. Sus palabras, que, a juzgar por sus muecas, eran cada vez más hostiles, no traspasaban la barrera que se había alzado de repente entre él y sus compañeros. Sus manos y su cuerpo tampoco.

La presidenta del Gremio de Comerciantes y el senador Mousul miraban sin pestañear a su colega. El ansioniano permanecía inexpresivo y la presidenta pensativa. La alarma se dibujó en la cara de Uliss. Se giró bruscamente e intentó volver a la torre anterior. Pero se vio bloqueado por una barrera igual a la primera.

Shu Mai se pegó a la barrera para estudiar al individuo atrapado, que estaba asustado. Ni todo su dinero ni todos sus contactos le servían de nada ahora. Qué pena. No le gustaba Tam Uliss especialmente, pero le respetaba. A un palmo de su cara, Uliss lanzaba imprecaciones y amenazas a sus socios conspiradores. Pero la barrera seguía conteniendo su voz y sus puños.

Durante un largo rato, Shu Mai se quedó mirando a su antiguo socio.

—La paciencia, amigo mío, es un arma que no podemos desperdiciar —susurró, a pesar de que el objeto de su admonición no podía oír nada.

Se giró para colocarse junto a Mousul, que se había retirado ligeramente al pasillo. El senador observó a Shu Mai tocando varios botones en sucesión rápida y experimentada.

Un ligero crujido llenó la pasarela, y pronto se elevó de intensidad.

Uliss dejó de maldecir a la impassible barrera. Su rabia se tornó en confusión y luego en estupor. El metal se deshizo y el compuesto se disolvió. Con las palmas pegadas a la barrera, el industrial siguió mirando a Shu Mai y Mousul, mientras la pasarela entera se despegaba de los edificios y caía los 166 pisos hasta la superficie.

Shu Mai se asomó a la abertura que había dejado la pasarela, que a pesar de los ruidos de la ciudad hizo un considerable estruendo al dar contra la superficie. La

presidenta del Gremio de Comerciantes miró apenada el desastre un momento antes de dar la vuelta para ponerse a cubierto de las corrientes de aire. Al otro lado, la Torre Bror Tres lucía el mismo agujero.

—Fatiga estructural —murmuró a Mousul—. No es muy frecuente hoy en día, pero existe.

—Por supuesto —replicó él.

—Una personalidad tan importante. Que terrible tragedia. Terrible.

Yo misma daré el discurso en su funeral —cruzó las manos a la espalda y avanzó por el pasillo.

—Qué considerado de tu parte, Shu Mai —el senador respiró hondo—. Cuando sepan lo que le ha ocurrido a Tam Uliss, y tras lo que le sucedió a Nemrileo de Tanjay, no creo que ninguno más nos dé problemas.

—Estoy de acuerdo. Podremos controlar mejor a nuestros seguidores. El senador hizo un gesto a mitad de camino.

—Si me disculpas, creo que me voy a ir, tengo mucho trabajo esta tarde.

La presidenta del Gremio de Comerciantes asintió comprensiva. —Lo entiendo. Yo también tengo mucho trabajo.

Se separaron amistosamente. Mousul volvió a sus ocupaciones senatoriales y Shu Mai regresó a su despacho privado, en el que se encerró tan herméticamente que ni una pequeña nova podría haberla interrumpido. Cuando se hubo asegurado de que todo estaba bien, activó el código especial que le pondría en contacto con el notable individuo a quien tenía que informar del progreso de la conspiración en Coruscant.

En cuanto el conocido rostro apareció ante ella, comenzó a hablar sin dudar.

—Ha habido... problemas. Los Jedi consiguieron la paz entre las facciones nómada y urbana de Ansion y, por tanto, sus delegados han votado en contra de la secesión de la República.

La voz al otro lado sonaba segura.

—Es una lástima. Nos obliga a retrasar nuestros planes inmediatos —sonrió—. Nunca pensé que lo conseguirían. Y tan rápido.

—Hay algo más. El senador Mousul permanece fiel a la causa, pero hay otros preparándose para seguir adelante a pesar de la decisión de Ansion. Me vi obligada a ... dar una clase magistral.

El individuo del otro lado escuchó hasta que Shu Mai terminó de hablar. —Lamento la pérdida de Tam Uliss, pero entiendo la razón de tus acciones —la presidenta del Gremio de Comerciantes se sintió mucho más aliviada—. No importa. Los acontecimientos avanzan y los designios llegan. Podremos soportar la pérdida.

—La resolución del Gremio sigue siendo fuerte —le dijo Shu Mai. El conde Dooku sonrió.

—Así como el respaldo de tus seguidores. Esto no es más que un parón

momentáneo. El resultado final es inevitable, hagan lo que hagan los Jedi. Se avecinan grandes cambios. El destino nos espera, amiga mía. Llegará en cualquier momento. Y sólo los que estén preparados sabrán aprovecharlo.

Era un buen pensamiento al que agarrarse, pensó Shu Mai cuando acabó la transmisión. Desactivó el escudo de privacidad y abandonó la habitación.

Tenía mucho que hacer.

FIN